La historia que nadie iba a subir

VERO VENTURA



La historia que nadie iba a subir

Vero Ventura

© 2025 Vero Ventura
Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los personajes y situaciones son producto de la imaginación del autor.

Prohibida su reproducción total o parcial sin autorización.

Publicado en Amazon KDP.

1
Error 404: dignidad no encontrada

Hay tres cosas que odio profundamente por la mañana. Y no me refiero a injusticias globales ni crisis existenciales. Hablo de cosas reales, cotidianas, esas que te sacan de quicio incluso cuando has dormido con sábanas de lino orgánico y una playlist de meditación en segundo plano.

Uno.
El canto de los pájaros. No sé quién decidió que los trinos eran poéticos, pero claramente no vivía en una ciudad donde las gaviotas gritan como borrachos a las seis de la mañana. A mí no me despiertan con gracia, me sobresaltan con trauma. Y no, no quiero sentirme como una princesa de cuento recién levantada. Quiero cinco minutos más sin ser interrumpida por un coro de seres que no pagan alquiler.

Dos.
El café sin leche de avena. Para Lola, es agua sucia con pretensiones de influencer. Para mí, es parte esencial de mi existencia. No desayuno, me hidrato emocionalmente con cafeína y espuma vegetal. Y si ese equilibrio se rompe… yo también.

Tres.
Mi reflejo antes del primer filtro. Tan honesto, tan humano, tan innecesario. Lo miro y pienso: "¿Cómo esta cara sostiene una comunidad online de doscientos mil seguidores sin sospechas?". La respuesta es simple: edición, luz natural y un arsenal de apps que harían llorar a cualquier dermatólogo.

La luz del aro me ataca sin piedad. Blanca, circular, celestial si estás lista, implacable si no. Estiro la pierna, lo reajusto con el pie. Ya me

sé la coreografía de memoria. Inclino la cabeza. Sonrisa en construcción. Miro a cámara. Ajusto el ángulo. **Modo Elena ON.**

—¿"Sunset Glow" o "Soft Vibes"? —pregunto en voz alta, como si no llevara diez minutos probándolos y comparando cada detalle con mirada de forense digital.

En la pantalla, una versión muy mejorada de mí misma me devuelve la sonrisa. Piel de durazno, ojos con vida, labios de catálogo. Y cero rastros de las dos horas de insomnio, la ansiedad y las dudas de si debería empezar terapia o simplemente subir otra rutina de mañana.

A veces me siento una estafa con patas. Como si todo lo que proyectara —desde la rutina de mañana cuidadosamente editada hasta el desayuno con semillas imposibles de pronunciar— fuera un disfraz con mucho glitter y poca verdad. Me miro en la pantalla del móvil y veo una versión de mí que se sostiene sobre luces LED, frases motivacionales recicladas y una sonrisa que conoce su ángulo bueno mejor que su propósito vital.

Y otras veces, me creo una estratega del branding emocional. Una especie de maga del contenido que sabe exactamente qué tecla tocar para provocar una reacción, una compra, una lágrima o un corazón rojo en la esquina inferior. Sé construirme. Sé venderme. Sé usarme como producto. Y eso, aunque suene triste, también es talento.

Hoy, de momento, soy ambas. El fraude que sabe fingir. Y la estratega que lo convierte en un reel.

—El que no diga "tengo daddy issues pero sé combinar bolsos" —interrumpe Lola desde el marco de la puerta, con la toalla todavía enrollada en la cabeza y su café humeante en mano, como si fuera su arma de defensa personal contra mis monólogos existenciales—, miente.

Le lanzo un cojín sin dejar de mirar la pantalla. Ella lo esquiva como quien ya ha memorizado esta coreografía absurda. No es la primera

vez. Ni será la última.

—Hoy es un buen día —declaro, con esa seguridad absurda que solo se tiene antes de que la realidad te arrolle con algún giro de guion inesperado. Como si bastara con decirlo en voz alta para que el universo obedeciera.

Lola no dice nada. Solo me observa desde su trinchera de sarcasmo y amor incondicional, con esa mirada suya que ya lo ha visto todo. Porque sabe —como yo— que cuando digo esa frase, lo que viene después suele incluir una decisión impulsiva, una anécdota que termina en terapia, y probablemente una story llorando con música de piano y filtro nostálgico.

—Mini-haul de rebajas —anuncié en voz alta, arrastrando una caja color pastel hacia el borde del encuadre como si fuera un tesoro sagrado recién desenterrado—. Colaboración con Glow Korean. Y…

Pausa. Milimetrada. Ensayada. Tan precisa que ya formaba parte del guion invisible que rige mi contenido. Una pausa que no era casual, sino parte del espectáculo.

—Una story motivacional —dije al fin, con esa gravedad impostada de quien va a anunciar una reforma constitucional. Como si lanzar una frase inspiradora con letra cursiva blanca sobre fondo beige fuera lo más revolucionario del día.

Desde la puerta, Lola alzó una ceja con una mueca que combinaba resignación, cariño y un toque de burla que ya era marca registrada.

—¿Otra metáfora alimentaria? —preguntó mientras se acomodaba la toalla como si fuera un turbante existencial—. ¿Del estilo "el amor propio es como el aguacate: caro pero necesario"?

Me reí. No porque estuviera exagerando. Sino porque tenía razón. Porque ese tipo de frases, dichas con tono dulce y fondo difuminado, eran mi pan de cada día digital.

—¡Esa es buenísima! —exclamé, sacando el móvil del bolsillo de la bata como una pistolera emocional—. Voy a usarla esta semana. Tiene potencial viral. "Autoestima en versión brunch". Es redondo.

—Claro, cariño. Fluyes —respondió Lola con voz monocorde, dando un sorbo a su café sin apartar la vista de mí.

—Exacto. Fluyo —repetí, como si acabara de confirmar que mi vida era un río metafórico en dirección al éxito.

—Sí. Como los mocos.

Me la quedé mirando por encima del móvil con expresión ofendida, pero ni me molesté en replicar. Porque sabía que iba a soltar algo así. Porque Lola tenía esa capacidad de pinchar la burbuja justo antes de que se me subiera del todo a la cabeza. Y porque, por más sarcasmo que lanzara… siempre se quedaba.

Ya estoy de nuevo sumergida en la pantalla. Ese lugar donde todo parece más sencillo, más ordenado. Donde la vida tiene bordes definidos y filtros que difuminan lo que duele. Ahí, frente al brillo blanco del aro de luz y al encuadre perfecto que construí con horas de ensayo, el mundo es más predecible. Más seguro. Más mío.

El chat de Instagram empieza a burbujear como siempre, una cascada de corazones, emojis en llamas y mensajes que se repiten con la cadencia de un mantra digital: "diosa", "reina", "necesito ese suéter ya", "tu piel, por favor, qué base usas". Comentarios que no dicen nada nuevo, pero que en ese momento lo son todo. Porque son confirmación. Porque son validación. Porque son la señal de que, al menos por hoy, el personaje funciona.

Las cifras suben como levadura bien alimentada. Likes que se multiplican. Visualizaciones que avanzan con el ritmo de una ola que aún no amenaza con romper, pero ya ruge en la distancia. Y yo, ahí, en mi pequeño altar de imagen pública, me permito creer que lo estoy haciendo bien. Que por una vez, no hay grietas. Que todo fluye.

Hoy. Aquí. Ahora.

Cierro los ojos un segundo. Solo uno. Respiro con esa intención forzada que aprendí en un taller de mindfulness por Zoom y me repito que estoy en control. Que todo está —por fin— en equilibrio. Que esta versión de mí es suficiente para aguantar un lunes sin derrumbe.

Entonces vibra el teléfono.

Una sola vibración. Breve. Seca. Como un codazo del universo. No insistente, no urgente. Solo precisa. Justo el tipo de zumbido que se siente más como un aviso que como una notificación.

Desbloqueo la pantalla sin pensar. El dedo se mueve por instinto, como si la rutina fuera más fuerte que el presentimiento. Y ahí está.

Una notificación flotando en el centro.

TikTok.
@LucasElReal te ha mencionado en un LIVE.

Mi nombre. Su usuario. La palabra "LIVE".

Y de repente, todo en mí se contrae. Como si alguien hubiera bajado el volumen del mundo solo para que escuchara esa frase. Como si mi estómago, mi garganta y mi dignidad se hubieran puesto de acuerdo para crujir al mismo tiempo.

Porque sé lo que eso significa. Y, aun así, no tengo ni idea de lo que está a punto de pasar.

Lola, que hasta ese momento parecía más interesada en la espuma de su café que en el mundo exterior, me mira. Solo me mira. Y en su cara —esa que conozco mejor que mi propia configuración de Instagram— algo cambia. Su gesto se tensa. Su ceja se arquea. Su cuerpo, antes relajado contra el marco de la puerta, se activa como si hubiera olido humo en una habitación cerrada.

Sin decir una palabra, deja la taza sobre la mesa con ese "clac" sordo que lo dice todo. No suena fuerte. No rompe nada. Pero corta el aire como un bisturí.

—No lo abras —dice. Y no es una sugerencia. No es una súplica desesperada. Es una orden. Llana. Categórica. Casi maternal.

La miro sin parpadear, con el móvil aún en la mano y el pulgar peligrosamente cerca de la pantalla. Por un segundo —uno solo, diminuto, fugaz— dudo. Porque cuando Lola usa ese tono, el universo suele alinearse para darle la razón.

Pero un segundo no es suficiente cuando el instinto ya ha ganado.

El pulso me tiembla. La mandíbula se me tensa. Y, aun así, deslizo.

—De verdad, Elena. No. Lo. Abras.

Su voz se vuelve más baja. Más intensa. Como si pudiera detener lo inevitable con solo tres palabras. Como si aún pudiera salvarme del golpe antes de que caiga.

Pero ya es tarde. Ya lo he hecho.

Y lo que viene después no hay filtro, ni algoritmo, ni aro de luz que lo salve.

La pantalla se ilumina. Tarda apenas un segundo en estabilizarse, pero es suficiente para que mi mente se dispare a toda velocidad, buscando explicaciones, excusas, posibilidades.

¿Una indirecta pasivo-agresiva? ¿Un vídeo reaccionando a una de mis stories? ¿Una reconciliación pública en plan "lo nuestro era real" con cara de mártir arrepentido?

Mi corazón late en la garganta. Mi dedo aún roza la pantalla. Y aunque sé que debería deslizar hacia abajo y fingir que esto nunca ocurrió, no puedo. Me quedo ahí, viendo cómo la imagen cobra nitidez… y mi dignidad empieza a desvanecerse.

Ahí está. **Lucas.** Mi ex. Mi ruina con abdominales. El tipo que convirtió mis domingos en terrenos minados y mis lunes en stories fingiendo estabilidad.

Luce exactamente como recordaba: Ese pelo despeinado de forma milimétrica, que parece decir "me acabo de levantar así" cuando en realidad le ha llevado veinte minutos y dos productos texturizantes. Esa camiseta entallada que le abraza el pecho como si supiera que está siendo admirada. Y, sobre todo, esa sonrisa. Esa maldita sonrisa. La de "soy el malo de tu historia, pero qué bien me quedan los remordimientos".

Está sentado frente a su fondo habitual: luces LED azules y moradas, estantería con libros que jamás ha leído, y un difusor que echa vapor como si estuviera cocinando sus propias excusas.

Su voz retumba por los altavoces del móvil con esa entonación impostada de influencer que lleva años practicando. Ligeramente nasal, con una pausa entre frase y frase para que los comentarios tengan tiempo de aparecer. Seductor sin esfuerzo. Despreciable sin culpa.

—¡Hola, LucasLovers! —saluda, guiñando un ojo a cámara con la seguridad de quien sabe exactamente qué tecla apretar para volverse viral—. Hoy vamos a hacer algo superrandom…

Y entonces lo hace. Lo levanta. Una prenda. Verde. Fosforescente.

Con arrugas en las costuras que reconozco sin dudar. Con una elasticidad vencida por los años, por los lavados, por las veces que me refugié en ellos como quien se pone una armadura blanda para sobrevivir a los días grises.

Mis pantalones de dinosaurios.

Y no unos cualquiera. Los del pijama. Los que usaba cuando todo me sobrepasaba, cuando el maquillaje no era opción, cuando la energía alcanzaba solo para existir con dignidad mínima y tela suave en las piernas. Eran míos. Tan míos que me dolía verlos en otras

manos. Y ahora estaban ahí, ondeando frente a miles de personas como una bandera de burla emocional.

Los tiranosaurios seguían sonriendo, ignorantes del drama. Y justo en la cadera, como una broma del destino, la frase: **"Roar means I love you in dinosaur."**

Una frase que alguna vez me pareció adorable. Que alguna vez dije entre risas, en medio de una reconciliación tonta, una pelea absurda. Y que ahora me explota en el pecho como una granada disfrazada de nostalgia.

Y él… los muestra. Con orgullo. Con complicidad hacia su audiencia. Como si fueran parte de un sketch planeado. Como si mi intimidad —mi vulnerabilidad envuelta en algodón y estampado infantil— fuera contenido de valor para su show.

A miles de personas. A sus seguidores. A todo internet.

Como si fueran un chiste. Como si yo también lo fuera.

—Esto es oro puro, tíos —dice, mientras frotaba la tela entre los dedos con esa sonrisa de idiota encantador—. Se los ponía hasta para discutir. Una vez me gritó: "¡Ojalá te extingas como los tiranosaurios!" vestida con esto.

Hace una pausa.

Para efecto. Para que entre la carcajada. Para que el chat explote con la reacción perfecta.

Y yo… me hundo.

No de golpe. No con escándalo. Me hundo como quien se da cuenta de que el suelo no estaba firme desde el principio y simplemente deja de intentar sostenerse.

Porque ese momento fue real. Esa frase fue real. Y ahora… es un puto espectáculo.

El chat no empieza. Estalla.

No hay una progresión lógica, ni un goteo de mensajes que una pueda gestionar en tiempo real. Es como si alguien hubiera abierto la compuerta de una represa emocional… solo que no es agua lo que me cae encima, es fuego. Fuego en forma de texto.

?? "ME MEOOOOOOO"
?? "Pobre chica, qué cringe"
?? "Lucas, eres un monstruo… pero qué bien luces, cabrón"
?? "¡QUEREMOS VERLA CON ESO PUESTO JAJAJAJAJA!"

Iconos. Abreviaturas. Risitas. Opiniones no solicitadas empaquetadas en humor de masas. Son solo letras, me digo. Solo palabras flotando en una pantalla. Pero no lo son.

Son flechas. Pequeñas, precisas, eficaces. Y todas dan en el mismo blanco: mi ego, mi dignidad, mi humanidad digital cuidadosamente fabricada. Cada mensaje es como un bisturí de neón tocando justo donde más escuece.

Intento tragar saliva. Falla.

El aire se espesa, como si hasta el oxígeno se hubiera convertido en espectador pasivo de esta ejecución en directo. Como si incluso el aire estuviera avergonzado por mí.

Y no puedo apartar la vista.

Me quedo ahí, inmóvil, atrapada entre la necesidad de apagarlo todo y la incapacidad de dejar de mirar. Como una espectadora más… de mi propia caída.

La pantalla ilumina mi cara. Me refleja como una burla cruel.

Ahí estoy. O lo que queda de mí.

La Elena editada, la de piel efecto porcelana, la que habla de amor propio en tonos pastel y tiene un vídeo sobre "cómo sobrevivir a los días malos con estilo".

Y debajo… La Elena real. La que no se maquilla para llorar. La que tiembla por dentro mientras se derrite por fuera como una vela olvidada al sol. La que siente que todo el castillo de branding emocional se le acaba de venir abajo por culpa de unos pantalones con dinosaurios y un ex con alma de presentador de late night.

Y él sigue riendo. Lucas. Mi ex. Mi pesadilla con abdominales. Mi "tendencia" del día.

Y yo… me disuelvo. No de forma escandalosa. No con lágrimas tipo videoclip. Me disuelvo como una pastilla efervescente olvidada en un vaso de agua tibia. Silenciosamente. Sin resistencia.

—No puedo creerlo —susurro, pero ni siquiera yo me escucho.

A mi izquierda, Lola tampoco dice nada. Está ahí, apoyada en el marco de la puerta, los brazos cruzados, la taza vacía en la mano, y esa mirada suya que pesa más que un "te lo dije" con megáfono.

No se acerca. No me abraza. No dramatiza. Solo me observa. Como si supiera que estoy rompiéndome y estuviera esperando a que yo misma elija por qué grieta empezar.

Yo tampoco lo sé. No tengo instrucciones para este tipo de colapso.

La transmisión sigue. El mundo sigue. Pero yo ya no.

La pantalla sigue brillando con esa luz blanca y cruel. Me baña la cara como una hoguera de vanidad ardiendo en su máxima expresión. Me siento testigo y víctima. Una diana en forma de influencer con las emociones a flor de piel y el botón de silencio averiado.

Entonces Lola, finalmente, rompe el silencio.

—Deberías haberte quedado con el de contabilidad.

Su voz no es dura. No juzga. No se burla. Solo enuncia un hecho. Con ese tono suave de quien sabe que, a veces, la verdad no duele más por ser dicha con dureza… sino por no poder rebatirse.

—Era soso, sí —añade con un suspiro—, pero al menos sabía lo que era el consentimiento digital.

Y lo peor de todo no es que tenga razón. Lo peor es que la tenga con tanta paz.

Media hora después, estoy sentada en la cama. Descalza. Despeinada. Rodeada de ropa, neceseres abiertos como campos de batalla, paletas de sombras en posición fetal y una dignidad que claramente ha entrado en coma inducido.

El móvil sigue vibrando cada pocos segundos, como si el universo quisiera asegurarse de que no me pierdo mi humillación en directo. Pero ya no lo miro. No puedo.

Soy tendencia. Y no por un logro profesional. No por una campaña nueva o una frase inspiradora. Soy tendencia por unos pantalones de dinosaurios y un ex con complejo de showman.

#DinoQueen (1,2 millones de tuits y subiendo)
#RoarMeansDrama (sonando ya en un remix de TikTok, aparentemente)
#LaExDeLucas (mi cara superpuesta a la de un velociraptor en memes que ni siquiera son buenos)

Intento respirar, pero siento que incluso el aire me juzga. Como si cada molécula dijera "te lo advertimos".

—Necesito desaparecer —susurro.

Y no en plan "me voy a desconectar un finde con un libro de autoayuda y un té matcha". No. Desaparecer de verdad. Evaporarme. Hacerme niebla. Borrarme del radar digital y emocional durante… ¿el resto de mi vida?

Me pongo de pie y empiezo a tirar bikinis dentro de la maleta con la desesperación de quien no está empacando ropa, sino esperanza.

Una esperanza cutre, sí. Pero esperanza.

Lola entra justo cuando estoy metiendo tres botes de autobronceador como si fueran sueros de emergencia.

—¿Otra huida mística? —pregunta, cruzando los brazos—. ¿Como la vez que te fuiste a Ibiza, volviste con un piercing en el ombligo y descubriste que eras alérgica al aloe vera?

—No es lo mismo —respondo sin mirarla, enrollando un pareo como si me fuera a la guerra en versión resort—. Esta vez tengo un plan.

Ella alza una ceja.

—¿Uno con pasos reales o de esos que solo caben en una story con fondo de atardecer?

—Mi tía me ha recomendado un resort en Tenerife. Dice que va allí cada vez que necesita resetear su vida o huir del caos con vistas al mar.

Sin Lucas. Sin prensa. Sin WiFi emocional.

—Genial —dice Lola, arqueando la ceja—. ¿Y qué vas a hacer? ¿Encontrarte dentro de un batido détox?

—Voy a resetear. Como un iPhone.

—Ya. Y cuando vuelvas… ¿traes también un tatuaje de "Namasté" en la rabadilla o solo la idea?

No contesto. Porque lo peor es que no puedo prometerle que no.

Me limito a cerrar la maleta con un golpe seco. Ese sonido que marca el final de una etapa. O al menos eso me gusta pensar.

—Genial —dice Lola, arqueando la ceja—. Pues hago la maleta. Me voy contigo.

La miro.

—¿En serio?

—Te conozco, Elena. Y no pienso dejar que sobrevivas a esta mierda con un vídeo de meditación y una playlist de baladas tristes. Haz lo que tengas que hacer. Y si por casualidad encuentras la paz interior allá en las Canarias… Nos la traemos, que aquí se la necesita.

La maleta está cerrada. Mi dignidad, no tanto. Pero algo en mí —quizá la parte que todavía cree en segundas oportunidades o en escapadas milagrosas con vistas al mar— decide que es momento de documentar el fin de una era. O al menos de fingir que estoy en control.

Me coloco las gafas de sol XXL. Labios fruncidos en pose de "me arruinaste, pero sigo divina". Una gota de iluminador en la punta de la nariz, como quien brilla incluso en la caída.

Ajusto el encuadre. Click. La selfie perfecta.

Pie de foto:

> *"A veces la vida te lanza dinosaurios... y tú decides si lloras o te haces un outfit con ellos. #ReinventionMode"*

Subo la foto. Cierro Instagram. Apago el móvil.

Y por primera vez en horas, respiro. Largo. Hondo. Real. Como si el aire, por fin, no viniera filtrado.

Lo que no sé —todavía— es que en el vuelo 742 a Tenerife, el universo, con su retorcido sentido del humor, ha decidido sentarme al lado de Bruno Martínez.

Piloto. Sarcasmo con licencia para despegar. Y probablemente el próximo error en mi lista de decisiones cuestionables con abdominales.

Pero eso, amigas mías, es otra historia. Una que empieza en el asiento 14B. Y que, lamentablemente… no tiene modo avión.

2
Manual de primeros choques

La piscina del resort era tranquila. Demasiado tranquila. Pero no esa tranquilidad de postal, de brisa suave y piel bronceándose en paz. No. Era la clase de silencio que incomoda. El que parece guardar un secreto. Una calma sospechosa, como la de una película justo antes del susto. Una paz que no descansa, sino que irrita.

No había niños gritando, ni pelotas flotantes rebotando en la superficie, ni padres negociando con mini dictadores en flotadores con forma de unicornio.

Tampoco había influencers haciendo transiciones ridículas en cámara lenta, intentando capturar el momento perfecto en bañador, ni altavoces soltando reggaetón disfrazado de "versión chill" como si con un poco de eco el perreo se volviera espiritual.

No. Solo estaba yo. Y el rumor del agua deslizándose por los bordes infinitos con esa cadencia hipnótica que roza lo irritante. Una mosca zumbaba cerca, perezosa, como si tampoco tuviera ganas de vivir.

Y el sol… el sol era otra historia. Omnipresente, brutal, sin sombra ni clemencia. No bronceaba. Derretía. No sé quién decidió que la luz natural embellece, pero claramente no estaba tumbado en una hamaca de rafia sintética, viendo cómo su dignidad se evaporaba con cada gota de sudor.

Sentía las ideas derretirse en mi cabeza, como si fueran cera. Cera de una vela carísima, de esas que huelen a “bosque nórdico con toque de jazmín”, y que ahora estaba fundiéndose a ritmo de fracaso emocional, Mi vela, concretamente. La que encendí esta mañana pensando que la aromaterapia podía curar el bochorno viral.

Llevaba menos de veinticuatro horas en Tenerife y ya había probado tres tipos distintos de desconexión, en orden de desesperación:

Meditación. Fracaso absoluto. Mi mente no solo no se vació, se puso a corear mentalmente todos los tuits virales con mi nombre.

Journaling. Abrí una libreta preciosa, escribí "Querida yo" y luego pasé una hora subrayando el borde de la página sin poder decidir si quería gritar o dormir.

Mojito a las once de la mañana. Prometedor. Refrescante. Y peligrosamente adictivo.

El plan era flotar. Literalmente. Meterme en el agua, cerrar los ojos, y fingir que el mundo no estaba hablando de mis pantalones de dinosaurio en veintitrés idiomas distintos.

Solo por unos minutos. Solo hasta que mi piel se arrugara lo suficiente como para parecer otra persona. Una que no tuviera que reconstruirse desde cero.

Estaba tumbada en una hamaca, bajo una sombrilla de paja, con mi bikini nuevo —negro, minimalista, con aires de "tengo mi vida en orden aunque no sea cierto"— y una mascarilla de biocelulosa que me cubría media cara. Era mi escudo emocional. Mi barrera anti-mundo. Mi única defensa contra el universo que, últimamente, tenía un sentido del humor bastante cruel.

Llevaba ahí veinte minutos, escuchando mi propia respiración mezclada con el lejano murmullo del mar, cuando decidí que ya era hora. Hora de purificarme. De sumergirme. De renacer.

Un bautismo de reinvención, como diría alguna gurú del desarrollo personal con voz de ASMR y frases que no resisten un análisis lógico.

Me levanté con decisión. Pasé por delante del socorrista, que apenas levantó la vista del móvil. Me quité la mascarilla con gesto ceremonial y la dejé sobre la toalla, como si fuera un símbolo de que estaba lista para soltar el pasado. O, al menos, para mojarlo.

Bajé la escalera de la piscina con paso firme. El agua estaba templada, perfecta. Cerré los ojos, inhalé… y me dejé hundir.

Un segundo de paz. Silencio líquido. Ausencia total.

Bajo el agua, todo era más lento. Más amable. No había memes. No había Lucas. No había pantallas que me devolvieran la peor versión de mí misma. Solo yo. Flotando. Hasta que…

PLOF. ¡SPLASH!

Un estallido de agua y caos.

Ni siquiera tuve tiempo de abrir bien los ojos antes de sentirlo: un impacto directo, contundente, absolutamente inesperado. Como si un torpedo humano hubiera caído desde el cielo, apuntando con precisión militar a mi hombro izquierdo. Una bomba acuática con forma de hombre. Y la sutileza de una patada en el estómago justo cuando crees que estás a salvo.

El agua estalló en todas direcciones, levantando una ola que arrasó mi paz, mi respiración y cualquier posibilidad de mantener la dignidad. Tragué cloro. Tosí. Me atraganté con mi propia calma interrumpida.

Subí a la superficie con la cara pegada al agua, el pelo enredado como algas vengativas y la sensación de haber sido atropellada por una fuerza de la naturaleza con abdominales.

El corazón me latía como si acabara de hacer triatlón. Y sin pensarlo —sin pasar por el filtro habitual de "¿suena elegante?" o "¿queda bien en redes?"— escupí la primera frase que me cruzó la garganta:

—¡¿Pero tú estás loco o qué?!

Entonces lo vi. Giró hacia mí con una expresión perfectamente desubicada, como si no entendiera por qué alguien podría estar molesta por ser embestida en plena meditación acuática.

Pelo mojado cayéndole sobre la frente con ese desorden que, en su caso, parecía aprobado por algún comité de estética masculina. Pestañas con gotas que colgaban como si fueran adornos de catálogo navideño. Hombros amplios. Bronceado perfecto. Torso como tallado en sarcasmo y proteína.

Y… esa sonrisa. Esa. La que sólo usan los hombres que no saben si acaban de arruinarte el día o empezarlo de verdad. Una sonrisa de "puedo salir en tu pesadilla o en tu playlist romántica, tú eliges".

—Uy —dijo, tan tranquilo, tan impune—. ¿Te he salpicado?

Y ahí fue cuando lo vi de verdad. ÉL. Con mayúsculas.

Con esa piel bronceada de forma insultantemente natural —como si viviera en un eterno anuncio de protector solar. Con esos ojos afilados, cargados de intención, que escaneaban el entorno como si cada detalle fuera parte de un juego en el que solo él conocía las reglas.

Con una espalda que parecía tener su propio código postal y una mandíbula de anuncio de perfume caro, de esos que prometen noches intensas y traumas nuevos.

Y lo peor… esa expresión. Esa que no decía “perdona”, sino: “Sí, soy el protagonista masculino… pero primero voy a sacarte de quicio solo para divertirme.”

Se pasó una mano por el pelo, peinándolo hacia atrás con ese gesto que los hombres atractivos hacen sin saber que es ilegal en diez países.

—¿Uy… molesté tu momento zen? —preguntó con tono ligero, sacudiéndose el agua de las pestañas como si acabara de salir de un videoclip.

Ni rastro de disculpa. Ni una gota de vergüenza.

—Casi me rompes el cuello —espeté, apartándome el pelo empapado de la cara con el dramatismo que la situación merecía—. ¿Saltas así sobre todas las mujeres o sólo sobre las que están intentando olvidar que su ex las convirtió en un meme?

Sus cejas se alzaron un segundo. El gesto fue breve, pero lo suficiente para que su cara se iluminara con esa media sonrisa que debería venir con cláusula de advertencia. Arrogante. Cómplice. De esas que no piden permiso, solo se instalan y te retan a ignorarlas…

—¿En serio? ¿Salté sobre un trauma viral? Vaya. Mis más sinceras disculpas —dijo con una inclinación de cabeza que parecía sacada de una clase intensiva de sarcasmo aplicado—. Pero, técnicamente, fue un accidente acuático.

Se encogió de hombros, con una naturalidad ofensiva. —Podrías considerarlo… no sé, un chapuzón del destino.

Lo miré como si acabara de citar una frase de Paulo Coelho traducida por Google.

—¿Y tú podrías considerar no hablar como si fueras el narrador dramático de una telenovela de sobremesa?

Él soltó una carcajada. No una risa cortés. No un bufido condescendiente. Una carcajada real. Sonora. Insoportablemente sincera.

Y ahí, en medio de la piscina, con el sol pegando en el agua y las gotas deslizándose por su cuello, el muy idiota parecía más relajado que yo con media botella de vino.

—Bruno —dijo entonces, como quien presenta su candidatura al caos. Extendió la mano hacia mí, flotando como si la piscina fuera su hábitat natural y no acabara de casi dislocarme un hombro—. Encantado de conocerte. Aunque, si te soy sincero, creo que aterrizaste mejor en la cafetería que en mí.

Lo miré sin moverme. Su mano seguía ahí, esperando como si esto fuera una escena pactada y no el colmo de mi mala suerte.

—Elena. No encantada.

No se inmutó. Solo asintió, como si mi indiferencia fuera el peaje esperado.

—¿Siempre tan simpática? —preguntó, ladeando la cabeza con esa expresión de quien ya sabe la respuesta pero quiere que la digas en voz alta.

—¿Siempre tan idiota? —respondí, sin adornos, sin pausa.

Sonrió más. Esa sonrisa creció como una grieta. Como si cada réplica mía le diera puntos en un marcador invisible que él ya iba ganando.

—Bueno… ahora ya sé con quién competir por el título de huésped más insoportable del resort.

—Tranquilo. No tengo intención de competir con nadie. Estoy aquí para desconectar.

Lo dije como quien lanza una bengala: corta, clara y con deseo de marcar límites. Pero él no era de los que se daban por aludidos.

—¿Desconectar? —repitió, arqueando una ceja con ese tono experto en escepticismo estético—. Tú tienes pinta de que si no subes una story de este momento en los próximos cinco minutos, te explotas internamente en modo fuegos artificiales.

Le lancé una mirada afilada. No de esas que matan. De las que humillan. Las que deberían venir con advertencia: "contenido sensible para egos grandes".

—Y tú tienes pinta de que si no haces una entrada dramática por día, se te caen las alas y pierdes el superpoder del sarcasmo masculino.

Eso lo hizo reír de nuevo. Una risa más suave, casi íntima. Como si no le importara tener razón o no. Solo disfrutar de la batalla.

—Me las quitaron hace años —replicó, nadando hacia atrás con esa despreocupación que debería estar penada por ley—. Ahora soy copiloto de sarcasmos ajenos. Es menos estresante, pero igual de divertido.

Lo miré. Esta vez sin esconder la exasperación. Ya no había forma de fingir que no me estaba afectando.

—Entonces prepárate. Porque acabas de aterrizar en turbulencia.

Rodé los ojos con la precisión de quien ha perfeccionado el arte de la indiferencia pasivo-agresiva, y comencé a nadar hacia la escalera con la dignidad de una reina destronada que aún conserva su corona... aunque sea de plástico y esté medio torcida.

Cada brazada era una declaración: no pienso seguir esta conversación. No pienso seguirte el juego. Y sobre todo, no pienso dejar que tu sonrisa de anuncio y tus frases con exceso de carisma se instalen en mi sistema nervioso.

Ya tenía suficientes fuegos emocionales ardiendo como para sumarle un nuevo incendio de metro noventa, espalda de catálogo, sonrisa torcida y ego envuelto en papel de regalo con lazo de oro rosa.

Y aun así… Aun así, al salir del agua, sentí su mirada. No era lasciva. Ni irrespetuosa. Era peor. Era entretenida.

Como si yo fuera el tráiler inesperado de una película indie que no sabía que quería ver… pero que ya tenía marcada en favoritos.

Y lo peor no era que me mirara así. Lo peor era que yo lo sabía. Lo sentía, como se sienten las corrientes antes de que el mar te reviente contra la orilla.

No me giré. No le di el gusto. Subí los escalones con el pelo pegado al cuello, el bikini recolocado a base de dignidad y la certeza de que

ese hombre —ese hombre— era una de esas lecciones que llegan cuando menos te apetece aprender.

Y por algún motivo —que seguramente Freud, Jung y una reunión conjunta del club de las malas decisiones sabrían explicar mejor que yo—, eso me cabreó más que el chapuzón. Porque no me sentía humillada. Ni enfadada. Me sentía... vista. Y eso, en medio de mi reinvención silenciosa, era un fastidio de los grandes.

Subí a mi habitación con el orgullo goteando por el pasillo, igual que el agua que resbalaba por mis piernas. Me envolví en el albornoz blanco del resort como si fuera una armadura de algodón egipcio y me planté frente al espejo.

—No pasa nada —me dije en voz alta, sujetándome la toalla como si fuera una toga romana—. Has sobrevivido a cosas peores. Como el tinte cobrizo. O Lucas. Esto es solo… un accidente estéticamente frustrante.

Entonces me prometí tres cosas. Sagradas. Firmes. No negociables.

Uno: no volver a bajar a la piscina si él está cerca.

Dos: buscar en Google "cómo insultar con elegancia sin parecer dolida".

Tres: olvidarme de su cara. De su voz. De sus abdominales. Especialmente de sus abdominales.

Estaba en ello. Repitiendo la palabra repelente en bucle como si fuera un mantra budista. Re-pe-len-te. Re-pe-len-te. Re-

Ding-dong.

El timbre de la habitación sonó con la misma sutileza que un redoble de tambor antes de una catástrofe.

Me quedé quieta un segundo. Respiré. No era servicio de habitaciones. Yo no había pedido nada. Y si era el karma, venía muy puntual.

Me até el cinturón del albornoz con un nudo doble y fui hacia la puerta con la mezcla exacta de curiosidad, sospecha y fatiga emocional. La abrí.

Y ahí estaba. **Él.** Otra vez él.

Vestido. Seco. Y, para colmo, con una expresión de suficiencia que pedía a gritos una bofetada con estilo —o al menos un portazo bien dado.

—Tranquila, no vengo a tirarme a la piscina desde tu balcón —dijo, con esa sonrisa suya que parecía firmada por el sarcasmo.

—Qué lástima. Me habría encantado empujarte yo misma —respondí, apoyándome en el marco de la puerta como si estuviera completamente en control y no medio desnuda debajo de un albornoz.

Bruno levantó una carpeta negra con el logo del resort. Sus dedos largos la sujetaban con demasiada familiaridad para mi gusto. Como si no acabara de rescatarla, sino de inspeccionarla con la curiosidad de quien husmea en cajas que no le pertenecen pero le fascinan.

—¿Esto es tuyo? Te la dejaste en la tumbona. Tiene tu nombre y un post-it que dice "cosas importantes, no abrir si no eres yo". La abrí, por supuesto —añadió con la desfachatez de quien no sabe, o no le importa, que está cruzando líneas.

Se la arranqué como si me hubiera devuelto una prueba incriminatoria, mi diario adolescente y una carta de amor nunca enviada, todo junto.

—¿Y qué haces tú con esto? —espeté, apretando la carpeta contra el pecho como si pudiera borrar retroactivamente cualquier mirada que hubiera echado dentro.

Él se apoyó contra el marco de la puerta, tan cómodo como si estuviera en el salón de su casa, y sonrió. Una sonrisa lenta. Ensayada. Molesta.

—Relájate. No he leído nada. Solo vi tu nombre y asumí que querías recuperarla antes de que acabara empapada en mojito de otro huésped con más estilo que cuidado.

No respondí. Le lancé una mirada en forma de daga. Él la esquivó con un comentario que no vi venir.

—Vengo mucho por aquí. Mi mejor amigo es el gerente del hotel. Me debe un par de favores. Esta semana me dejó una suite y me enganchó a uno de esos planes de "ven con tu familia a disfrutar y socializar con desconocidos". Él es quien me ha dado el número de tu habitación.

Parpadeé. Dos veces.

—¿Tu amigo es el gerente?

—El mismo. Así que prepárate, Elena —dijo, encogiendo apenas los hombros, como quien anuncia el tiempo soleado—. Nos vamos a cruzar. Bastante.

Lo soltó sin dramatismo. Como si no acabara de lanzar una predicción apocalíptica. Como si no supiera que acababa de arruinarme la única posibilidad de tener una escapada sin sorpresas.

Me quedé en la puerta, sujetando la carpeta como si fuera un escudo anti-sarcasmos, tragándome toda una enciclopedia de respuestas pasivo-agresivas.

Al final, opté por lo justo y afilado.

—Genial —sonreí con los dientes, no con el alma—. Mi reinvención necesitaba un villano. Gracias por ofrecerte.

Él hizo una leve reverencia. Burlona. De esas que dan ganas de lanzar una chancla con precisión quirúrgica.

—A tu servicio —dijo.

Y se fue silbando. Despreocupado. Impertinente. Como si no acabara de declararme la guerra. Como si supiera que, tarde o temprano… yo iba a dejar de resistirme.

Y eso, sinceramente, me cabreó más que el chapuzón.

3
Manual para fingir que no te importa

Dormí poco. Y mal. Pero no mal en plan "me desvelé un par de veces", sino mal de verdad. Como si mi subconsciente se hubiera apuntado a un after improvisado con mis peores pensamientos, se hubiese puesto un crop top emocional y se hubiera pasado toda la noche bailando al ritmo de mis errores más recientes. No dejaron de sonar en bucle. Ni un solo segundo.

Y por si eso fuera poco, mi cerebro —que claramente no cree en días de descanso— decidió que lo ideal era montar un maratón con lo peor de ayer. No escogió una comedia ligera, ni una película de superación con final reconfortante. No. Escogió el género que más daño hace: la tragicomedia personal con banda sonora de vergüenza ajena.

Empezó proyectando todas las frases de Bruno en la piscina, con esa nitidez con la que uno recuerda lo que preferiría enterrar en lo más profundo del olvido. Primero, me las repitió tal cual, con su tono despreocupado y su risa perfectamente insolente. Luego, les añadió música de fondo. Algo entre bolero sarcástico y jazz irónico, porque mi cerebro no sabe lo que es la piedad. Después vinieron los subtítulos, por si no me había quedado claro el nivel de humillación. Y, como broche final, efectos de cámara lenta. Para que pudiera ver, con lujo de detalle, el momento exacto en que mi dignidad se ahogaba bajo un torpedo humano con sonrisa peligrosa y abdominales en 4K.

Una superproducción mental. Patrocinada por el insomnio, alimentada por el orgullo herido y dirigida por mi autoestima en proceso de rehabilitación.

Amanecí con el móvil vibrando contra la mesita de noche como si estuviera teniendo una crisis de identidad electrónica. Ese tipo de vibración insistente, intermitente, que no anuncia nada bueno. Lo agarré a tientas, con los ojos aún cerrados a medias, medio ciega,

del todo agotada, y con esa sensación pegajosa de haber dormido dentro de una lavadora emocional con centrifugado máximo.

Notificaciones. Cientos. Miles.

Twitter. Instagram. TikTok. Todo explotando como si el universo hubiera decidido que yo era el contenido del día, la protagonista involuntaria del reality colectivo que es internet. Al parecer, el mundo no podía empezar su jornada sin saber qué había sido de la chica que un día gritó "¡Ojalá te extingas!" vestida con unos pantalones de dinosaurios. Qué bonita forma de entrar en los libros de historia: drama, roars y un ex con demasiado tiempo libre.

Deslicé el dedo por la pantalla, todavía con esa esperanza ingenua de que tal vez, solo tal vez, todo era una exageración.

Entre alertas, menciones, gifs animados y un remix con auto tune de mi voz diciendo "te extingas", una notificación brillaba con un sarcasmo tan brillante como un pintalabios rojo en funeral. Un mensaje de mi madre.

“¿Es cierto lo del chico del resort?”

Sin contexto. Sin saludo. Sin un “hola, cariño” que amortiguara el golpe. Ni un emoji de corazón. Ni siquiera uno de esos que se usan mal, como el de la berenjena. Nada. Solo eso.

Como si, de pronto, me hubiera convertido en trending topic familiar y ella estuviera viendo el especial de sobremesa en el canal de rumores de madre internacional.

Me incorporé en la cama con el corazón haciendo un ruido raro. No exactamente taquicardia, pero sí un redoble ansioso, a medio camino entre “haz algo” y “huye a la Patagonia”.

Entonces abrí Instagram. Y ahí estaba. Una foto. De espaldas. Él. Yo. La piscina. La escena.

No había etiqueta, ni aviso, ni preparación previa. Solo un encuadre perfecto —de esos traicioneros, que convierten una casualidad en narrativa romántica con un poco de edición y un buen filtro— subido por una cuenta de viajes random con más followers que ética.

El pie de foto era una joya de la desinformación poética:

"Cuando interrumpes el baño zen de tu novia sin querer ?? #dinoqueen #tensiónsexual"

Me quedé paralizada. El pulgar suspendido en el aire, como si congelar el movimiento pudiera congelar también las consecuencias. Una parte de mí deseaba que fuera un montaje. Una broma. Un deepfake. Una IA con sentido del humor muy turbio.

Pero no. Era real. Nosotros. Ahí. Flotando. Mirándonos. Y no precisamente con odio. No había gritos, ni miradas asesinas, ni distancias prudentes. Solo agua, reflejos, dos cuerpos demasiado cerca para lo que mi dignidad podía procesar.

Genial. Primero el ridículo. Ahora, el rumor. Y aún no había tomado café.

Pasé los comentarios sin detenerme, como quien pasa los dedos por una llama: sabiendo que va a doler, pero sin poder evitarlo. Y sí. Cada uno se clavaba como una uña mal limada en el centro exacto de mi autoestima.

?? "Esta pareja es puro enemies to lovers."
?? "¿Él es el ex nuevo? Porque estoy living."
?? "Elena ha vuelto. Y con todo."
?? "Lucas, suelta el dinosaurio. Ya lo superó."
?? "¿Cómo pasamos de drama viral a romance de resort en 24h?"

El feed era un cóctel explosivo de teorías conspirativas, edits mal recortados con música de Taylor Swift, y gente tomando capturas de pantalla como si estuvieran documentando una evolución emocional digna de estudio antropológico.

No sabía si vomitar, llorar o subir una selfie gritando con un cartel que dijera: "No todo lo que flota es amor. A veces solo es cloro".

Tenía la reputación tambaleando como una torre de Jenga en manos de un niño hiperactivo, el estómago revuelto como si hubiera desayunado un batido de ansiedad y contradicciones, y la dignidad… la dignidad estaba en coma inducido, conectada a máquinas y rezando por un milagro de relaciones públicas.

—¿Qué es peor que un escándalo? —pregunté al aire, sin esperar respuesta, con la voz pastosa del desespero existencial.

—Un escándalo sin control narrativo —respondió Lola desde el baño, sin asomo de drama, limándose las uñas con la serenidad de una oráculo millennial.

Me giré como en cámara lenta.

—¿Qué?

Ella levantó la vista apenas un segundo. Lo justo para soltar la bomba con tono de "esto es obvio y tú estás tarde".

—Haz de esta historia tu cortina de humo. Finge que estás con él. Confunde al algoritmo. Alimenta a la masa. Dales algo más jugoso que unos pantalones de dinosaurios. Hazte la enamorada. O al menos, la suficientemente feliz como para que nadie quiera mirar detrás del telón.

Parpadeé. Dos veces. Como si eso ayudara a procesar lo que acababa de oír.

—¿Tú me estás diciendo que finja estar con el piloto más insoportable del hemisferio occidental?

—Te estoy diciendo que tú querías desviar la atención. Esto no es desvío. Esto es desvío con *glamour*. Viralidad controlada. No amor real. Ficción consentida. Marketing emocional con estética de película indie.

—¿Y si huele a fake?

—A nadie le importa si huele a fake si tiene buena iluminación y un par de frases bonitas en la descripción. ¿Has visto la pareja esa del reality de surfistas? Llevan fingiendo tres temporadas. Y tienen marca de champú propia. Es admirable.

La miré como si acabara de sugerirme casarme con un cactus con complejo de dios griego. Una mezcla entre incredulidad, desesperación y esa vocecita interna que, para mi horror, empezaba a pensar: "quizás… no es tan mala idea".

Lola se encogió de hombros, volvió a su uña del dedo anular y remató:

—Haz lo que quieras. Pero recuerda que ahora mismo estás *trending* como ex de dinosaurio vengativo. Y nadie, repito, nadie, quiere ser eso dos días seguidos. Ni tú. Ni tus colaboraciones pagadas. Ni tu algoritmo.

Solté un suspiro de esos que salen desde el ombligo. Profundo. Largo. Casi melodramático. Como si pudiera exhalar el caos de golpe y dejarlo flotando en el aire cual nube de drama mal resuelto.

—Dame diez minutos. Y un top bonito. Voy a buscar al ególatra con licencia de vuelo.

Y esta vez, no para insultarlo. Al menos no solo por deporte.

Lo encontré en el bar del resort. Sentado como si fuera el dueño del Caribe y estuviera decidiendo qué isla comprar después del postre. Una limonada a medio terminar en la mesa, una pose tan escandalosamente relajada que parecía pensada para molestar, y esa camiseta blanca básica que en cualquier otro mortal habría sido una prenda neutra… pero que en él era una injusticia visual a plena luz del día.

Gafas de sol colgadas del escote. Piernas abiertas con desparpajo. Energía de "no tengo prisa, pero si la tuviera tampoco sería para ti".

Ese tipo de energía que sólo tienen los hombres que saben que su reflejo en un espejo tiene efectos secundarios.

Mi estómago, traicionero, dio un microbrinco. De esos que no se sienten como mariposas, sino como si una mano invisible te diera un empujón suave y peligroso desde dentro. Lo ignoré con la profesionalidad de una mujer en modo crisis controlada.

Respiré hondo. Enderecé los hombros. Y me planté frente a su mesa como si no me temblaran ni las piernas ni las intenciones.

—Necesito pedirte algo.

Fría. Clara. Directa. Como si no llevara diez minutos ensayando esa misma frase frente al espejo con la determinación de una CEO del desastre.

Bruno alzó la vista lentamente. Como quien interrumpe un momento glorioso con un rayo de sol en la cara y una brisa perfecta en el cuello. Y aunque fingió estar molesto por la interrupción, no se le escapó la sonrisa.

Pequeña. Bastarda. Divertida. Como si estuviera viendo el tráiler de una película que ya sabe que va a disfrutar.

—¿Una disculpa por llamarme idiota? —preguntó con tono ligero, inclinándose hacia atrás en la silla como quien se acomoda para el espectáculo.

—No. Una colaboración —solté, cruzándome de brazos con la misma firmeza que uso para sobrevivir a rebajas online sin perder la dignidad.

Eso lo hizo sonreír más. Pero no con los labios, no todavía. Fue una sonrisa que subió desde el cuello, lenta, elegante, como la espuma de un buen champán. Una sonrisa de esas que no te miran: te escanean. Y luego te archivan bajo "esto va a estar interesante".

—Suena grave —dijo, arqueando una ceja con precisión quirúrgica —. ¿Te han prohibido los pantalones de dinosaurios?

Le lancé una mirada que podría haber partido diamantes. Él, por supuesto, la recibió como si le estuviera ofreciendo un piropo envuelto en papel de sarcasmo fino.

—Muy gracioso —murmuré, sin desencruzar los brazos—. Verás… hay una foto. De ayer. En la piscina. Nos tomaron de espaldas. Y ha explotado.

Bruno frunció apenas el ceño. Curioso. No alarmado. Como quien huele un buen escándalo y ya se está preparando las palomitas.

—¿Explotado tipo "esto es viral", o tipo "tus fans están haciendo camisetas con nuestra silueta"? Porque si es lo segundo, quiero un 10%.

—Ambas —resoplé, sintiendo cómo la paciencia me goteaba por la nuca—. La gente está diciendo que somos pareja.

Ahí se inclinó hacia adelante. Apoyó los codos en la mesa con la lentitud medida de quien está entrando en calor. Los ojos brillándole con algo entre travesura e interés legítimo. Como si acabara de encontrar una serie nueva que promete drama y besos a cámara lenta.

—¿Y?

—Y… necesito desviar la atención —dije, midiendo las palabras como si cada una tuviera peso en gramos—. Fingir que estamos juntos. Una o dos publicaciones. Una story. Un par de fotos donde no parezcas un sociópata emocional.

—Eso va a ser difícil —interrumpió, sonriendo como si le acabaran de regalar la excusa perfecta para alargar unas vacaciones.

Lo ignoré. Por fuera. Por dentro lo estrangulé con una sonrisa mental.

—Que parezca que estoy rehaciendo mi vida. Con alguien que no sea Lucas.

—Contigo —añadí, y ahí la palabra me supo amarga. No por él. Por mí. Porque decirla así, sin disfraz, sin filtro, sin sarcasmo, fue como morder un caramelo que tenía una espina dentro.

Bruno se quedó en silencio. Y en ese silencio, supe que me estaba observando. No como hombre. No como piloto. Como adversario estratégico.

Me miraba como quien analiza una tormenta en el radar: sabiendo que viene, que es fuerte, y que quizá, sólo quizá… valga la pena volar hacia ella.

La palabra "contigo" me salió más áspera de lo que tenía previsto. Como si mi garganta hubiera decidido darle textura a propósito. No era una súplica. No era un ruego. Era una declaración envuelta en papel de estrategia, con una cinta de orgullo mal atada y una bomba emocional a punto de estallar.

Bruno se quedó en silencio. Y no era cualquier silencio. Era ese tipo de pausa calculada que usan los que saben que tienen ventaja. El tipo de silencio que no se llena con palabras, sino con tensión. Con expectativa. Con un "a ver hasta dónde está dispuesta a tragar por su narrativa".

Me miraba. No como quien observa. Como quien disecciona. Como si pudiera ver cada capa de mi intento de control. Y lo peor es que yo también lo sabía. Sabía que me estaba regalando ese instante de superioridad porque podía. Porque le divertía.

Cada segundo que pasaba sin que respondiera era una cucharada más de incomodidad servida sobre mi dignidad ya tambaleante. Cada centímetro de mi ceño fruncido, de mis labios apretados, de mis manos cruzadas como defensa verbal… él lo leía como un mapa.

Me dieron ganas de llenarlo a codazos. O con un monólogo tipo stand-up. O con un meme gigante proyectado en el cielo que dijera

“NO SE HACE ESTO, BRUNO”. Pero él seguía ahí, evaluando. Como si estuviera considerando si subirse o no a un avión sin piloto automático y con turbulencias garantizadas, pero música de fondo y catering emocional de cinco estrellas.

Y entonces, sin avisar, sin que le cambiara ni un músculo de la cara, lo dijo:

—Acepto.

Parpadeé. Una vez. Dos. Por si había escuchado mal o por si era una trampa.

—¿Qué? ¿En serio?

—Sí —repitió, apoyando los codos en la mesa, como si firmara un contrato invisible con cláusulas emocionales y letra pequeña en cursiva—. Pero con una condición.

Suspiré. Con la resignación de quien ya esperaba el plot twist contractual.

—Lo sabía.

—Tranquila, drama queen. No es nada que implique esposas, ni corazones en los pies de foto, ni malabares con cucharas para parecer adorables. Es más simple. Más humano.

Me sorprendió el tono. Menos irónico. Más... familiar.

—Mi hermana pequeña —empezó—. Tiene diecinueve. Te sigue desde que subiste aquel vídeo llorando con un filtro de mariposas y dijiste que llorar no te hacía débil, sino waterproof. Desde entonces, llora con tus frases, con tus vídeos, y con tu rutina de noche como si fuera una meditación sagrada.

No se burlaba. No sonaba exagerado. Solo estaba contándomelo como quien entrega algo delicado, pero sin dramatismo.

—Me enseña vídeos tuyos cada semana. Literal. Dice que eres "auténtica" y que "ojalá tener tu seguridad emocional, aunque sea prestada por una app".

La sonrisa que le cruzó la cara era distinta. No era para mí. Era para ella. Para esa hermana invisible que acababa de abrirse paso en la conversación con la fuerza de lo que importa de verdad.

—Así que si accedes a un brunch con mi familia—dijo—, le dices que no hace falta dejar la carrera por una marca de ropa que pone "empoderada" en las etiquetas, y que se puede tener granos y autoestima al mismo tiempo… tienes trato.

Y me dejó sin respuesta.

Porque no pidió una exclusiva. Ni un favor en redes. Ni que fingiera mirarlo como si fuera el último croissant del brunch.

Pidió una hermana. Una conexión. Algo de verdad en medio del circo.

—¿Eso es todo? ¿Un brunch?

—Y que en las fotos salgas natural —añadió, ahora sí dejando asomar la ironía, como para no volverse demasiado tierno—. Nada de posar como si vendieras cremas para el alma. Ni frases tipo "a veces hay que perderse para encontrarse" en fuente cursiva sobre fondo beige. Una sonrisa real bastará.

Rodé los ojos con tanto ímpetu que vi el 2022 pasar por mi córtex. Me crucé de brazos de nuevo, esta vez sin tensión. Solo porque necesitaba sostenerme algo.

—Acepto —dije.

Y en ese instante, sellé mi entrada oficial al infierno de las colaboraciones con carga emocional, los acuerdos sin garantías y las historias falsas que empezaban a parecer peligrosamente ciertas.

Un trato incómodo.

Una mentira con enfoque estético.

Y un compañero de farsa que me sacaba de quicio más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Aunque, si me fijaba bien, ese "más" ya empezaba a sonar sospechosamente a "demasiado".

4
Entre likes y latidos

La primera foto. El pistoletazo de salida. El momento exacto en el que una mentira estratégicamente maquillada empezó a cobrar vida propia —envuelta en una estética perfectamente curada, una intención semi-inocente y una pizca de caos emocional que ya olía a problema.

Era el punto cero de un experimento con nombre falso, sonrisa retocada y expectativas que ni siquiera sabía si quería cumplir. Una puesta en escena tan medida que ni el más exigente de mis seguidores habría notado la tensión disfrazada de naturalidad. Una especie de performance emocional con aroma a reel de domingo y promesa de incendio.

Yo estaba enfundada en mis gafas de sol XXL —mi escudo emocional homologado por todas las celebridades emocionalmente inestables —, sonriendo como si acabara de escuchar el mejor chiste del día. Uno de esos que no hace gracia, pero evita preguntas incómodas. En realidad, estaba deseando empujar al tipo que tenía al lado por una colina decorativa cubierta de buganvillas y fingir que había sido un accidente estéticamente aceptable. Sonrisa ensayada. Mueca estratégica. Todo en orden.

Él, en cambio… Bruno no parecía posar. Ni sonreír. Ni siquiera fingir con verdadera intención. Tenía esa expresión suya, tan peligrosa como despreocupada, que decía sin palabras: "esto es una tontería, pero ya estamos dentro, y la vamos a hacer bien". Una mezcla sutil entre burla suave y resignación elegante, como quien no tenía pensado ser el protagonista de nada, pero ya empieza a saborear el papel.

Estaba ligeramente inclinado hacia mí, con el brazo apoyado en el respaldo de la tumbona de forma tan casual que parecía improvisado. Pero no lo era. Porque Bruno no improvisaba, Bruno calibraba. Cada gesto, cada silencio, cada mirada. Y ese codo suyo

—maldito codo— no me tocaba. No todavía. Pero se sentía peligrosamente cerca. Como un anticipo. Como si la piel tuviera radar y el mío ya estuviera mandando señales de alerta con emoticonos de fuego y advertencias de "esto no va a salir como esperas".

Una palmera se colaba en la esquina superior del encuadre, estirando sus hojas como quien intenta colarse en la foto sin haber sido invitada, pero aun así logra quedar bien. De esas presencias inoportunas que, por algún motivo, suman en lugar de estorbar.

El cielo brillaba con un azul tan limpio que parecía sospechoso. Ni una nube. Ni una mancha. Ni una duda. Y aunque no llevaba filtro, cualquiera juraría que había sido retocado por alguien con buen ojo y una ligera obsesión por el contraste perfecto.

Y la luz… Esa luz dorada, precisa, mágica y peligrosamente sentimental de las cinco de la tarde. Una de esas que convierte cualquier escena en algo que parece sacado de una película indie con banda sonora de piano lento y diálogos que se graban en la piel.

Todo se veía más bonito de lo que realmente era. O quizá más bonito de lo que yo estaba preparada para admitir. La escena era perfecta. Casi ofensivamente perfecta. Y tanta perfección… daba rabia.

Nada en ella era espontáneo. Ni la pose, ni el ángulo, ni la sonrisa congelada que parecía capturar un momento de intimidad que, en realidad, había sido ensayado. Pero ahí estaba, disfrazada de naturalidad, de conexión genuina, de esos "instantes robados" que las redes aplauden como si la vida real tuviera guion, director de arte y un asistente personal que corrigiera la luz emocional de cada escena.

Hashtag: #NoTodoEsLoQueParece.

Y, sin embargo, lo que no esperaba era esto: Que, por un segundo —uno solo, fugaz, incómodo y traicionero— algo sí lo pareciera.

Real. Tan real que dolía. O emocionaba. O confundía. O todo a la vez.

Una risa se me escapó —seca, nerviosa, impertinente— justo cuando él se inclinó ligeramente y murmuró al oído, sin dejar de mirar al frente:

—Respira. No te voy a morder.

Y yo respiré. O lo intenté. Pero mal. Muy mal. Porque ese tipo de frase, dicha con ese tono de voz —grave, suave, peligrosamente sereno— no tiene nada de tranquilizador. No era un aviso de calma. Era una amenaza sutil. Un anuncio no verbal de incendio inminente, de esos que empiezan con una chispa y acaban en llamas si nadie corta el gas.

Entonces ocurrió. Un roce. Sutil. Demasiado sutil para ser un accidente, demasiado breve para ser intencionado. ¿Accidental? No lo sé. No quise analizarlo. Mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza.

Su brazo rozó el mío, apenas una caricia de aire y piel, una pincelada leve… pero bastó. Bastó para electrificar el espacio entre nosotros, para poner a prueba la firmeza de mis defensas, para recordarme que estábamos jugando a un juego que no se me daba especialmente bien.

Y luego, sin previo aviso, llegó esa media sonrisa suya. No una pose. No una expresión medida para la cámara. Sino una sonrisa de verdad. Una de esas que nacen cuando alguien se divierte sin pretenderlo, o se interesa sin habérselo propuesto. Una de esas que no se pueden fingir.

Y esa fue, curiosamente, la parte más peligrosa de toda la escena. Porque justo entonces pasó lo peor. Una mirada. Rápida. Inesperada. Disparada entre click y click.

Duró apenas un segundo, pero fue suficiente para desordenarme por dentro. Lo bastante intensa como para que me olvidara de que estábamos fingiendo, de que esto era solo una estrategia, de que

nada de esto debía importar. Me miró como si estuviera revisando los bordes de mi escudo emocional, explorando cada costura, cada grieta, cada parte vulnerable que yo creía haber escondido bien. Como si ya las hubiera encontrado todas. Y estuviera considerando muy seriamente por cuál colarse primero.

Y entonces, mi estómago —ese traidor silencioso que siempre responde antes que la cabeza— hizo de las suyas. No era fiable para mantener la compostura, pero sí una alarma perfectamente calibrada para detectar catástrofes emocionales con segundos de antelación. Poético cuando menos lo necesitaba, dramático cuando más quería parecer estable.

Se movió. Pero no fue ese clásico salto de mariposas de cuento ni la vibración dulce que aparece cuando te enamoras sin querer. Fue más bien esa sensación densa y contradictoria que te golpea al entrar en un lugar donde huele a algo familiar, pero indefinible. Algo que no sabes si te consuela o te desarma. Un aroma envolvente que te obliga a detenerte, que te atrapa entre la memoria y el miedo, y que activa todas tus alarmas sensoriales sin pedir permiso.

Peligroso. Pero eficaz. Porque en ese instante, sin necesidad de palabras ni confirmaciones externas, mi cuerpo entendió que algo acababa de activarse. Algo que no estaba previsto en el plan original. Y, aunque no lo admitiera en voz alta, yo también lo supe.

Cuando Lola bajó la cámara y nos dio las gracias con una sonrisa profesional, Bruno se apartó con un gesto tranquilo, casi indiferente, como si lo que acababa de ocurrir no se le hubiera quedado grabado en la piel. Me lanzó una mirada rápida —ni cálida ni fría, solo suficiente—, murmuró algo educado que no retuve, y se alejó hacia la zona de la piscina con las manos en los bolsillos.

Yo asentí, sin confiar en mi voz, y me giré en dirección contraria. Ni una palabra más. Ni un comentario. La escena había terminado. Y, con ella, la excusa para seguir demasiado cerca.

Subí a mi habitación con pasos medidos, como si el suelo quemara. Cerré la puerta tras de mí, solté las gafas sobre la cama y me senté en el borde, intentando recuperar la respiración que, en algún momento entre su sonrisa y su codo rozando el mío, se me había extraviado.

Respiré hondo, apreté los dientes y subí la foto. Con el pulso tenso, como si estuviera enviando un mensaje cifrado que ni yo misma terminaba de comprender. Con el orgullo haciendo de venda mal colocada sobre una herida abierta, sosteniéndome a duras penas. Y la lancé. Al mundo. A la jungla de las redes, donde cada imagen se disecciona como si contuviera verdades absolutas, aunque solo muestre una pose calculada en medio del caos.

Una foto. Una mentira estética de alta resolución. Un movimiento táctico envuelto en filtros, ego y un deseo sutil de recuperar el control.

Y explotó.

No sabía si estaba ganando control o entregándolo lentamente, envuelto en papel brillante y con la excusa perfecta del "tranquila, todo está bajo control". Porque, sobre el papel, fingir una historia de amor para salvar mi reputación digital sonaba a jugada maestra. Una estrategia limpia, audaz, de esas que se planean con cabeza fría y se ejecutan con pulso firme, como una campaña brillante que termina en aplausos, emojis de fuego y colaboraciones pagadas con cero compromiso emocional.

Pero la teoría siempre es más sencilla que la práctica. Y esto… esto se sentía menos como una actuación planificada y más como una escena improvisada, sin guion, sin red de seguridad, sin la certeza de que yo fuera quien estaba dirigiendo. Porque el problema no era la mentira en sí. El problema era lo que esa mentira estaba empezando a destapar. Pequeñas verdades colándose entre líneas. Grietas en la ficción cuidadosamente construida.

Verdades incómodas, como esa sensación punzante que me atravesaba cuando él me miraba entre toma y toma. Como esa media sonrisa suya —discreta, real, peligrosa— que aparecía sin avisar y se quedaba flotando en el aire como una pregunta que nadie quería formular. Y, muy al fondo —tan al fondo que ni yo misma quería asomarme—, comenzaba a sospechar que algo en todo esto no era parte del trato. Que tal vez, en medio del show, se nos había colado una chispa de verdad.

Me giré sobre la cama con un suspiro derrotado, empujando un cojín al suelo con más rabia de la necesaria y clavando la vista en el techo, como si ahí pudiera encontrar respuestas o señales divinas. Spoiler: lo único que encontré fue una manchita de humedad con forma de pato decapitado. Mi vida emocional resumida en una mancha absurda.

—Esto se va a descontrolar —murmuré, sin apartar la vista del techo.

—No lo dudes —respondió Lola desde el otro lado de la habitación, soplándose las uñas como si habláramos de un mal corte de pelo y no de una posible catástrofe emocional—. Pero al menos tendrás buen contenido mientras pasa.

Y, como casi siempre, tenía razón.

Porque a veces no se trata de tener la historia perfecta. Ni la más coherente. Ni siquiera la que acaba bien. A veces, basta con la que entretiene. La que arde. La que desordena al algoritmo y al corazón al mismo tiempo.

Cerré los ojos. Inspiré lento. Expiré más lento aún. Y me repetí mentalmente que todo esto no era más que una actuación. Una performance bien ejecutada. Una cortina de humo que yo misma había creado. Un manual para fingir que no te importa.

Aunque, por dentro… algo ya había empezado a importar. Demasiado.

5
Hashtag #EstoSeEstáYendoDeLasManos

Habíamos dicho que sería solo otra foto. Una más para el álbum falso de esta historia fabricada con filtros, sarcasmos y una química que empezaba a saber demasiado a verdad. La idea era simple: montar una "cita" lo suficientemente creíble para seguir alimentando la narrativa, conseguir unas cuantas reacciones en redes, y luego volver cada uno a su vida perfectamente controlada. Todo debía seguir el plan.

Pero lo cierto es que, después de la primera imagen juntos —esa que casi quema el WiFi del resort—, algo había cambiado. Algo pequeño, casi imperceptible. Como una grieta en la fachada. Como una duda en mitad del guión.

Por eso, cuando llegó su mensaje, ya sabía que nada iba a salir exactamente como estaba previsto.

El mensaje llegó a las 18:02. Seco. Cortante. De esos que no necesitas leer dos veces para saber que van con doble intención. Y, por desgracia, perfectamente calculado.

> *Nos vemos a las 19. Prepárate para la cita del año.*
> *Y baja el brillo de tus expectativas.*
> *— Bruno*

Lo leí con el ceño fruncido y una ceja arqueada, como si el texto fuera a justificarse solo si lo miraba lo suficiente. No había contexto, ni explicación, ni un miserable emoji que amortiguara el tono. Solo esas líneas, lanzadas como quien tira una bomba de humo con clase.

Y en cuanto lo leí, supe dos cosas con absoluta claridad y una pizca de resignación:

Una: Bruno no iba a ponérmelo fácil.

Dos: el idiota tenía sentido del humor.

Ese tipo de humor afilado, sarcástico, que te saca una carcajada mientras aprietas los dientes… y que, en el fondo, si no estás alerta, se te mete bajo la piel sin pedir permiso.

Y lo peor. Lo imperdonable. Lo que ni mi terapeuta aprobaría: Me estaba empezando a gustar *eso*. Ese tipo. Ese juego.

Suspiré con el dramatismo de quien sabe perfectamente que está a punto de meterse en un lío con patas… y aún así se pinta el eyeliner como si fuera a recibir un Oscar.

Me maquillé como si tuviera una alfombra roja esperando al final del pasillo. Como si los focos me apuntaran desde el techo del resort. Como si un solo trazo mal hecho pudiera decidir el destino de mi orgullo.

Labios nude perfectamente delineados, con ese equilibrio exacto entre "estoy guapa sin esfuerzo" y "me he peleado con cinco productos hasta conseguir este tono". Eyeliner negro con la precisión de un bisturí y la firmeza de quien se ha prometido no llorar esta noche (aunque el delineado esté waterproof, por si acaso). Y la coleta alta.

Ah, la coleta. Pulida, tensa, perfecta, como la cuerda floja sobre la que caminaba últimamente. El look gritaba *effortless cool girl*, pero llevaba encima más trabajo que un vídeo viral de manualidades.

Cuando terminé de alisar el último mechón rebelde y rociar la tercera capa de laca —no por seguridad, sino por supervivencia emocional— me miré al espejo y solté un suspiro.

No porque estuviera nerviosa. No. Era algo peor. Estaba *expectante*. Y eso, en mi historial amoroso, solía ser la antesala del desastre.

A las 19:01 bajé por el hall del resort como si estuviera a punto de firmar un tratado de paz internacional. Tacones firmes, mentón en alto, mirada de "aquí no ha pasado nada" bien ensayada. La escena

era tan cinematográfica que casi esperé que se abrieran las puertas automáticamente, acompañadas por una ráfaga de aire dramático. No ocurrió, pero yo ya iba en modo épico.

Y entonces lo vi. Bruno. Apoyado en una moto como si la hubiera parido él mismo. No una moto cualquiera, por supuesto. Alquilada, sí, pero posando sobre ella como si fuera una extensión de su ego y no un vehículo con seguro a terceros.

Camiseta gris —ajustada sin ser evidente, de esas que hacen que las clavículas digan "hola"—, vaqueros oscuros, postura relajada y esa sonrisa… Esa sonrisa que no necesita anunciarse. Esa que no pide permiso. Esa que dice: *sé que me estás mirando, y me gusta*. La de "vamos, Elena, baja de tu pedestal y atrévete a jugar conmigo a este teatro improvisado".

Tuve que activar toda mi fuerza de voluntad para no rodar los ojos. O, peor aún, morderme el labio. No por nervios. Sino porque su presencia tenía ese efecto químico indeseable: alterarme el pH emocional y desconfigurarme la ironía de defensa personal.

—¿Lista? —preguntó, con ese tono suyo, ligero y criminalmente atractivo, que debería venir con advertencia: *Puede provocar decisiones impulsivas en mujeres con historial de dramas sentimentales*.

Lo miré de arriba abajo. Sin prisa. Como quien escanea una obra de arte contemporáneo que no sabe si ama o detesta. Luego, a la moto. Después, a él otra vez. Con pausa. Con juicio.

—Depende —dije, cruzándome de brazos como si llevara una armadura invisible—. ¿Vamos a cenar… o me vas a secuestrar y llevar a una nave industrial decorada con luces de neón recicladas de una discoteca de los noventa?

Bruno sonrió. No de esas sonrisas que estallan. No. Fue una que se instala. Que se acomoda como en casa. Que se queda. Peligrosa en su calma.

—Me encanta tu optimismo —respondió mientras me tendía un casco con una reverencia teatral, como si me ofreciera una invitación a la ópera y no a una cita que probablemente iba a poner a prueba mi paciencia y mi equilibrio mental—. Pero no te hagas muchas ilusiones. Esta cita no tiene menú degustación ni pianista con smoking. Lo más sofisticado que verás esta noche soy yo.

—Genial —dije, encajando el casco con más actitud que gracia—. Entonces estamos en la misma página. La de "intento sobrevivir al caos que he creado sin romperme las uñas en el proceso".

Subí a la moto con esa mezcla inconfesable de adrenalina, escepticismo y un poquito —solo un poquito, lo justo para no asustarme— de emoción que no quería nombrar.

Ni una palabra más.

Pero la tensión… esa sí se montó con nosotros. Sin casco. Sin cinturón. A lo loco. Como todo lo que empezaba a pasar entre nosotros.

Veintitrés minutos, dos frenazos sospechosos, y un volantazo que casi me convierte en meme, después… aparcamos frente a **El Loro Verde.**

Frente a mí, un bar que parecía haber salido de una película sobre la España profunda… rodada con bajo presupuesto y nulo sentido del color. Luces fluorescentes parpadeando como si estuvieran en crisis existencial. Un letrero descolorido que prometía "**BINGO LOS JUEVES**" con entusiasmo pasivo-agresivo. Y sillas de plástico blanco con más años y cicatrices que mis relaciones sentimentales.

Ni verde. Ni loro. Ni rastro de glamour.

El Loro Verde. *Tu peor cita desde 2004.*

Bajé de la moto con cuidado, tratando de no mancharme el vestido… que, por cierto, había nacido para una terraza con jazz, no para un local que olía a fritura y nostalgia.

—¿Esto es una broma? —pregunté, bajando la visera del casco como si fuera un visir medieval a punto de entrar en batalla.

Bruno se bajó de la moto como si acabara de aparcar un descapotable en Saint-Tropez. Cómodo. Tranquilo. Orgulloso.

—Esto —dijo, guiñándome un ojo con esa seguridad suya de anuncio de perfume barato— es autenticidad, influencer. A ver cómo conviertes esto en París… con filtro.

—¿Sabes que soy capaz de hacer que parezca Brooklyn con tres ajustes y una luz de mechero, verdad?

—Y yo soy capaz de comer tres croquetas congeladas sin remordimiento. Ambos tenemos talentos.

Entramos.

Y si fuera una escena de película, ahí es donde sonaría un violín desafinado.

La puerta chirrió. Literalmente. El suelo pegaba. La barra estaba decorada con adhesivos de cerveza y fotos de gente que claramente no consentía estar en Instagram. Una televisión colgaba en la esquina emitiendo una telenovela turca con subtítulos en español mal sincronizados. Y en una esquina, una pareja de jubilados jugaba al dominó con la intensidad de una final olímpica.

Me giré hacia él.

—Te odio un poco más.

—Sólo un poco. Eso ya es progreso.

Bruno pidió dos cañas y un combo de croquetas "de las buenas, las del fondo del congelador".

Yo me senté en una mesa coja que coqueteaba con el derrumbe, junto a una pared decorada con un calendario de 2017 y una servilleta pegada que decía "Pide fiado y perderás un amigo".

Observé mi reflejo en el salero de metal. Desubicada. Impecable. Y ligeramente fascinada.

El bar olía a papas bravas, cerveza del día anterior y desinfectante con aspiraciones a la colonia de abuela. Un cóctel aromático que pegaba fuerte, pero no mataba. Casi lo agradecí. Me mantenía alerta.

En una esquina, una televisión colgaba de la pared, emitiendo un programa de caza con música dramática de fondo, como si un jabalí estuviera a punto de cambiar el rumbo de la humanidad. Y junto a la ventana, una pareja mayor jugaba al dominó con una concentración digna de campeonato mundial. Se escuchaban los golpecitos de las fichas sobre la mesa de plástico como metrónomos de una vida mucho más tranquila que la mía.

Bruno fue directo a la barra. Pidió dos cañas y, con la autoridad de quien ha sobrevivido a muchos menús del día, solicitó un combo de croquetas "de las buenas, las congeladas". El camarero le guiñó un ojo. Sospechosamente cómplice. Yo preferí no preguntar más.

Busqué una mesa que no estuviera cojeando ni brillando de grasa vieja. Fracasé.

Acabé sentada en una pegajosa, junto a una pared que presumía de arte urbano en forma de anuncios de clases de zumba y un corazón grabado a cuchillo: "P + M 2004". Una historia de amor… o de vandalismo sentimental.

Miré a Bruno cuando volvió con las bebidas.

—¿Puedo preguntar qué parte de todo esto te parece remotamente romántica?

Dejó las cañas sobre la mesa con cuidado, como si fueran copas de cristal y no vasos que venían con el logo de una cerveza de gasolinera.

—La sorpresa —respondió—. O quizás la cara que estás poniendo. Tiene potencial para ser meme.

—Me vas a costar seguidores.

—Y tú a mí, paciencia. Así que estamos en paz.

Le lancé una mirada de advertencia, pero no pude evitarlo.

Sonreí. Involuntariamente. Peligrosamente.

Y entonces… llegó la foto.

Bruno se inclinó hacia mí con el móvil en la mano y una expresión que, de entrada, ya me ponía a la defensiva. Una ceja ligeramente levantada, esa medio sonrisa suya que siempre parece estar al borde de una travesura, y un tono de voz tan suave como provocador.

—No te muevas —dijo, bajito, como si estuviera pidiéndome un secreto y no una pose—. Tienes buena luz. Y cara de estar arrepintiéndote de todas tus decisiones de los últimos seis meses. Es mi ángulo favorito.

Iba a replicar. A mandarlo a freír croquetas —literalmente—. Pero no me dio tiempo. *Click.*

Un disparo rápido. Natural. Casi íntimo. Yo, de perfil, con la mirada perdida entre la caña y mi dignidad. Él, sujetando la suya con aire ceremonioso, como si fuera un sommelier que acabara de descubrir una joya líquida entre frituras y manteles pegajosos. La luz —esa especie de fluorescente moribundo que pendía del techo con la resignación de quien ha visto demasiadas noches malas— caía sobre nosotros como si alguien hubiera decidido que El Loro Verde merecía un momento cinematográfico.

El encuadre era accidentalmente perfecto. El enfoque, justo. El resultado… casi bonito. Con ayuda de mi app de edición —que obra milagros con filtros que no parecen filtros y brillos que fingen ser naturales— convertí ese rincón con olor a fritanga en algo que, con mucha imaginación y un poco de blur, se parecía a una taberna indie de Lisboa. Una de esas con encanto vintage y pretensiones artísticas. Nadie sabría nunca que a un metro había un ventilador colgando con alambres y una pareja discutiendo por un cartón de bingo.

No lo pensé demasiado. Ni siquiera respiré del todo. Solo lo hice. *Publicar.*

Pie de foto:

"No todo lo bonito tiene que ser perfecto. #Couple #BarConEncanto #EstiloSinFiltro"

Lo vi desde su móvil segundos después. Bruno la abrió. La contempló. Y soltó una carcajada breve, seca, pero sincera. De esas que no buscan herir ni impresionar. Solo salir.

—Has convertido El Loro Verde en un bistró de autor —murmuró, sacudiendo la cabeza como si no supiera si aplaudirme o pedirme que le enseñe—. Me das miedo.

—Tú me das tráfico en redes —repliqué, alzando una ceja—.
Supongo que estamos empatados.

Él volvió a mirar la foto. Esta vez más lento. Más atento. Y ahí pasó algo. No lo puedo explicar con precisión, pero lo vi. Ya no era esa mirada suya cargada de ironía o de guerra abierta. Era otra. Pausada. Curiosa. Como si me estuviera viendo por primera vez sin necesidad de una pulla en la boca.

Y entonces se hizo ese silencio. No el incómodo. No el que pide cambio de tema o risas nerviosas. El otro. El que pesa. El que flota. El que transforma una mesa de bar en un escenario de algo que aún no sabes si quieres que pase… o que te da miedo que pase.

Nuestros pies, debajo de la mesa, se rozaron. Apenas un milisegundo. Un contacto accidental, podrías decir. Pero ninguno de los dos se movió. El mío se quedó quieto. Y el suyo… también. No hubo retirada. Ni excusa. Solo ese roce, cálido y silencioso, que duró más de lo políticamente correcto para un trato de mentira.

Bajé la mirada antes de que mi cara empezara a contar verdades sin que yo le diera permiso. Bruno no dijo nada. No bromeó. No se burló. Y eso… eso fue lo que más me desconcertó.

La cerveza, contra todo pronóstico, me supo mejor de lo que debía. Las croquetas seguían siendo un atentado al paladar y a la seguridad alimentaria. Y sin embargo, esa noche… funcionó.

Funcionó el escenario decadente. Funcionó el chiste compartido. Funcionó el silencio.

Funcionó fingir que todo esto era solo una estrategia estética. Una pantomima digital. Un show perfectamente controlado.

Y fue justo ahí, entre una sonrisa no ensayada y un pie que no se retiró, cuando entendí que empezaba a doler un poco la idea de que todo esto… fuera mentira.

El regreso fue más silencioso de lo previsto. La moto rugía bajo nosotros como una excusa ruidosa, como un telón sonoro que intentaba ocultar todo lo que había quedado flotando en el aire entre nosotros. Pero no bastaba. Porque había un algo. Un algo sin nombre, pero con forma. Tibia. Incómoda. Demasiado presente.

El aire cálido de la noche me despeinaba los pensamientos, y Bruno… simplemente conducía. Ni sarcasmos. Ni pullas. Ni una de sus frases ensayadas con aroma a provocación. Solo ese tipo de calma inesperada que aparece cuando todo sigue igual por fuera, pero por dentro… ya no.

Apreté los brazos contra mi cuerpo. No por frío. Sino por pura contención. Porque si no me sujetaba, quizás soltaba algo. Una pregunta. Una confesión. Un "me estoy confundiendo" que aún no estaba lista para pronunciar, pero que ya empezaba a latir por dentro.

Él tampoco dijo nada. Pero lo noté. Lo noté en la forma en que sus hombros ya no estaban tensos. En cómo bajaba la velocidad en cada curva, como si el silencio que nos envolvía fuera frágil y no quisiera romperlo. En cómo, de pronto, ya no era indiferencia lo que respirábamos, sino una especie de expectación tranquila… como si los dos supiéramos que algo estaba cambiando, pero no nos atreviéramos a tocarlo aún.

Frenó suavemente frente al resort. Ni una palabra. Me quitó el casco con un gesto lento, cuidadoso. Demasiado delicado para su personaje de piloto sarcástico con alma de tormenta. Me lo entregó como quien devuelve algo importante. Como quien sabe que, después de esto, ya no hay vuelta atrás tan fácil.

Y ahí estábamos otra vez. Frente a frente. Ya no los mismos idiotas que se conocieron a golpe de cloro. Ya no los mismos que se juraron sarcasmos a la cara. Ahora había algo nuevo. Más cargado. Más consciente.

—Gracias por… el bar —murmuré, sin mirarlo del todo, como si temiera que el contacto visual lo convirtiera en verdad.

—Gracias por… sobrevivir al bar sin publicar una denuncia estética —respondió él, con una media sonrisa que, por primera vez, no estaba hecha solo de burla. Era más suave. Más suya. Más de alguien que estaba empezando a importarme sin que yo le hubiera dado permiso.

Solté una risa. Baja. Sincera. De esas que salen cuando el cuerpo se relaja un segundo y olvida que está actuando. De las que asustan un poco porque no están ensayadas… y, aun así, se sienten demasiado bien.

—¿Esto va a funcionar? —pregunté. No a él. A la noche. Al universo. A mí.

Bruno se encogió de hombros. No por desinterés. Sino con esa honestidad suya que aparecía cuando menos lo esperabas.

—No lo sé —respondió—. Pero al menos no es aburrido.

Asentí. Y por un segundo que pareció eterno, ninguno de los dos se movió. Nos quedamos ahí, como si el tiempo se hubiera detenido para ver qué hacíamos. Como si el universo entero aguantara la respiración junto a nosotros.

Y entonces… el teléfono vibró.

Una única vibración. Precisa. Intempestiva. Como un aviso del karma recordándome que las historias falsas también pueden doler de verdad.

Saqué el móvil con ese gesto que ya conocía demasiado bien: el de la que espera malas noticias y aún así las lee. Pantalla encendida. Nombre maldito. Lucas.

"Veo que te has recuperado rápido. Qué predecible.
Espero que al menos el piloto sea mejor en la cama que en la piscina."

El corazón me dio un vuelco seco. No de esos que te suben mariposas. De los otros. De los que pinchan. De los que arrastran todo lo que acabas de construir con delicadeza y lo tiran al suelo como un jarrón caro mal colocado.

La sonrisa que aún flotaba en mis labios se evaporó sin avisar. La noche se volvió más fría de repente. Todo lo que había entre Bruno y yo —ese algo sin nombre que venía creciendo— se rompió. No con un estruendo. Sino con un susurro. Como si el cristal se hubiera rajado por dentro.

Bruno me miró. No dijo nada. Pero lo notó. Por supuesto que lo notó. Porque los hombres como él saben leer tormentas antes de que llueva.

—¿Todo bien? —preguntó, con voz baja, sin apretar, como si me dejara el espacio para mentir.

Y mentí. Porque era más fácil. Porque me dolía. Porque no sabía cómo gestionar lo que esa notificación me había movido por dentro.

—Sí. Todo genial.

Guardé el móvil como si quemara. Como si no fuera una simple pantalla, sino un detonador. Una bomba de recuerdos. Un interruptor de inseguridades que aún tenían demasiado poder sobre mí.

El silencio que se instaló después no era incómodo. Pero pesaba. Como un abrigo de plomo en pleno verano. Se te metía en la espalda. Se colaba entre las costillas.

Bruno no insistió. Y yo me odié un poco por no decir la verdad. Pero me odié más aún por dejar que un mensaje suyo me afectara tanto.

Le di la espalda. Entré al resort. Con la dignidad resbalando por los talones y un nudo en la garganta que ni el mejor postre podría deshacer.

Esto ya no era una estrategia. Ni una historia inventada para distraer al algoritmo. Ni una simple cura estética para un corazón en crisis. Esto… era personal. Y en algún punto, sin darme cuenta, había dejado de jugar.

Subí a la habitación sin decir palabra. Me quité los zapatos. El vestido. El maquillaje. Todo lo que podía quitarme sin que doliera.

Todo… menos el mensaje. Que seguía ahí. Pegado a la piel como un perfume caro y tóxico. Invisible. Pero persistente.

Me senté al borde de la cama, con las piernas colgando y el móvil temblando aún en la mesita, como si supiera que tenía más poder del que merecía. Me miré en el espejo.

Y por primera vez en mucho tiempo… no supe si lo que veía era verdad o solo otra pose bien editada.

6
El brunch, los nervios y un vestido que no perdona

Nunca subestimes el poder destructivo de una cita familiar en un resort. En serio. Ni el jet lag, ni los vídeos virales con tu cara en primer plano, ni siquiera la resaca emocional de un ex pasivo-agresivo tienen el potencial de demolerte tan eficientemente como conocer a la familia de un casi-desconocido mientras vas vestida como una mezcla entre florero vintage, señora que vende aceites esenciales por catálogo y profeta de las buenas vibras que lee horóscopos desde una terraza con buganvillas.

Había dormido poco. Mal. Con esa clase de duermevela que no repara, sino que reorganiza el caos para que duela más bonito. Me desperté con las pestañas pegadas, la dignidad en estado vegetativo y la sensación —cada vez más insistente— de que el universo se había levantado especialmente irónico y me había apuntado con su dedo cósmico para decirme: "Hoy te vas a ganar cada gota de sudor emocional, influencer. Y sin filtro de belleza".

Frente al espejo, el vestido mostaza no solo seguía ahí, sino que parecía haber evolucionado a su versión final, como un Pokémon del mal gusto. Las hombreras, gigantes. Gigantes a nivel "me falta poco para planear desde la azotea". El bordado de "Sonríe, Dios te ama" parecía haberse vuelto consciente y me hablaba con tono de burla pasivo-agresiva. Juro que parpadeaba.

Intenté respirar. Canalizar a esa parte de mí que había superado haters, campañas canceladas y rupturas en prime time. Esa Elena estratégica, blindada, imperturbable. Pero lo único que me salió fue una mueca de "me visto con ironía porque si no lloro" y un suspiro de esos que levantan las cortinas.

Me repetí, como un mantra en bucle defectuoso, que esto era una prueba. Un test kármico de nivel avanzado. La última pantalla del videojuego de la autoestima. Salir al mundo con este look y

pretender que estaba en paz con él. Que lo había elegido. Que tenía intención estética.

Estaba al borde de una crisis de identidad con hombreras, y el brunch aún no había empezado.

Cuando bajé al restaurante del resort, lo primero que sentí fue el instinto irracional de girarme y subir corriendo de nuevo por las escaleras. Fingir un esguince. Una amnesia selectiva. Una llamada urgente de mi terapeuta imaginaria diciendo: "Esto no es buena idea, Elena. Vuelve a la cama y abraza el brunch en soledad".

Pero ahí estaba él. Bruno.

Apoyado junto a una columna, como si fuera parte del mobiliario pero con actitud de protagonista. Camiseta negra, de esas que se adhieren lo justo y sugieren más de lo que enseñan, jeans oscuros, el reloj marcando una puntualidad insultante y las gafas de sol en la cabeza con esa seguridad tan suya, como si el sol también tuviera que pedirle permiso para deslumbrarlo.

Parecía sacado de un catálogo de "rebeldes con encanto y traumas por resolver". Un anuncio de colonia con olor a ego y fondo de guitarra eléctrica. Y lo peor es que sabía que lo sabía.

Yo, por mi parte, me sentía como una postal sacada de misa dominical en 1987. Mostaza, bordado espiritual, hombreras con complejo de defensa aérea, y una cara que decía: "Estoy fingiendo control, pero en realidad me vendría bien un trago y una excusa para huir".

Bruno me miró con esa media sonrisa suya, esa que no pide permiso, que se instala, que tiene la desfachatez de ser encantadora incluso cuando debería molestar. Bajó la vista un segundo —al vestido, por supuesto— y cuando volvió a subir la mirada, lo hizo con la sorna perfectamente calibrada.

—No está mal —dijo, con tono de experto en sarcasmo emocional—. Podrías salir en un anuncio de mermeladas artesanales. De esos en

los que las abuelas te dan consejos de vida mientras remueven frambuesas con sabiduría ancestral.

—Y tú pareces el chico malo del coro parroquial. El que fuma a escondidas detrás de la sacristía y rompe corazones en las excursiones al campo. Vamos, que hacemos buen combo —repliqué, sin disimular la pulla ni el peso de las hombreras.

Él soltó una risa breve, de esas que no hacen ruido pero calientan el aire. Se giró sin responder, como si supiera que ya me había ganado una mueca de esas que no son una sonrisa, pero casi.

Y entonces lo sentí.

Ese nudo en el estómago. No miedo. Tampoco mariposas.

Era otra cosa. Una mezcla incómoda de "aquí vamos" con "ojalá tuviera un plan de huida que no incluyera fingir un desmayo junto a la fuente de frutas tropicales".

Tragué saliva. Y di un paso al frente. Porque el brunch me esperaba. Y también su familia. Y, lo peor de todo: la posibilidad muy real de que este juego empezara a parecer demasiado verdad.

Allí estaban. La familia. La mesa del brunch, sí, pero también la prueba definitiva de que el universo tiene sentido del humor… y es cabrón.

La hermana menor —influencer en potencia y probablemente con una carpeta secreta llena de edits de Bruno en Pinterest— lucía un look cuidadosamente desaliñado, como si acabara de despertar así después de soñar con algoritmos. Los padres… bueno. Eran esa clase de pareja que parece salida de un catálogo de muebles nórdicos: blancos, estilizados, con el tipo de elegancia que solo se consigue tras años de yoga, ayuno intermitente y matrimonios sin escándalos públicos. Y luego estaba ella. La abuela. Sentada al fondo. Clavándome una mirada con la intensidad de quien huele el drama antes de que el drama sepa que ha llegado. Una mirada que

decía sin hablar: "Esta chica me huele a problemas. Y a buen iluminador".

—Ella es Elena —anunció Bruno con la soltura de quien presenta a su perro rescatado y espera aplausos por la adopción.

Yo, por mi parte, sonreí con toda la tensión facial que mi mandíbula contracturada me permitía. El vestido me picaba. Los zapatos me apretaban. Y la nuca… la nuca era una sinfonía de nudos. No sabía qué dolía más: el juicio silencioso o las ganas de salir corriendo hasta el primer chiringuito y ahogarme en sangría.

—Encantada —dije, deseando tener en la mano una copa de vino blanco o, en su defecto, un botón de escape directo a otra dimensión.

Y entonces, ocurrió. La hermana. La criatura del hype.

Saltó de su asiento como si acabara de ver a Taylor Swift pedirle fuego en una verbena.

—OMGGGG. Eres tú. La Elena. *La* Elena. Te sigo desde antes del drama del dinosaurio. Te juro que mi rutina facial es tuya, mis frases del espejo son tuyas, y mi ex aún se ríe cuando intento hacer tus afirmaciones positivas en voz alta. ¿Puedes firmarme el brazo? ¿O la cara? ¿O algo que pueda tatuarme luego?

Sonreí. O lo intenté. Lo que salió fue una mueca amable con tintes de "estoy atrapada en un sketch de SNL sin guion". Quise reírme de verdad, lo juro. Pero mi sistema nervioso estaba demasiado ocupado sobreviviendo al fuego cruzado entre las cejas del padre —que parecían estar calculando mis intenciones— y la mirada analítica de la madre, que sin decir una sola palabra ya había evaluado mi peinado, mis cutículas y probablemente mis traumas infantiles.

Y mientras tanto, Bruno.

Ay, Bruno.

Sentado con la expresión satisfecha de un espectador premium en primera fila. Sin mover un músculo. Sin necesidad de decir nada. Observando como quien ha soltado una bomba emocional en la sala y se relame con la onda expansiva.

Su sonrisa era mínima, casi imperceptible… pero estaba ahí. Colgada de la comisura de sus labios, como quien colecciona momentos incómodos y los guarda en un álbum privado titulado: "Cosas que hacen que Elena quiera matarme".

Y lo peor es que, en ese instante exacto, lo supe. Se lo estaba pasando demasiado bien. Y yo… estaba cayendo. De lleno.

La condición era sencilla. Una videollamada y un encuentro con su hermana, la fan incondicional que había visto todos mis tutoriales de skincare y podía recitar mis frases motivacionales mejor que yo. Eso era todo lo que Bruno había pedido a cambio. Y ahora aquí estaba. Rodeada de una familia de catálogo y de una abuela con el radar emocional de un oráculo.

Durante el brunch, la conversación fue una montaña rusa emocional sin arnés. Oscilaba con la misma naturalidad con la que se sirve café frío en una boda incómoda: sin previo aviso, sin filtro y con peligro de salpicaduras. Pasaban del veganismo militante al precio del aguacate como si hablaran del tiempo, y de ahí, sin escalas, a preguntas tan indiscretas que habrían hecho sonrojar a un polígrafo.

La madre, por ejemplo, quiso saber "qué se sentía viviendo de likes" mientras removía su té con esa cara neutra que solo las mujeres con dos másteres y un matrimonio intacto pueden sostener. El padre, en cambio, soltaba comentarios sobre "el mundo digital" como si estuviera hablando de un planeta exótico donde la gente solo se comunica con gifs y nadie sabe planchar una camisa. Y entre bocado y bocado, las anécdotas familiares volaban por la mesa con precisión quirúrgica: todas terminaban con Bruno como el travieso encantador, el niño terrible con aura de anuncio de whisky caro. El rebelde perfecto.

Y yo… asentía.

Sonreía con los dientes, no con el alma, mientras por dentro hacía estiramientos mentales, yoga emocional y ejercicios de respiración que habría firmado cualquier gurú de TikTok. Inhalar. No matar. Exhalar. No llorar. Repetir.

Y entonces, sin previo aviso, sin dramatismo ni música de fondo, la abuela —esa figura muda que había observado toda la escena como una jueza con años de experiencia y vista láser— levantó la vista de su plato, cruzó las manos sobre el mantel con solemnidad… y disparó.

—No te pareces a las chicas anteriores. Eso es bueno.

Silencio. El tipo de silencio que no se construye. Que se impone. Que cae sobre la mesa como un mantel nuevo que nadie pidió, pero todos saben que hay que aceptar.

Bruno escupió una pequeña explosión de zumo de naranja. Muy poco elegante. Extremadamente revelador. Su cara se descompuso en tiempo real, como si alguien le hubiera revelado un spoiler de su propia vida. Yo, en cambio, me quedé paralizada un segundo. Parpadee. Dos veces. Una por cada ex con el que acababan de compararme sin mencionar sus nombres.

Y después, algo raro ocurrió. Me reí. De verdad. No una risita tensa, ni una carcajada educada. Me reí con el diafragma. Con los ojos. Con todo eso que se activa cuando el cuerpo se rinde a lo inesperado.

Había algo profundamente liberador en la escena. Quizá era la abuela con su filtro roto y su radar para la autenticidad. Quizá era el rostro de Bruno, rojo, entre avergonzado y fascinado. O quizás era el simple hecho de estar rodeada de personas que no fingían, que decían lo que pensaban sin pedir permiso ni envoltorios de cortesía. Personas imperfectas, con opiniones afiladas, que no esperaban que

una influencer tuviera respuestas, solo buena educación y pan sin gluten.

Y ahí, en medio del caos emocional, entre las tostadas semi quemadas y el zumo de naranja que sabía a infancia sin traumas, algo dentro de mí se soltó. No era amor. Tampoco certeza. Era otra cosa.

Quizás confianza. Quizás la sensación de estar cayendo… y no querer agarrarse a nada. O, tal vez, una simple tregua entre lo que fui y lo que estoy aprendiendo a ser.

Pero bastó.

Bastó para que por un momento dejara de pensar en los likes, en los memes, en el vestido mostaza con hombreras de mártir contemporánea. Bastó para creer que, si sobrevivía a esa familia, podía sobrevivir a casi cualquier cosa.

Y sí. Tal vez aún no sabía si todo esto era una farsa… pero por primera vez, no me importó tanto.

Incluso vestida de motivación con patas, sobreviví al brunch. Y eso, querida mía… ya era una victoria.

7
Spoiler: me temblaron las rodillas

El resort había organizado una fiesta. De esas con música en directo, cócteles de colores imposibles, farolillos colgando de los árboles y una atmósfera cuidadosamente diseñada para hacerte creer que la vida es ligera, estética y perfectamente compartible en stories.

En teoría, era solo una noche más en el paraíso artificial del turismo emocional. En la práctica… era la excusa perfecta para seguir alimentando la farsa. Una cita sin nombre, sin guion, sin confirmación previa, pero con demasiadas posibilidades de convertirse en algo más que contenido para el feed.

Bruno no dijo que fuéramos juntos. Yo no pregunté si nos veríamos allí. Pero ambos sabíamos que esta noche, bajo esas luces cuidadosamente cálidas, algo iba a pasar. Aunque siguiéramos fingiendo que no.

No suelo ponerme nerviosa por una fiesta.

He posado en alfombras rojas con tacones prestados, sonrisas estudiadas y la certeza de que si me caía, al menos lo haría con buen ángulo. He hecho lives con miles de personas viéndome en bata, moño improvisado y voz de recién despertada, vendiendo naturalidad mientras intentaba recordar si había puesto café o detergente en la taza. Y una vez —una sola, lo juro por mis brochas favoritas— me puse pestañas postizas en el baño de una gasolinera, con más orgullo que pulso, convencida de que la dignidad también puede sujetarse con pegamento en formato tubo.

He hecho el ridículo con elegancia, improvisado con estilo y fingido calma mientras mi vida se incendiaba por dentro y yo sonreía como si estuviera oliendo lavanda.

Y casi siempre, casi siempre, sin temblar.

Pero esa noche, ahí, plantada frente al armario, con la plancha de pelo temblando entre los dedos como si presintiera el drama, y el estómago en modo nudo marinero nivel profesional, temblé.

No por el vestido. Ni por la fiesta. Ni siquiera por el posible ángulo de cámara desde el que algún alma cruel pudiera capturarme con papada y etiqueta mal escrita.

Temblé por él.

Por Bruno.

Y por esa energía densa que había quedado suspendida entre nosotros desde el brunch. No era tensión sexual. O sí. Pero también era otra cosa. Algo más pegajoso. Más silencioso. Como cuando entras en una habitación vacía y, aun así, notas que alguien ha llorado allí.

Era espesa como el aire justo antes de una tormenta: esa mezcla de electricidad invisible y humedad emocional que te eriza la piel sin tocarla. Era tensa como un hilo fino, tirante y obstinado, que amenaza con romperse… pero no lo hace. Cargada de todo lo que no se dijo pero se sintió. De todas esas frases que se quedaron a medio camino entre la garganta y la valentía.

Como una canción antigua que suena sin avisar en un sitio donde no esperabas música. Y justo cuando creías que habías superado el pasado, te arrastra. Y revuelve. Y duele. Y da rabia que aún duela.

Spoiler: me temblaron las rodillas. Y ni el maquillaje a prueba de emociones, ni el sarcasmo envuelto en seguridad emocional de imitación, ni el vestido negro que no gritaba nada pero lo insinuaba todo, pudieron evitarlo.

Lola entró en la habitación sin llamar, como siempre. Ni un toque. Ni un "¿puedo pasar?". Nada. Solo la puerta abriéndose, el sonido de sus chanclas de estar por casa cruzando el umbral, y un yogur de fresa light en la mano, como si fuera una extensión natural de su existencia. Venía con esa actitud imbatible de quien ha presenciado

todas mis catástrofes emocionales —con público, sin público, con luces LED o en penumbra de resaca— y ha sobrevivido a todas sin despeinarse. Literal y figuradamente.

Se quedó en el marco de la puerta, observándome con la cabeza ladeada, como quien analiza una obra de arte… o un experimento social fallido. Tenía una ceja levantada y la cuchara del yogur haciendo círculos lentos, como si eso la ayudara a procesar la visión frente a ella: yo, plantada ante el espejo, con el tirante descolocado, los labios perfilados y el alma en un punto intermedio entre drama clásico y comedia romántica mal guionizada.

—Vale —dijo por fin, en tono clínico—. ¿Este vestido es "me quiero besar con el piloto" o "todo esto es una estrategia de marketing emocional para distraerme de mis emociones reales"?

Tardé medio segundo en responder. Lo justo para colocar el tirante con esa mezcla de pánico silencioso, resignación a medias y una base de maquillaje que había prometido aguantar hasta el apocalipsis… pero que ya empezaba a sudar la gota fría.

—No lo sé —murmuré, con la voz más contenida de lo que me habría gustado—. Pero si sonrío un poco más, me sangran los pómulos.

El vestido era negro. Sin adornos, sin brillos, sin gritos. Y sin embargo… Decía muchas cosas. No a los demás. A mí.

Era ese tipo de vestido que no busca halagos, pero se los gana. Que no pretende impresionar, pero lo consigue. Que no necesita justificar su existencia con lentejuelas ni volantes, porque ya está demasiado ocupado sosteniendo los silencios incómodos y las miradas que se alargan más de lo socialmente permitido. Un vestido que no gritaba, pero susurraba. Y a mí me decía cosas que no estaba lista para oír.

Lola se dejó caer en la cama con la gracia de quien sabe que no tiene que pedir permiso porque lo tiene todo. Siguió comiéndose el

yogur con movimientos pausados, como si estuviera en un cine y yo fuera la película en blanco y negro con final agridulce.

—Vas a parecer tranquila —dijo de pronto, con esa mezcla de sarcasmo y verdad que solo ella podía pronunciar sin que pareciera cruel—. Y eso, Elena, ya es un arma de destrucción emocional masiva. Sobre todo viniendo de ti, que sueles entrar a las cosas como si fueran guerras abiertas… y tú fueras el ejército entero, con tacones.

Me giré apenas, lo justo para verla por el rabillo del ojo. Ella estaba ahí, perfectamente en paz, comiéndose su yogur como si no acabara de lanzarme una frase capaz de hacerme cuestionar todo mi equilibrio emocional.

—¿Y si esto se me está yendo de las manos? —pregunté. Y esta vez no lo disimulé. Ni la duda. Ni el miedo.

Ella me miró. De verdad. Con esa mezcla suya tan característica de cariño sin azúcar y juicio honesto que siempre llega cuando estoy a punto de meterme de lleno en otra novela emocional sin editar. Y con ese brillo en los ojos… Ese que aparece justo cuando sabe, antes que yo, que voy a caer. Y que no pienso admitirlo todavía.

—Elena… La historia de tu vida entera podría titularse "Esto se me está yendo de las manos". Y… no suele mejorar cuando te haces un eyeliner perfecto y decides ignorarlo como si fuera una notificación de spam emocional.

Solté una carcajada bajita. No porque fuera gracioso. Sino porque era verdad. Y cuando Lola tiene razón —que es casi siempre— el único mecanismo de defensa que me queda es reírme antes de que me dé el golpe completo de la lucidez.

Sonreí. Esa sonrisa media, contenida, que no llega a los ojos pero disimula lo justo para engañar al espejo y a mí misma. Porque sí. Tenía razón. Como siempre. Lola tenía ese don molesto de clavar las verdades con cuchara de postre mientras se acaba un yogur. Y ahí

estaba yo, tragándome las suyas sin lactosa, pero con todas las consecuencias emocionales.

Y es que era más fácil fingir. Más fácil levantar el mentón, aplicar otra capa de máscara de pestañas y poner cara de "lo tengo todo bajo control" que sentarme a decirme, sin pestañas postizas ni discursos preparados, que estaba empezando a sentir algo que no estaba previsto. Algo que no había planificado. Algo que no tenía casilla en mi excel emocional. Y lo peor… Algo que no venía con botón de deshacer.

Ni pacto, ni estrategia, ni hashtag que lo justificara. Solo esa sensación molesta, tibia y constante… De que Bruno empezaba a importar más allá del show.

Me puse los pendientes con el mismo cuidado con el que una se ajusta la armadura antes de salir al campo de batalla. No pesaban mucho, pero brillaban lo suficiente como para recordar que seguía siendo yo. Esa yo que sobrevive con tacones y frases bien ensayadas, aunque por dentro se esté desmontando por capítulos.

Respiré hondo. Una vez. Dos. Tres. Como si el oxígeno fuera suficiente para calmar el vértigo que me subía desde el estómago y se instalaba justo detrás del esternón.

Y entonces… salí.

De la habitación. De la duda. Del disfraz emocional de que "esto no es para tanto".

Bajé las escaleras como quien va a la guerra. O, peor, como quien va a enfrentarse a una noche que podría ser real. No de las que se graban en stories. Sino de las que se quedan bajo la piel, y, si no tienes cuidado, también en el corazón.

El jardín del resort ya no era el mismo. Había pasado de escenario turístico de postal con cócteles de colores imposibles, a convertirse

en un rincón suspendido en el tiempo. Una especie de burbuja que alguien —con muy buen gusto y un contrato con Pinterest— había inflado con farolillos, luces cálidas y esa clase de atmósfera que convierte cualquier decisión en algo trascendental.

Los farolillos colgaban de las ramas con la delicadeza de quien no quiere ser protagonista, pero sí espectador privilegiado. Las luces, suaves y perfectamente alineadas, dibujaban con precisión milimétrica el contorno de las mesas, de los cuerpos, del aire entre las personas. Todo tenía ese aire de "esto es especial" que no se puede fingir ni recrear. Una mezcla entre magia organizada y belleza accidental. Como si alguien hubiera soplado sobre el jardín y, sin querer, hubiera esparcido promesas por cada rincón.

Y en medio de todo eso… una pista improvisada sobre el césped. Nada ostentoso. Nada perfecto. Solo espacio. Espacio para que pasara lo que tuviera que pasar. Para que alguien se atreviera a cruzar el umbral del "todavía no" al "puede que sí".

La música era otro personaje más. Silenciosa, elegante, como esas personas que no necesitan llamar la atención para llenar un lugar. Estaba ahí. Acompañando. Sosteniendo lo invisible. Recordándonos, sin decirlo, que a veces hay cosas que solo se entienden con los pies en movimiento y el corazón ligeramente desprotegido.

Avancé entre las mesas como quien atraviesa un decorado que no le pertenece del todo. Los pasos medidos. La espalda recta. La mirada alta. Y por dentro, un desastre coreografiado: el corazón marcando un ritmo propio, torpe y acelerado, el estómago encogido como si supiera que estaba a punto de ser testigo de algo importante, y la piel… lista, alerta, tensa. Como si esperara un contacto.
Una mirada. Un antes y un después.

Me sentía como una actriz secundaria que se ha colado por error en la escena principal. Como una invitada no prevista en un guión que alguien más escribió. Demasiado luz. Demasiado orden. Demasiada

belleza reunida en un solo sitio. Y yo, vestida de noche con nervios en los dedos y el alma medio fuera de sitio.

Y entonces, lo vi. Bruno.

Apoyado junto a la mesa del catering con la misma despreocupación con la que otra persona se apoyaría en la barra de su cocina un martes por la tarde. Copa en mano. Camisa blanca remangada con esa perfección descuidada que solo logran los que no piensan en la ropa. Mandíbula relajada, mirada alerta, cuerpo suelto… y esa actitud suya de "nada me afecta", que últimamente se le resbalaba por las comisuras de la boca y dejaba entrever algo mucho más incómodo: que sí. Que había algo que empezaba a importarle. Y que quizás… ese algo era yo.

Nuestros ojos se encontraron. Y en ese microsegundo —donde nadie más existía— no hubo sonrisa. Ni brindis. Ni palabras.

Solo una mirada larga. Directa. Silenciosa. Una especie de "ahí estás", pero también un "no tengo idea de qué hacer contigo".

Y con eso… yo ya no necesitaba confirmación de nada.

Cuando nuestros ojos se cruzaron, el resto del jardín desapareció por unos segundos. No hubo sonrisa cordial. Ni ese gesto amable de levantar la copa. Tampoco palabras de cortesía.

Solo me miró. Con esa intensidad suya que no grita, pero cala. Como si, de repente, le hubiera estallado en la cabeza una canción lenta y pegajosa, de esas que no has elegido, pero te obligan a sentir cosas que preferías dejar para más tarde. Y en su mirada, lo supe: yo era la melodía. Y él no estaba preparado para bailarla.

Avancé hacia él con todo el autocontrol que me quedaba, esos restos de dignidad que una colecciona como trofeos emocionales. Paso firme. Espalda recta. Corazón a punto de redactar una denuncia por exceso de palpitaciones.

Fingí que no me afectaba. Fingí que podía respirar sin esfuerzo. Fingí que mis dedos no temblaban, que no me sudaban las manos, que el escote del vestido no subía y bajaba con la ansiedad cuidadosamente embotellada en mi pecho.

Fingí que Bruno no era un detonador con sonrisa fácil y sentido del humor afilado. Y fingí —mal— que no me importaba que, técnicamente, no fuera mío.

—Wow —dijo por fin, con esa media sonrisa suya que siempre viene acompañada de una provocación disfrazada de piropo—. Pensé que ibas a venir con otro mensaje bordado.

La ironía me salvó. Como siempre. Me aferré a ella como quien se quita un abrigo incómodo antes de entrar en calor.

—Lo pensé —respondí, mientras ajustaba el tirante del vestido con un gesto casual que ensayé durante años frente al espejo—. Pero decidí que hoy… me apetece ser solo yo.

Bruno alzó la copa con esa elegancia no planeada que solo tienen los hombres que no son conscientes de su magnetismo. O sí lo son, pero fingen que no.

—Brindemos por eso. Aunque confieso que me gustaba tu versión "ama de casa con opiniones fuertes". Tenía carácter. Y personalidad vintage.

Le lancé una mirada ladeada, una de esas que llevan veneno y complicidad en la misma dosis.

—Y a mí tu look "profesor de física que cita a Nietzsche en fiestas y se queda solo en la cocina" —dije, sin pestañear—. Tan intrigante como innecesariamente complejo.

Él rió. No una carcajada. No un bufido burlón. Una de esas risas suaves que apenas hacen ruido, pero que se deslizan por debajo de tu piel y se quedan ahí, anidando entre costillas y recuerdos, como si tu cuerpo —sin consultarte— hubiera decidido abrirle la puerta.

Y ahí, en medio de un jardín lleno de luces que parecían testigos discretos, con copas de cristal y una canción flotando en el aire como una promesa, supe que no iba a ser solo un baile.

Y entonces, sonó.

Una melodía suave, con ese tempo exacto que hace que la piel se te erice antes de que el cerebro tenga tiempo de opinar. No era moderna. No era viral. Era una de esas canciones que no te encuentras en playlists, sino en recuerdos. Un bolero con tintes de jazz, con esa cadencia lenta que te obliga a parar… y sentir. La clase de canción que no se baila para lucirse, sino para confesar —sin palabras— todo lo que te guardaste cuando sí podías hablar.

La pista empezó a llenarse poco a poco. Parejas que se movían como si el resto del mundo hubiera dejado de importar, como si no existiera otra cosa más que sus propios silencios compartidos, su propio compás. Eran burbujas flotantes, pequeñas cápsulas de intimidad que daban vueltas sobre sí mismas, ajenas a las luces, a las miradas, y sobre todo… a nosotros.

Y entonces, él extendió la mano.

Sin dramatismos. Sin discursos. Solo ese gesto, simple y claro, que decía más de lo que cualquier frase elaborada podría haber dicho. Una invitación. Un reto. Una rendición, quizás.

—¿Quieres bailar?

Lo miré. Y no como quien duda. No como quien calcula si sus tacones se lo permitirán o si el peinado aguantará el sudor. Lo miré como quien sabe —desde las entrañas— que decir sí a esa pregunta es mucho más que moverse al ritmo de una canción. Es aceptar que algo ha cambiado. Que algo va a seguir cambiando. Y que quizás… ya no hay vuelta atrás.

Y aun así…

—Sí —dije.

Y supe, sin que hiciera falta otra palabra, que ese baile no iba a ser un simple gesto para alimentar la mentira. No era contenido para redes. No era estrategia emocional. Era una grieta. Una fisura en la fachada cuidadosamente construida. Un desliz voluntario hacia el lugar donde la verdad vive sin permiso. Una confesión en forma de paso lento, de cuerpo cercano, de respiraciones que empiezan a confundirse.

Bruno tomó mi mano.

No con arrogancia. No con esa seguridad suya que a veces huele más a defensa que a certeza. La tomó con una suavidad inesperada. Como si supiera que ese contacto podía hacerme daño. O curarme. Y no estuviera del todo seguro de cuál sería el efecto.

La otra mano fue a mi cintura.

Y no, no fue un movimiento casual. Ni torpe. Ni técnico. Fue justo ahí. En ese punto exacto entre el espacio permitido y el espacio que se desea. Donde se acumulan los nervios, las ganas, los miedos. Y también, el principio de todo lo que podría pasar.

Su palma reposó allí. Segura. Caliente. Y yo… yo no retrocedí.

Porque por mucho que mi cabeza buscara el botón de emergencia, ese que dice "huye antes de que duela", mi cuerpo ya había decidido quedarse. Y seguir el ritmo. Aunque la canción nos llevara a un sitio del que no supiéramos salir.

Nos movimos al ritmo de esa canción como si el tiempo hubiera decidido ralentizarse solo para nosotros. No había urgencia, ni pasos marcados, ni movimientos estudiados. Solo ese vaivén silencioso que no busca impresionar, sino conectar. Mis manos se aferraban a las suyas como si no supieran soltar, como si, en ese momento, el mundo entero se hubiera reducido al espacio exacto entre su pecho y el mío.

El aire que nos envolvía tenía algo distinto. No era solo brisa templada o perfume flotando entre farolillos. Era una tensión suave, casi imperceptible, que se colaba por debajo de la piel y se alojaba en el pecho. Una electricidad tibia. Un secreto compartido sin palabras.

Y entonces, él habló.

—No pareces una influencer ahora —susurró.

Lo dijo con esa voz baja, rasgada por la intimidad, tan cerca que no supe si lo escuché o si lo sentí directamente contra mi piel. Era el tipo de frase que no buscaba halago, sino verdad. Y eso, viniendo de él, me desarmó más que cualquier piropo prefabricado.

—¿Y qué parezco? —pregunté, con una voz que apenas se atrevía a romper el silencio entre nosotros.

Bruno bajó la mirada durante un segundo. No por timidez. Más bien como quien necesita escoger bien lo que va a decir, consciente de que cada palabra pesa cuando ya no hay máscaras.

—Una mujer que se está permitiendo sentir.

Y ahí lo tuve. Ese momento exacto en el que una frase aparentemente simple consigue desarmarte por completo. No sé si fue su tono, su cercanía, o la dolorosa verdad que escondía, pero algo dentro de mí cedió. Como una presa que ya no aguanta más presión. Como un escudo que se agrieta justo cuando más lo necesitas.

No dije nada. No porque no tuviera respuesta, sino porque mi garganta, traicionera, decidió cerrarse con esa mezcla absurda de emoción retenida, orgullo herido y miedo. Miedo a que tuviera razón. A que todo esto no fuera solo una farsa con coreografía, sino el inicio de algo que no sabía manejar.

Seguimos bailando.

Los cuerpos casi juntos, las respiraciones compartidas, el suelo blando bajo los pies. Las luces cálidas colgaban sobre nosotros como estrellas dóciles que habían decidido observarnos en silencio. Todo era tan perfecto que parecía un escenario montado por alguien con buen gusto… y malas intenciones. Porque a veces, lo perfecto también asusta.

—¿Sabes qué es lo más raro de esto? —dijo él, sin mirarme del todo.

Lo dijo al aire, como quien lanza una confesión disfrazada de pregunta sin esperar respuesta.

—¿Qué? —respondí, aun sabiendo que no estaba preparada para lo que venía.

Bruno se detuvo apenas un segundo. No dejó de moverse, pero su cuerpo cambió el ritmo. Como si el corazón se le hubiera adelantado al paso.

—Que quiero que sea real. Y eso no estaba en el plan.

Y fue como si todo lo demás —la música, las luces, las risas de fondo, los manteles blancos, las copas tintineando— se volviera ruido. Mi mente se detuvo. Mi pecho también. Todo se congeló durante un segundo eterno en el que solo existía esa frase. Eso que acababa de soltar con la naturalidad de quien pide un café… y el peso de quien abre una puerta que no sabe si podrá cerrar.

Lo miré. Esta vez sí. No como Elena la influencer. No como la mujer que juega a fingir historias perfectas en Instagram. Lo miré como quien se deja ver por primera vez sin maquillaje emocional. Con la vulnerabilidad desordenada y todas mis capas tambaleándose.

—Tú tampoco estabas en el mío —dije.

Y fue una rendición en toda regla. Una de esas que no llevan bandera blanca, pero que se sienten igual de definitivas.

Bruno sonrió.

Pero no como siempre. No con esa sonrisa torcida y desafiante que usaba para esconder lo que sentía. Esta era distinta. Más pausada. Más limpia. Como si por fin, por primera vez en todo este juego, él también hubiera dejado de fingir.

Como si la mentira ya no alcanzara para cubrir todo lo que empezaba a desbordarse por los bordes.

La canción seguía sonando, pero ya no importaba. La música se volvió un murmullo, el fondo borroso de un primer plano que tenía nombre, piel y respiración compartida. Todo lo demás—las mesas, las risas lejanas, los brindis con cava caliente y las conversaciones decoradas con cordialidad vacía—se desdibujó. Era como si el mundo entero hubiera ajustado el foco para dejarnos solos a él y a mí. Elena y Bruno. Dos farsantes atrapados en una verdad que ya no cabía en el papel que habíamos ensayado.

No hablábamos. No hacíamos bromas. Solo seguíamos bailando, como si cualquier paso fuera una declaración y cualquier roce, una confesión no firmada. Y cuando la canción empezó a apagarse, cuando las notas finales se deslizaron en el aire como si supieran que habían contado todo lo que podían contar… nosotros no nos movimos. No dimos ese paso atrás educado. No dijimos ese "gracias por el baile" que suele cerrar la escena con una cortina de normalidad.

Nos quedamos ahí.

Anclados.

Sosteniéndonos en ese segundo denso, donde el silencio hablaba más que cualquier frase y el cuerpo ya no mentía.

Y fue justo entonces.

Cuando la intimidad alcanzó su punto más delicado. Cuando la verdad amenazaba con salir sin permiso. Cuando la historia falsa empezaba a parecer demasiado real…

Un clic. Un flash. Un destello blanco.

La realidad metiendo la cuchara donde nadie la había invitado.

Un segundo después, lo supe. Lo sentí en el temblor de mi bolso, en la vibración insistente que no venía con un latido, sino con una notificación. Una alerta. Una señal.

Me separé de Bruno con un movimiento casi imperceptible, lo justo para girarme hacia el bolso y buscar el móvil. Lo saqué. Y ahí estaba. La imagen ya estaba publicada. No filtrada. No editada. Sin contexto. Sin defensa.

Una foto robada. Tomada desde algún ángulo lateral. Ni siquiera era buena. Estaba ligeramente desenfocada, con la luz amarilla de los farolillos reventando el contraste. Pero daba igual. Porque ahí estábamos nosotros.

Bailando bajo las estrellas. Mi cabeza apoyada en su hombro. Su mano en mi cintura. Nuestros cuerpos tan juntos que no hacía falta ningún pie de foto. La historia se contaba sola.

Y ese clic—ese maldito clic—había convertido lo íntimo en contenido.

Bruno la vio segundos después, en su propio móvil. No dijo nada. Solo frunció el ceño, le dio un leve giro a la pantalla para confirmarlo… y luego me miró. Directo. Sin palabras. Con esa mezcla de resignación y algo más que no supe descifrar del todo. No aún.

Yo solo podía mirar la foto. Esa imagen que parecía haber sido coreografiada por alguien con mala leche y buen ojo emocional. El instante exacto en el que dejamos de fingir… capturado, compartido y probablemente ya con cientos de likes flotando por ahí como testigos silenciosos.

Me alejé de la pista.

Con el corazón más alto de lo habitual y los pies ligeramente torpes. No por los tacones. Por él. Por lo que acababa de pasar y no sabía

cómo nombrar. Necesitaba aire. No el que huele a jazmín decorativo y césped regado. El otro. El que viene con soledad, silencio y la posibilidad de pensar sin testigos.

Me refugié en un rincón del jardín, junto a unos naranjos falsos con farolillos atados en las ramas y un banco de mimbre que chirriaba con la arrogancia de quien ha presenciado demasiadas confidencias. Me senté. Intenté respirar. Pensar. No en Bruno. No en la foto. No en cómo todo acababa de cambiar. Pero claro, fracasé.

Y justo entonces, apareció Lola.

Con una copa en la mano y esa mirada suya de "vengo a hacerte una pregunta que no quieres responder pero igual te la voy a clavar como un tacón en plena espinilla emocional", Lola se sentó a mi lado. No preguntó si podía. No preguntó nada. Se acomodó como quien tiene una tesis pendiente sobre tu caos y piensa leerla en voz alta.

—¿Y bien? —dijo, cruzando las piernas con la parsimonia de quien ya sabe la respuesta, pero quiere verte sudar dándole forma.

—¿Bien qué? —respondí, fingiendo interés en la decoración hortera de los farolillos, como si estuviera evaluando su origen artesanal y no huyendo activamente de la conversación.

—No te hagas la sueca, que ya nos conocemos. Te he visto bailar con el piloto con más trauma contenido del hemisferio occidental. Y no, no parecía ensayo general para un videoclip de mentira. Parecías tú. La de verdad.

—Era parte del trato —murmuré, aferrándome a la única excusa que ya sonaba hueca hasta en mi cabeza.

—Ajá —asintió, bebiendo con la elegancia desganada de una terapeuta de amigas que ya no cobra por hora—. Y supongo que también es parte del trato que le mires como si acabara de escribirte una canción de amor en código morse. Porque esa cara, querida, no es de estrategia. Es de "si me besa ahora, ya veremos mañana".

Quise responder. De verdad. Pero el rubor se me adelantó como siempre. Rápido. Eficiente. Inoportuno. Mi cara, tan colaboradora para sabotearme como un algoritmo sin piedad, empezó a arder por los pómulos antes de que mi boca decidiera qué versión de la mentira iba a usar.

—Es solo… —empecé, arrastrando las palabras como si fueran equipaje emocional— confusión de roles. Farsa bien ejecutada. Hormonas sin supervisión. Nada grave. Nada nuevo.

Lola asintió otra vez. Pero esta vez fue distinto. No fue un "te entiendo". Fue un "ay, hija…". Un asentimiento con el peso de quien te ha visto repetir la misma coreografía emocional con distintos protagonistas. Como si supiera que está a punto de presenciar otra de mis gloriosas derrotas sentimentales en slow motion.

—Claro —dijo—. Y yo estoy aquí por la bandeja de croquetas, no porque sepa que estás a punto de enamorarte de tu fake boyfriend con camiseta de física y manos que te tocan como si supieran más de ti que tú misma.

La miré. No con enfado. Con esa mezcla de resignación y cariño que solo se reserva para las personas que te conocen tanto, que podrían escribir tu biografía emocional con notas al pie y spoilers incluidos. Ella me devolvió la mirada con esa sonrisa suya que reconforta y revienta a la vez. La que te abraza por dentro mientras te lanza al espejo sin anestesia.

Y entonces, como quien deja caer la última pieza del puzle antes de irse a dormir, se puso en pie. Sostuvo la copa como si fuera un trofeo y bajó la voz apenas lo justo para que doliera más.

—Ahora vete a dormir. O a pensar. O a mirar el techo mientras inventas excusas. Lo que tú quieras. Pero hazlo sin mentirte. Que para eso ya está Instagram.

Y se fue. Con el vestido ondeando detrás y su verdad flotando en el aire como perfume caro y molesto. Me dejó sola. Con la copa en la

mano, el corazón latiendo como si llevara wifi, y la certeza incómoda de que algo acababa de girar dentro de mí. No un sentimiento. No una emoción.

Un eje.

Y supe—con esa claridad que a veces duele más que cualquier beso perdido—que todo lo que había empezado como un juego ya no se sentía como uno.

Me quedé un rato más allí, sentada en ese banco de mimbre que chirriaba cada vez que me movía, como si también él quisiera opinar sobre mi vida amorosa. El jardín se había vaciado casi por completo. Quedaban las luces encendidas, algunas risas lejanas, y ese aire tibio de las noches en las que parece que algo ha cambiado, pero nadie se atreve a ponerle nombre.

Bruno no volvió a aparecer.

Y en parte, lo agradecí.

Porque no sabía qué cara ponerle. No sabía si debía buscarle con los ojos, con la voz, o con alguna excusa que sonara a "no estoy sintiendo nada raro, lo juro". Y tampoco sabía si, de verlo, iba a ser capaz de fingir que todo seguía en el mismo punto que esta mañana.

Recogí el bajo del vestido con una mano, como si ese gesto pudiese contenerme, y volví caminando a la habitación. Paso lento. Espalda recta. Corazón… no tanto.

Lola ya dormía —o fingía dormir, lo cual también era una forma de protegerme—, y el silencio del cuarto era casi hospitalario. Me quité los pendientes con delicadeza quirúrgica. Me deshice el recogido sin mirarme en el espejo. Me limpié el maquillaje como si borrarlo fuera a reconfigurar mis emociones.

Pero nada desapareció.

La sensación seguía ahí. Debajo de la piel. Pegada como un recuerdo reciente y rebelde. Como una promesa que no se dijo, pero que ya empezó a cumplirse sin pedir permiso.

Me tumbé en la cama, con la cabeza girada hacia el balcón. Las luces del jardín seguían encendidas, como si aún hubiera algo que iluminar. Y mientras el ventilador del techo giraba con ritmo de suspiro largo, lo pensé:

Esto iba a doler.

Quizá no hoy. Quizá no mañana. Pero dolería.

Porque cuando algo empieza como una mentira y se convierte en verdad, no hay guion que te prepare para lo que viene después.

Cerré los ojos. Y por primera vez desde que llegué, no supe si quería seguir fingiendo.

O dejar de luchar y dejarlo pasar.

Y en ese instante antes de quedarme dormida, cuando todo es medio sueño y medio confesión, me llegó la imagen de su mano en la mía… y de cómo, por un segundo, me creí la historia.

Aunque fuera solo un baile. Aunque solo hubiéramos bajado la guardia unos pasos. Aunque, por dentro, ya se estuviera cayendo todo.

8
Resaca emocional con tostadas frías

Desperté con esa sensación extraña que no se explica con lógica ni se sacude con una ducha fría. Ese tipo de sensación que no te golpea como un drama televisivo, sino que se cuela despacio, sin hacer ruido, como el calor que queda en la piel después de un baile demasiado lento… o de una verdad demasiado cerca. Era una

mezcla extraña: demasiado intensa para ser solo un sueño, pero demasiado silenciosa para haber sido completamente real. Como si el cuerpo recordara algo que la cabeza aún no se atrevía a revisar. Como si el corazón se hubiera adelantado al guion y ahora estuviera esperando a ver si el resto de mí lo alcanzaba.

El tipo de sensación que no duele, pero inquieta. Que no se grita, pero pesa. Una especie de eco emocional que se queda atrapado justo debajo del esternón, como un perfume ajeno que se adhiere a tu camiseta sin pedir permiso. De esos que no sabes si deberías lavar inmediatamente… o guardar, por si un día necesitas recordarlo.

Parpadeé, como si abrir los ojos de golpe fuera a traerme respuestas. La habitación estaba en calma. Demasiado. De esa calma que no tranquiliza, sino que te prepara. Como si el universo me hubiera regalado cinco minutos de tregua antes de lanzarme el próximo capítulo del caos. Todo seguía donde lo había dejado: la lámpara torcida, la cortina mal corrida, el silencio elocuente que lo envolvía todo. Menos yo. Yo ya no estaba donde me había dejado anoche.

Mi móvil descansaba boca abajo en la mesilla, como si supiera que lo último que necesitaba era verlo brillar. Pero vibraba. Cada pocos segundos. Con esa insistencia pasivo-agresiva de alguien que no solo no olvida lo que hiciste anoche… sino que está dispuesto a recordártelo en bucle hasta que tú también te sientas avergonzada. Una especie de alarma emocional de última generación, sin botón de repetición, sin opción de posponer, sin compasión.

Me quedé mirándolo. Un buen rato. Como se mira a un animal dormido que podría morder si lo despiertas mal. Como si todavía existiera la remota posibilidad de elegir no saber. De dejarlo ahí, sin desbloquear. De quedarme cinco minutos más en ese limbo entre la ignorancia dulce y el colapso inevitable.

Pero claro. Al final lo desbloqueé. Y entonces pasó lo que siempre pasa cuando el universo digital decide que tu vida privada es

contenido: La avalancha.

Notificaciones. Comentarios. Mensajes directos con emojis, teorías y gifs que no había pedido. Historias en las que me habían etiquetado. Memes con mi cara. Montajes con la canción del baile. Gente opinando como si se hubieran leído el contrato ficticio de esta relación que ni siquiera sabíamos cómo definir.

Y lo peor. Lo que ya sabía que iba a encontrar, pero igual dolía. La imagen. Esa imagen. Nosotros. Bruno y yo. Anoche. Él con esa mirada medio incrédula, medio entregada. Yo con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en su hombro como si el mundo se hubiera silenciado solo para que respiráramos en el mismo compás. Una coreografía de mentira que se nos había escapado de las manos… y había terminado pareciendo verdad. O peor aún: siéndolo.

?? "Cuando dos personas fingen tan bien que te hacen creer en el amor otra vez."
?? "No sé si esto es marketing, pero me lo tragué entero."
?? "Ella lo mira como si no supiera que ya se jodió."

Leí los comentarios como quien mete el dedo en una herida abierta solo para comprobar si sigue doliendo.

Duele. Aunque lo disimules con emojis. Aunque tu maquillaje siga intacto. Aunque finjas que todo forma parte de un guion que tú misma escribiste.

Al principio creí que era la típica viralidad de siempre. Esa que se alimenta de ilusiones ajenas, de proyecciones emocionales hechas por desconocidos con exceso de wifi y falta de terapia. Gente buscando señales de amor donde solo había una coreografía improvisada y un par de ojos que no sabían mirar sin tocar.

Pero entonces lo vi. Entre las notificaciones. Ahí. Justo donde no quería. Lucas. Mi ex. Mi error. Mi recordatorio constante de por qué el sarcasmo se convirtió en mi idioma materno.

Un solo comentario. Sin contexto. Sin saludo. Sin palabra. Solo dos emojis. 🔥 ?? Fuego. Y un dinosaurio.

Bingo.

No necesitaba nada más. El subtexto era tan nítido que casi podía oír su voz en mi cabeza. Ese tono condescendiente, frío, experto en desmontarme con frases de dos sílabas. Ese "te lo dije", disfrazado de sarcasmo. Esa habilidad suya para decir tanto sin decir nada… y aun así herir en el sitio exacto.

Cerré la app. De golpe. Como quien cierra la puerta de un cuarto en llamas sabiendo que el fuego se ha quedado dentro… pero también algo de ti. Me puse las gafas de sol más grandes que encontré, aunque no combinaran con nada —ni con mi cara, ni con mi dignidad en caída libre— y bajé a desayunar con la misma energía con la que se acude a un funeral: disimulando entereza, buscando consuelo líquido en forma de café… y rezando, en silencio, por no cruzarme con la causa de toda esta revolución hormonal que me estaba reescribiendo por dentro.

El comedor del resort olía a café tibio, pan industrial y fruta con vocación de compost. Una sinfonía aromática que no invitaba al desayuno, sino al existencialismo. Había algo profundamente simbólico en ese bufé: como si el universo hubiera decidido servirme en bandeja el resumen visual de mi estado emocional. Todo lo justo para sobrevivir, nada lo bastante bueno como para disfrutar.

Me preparé una tostada que crujía como cartón y sabía… peor. Ni mantequilla, ni confitura, ni esa pizca de esperanza que le pones al primer bocado de un nuevo día. Solo pan plano con textura de arrepentimiento y bordes de resignación.

Elegí una mesa pegada a la pared. Periférica, pero no marginal. Lo bastante apartada para evitar miradas, pero cerca del tráfico humano, por si necesitaba una excusa para fingir que estaba

ocupada. El lugar ideal para quienes quieren desaparecer con estilo. Para quienes desean ser invisibles, pero no del todo. Solo lo suficiente como para respirar sin dar explicaciones.

Saqué el móvil. Lo miré. Lo guardé. Lo volví a sacar.

Sí, estaba en ese bucle. El clásico: "quiero paz mental, pero primero déjame leer quinientas opiniones ajenas sobre mi vida". Y claro que ahí estaba. La foto. Las etiquetas como cuchillos. Los comentarios envueltos en emojis. Los "ay, qué monos" y los "esto huele a estrategia". Los expertos en relaciones inventadas que analizan miradas como si tuvieran doctorado en semiótica emocional aplicada a influencers con traumas no resueltos.

Era agotador. Y adictivo. Como rascarse una costra emocional que aún no sabes si es herida o cicatriz. Cómo buscar tu reflejo en un espejo roto, solo para comprobar en cuántos pedazos te estás viendo hoy.

Y lo peor era que, entre todos esos fragmentos digitales, había uno que no podía dejar de mirar. Nosotros. Bruno y yo. Congelados en ese segundo perfecto que parecía real… porque, quizás, lo fue.

Habían pasado menos de doce horas y ya sentía que el mundo entero tenía una opinión formada sobre una canción lenta, una coreografía improvisada y dos personas atrapadas en un guión que, por primera vez, se les había ido de las manos. Era como si hubiéramos dejado la puerta entreabierta y el universo entero se hubiera colado para opinar sobre algo que ni siquiera nosotros sabíamos nombrar. Como si la intimidad se hubiera vuelto de dominio público… con música de fondo y filtros automáticos.

Suspiré. No uno de esos suspiros bonitos, cinematográficos, llenos de poesía. No. Un suspiro real. Largo, tenso, resignado. El tipo de exhalación que intenta expulsar la confusión por los pulmones como si el aire tuviera el poder de borrar recuerdos o, al menos, de bajarles la intensidad.

Y allí estaba Bruno.

Camiseta gris con arrugas de “me vestí sin pensar”. Pelo revuelto como si se hubiera peleado con la almohada y hubiera perdido. Bandeja en mano, pasos seguros, mirada no tanto. Ese caminar suyo que siempre parece una mezcla entre "vengo en son de paz" y "traigo artillería emocional pesada".

Se acercó a mi mesa sin pedir permiso. Como si el espacio entre nosotros ya no necesitara formalidades. Como si, desde anoche, hubiera dejado de ser "mi espacio" para volverse, de alguna manera, nuestro.

—¿Este asiento está ocupado? —preguntó, justo antes de dejar la bandeja con el sigilo de un francotirador emocional.

—Ahora sí —contesté, sin mirarlo, como quien lanza una piedra al río y finge que no espera el sonido del chapoteo.

En su bandeja: huevos revueltos (ofensivamente perfectos), dos tostadas sin alma, y un cuenco de piña. Piña. ¿Quién demonios desayuna piña después de una noche cargada de tensión emocional, confesiones a medio hacer y bailes que podrían haber cambiado la dirección del mundo?

Un sociópata. O Bruno. O un sociópata que baila bien y sabe cuándo callarse… hasta que no.

—¿No hay “buenos días”? —dijo, en ese tono suyo que se disfraza de ligereza para esconder las preguntas que de verdad importan.

—Ya lo fueron —respondí, mientras untaba mantequilla en la tostada con la misma energía con la que alguien remienda una herida mal cerrada—. Hasta que apareciste.

Él sonrió. Pequeño. Inesperado. De esos gestos que no sabes si te alivian… o te abren otra grieta.

—¿Siempre tan simpática después de una noche en la que casi me declaras tu amor con la mirada?

Levanté los ojos.

—¿Siempre tan narcisista, o es un efecto secundario de desayunar fruta tropical con complejo de superioridad?

Bruno no respondió enseguida. Se limitó a observarme con esa expresión suya que mezcla ironía y vulnerabilidad como si fueran ingredientes secretos de una receta que sólo él domina. Como si estuviera intentando decidir si se reía… o si, por una vez, respondía en serio.

Y justo ahí, justo en ese segundo cargado de subtexto, el aire entre nosotros dejó de oler a café tibio y empezó a oler a problema. A una conversación pendiente. A verdad por decir.

Bruno mantuvo la mirada. No presionó. No insistió. Solo se quedó ahí, quieto, como si supiera que un solo gesto de más podía hacer que yo saliera corriendo… o que me quedara para siempre. Y eso, en su idioma, ya era una declaración.

Yo jugueteé con la cucharilla del café, aunque no había café. Solo un líquido oscuro que sabía a resignación tibia y a excusas no dichas. Era lo único que podía hacer con las manos para evitar que se me escaparan las verdades por la boca. Porque el silencio empezaba a doler más que cualquier confesión a medias.

—¿Y si no puedo? —pregunté, sin mirarlo, como quien lanza una piedra al agua para no ver las ondas que provoca—. ¿Y si no puedo fingir que esto no significa nada… pero tampoco sé qué significa?

El aire se quedó denso. No como una amenaza. Más bien como una pausa larga antes de un salto. Como si el universo hubiera inhalado con nosotros y aún estuviera decidiendo si exhalar o dejarnos sin aliento.

—Entonces —dijo él, en voz baja, pero con una claridad que no dejaba espacio para bromas—, no finjas.

Lo miré.

Y en sus ojos no había sarcasmo, ni juego, ni esa ironía suya que siempre usaba como escudo. Solo había… él. Sin escenografía. Sin música de fondo. Sin personaje.

Solo Bruno.

Y eso fue lo que más me asustó. Que por primera vez, no tuviera donde esconderme.

Por eso desvié la mirada. Por eso volví a fingir interés en mi tostada, ahora fría, ahora incomible. Por eso me mordí el labio hasta casi hacerme daño. Porque decir algo más, mirarlo un segundo más, dejarme caer un poco más… habría sido ceder del todo. Y yo aún no sabía si quería caer o seguir sosteniéndome con las uñas.

Entonces él se inclinó un poco hacia mí. No lo suficiente como para invadir, pero sí para invitar.

—¿Sabes qué es lo peor de todo esto? —murmuró, casi como si hablara para sí—. Que contigo, incluso el caos… me apetece.

Y esa frase, dicha así, en mitad de un desayuno con piña y tostadas condenadas al olvido, me desmontó por dentro.

Porque no era una promesa. Ni una súplica. Ni siquiera una proposición.

Era una verdad. Y a veces, las verdades más simples… son las que más ruido hacen.

Bruno bajó la mirada un segundo, como si acabara de decir algo que no sabía cómo recoger. Luego la subió. Pero no con la misma seguridad de antes.

—No te lo tomes tan a pecho —murmuró—. Solo era una observación…

—Pues aprende a observar en silencio —respondí, clavándole la mirada por encima de mi taza—. O al menos a no hablar como si todo te diera igual, cuando claramente… no.

Y entonces, justo cuando la tensión estaba a punto de desbordarse… entró Lola.

Con una naranja en una mano, unas gafas absurdamente grandes en la cara, y la actitud de quien viene a descomprimir o a incendiar, según le dé.

—¿Ya os habéis besado o seguimos en esta tragicomedia de miraditas y frases que suenan a tráiler emocional?

Bruno alzó las cejas. Yo me atraganté con el café. Literalmente.

—Perdón —tosí—. ¿Tú de qué parte vienes? ¿Del comité de presión psicológica?

—Del buffet —dijo Lola, sentándose a mi lado sin permiso—. Y del lado de los espectadores hartos de tanta tensión sin resolución. Dejad de fingir que esto es solo parte del trato. Si tuviera un euro por cada vez que alguien ha dicho "no es real" y luego ha terminado en la cama…

—¡Lola!

—¿Qué? Solo digo lo que todos estamos viendo.

Bruno sonrió. Esa sonrisa ladeada, descarada, que a mí me descompone. Y que ella, por supuesto, detectó al instante.

—Y tú, piloto —añadió ella, señalándole con la naranja como si fuera un oráculo—, si no quieres perder esta historia por orgullo, empieza a hablar con menos sarcasmo y más intención.

Se levantó. Se fue. Dejando a su paso un silencio nuevo. Menos incómodo. Más honesto. Más peligroso.

Bruno me miró.

—¿Siempre es así?

—No. Hoy está especialmente inspirada.

Y no dijimos nada más. Pero lo que flotaba entre los dos, lo que no se había dicho… ya no era un secreto.

Capítulo 9: Dormir contigo no era el problema. Gustarme, sí.

La piscina del resort estaba casi vacía. Casi. Un par de jubilados tomaban el sol como si estuvieran recargando baterías solares, con sus cuerpos embadurnados en factor 50 y la serenidad de quien ya ha sobrevivido a todo. Una influencer, estratégicamente colocada sobre una tabla de paddle, intentaba mantener el equilibrio mientras simulaba hacer yoga para un vídeo que probablemente terminaría con un filtro y un código de descuento. Y luego estábamos nosotros.

Bruno, apoyado en el borde de la piscina como si fuese su trono improvisado, con esa actitud de quien no necesita permiso para apropiarse del paisaje. Y yo, flotando en un unicornio hinchable que claramente no estaba diseñado para adultos, pero que aún así sostenía mi peso y lo poco que me quedaba de dignidad con admirable lealtad.

—¿Podemos hablar de tu necesidad constante de ocupar todos los espacios? —pregunté, mientras giraba sobre la colchoneta con la misma gracia que una croqueta en una sartén—. Has secuestrado tres hamacas, dos toallas y medio flotador. Literalmente. El otro medio lo tengo yo.

Bruno no se inmutó. Ni un centímetro de su aura se sintió amenazado. Bajó lentamente las gafas de sol hasta la mitad de la nariz y, con una sonrisa tan impertinente como efectiva, respondió:

—No tengo la culpa de que mi energía expansiva necesite territorio. Además, tú estás a punto de declararle amor eterno a ese unicornio. Y no te juzgo. Es el único ser aquí que no intenta llevarte la contraria.

—Es lo único estable en mi vida ahora mismo —repliqué, empujándome con torpeza hacia el centro de la piscina—. Y, a diferencia de ti, no habla. Ni se ríe de mí con esa cara de "soy encantador y lo sabes".

Bruno sonrió. Claro que sí. Siempre lo hacía así. Con esa media sonrisa suya que no era ni ofensiva ni tierna, pero que se colaba por las rendijas exactas de tu paciencia como si lo tuviera ensayado.

—Duele que digas eso. Yo solo estoy aquí para asegurarme de que sobrevives sin aplicar filtros a la realidad.

—Y yo para asegurarme de que alguien, al menos una vez al día, te recuerde que no eres tan gracioso como crees.

Silencio. Pero no de esos que incomodan. Era el tipo de silencio que se instala cuando ya no hay nada urgente que decir y sin embargo todo está a punto de decirse sin palabras. Denso. Cargado. Como si el aire tuviera intención propia.

Un pie suyo rozó el agua, justo junto al mío. Un gesto mínimo. Inocente en apariencia. Pero no fue un accidente. Lo supe por el modo en que no lo apartó. Por la forma en que su silencio se volvió expectante. Por el escalofrío que me cruzó la espalda como si alguien hubiera pulsado el botón de alerta emocional.

—¿Qué harías si ahora mismo me tirara al agua contigo? —preguntó, con ese tono que baila entre la provocación y el deseo disimulado.

No giré la cabeza. No todavía. Pero sonreí. De lado.

—Te demandaría por daños y perjuicios capilares —dije, estirando las piernas dentro del agua con toda la dignidad que me permitía el unicornio inflable—. Y luego…

—¿Luego qué?

Entonces sí. Lo miré. Directo. Firme. Como si no me costara.

—Dependería de si llevas camiseta… o no.

Bruno rió. No como antes. No con sarcasmo ni superioridad. Fue una risa real, profunda, de esas que le nacen en el pecho y le iluminan la cara sin que él se dé cuenta.

Y fue justo en ese momento —cuando la tensión flotaba entre nosotros como otro inflable más en la piscina— que, en algún rincón del resort, una alarma sonó. Un pitido suave. Casi elegante. Seguido por un anuncio en los altavoces sobre condiciones climáticas adversas, reubicación temporal de habitaciones, y medidas de seguridad por tormenta eléctrica inminente.

Pero nosotros no escuchamos nada. Ni una palabra. Porque estábamos demasiado ocupados no besándonos como para prestar atención al mundo real.

El cielo se había encapotado con una eficiencia casi insultante. Como si el universo hubiera pulsado el botón de "drama climático" sin consultarlo conmigo. Y mi paciencia, que ya venía en números rojos desde que Bruno había decidido salpicarme en la piscina "por accidente", se evaporó al mismo ritmo que el sol.

Corrimos por los pasillos resbaladizos del resort, con las toallas en la cabeza a modo de turbante improvisado y esa mezcla de prisa, humedad y dignidad en proceso de extinción que solo se consigue cuando pasas de una fantasía acuática a una evacuación en tiempo récord. Parecíamos los protagonistas de un videoclip tropical… que de repente se había convertido en una película de catástrofes producida por el canal del tiempo.

La recepción estaba abarrotada. Turistas arrastrando maletas como si huyeran de una invasión zombi, niños llorando en cinco tonos distintos, y parejas discutiendo en varios idiomas con esa cadencia universal que tienen las crisis cuando el clima se suma al caos. Y en medio de todo eso, la recepcionista.

Una mujer con sonrisa profesional, pero mirada de "yo en realidad quería ser actriz". Sujeción firme de la tabla de llaves. Ojos de "no me pagan lo suficiente para esto".

—Por favor —dije entre jadeos, al llegar al mostrador como quien alcanza la línea de meta de una carrera sin gloria—. Elena Valverde.

Y él es Bruno… algo. Piloto emocionalmente inestable. Por si ayuda a filtrar opciones.

Ella tecleó con rapidez, como si le fuera la vida en cada pulsación, consultó una lista, y levantó la vista con esa expresión que uno solo ve en médicos cuando dicen "tenemos que hablar".

—Llegáis los últimos —anunció, con el tono exacto de quien está a punto de soltar un giro argumental.

Silencio.

Bruno apoyó los codos en el mostrador, todavía con el pelo mojado y esa expresión de "a ver qué desastre toca ahora".

—¿Y?

—Queda solo una habitación —respondió la recepcionista, con voz neutra y una media sonrisa que no sabía si era compasiva o un intento de sarcasmo laboral encubierto—. Una suite doble. Una cama de matrimonio. Vista al mar. Y ningún otro lugar donde meteros… al menos hasta que pase el temporal.

Y ahí estaba. El destino. Otra vez. Jugando a los dados con nuestra tensión sexual no resuelta.

Bruno soltó una risa baja. De esas que no suenan a diversión real, sino a premonición de caos. Una risa contenida, afilada, como si el universo acabara de regalarle una broma interna de las que solo él podía disfrutar.

—Qué romántico —dijo, con la misma entonación con la que uno comenta un accidente de tráfico leve.

—Esto tiene que ser una broma —solté, al borde de la indignación lógica—. ¿No hay un sofá? ¿Una colchoneta? ¿Un armario con espacio para fingir claustrofobia?

La recepcionista negó con esa amabilidad que duele más que una respuesta seca. Esa sonrisa de "esto me lo explicaron en la

formación, pero no pensé que tendría que ponerlo en práctica".

—Protocolos por temporal—explicó, consultando por última vez la pantalla como si quisiera ofrecer otra alternativa, aunque ya sabía que no existía—. Reubicación inmediata. Habitaciones compartidas. Lo habitual: lluvias repentinas, algoritmos traicioneros… y ahora, convivencia forzosa. Bienvenidos al siglo XXI.

La miré. Y luego lo miré a él.

Bruno ya me estaba mirando. Y durante una fracción de segundo, ni sarcasmo, ni pullas, ni bromas defensivas. Solo una mirada. Y una especie de aceptación muda, resignada, ligeramente curiosa. De esas que no dicen "sí", pero tampoco gritan "no".

Y así, sin necesidad de declararlo, el trato quedó sellado.

La suite era preciosa. Amplia. Luminosa, aunque el cielo encapotado intentara ocultarlo. Muebles de líneas limpias, tonos neutros, ese aire de catálogo caro que grita "todo aquí fue elegido para gustarte sin molestarte". Un ventanal enorme ofrecía una vista directa al mar, que ahora se agitaba como si también estuviera teniendo un ataque emocional.

El problema, sin embargo, no era la habitación.

Era **la cama.**

Una sola. Inmensa. Perfectamente hecha, con sábanas blancas que olían a lavanda y a decisiones que no se habían tomado. Una cama de esas que parece invitar a los cuerpos… y a todas las complicaciones que vienen con ellos. Estaba ahí. Esperando. Como si alguien la hubiera preparado para una luna de miel no solicitada entre dos personas que llevaban días bailando alrededor del precipicio.

Y el silencio, en ese instante, fue lo más elocuente de todo.

—Al menos hay minibar —dije, soltando la toalla sobre la silla más alejada de la cama, como si pudiera marcar territorio con algodón húmedo y dignidad precaria.

—Al menos hay cama —respondió Bruno desde el marco de la puerta, con los brazos cruzados y esa sonrisa tranquila que solo tienen los hombres que no entienden el concepto de "problema compartido".

—No te emociones —espeté, caminando hacia el armario con la cabeza alta y los nervios en ebullición—. Dormirás en el suelo. Como los egos sobrevalorados y los arrepentimientos incómodos.

—Claro —dijo, sin inmutarse—. Justo entre tu ego y tu lista interminable de excusas con estética.

Lo miré. Y no solo con los ojos. Con toda la rabia silenciosa de quien sabe que, aunque no quiera, ya lo está escuchando con más atención de la que debería.

—Te recuerdo que esto sigue siendo parte del trato —le dije, marcando cada palabra como si fueran líneas de contrato—. Una performance. Una mentira pactada. Un teatrillo de utilería emocional.

Bruno avanzó un paso. Solo uno. Pero lo sentí como si el aire se hubiera encogido.

—Pues tu teatrillo anoche se sintió muy real —dijo, con voz suave pero cargada de algo más. Algo que no sabía si quería reconocer.

Silencio. Otra vez. Pero no era uno vacío. Era uno de esos que se quedan vibrando entre dos cuerpos que no se han tocado, pero que llevan horas evitándolo a propósito.

Me quité las chanclas con una rabia milimétrica, de esa que no se grita, pero se nota en la forma en que lanzas el pie. Y justo en ese momento, como si fuera una respuesta no verbal a todo lo anterior, Bruno se quitó la camiseta.

Con naturalidad. Con descaro. Con ese tipo de fluidez que no busca provocar, pero lo hace igual. Y lo peor: lo hizo demasiado cerca. Demasiado torso. Demasiada piel. Demasiada información no solicitada para una habitación que ya estaba sobrecargada de tensión sin resolver.

No dije nada. Porque si hablaba… no iba a ser precisamente con la boca.

—¿Puedes… vestirte como alguien que no quiere problemas? —pregunté, con los ojos clavados en cualquier sitio que no fuera su pecho, su sonrisa o la línea de su clavícula.

—¿Y si soy el problema? —respondió, sin un gramo de vergüenza, como si acabara de hacer una declaración filosófica y no una provocación cuidadosamente lanzada.

—Entonces deja de actuar como si fueras la solución —repliqué, cruzando los brazos sin saber si lo hacía por defensa o para evitar el impulso de hacer exactamente lo contrario.

Él sonrió. No como un idiota. No como un canalla. Sino con esa clase de sonrisa que se te queda pegada en la nuca incluso cuando sale de la habitación.

Y luego se fue al baño. Con paso lento, con la camiseta en la mano y esa calma incendiaria de quien sabe exactamente el efecto que provoca y no tiene ninguna prisa por apagarlo.

Yo me senté en el borde de la cama. Las sábanas estaban impecables. Perfectamente estiradas. Demasiado blancas. Demasiado limpias para todo lo que ya cargaban antes de que nos tumbáramos en ellas.

Aún estaba húmeda por fuera —yo, la toalla, el aire, todo— y aún más revuelta por dentro.

El corazón. El orgullo. Las ideas. Todo en mí parecía haber entrado en estado de emergencia emocional.

Pensé en lo irónico que era todo esto. Una sola cama. Una sola noche. Y una montaña rusa de todo lo que no habíamos dicho, pero que flotaba entre nosotros como ese maldito unicornio en la piscina.

No necesitábamos confesarnos nada. Bastaba con el modo en que no nos habíamos tocado. O el modo en que casi lo habíamos hecho.

La tormenta, aunque aún lejana, ya no necesitaba truenos para hacerse notar. No hacía ruido, pero se sentía. En el aire cargado que se colaba por las rendijas del ventanal, en la humedad que se pegaba a la piel como una segunda capa de incertidumbre, y en esa especie de electricidad muda que vibraba justo entre nosotros. No en la habitación. No en el aire. Sino en el centro exacto de la cama. Ese espacio minúsculo que nos separaba… y lo decía todo.

Él estaba a un lado, tumbado boca arriba, con los brazos detrás de la cabeza y esa quietud engañosa de quien parece tranquilo, pero por dentro tiene todo el sistema nervioso en alerta.

Yo al otro, mirando al techo sin verlo, con la espalda tensa y las manos entrelazadas sobre el vientre como si fueran una barricada. Respiraba, sí. Pero no era una respiración normal. Era esa que haces cuando estás demasiado consciente de tu cuerpo, del calor que no viene solo del clima, y del silencio… que ya no es neutro.

Entre nosotros, una distancia prudente. Establecida sin acuerdos. Respetada con la torpeza de quien no quiere cruzarla pero tampoco quiere mantenerla.

Una guerra invisible, sin explosiones, pero con trincheras. Y dos móviles encendidos sobre las mesillas, como recordatorios silenciosos de que el mundo seguía girando… aunque en esta habitación el tiempo pareciera haberse detenido justo antes de que pasara algo importante.

—¿Sigues despierto? —susurré, sin saber muy bien si quería que respondiera o solo necesitaba romper el silencio que me estaba devorando por dentro.

—Estoy compartiendo cama contigo —contestó él, con esa voz ronca que se cuela sin pedir permiso—. No creo que eso permita relajación total.

—Podrías dormir en el suelo —dije, sin convicción, como quien lanza una amenaza a medias y espera que no la tomen en serio.

—Y tú podrías admitir que no quieres que lo haga.

Lo fulminé con la mirada en la oscuridad, aunque sabía que no me estaba viendo. O quizás sí. Porque hay miradas que no necesitan luz, ni ojos, ni permiso.

—No te confundas, Martínez. Solo estoy siendo cordial —dije, aferrándome al sarcasmo como si fuera un chaleco salvavidas emocional.

—Y yo, inmóvil —respondió él, sin moverse un solo milímetro—. Por si la cordialidad tiene zonas horarias.

Me reí. Bajito. Contra la almohada. Una de esas risas que salen más como un suspiro, como si estuvieran cansadas de fingir lo contrario.

—Esto es absurdo.

—No —dijo él, con una pausa cargada—. Esto es lo más honesto que hemos estado desde que empezó todo.

Silencio. Otra vez. Pero no era el mismo. Este venía con más peso, con menos máscaras. Con el tipo de tensión que no se puede fingir… porque ya no hace falta.

—¿Sabes qué es lo peor? —dije, aún mirando al techo, como si las palabras fueran más fáciles si no lo miraba a él.

—Sorpréndeme.

—Que no sé si me estás gustando… o si solo estoy enganchada a cómo me miras. A esa forma tuya de observarme como si siempre fueras a decir algo importante… y nunca lo digas.

Bruno tardó en contestar. Tanto, que pensé que se había dormido. O que había decidido protegernos con su silencio, como quien sabe que a veces callar es la forma más delicada de mentir.

—¿Y si lo dijera? —preguntó finalmente, y su voz ya no tenía bordes afilados. Solo verdad.

—¿El qué?

—Lo importante.

Tragué saliva. Y palabras. Y ganas. Y miedo. Todo junto, como si el corazón me estuviera jugando una partida de ajedrez emocional.

—Entonces probablemente me cagaría en todo —dije, con una risa triste— y fingiría que no lo he oído.

—Y yo lo repetiría —susurró él, como si no pudiera evitarlo.

—Y yo… —me giré hacia su lado, aunque no me atreví a buscar sus ojos— yo lo recordaría para siempre. Aunque mañana finja que no pasó. Aunque me vista como si nada. Aunque me ría más fuerte de lo que debo.

Él también se giró. Y aunque nuestros cuerpos no se tocaron, había una sincronía en las respiraciones, en los silencios, en ese pequeño espacio entre ambos que ya no parecía tan frío.

—Una noche, Elena. Solo eso —dijo, en un susurro que no prometía, pero tampoco negaba.

—Una cama, Bruno. No nos confundamos.

Y sin embargo… ahí estábamos. Confundiéndolo todo. Como si no supiéramos hacerlo de otra forma.

Nos quedamos así. De espaldas al mundo. De frente al caos. Sin manual, sin instrucciones, y sin escapatoria emocional.

No hubo besos. Ni roces. Ni finales cinematográficos dignos de slow motion. Solo una cama compartida, una noche sin filtros y dos

personas que, sin tocarse, se estaban diciendo más de lo que jamás se habían atrevido a escribir.

La tormenta rugía a lo lejos, sorda y distante, como un recordatorio de que el mundo seguía allá afuera, esperando para entrometerse.

Pero dentro de aquella habitación, el ruido era otro. Más íntimo. Más suave. Más peligroso. El ruido de lo que empieza. De lo que aún no se ha roto. De lo que duele incluso antes de tener forma.

Y justo antes de que el sueño me alcanzara, cuando mis párpados ya se rendían, cuando mi cuerpo por fin empezaba a soltar el control, escuché su voz.

Bajita. Sin intención de ser escuchada. Casi como un pensamiento en voz alta, roto en susurro.

—No me duermo porque me gustes. Me duermo porque si no, te diría cosas que mañana me costarían la calma.

No respondí. No podía. Solo respiré. Fuerte. Y lento. Como quien acepta… sin admitirlo.

Y entonces cerré los ojos. Y soñé con un "nosotros" que aún no existía, pero ya dolía.

10
Yo sin filtro. Él sin permiso.

Desperté con el pelo como una precuela de *Apocalypse Now*, una camiseta que no era mía —probablemente robada en algún momento de la noche por necesidad emocional, textil… y porque olía a él—, y la vaga, molesta, persistente sensación de haber dormido demasiado cerca de alguien que no debería gustarme tanto. Pero lo hacía. Oh, cómo lo hacía. Con esa intensidad silenciosa que se te mete en la piel sin permiso, como el olor del café recién hecho o las canciones que duelen justo donde no sabías que tenías una grieta.

La cama estaba deshecha. No "desordenada": deshecha. Como si el colchón supiera lo que había pasado ahí —o lo que *no* había pasado — y se hubiera rendido ante la evidencia emocional. La habitación estaba en calma. Demasiado. Como si el drama se hubiera tomado un respiro para que yo pudiera procesar lo que fuese que me estaba pasando por dentro. Y Bruno… Bruno no estaba.

Solo quedaba su olor, su calor aún tibio en las sábanas, y su cargador de móvil invadiendo descaradamente mi lado de la mesilla, como si el muy cabrón no conociera el concepto de espacio vital ni el Tratado de Ginebra en conflictos de tensión sexual no resuelta.

Me incorporé a trompicones, con las piernas entumecidas, la dignidad en paradero desconocido y el orgullo doblado a los pies de la cama, como si hubiera intentado escapar durante la noche… y no hubiera llegado muy lejos.

La boca me sabía a dudas no verbalizadas, como si hubiera dicho algo mientras dormía y ahora mi lengua lo estuviera pagando con sequedad y remordimientos.

Busqué tres cosas con urgencia. Tres. Solo tres. Café, dignidad y un rincón de la habitación donde mi reflejo no me mirara con esa cara de "ya te has vuelto a liar con el chico que se parece a todos tus errores, pero con mejor espalda".

Me arrastré hasta el baño con la esperanza de encontrar allí, al menos, una de las tres cosas que buscaba con la fe tambaleante de quien entra en una habitación como si fuera un confesionario improvisado: un café milagroso abandonado en la encimera, un ápice de dignidad olvidada entre las toallas, o un reflejo en el espejo que no me mirara como si supiera exactamente todo lo que no debería haber sentido anoche.

Y entonces, lo escuché. No fue un sonido fuerte, ni una alarma, ni un portazo dramático. Fue su voz. Suave. Baja. Con ese tono peculiar que solo tienen los que acaban de hacer algo sin pensar… y lo saben. Un tono que no grita culpa, pero la arrastra. Un susurro que no necesita testigos, porque ya carga con el juicio propio.

—¿Qué has hecho…? —murmuró él. Y en ese momento no supe si hablaba conmigo, con el espejo, o con esa parte de su conciencia que normalmente solo aparece cuando ya es demasiado tarde.

Mi cuerpo se tensó como si acabaran de activarme una alerta sísmica interna, como si cada fibra de mí supiera —sin pruebas, sin contexto, sin necesidad de confirmación— que algo había explotado. Y que no estaba preparada para apagar ese incendio.

Mis pestañas, todavía pegadas entre sí por la traición del sueño, se despegaron al instante como si el café me hubiera alcanzado por ósmosis, y mi sistema nervioso, que hasta entonces intentaba hacerse el dormido, se puso en pie como un comité de emergencia emocional.

Me acerqué al baño con paso lento, no porque quisiera parecer tranquila, sino porque la camiseta ajena que llevaba —suya, evidentemente, robada por mí en un gesto de debilidad textil y emocional— colgaba de mi cuerpo como una prueba forense de que algo, anoche, se nos fue de las manos.

Y entonces lo vi. De pie frente al espejo. Con el móvil en la mano, los ojos clavados en la pantalla como si acabara de descubrir que había tuiteado, sin querer, una declaración de guerra contra toda su

paz mental. No pestañeaba. No se movía. Estaba inmóvil en esa postura exacta que adoptan los culpables antes de confesar, como si congelarse pudiera frenar el curso de los acontecimientos.

La típica clase de error que empieza con un "fue sin querer" y termina con el nombre de una persona convertido en hashtag.

—¿Qué pasa? —pregunté, con la voz pastosa de quien aún no ha desayunado, la lengua a medio activar, y la paranoia completamente despierta, lista para escalar como una cabra emocional en terreno inestable.

Bruno alzó la vista. Y por primera vez desde que lo conocí —desde que lo vi entrando con su aire de tipo que ha sobrevivido a huracanes y coqueteos sin despeinarse— no parecía seguro. Ni encantador. Ni el canalla funcional al que le sale bien hasta equivocarse.

Parecía humano. Inquieto. Como si acabara de darse cuenta de que su dedo había cometido un crimen que su cerebro, en ese momento, no pudo evitar. Como si supiera que, a partir de ahora, todo lo que dijera o hiciera… podía ser usado en su contra.

—Nada grave —dijo, con ese tono débil y absolutamente inútil que usan los bomberos cuando intentan apagar un incendio forestal con una cucharilla de postre—. Solo… publiqué una foto tuya. Sin querer.

—¿QUÉ? —mi voz salió afilada, seca, como si cada vocal llevara una bengala encendida.

—Y… se está haciendo viral.

—¿QUÉ.

Sí, sin cierre. Sin signo. Porque no había espacio para la puntuación. Solo para el caos.

—Elena, espera. No era una foto mala…

—¿CUÁL? —escupí, ya con medio cuerpo en modo ataque y el otro medio intentando no desmayarse por sobredosis de ansiedad pre-café.

Él tragó saliva. Literalmente. Como si cada milímetro de mi tono le hubiera lijado la garganta. Como si las palabras, mis palabras, le hubieran raspado hasta el orgullo.

Y entonces me tendió el móvil. Con la solemnidad de quien entrega pruebas irrefutables al jurado que, spoiler, ya ha decidido la sentencia. Yo lo tomé. No por curiosidad. Ni siquiera por valentía. Sino porque necesitaba saber exactamente *cuál de mis múltiples versiones no autorizadas* se había vuelto patrimonio de la red sin mi bendición.

Y ahí estaba. Yo. Sentada en la cama, el pelo revuelto como campo de batalla emocional tras una guerra sin bandos claros, sin maquillaje, con los ojos medio cerrados como si aún estuviera soñando… y una camiseta que claramente no era mía, colgando de mi cuerpo como un cartel de "sí, dormí aquí. sí, es lo que parece".

La expresión… brutal. No porque fuera bonita. Ni estética. Ni de esas que uno elige para el perfil de Instagram. Sino porque era real. Cruda. Auténtica en un modo que incomoda si no lo has ensayado primero.

Una cara de "dame café o te entierro con una cuchara de postre", sí. Pero también una cara que no fingía nada. Y por eso, brillaba.

Brillante como solo se brilla cuando no estás intentando gustar. Como cuando no hay filtros, ni luces estratégicas, ni necesidad de probarle al mundo que encajas en su molde. Brillante de ese modo incómodo y honesto que solo aparece cuando alguien te ve de verdad… y tiene la osadía de compartirlo. Sin permiso. Sin anestesia. Sin pensar en las consecuencias.

El tuit decía:

"Nunca entendí lo de los filtros hasta que vi esto. Real > perfecto."

Y debajo, la foto. Sin edición. Sin consentimiento. Sin ningún tipo de red de seguridad emocional.

Yo, convertida en una especie de manifiesto visual de la autenticidad forzada. Un símbolo no solicitado de una revolución estética que no había firmado, ni aprobado, ni estaba segura de querer liderar.

—Bruno… —dije su nombre como quien sostiene una cerilla encendida en mitad de un charco de gasolina, sin saber si lo que estaba a punto de salir de mi boca iba a ser un reproche, una incredulidad sorda, o simplemente ese tipo de miedo que no se grita pero te aprieta el estómago como si quisiera reescribir tus órganos.

—Lo siento, fue automático —respondió él, alzando las manos con la desesperación teatral de quien intenta culpar a su pulgar de una catástrofe emocional y digital al mismo tiempo—. Estaba hablándole a Jorge, le conté lo de anoche, vi la foto en la galería, me pareció brutal… y mi dedo hizo lo suyo.

—¿Y tu cerebro? —pregunté, ya no con sarcasmo, sino con ese tono agudo que tiene el asombro cuando se mezcla con decepción.

—De vacaciones. Aparentemente, sin cobertura. Y sin itinerario de regreso.

Y entonces empezó. La avalancha. Notificaciones. Corazones que no latían por mí, sino por la estética involuntaria de una mujer sorprendida en su versión más vulnerable. Mensajes. Compartidos. Guardados. El algoritmo, ese monstruo invisible con hambre de historias humanas y jugosas, se estaba frotando las manos con entusiasmo empresarial mientras yo me deshacía lentamente, pedazo a pedazo, delante de una pantalla que no perdona, que no espera, y que sobrevive amplificando lo que no elegiste mostrar.

Y entre todo eso… entre la lluvia de comentarios que jugaban a disfrazarse de halagos, entre las menciones que me convertían en la nueva patrona de la naturalidad accidental, apareció él.

El comentario. El puñal. La firma conocida en la herida que aún no terminaba de cerrar.

@LucasElReal: *"A mí también me parecía 'auténtica'... hasta que te grita por un café mal hecho."*

No era solo un tuit. Era una punzada quirúrgica. Una frase escrita con precisión milimétrica, capaz de encontrar el punto exacto donde todavía escuece. Lucas. Con su tono pasivo-agresivo de siempre, su don para envolver el veneno en papel de sarcasmo reciclado, y esa necesidad patológica de demostrarle al mundo que alguna vez tuvo acceso a mi historia.

Respiré hondo. Por fuera, calma. O algo parecido. Por dentro… fuego. No uno de esos fuegos que explotan. Uno peor. De los que arden en silencio. De los que te consumen por dentro sin hacer espectáculo. Personal. Íntimo. Intransferible.

El móvil vibraba. Las notificaciones se acumulaban como si quisieran levantarme un altar improvisado. Retuits. Comentarios. Gente que se sentía inspirada por una imagen que yo jamás aprobé. Y entre todos esos elogios disfrazados de revolución emocional… había cuchillos. De esos que se lanzan con emojis. Con tipografías bonitas. Con intención disfrazada de aprecio.

Comentarios que parecían halagos… pero dolían como cirugías sin anestesia, con público aplaudiendo y luces de plató señalando el lugar exacto donde uno preferiría esconderse.

Mi imagen sin filtros se había convertido en un símbolo. Un manifiesto improvisado. Una especie de altar digital a la naturalidad no pactada. Una pantalla rota que, por algún giro cruel del destino, se había transformado en espejo para millones. Y lo peor no era que la vieran. Lo peor era que yo no la había elegido. Ni preparado. Ni aprobado.

?? "Ella sin maquillaje tiene más luz que yo con tres aros LED."
?? "Elena real >>> la influencer de cartón."

?? “Nunca pensé que un ‘desayuno después’ pudiera parecer tan romántico.”

Y mientras la red construía mi nuevo altar con ladrillos de likes y cemento emocional colectivo, mientras mi cara se paseaba por Twitter, TikTok y grupos de WhatsApp como si fuera una postal firmada con sinceridad emocional… ahí estaba él.

Lucas. Otra vez. Con su precisión quirúrgica para aparecer justo en el momento exacto en que más molesta. En su papel favorito: villano pasivo-agresivo con acceso a datos personales y cero dignidad, pero con una conexión WiFi excelente para arruinarme la mañana.

—Podemos borrarlo —dijo Bruno, al ver mi cara. Esa cara que no grita, pero tiembla. Que no rompe cosas, pero se agrieta por dentro con un silencio que dice mucho más que cualquier exabrupto.

—No sirve de nada —respondí sin parpadear, con la voz tan templada que hasta yo me sorprendí de no haber explotado aún—. Ya lo han guardado, republicado, reenviado por Telegram, subido a Pinterest, convertido en sticker de WhatsApp, y probablemente esté en alguna carpeta de “mujeres reales que inspiran” que alguien va a imprimir en papel reciclado y colgar en su oficina, junto a una frase de autoayuda escrita con tipografía en rosa pastel.

Mi cara, la misma que hace tres minutos me parecía un desastre emocional, ahora era patrimonio universal de la gente que necesita creer en el amor sin corrector, en las ojeras con significado, y en las imperfecciones perfectamente iluminadas por el azar de un rayo de sol y un novio imprudente.

Me giré hacia el espejo. Ahí estaba. Sin máscara de pestañas, sin contorno, sin el brillo estratégico en los labios que grita “me lo curré, pero finjo que soy natural”.

Solo yo. Cruda. Sin efectos. Con ojeras que contaban historias más largas que cualquier hilo de Twitter, con emociones sin peinar y una

camiseta XXL que me cubría hasta medio muslo y que, para colmo, no era mía. Era suya. Y olía a él. A él y a problemas. A él y a calma. A él y a un futuro que no estaba segura de querer imaginar, pero que se colaba por mi piel igual.

—¿Estás enfadada? —preguntó Bruno, acercándose con ese cuidado quirúrgico que tienen los que ya han visto a una mujer explotar… y no quieren repetir la experiencia.

—Estoy… confundida —contesté, sin mirarlo. Porque sí. Porque lo odiaba. Por haberlo subido. Por no consultarlo. Por exponerme.

Pero lo odiaba más por algo peor. Por el hecho —terrible, inesperado, y absolutamente traicionero— de que me gustara cómo salía. De que me viera… y no quisiera esconderme.

Bruno bajó la mirada. Y, por primera vez, no sonreía. No esquivaba. No disfrazaba la emoción de sarcasmo ni se refugiaba en su humor de piloto encantador.

—No quise usar la foto —dijo, en voz tan baja que casi fue un susurro sin permiso—. Solo… me salió. Como si mi dedo lo supiera antes que yo. Como si no necesitara tu permiso, porque era algo que tú ya habías dicho… aunque nunca lo hubieras pronunciado en voz alta.

Lo miré. Y no como quien mira buscando una excusa para enfadarse, ni como quien necesita respuestas. Lo miré como se mira algo que no esperas ver, algo que descoloca más por lo que no dice que por lo que grita. Y entonces lo supe. Había algo distinto en sus ojos. No era culpa. No era miedo. No era esa disculpa enlatada que se sirve fría cuando uno intenta salvarse del desastre que él mismo ha causado. Era algo más hondo. Más real. Más peligroso.

Era orgullo.

Orgullo de ese que no es arrogante, sino genuino. Orgullo de verme así. Sin maquillaje. Sin poses. Sin la barrera de una expresión cuidadosamente estudiada para el algoritmo. Como si, de verdad,

creyera que esa imagen —la mía, sin filtros ni alertas previas— decía algo bueno sobre mí. Y no sobre mis facciones, ni sobre el encuadre accidentalmente favorecedor. Sino sobre mí.

Sobre esa versión mía que normalmente se esconde detrás de un filtro, una sonrisa bien ensayada, y una frase inspiracional que suena más a marketing de comunidad que a verdad.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunté, sentándome en el borde de la cama como quien se sienta al borde de un abismo emocional, sin saber si quiere tirarse, construir un puente, o simplemente mirar abajo y fingir que no le da vértigo.

Bruno se encogió de hombros. Pero su voz no tembló. Ni un poco.

—Tú decides —dijo con una tranquilidad que no venía de la certeza, sino de la rendición honesta—. Lo borro. Lo explico. O lo convierto en el inicio de una saga tipo "ella se despierta, yo me rindo".

Me cubrí la cara con las manos. No porque me avergonzara, sino porque a veces una necesita un lugar donde esconderse… aunque sea entre sus propios dedos. Y mis mejillas, que ardían sin permiso y sin orden judicial, no sabían dónde meterse sin dejarme expuesta.

Y, contra todo pronóstico… reí.

No porque estuviera todo bien. Sino porque estaba todo demasiado. Demasiado intenso. Demasiado expuesto. Demasiado cerca de algo que no sabía si era peligroso… o simplemente nuevo.

Reí porque estaba agotada. Porque tenía miedo. Porque mi estómago era un puño cerrado y mi cabeza una habitación llena de alarmas sonando al mismo tiempo, cada una en una frecuencia distinta y con intención de volverme loca.

Pero también reí porque, por primera vez en mucho tiempo… me sentía vista. No observada. No analizada. No escaneada por una audiencia que solo conoce mi ángulo bueno.

Vista.

Y no por millones de desconocidos con opiniones contradictorias y filtros activados, sino por él. Por el hombre que me había hecho viral sin querer, pero que, sin saberlo, me había mostrado cómo era yo… cuando dejaba de actuar.

—Está bien —dije finalmente, levantando la cabeza como quien no firma una rendición, sino un acuerdo de paz interna con condiciones especiales—. No lo borres.

—¿No? —Bruno ladeó la cabeza, como quien sospecha que hay trampa… pero está dispuesto a caer en ella si es contigo.

—No —repetí, con una firmeza que no me creía del todo—. Pero si vas a seguir publicando fotos mías sin maquillaje, sin consentimiento y sin anestesia emocional… vas a tener que compensarlo.

Bruno sonrió. Con esa sonrisa suya que no pide permiso, pero tampoco pide perdón. La que se instala con calma. Y se queda. Como si supiera el efecto que tiene. Y lo usara no con malicia… sino con plena consciencia.

—¿Café? ¿Masaje? ¿Desayuno en la cama servido por alguien con remordimientos y buena espalda?

—Una story —dije, levantando una ceja con la precisión de una jueza emocional de largo recorrido—. Tuya. Despeinado. Con ojeras. Sin camiseta.

—Vaya. No sabía que querías arruinar mi carrera de piloto.

—No la tuya. La mía.

Y entonces llegó el silencio. Pero de los buenos. De esos que no incomodan, sino que se instalan como una sábana tibia entre dos cuerpos que, por fin, han dejado de esconderse.

Mientras él buscaba el móvil, resignado, pero no derrotado, para grabar su castigo visual, yo volví a mirarme al espejo.

Y, por primera vez en mucho tiempo, la chica que me devolvió la mirada —sin filtro, sin máscara, sin control— me cayó bien.

Porque estaba cansada, sí. Pero no derrotada. Porque se le notaba en la cara que había llorado… pero también se le notaba que había reído. Porque parecía más real. Más viva. Más yo.

Justo entonces, vibración. Un WhatsApp de Lola. Cómo no. Porque si hay alguien que tiene un radar para las catástrofes sentimentales con potencial viral, es ella.

?? *"¿Se puede saber qué habéis hecho? Estáis en todos lados. La que habéis liado."*

Y antes de que pudiera responder, una nota de voz. Esa clase de notas que no se reproducen, se sobreviven.

?? *"Mira, yo solo he salido a por yogures y me han enseñado tu cara sin maquillaje tres veces: una en la tele del bar, otra en TikTok y otra en la caja del súper, porque la cajera ha dicho 'esta chica me representa'. ¿¿Me puedes explicar en qué momento te convertiste en la patrona del realismo emocional??"*

Me reí. Primero por reflejo. Luego porque no sabía si llorar, mandar un reel de respuesta o tatuarme la frase "patrona del realismo emocional" en la frente y asumirlo del todo. Reí porque no me quedaba otra. Porque si no lo soltaba en forma de risa, iba a explotar en forma de ataque de sinceridad.

Y entonces me dejé caer de espaldas sobre la cama. Con la cara enrojecida, la conciencia tambaleando como una maleta mal cerrada, y el corazón… haciendo scroll sin parar.

Scroll por dentro. Por todas las versiones de mí que había intentado controlar, ocultar, filtrar, disfrazar. Por todas las capas que ahora parecían haberse caído al mismo tiempo… con likes incluidos.

Y en ese instante exacto, como si el guion de mi vida estuviera siendo dirigido por alguien con mucho sentido del timing y cero

intención de dejarme respirar, Bruno entró en la habitación. Con dos cafés. Con su andar tranquilo. Con su camiseta aún fuera de lugar y esa sonrisa que no sabe si está pidiendo disculpas… o permiso para quedarse.

Se detuvo a medio camino, me miró, y dijo:

—Por si quieres otra foto viral. Esta vez… traigo cafeína.

Yo lo miré. No con rabia. Ni con ironía. Lo miré como se mira a alguien que ya ha cruzado todas tus líneas… y, aun así, te dan ganas de invitarlo a cruzar otra.

Una más. La más difícil. Esa que no se publica. Esa que no se comenta. Esa que no se viraliza… pero se queda.

Y entonces, sin decir nada, me incorporé. Extendí la mano. Tomé el café. Y supe que lo verdaderamente peligroso ya no era la foto. Era todo lo que había empezado después.

11
La conexión que no necesita WiFi

El mar brillaba con descaro, como si alguien le hubiera subido la saturación al máximo y luego se hubiera quedado tan orgulloso del resultado que no quiso bajarla nunca más. El cielo, por su parte, estaba tan absurdamente azul que dolía mirarlo sin gafas. Azul postal. Azul insultante. Azul de "mira qué bonita es tu vida, aunque estés emocionalmente en ruinas".

Y frente a mí, el desayuno perfecto: croissant templado, zumo recién exprimido y un café con leche de avena que, para mi sorpresa, casi no sabía a castigo.

Pero yo no estaba allí. Estaba en la pantalla de mi móvil. Enganchada a ella como si formara parte de mi sistema nervioso.

Scroll. Like. Mención. Reel. Comentario. Otra story donde me etiquetan con una canción melancólica y una frase tipo *"así quiero que me miren cuando me levanto"*.

Fantástico. Mi cara sin rímel ya tenía club de fans. Y yo… ni siquiera sabía si me gustaba ser su presidenta honorífica.

Bruno estaba sentado frente a mí con esa expresión tan suya de *"no te estoy juzgando… pero debería"*. Apoyaba la taza en los labios como si ocultara una opinión. O varias.

—¿Sabías que, si miras tu móvil más de tres horas seguidas, Instagram empieza a mostrarte tu propia cara diciendo "vete a terapia"? —comentó, sin despegar los ojos de mi café.

—Solo estoy revisando unas cosas —mentí, dándole otro sorbo a mi café con sabor a culpa líquida.

—Ajá. Y yo solo vengo a este desayuno por la experiencia espiritual del croissant —dijo, cruzando una pierna con la naturalidad de quien no tiene resaca digital ni existencial.

Le lancé una mirada de esas que vienen con advertencia silenciosa. Él me la devolvió con media sonrisa.

—¿Te molesta que me preocupe por cómo me ve el mundo? —pregunté, con el tono cargado de un "no me analices, Bruno".

—Me molesta que lo conviertas en tu única forma de verte tú —contestó él, sin levantar la voz.

Y dolió. No por cómo lo dijo. Sino por lo cierto que era.

—Mírate —añadió, bajando el tono como si dijera algo que no quería que él mismo escuchara—. Estás en un sitio increíble. Sin jefes. Sin ex tóxicos. Sin filtros. Y aún así estás atrapada en una pantalla como si fuera un confesionario de pecados que nadie te ha pedido que confieses.

No respondí. Quizá porque no sabía cómo. O porque lo que dijo se quedó colgando… y yo no quería cortarlo.

—¿Qué pasaría si la apagaras? —preguntó, con los ojos puestos en mí y no en el móvil.

—Colapsa el algoritmo —dije, con una risa seca. Forzada. Casi automática.

—¿Y tú?

—Yo… —me detuve, sorbiendo el aire como si también necesitara filtro— no lo sé.

Bruno se reclinó en la silla, cruzó los brazos y me miró con esa calma que anuncia peligro. Puro piloto en modo turbulencia emocional.

—Hagamos una apuesta.

—¿Qué tipo de apuesta?

—Cuarenta y ocho horas sin redes —respondió—. Nada de Instagram. Ni un like. Ni una story de "aquí sufriendo pero con piel

luminosa”.

—¿Y si gano? —pregunté, todavía abrazada a mi taza como si fuera mi única defensa emocional.

—Te cuento algo —dijo él, con una calma tan peligrosa que parecía planificada—. Algo que no sabe nadie. Algo tan embarazoso que, si lo subes a redes, me cancelan el carnet de adulto y me expulsan de la masculinidad oficial.

—¿Qué clase de “algo”? —entrecerré los ojos, medio en burla, medio en serio.

—Digamos que tu obsesión con los filtros es un chiste al lado de mi pasado.

—¿Un exilio emocional? ¿Fuiste boyband? ¿Ganaste un concurso de imitadores de Chayanne?

—Peor —dijo con ese tono que ya prometía trauma en tecnicolor.

Lo miré, con esa mezcla exacta de curiosidad malsana e instinto de autopreservación. Y, por primera vez en todo el desayuno, dejé de pensar en los likes. En los comentarios. En el algoritmo. Porque lo que estaba diciendo Bruno… sonaba mejor que cualquier tendencia viral.

—¿Estrella porno? —solté, bajito, como quien teme la respuesta… y un poco la desea.

—Ojalá. Estrella infantil. Si aceptas y ganas la apuesta te cuento todo con detalle.

Me atraganté con el café. Literalmente.

—No estás hablando en serio.

—Estoy comprometido con el entretenimiento, Valverde.
¿Aceptas?

Lo pensé. Lo dudé. Tuve un micro flashback de mi yo de ayer, esa que vivía con el móvil en la mano como si se le fuera la vida en cada vibración.

Y entonces, sin más, lo hice.

—Trato hecho —dije, alargando la mano.

Bruno la estrechó con una sonrisa torcida que decía "te vas a arrepentir, pero te vas a divertir".

Justo entonces, mi móvil vibró de nuevo. Otro intento del mundo digital por colarse entre nosotros. Pero esta vez, no lo miré. No lo abrí. No le di el poder.

Guardé el móvil en el cajón de la mesilla como quien encierra a su ex más tóxico en una caja fuerte con WiFi bloqueado. Respiré. Sonreí. Mentira, por supuesto. Pero sonreí.

Bruno me observaba con los brazos cruzados y esa cara de "bienvenidos al experimento social que no pedisteis, pero merecéis".

—¿Te duele algo? —preguntó con su mejor tono de enfermero sarcástico en prácticas.

—Solo el alma —respondí, dejándome caer sobre la tumbona como una heroína trágica en el tercer acto de su propia biografía dramática.

—Aviso que si entras en abstinencia y empiezas a gritar "¡alguien que me etiquete!", no pienso sujetarte.

—Solo han pasado… —miré mi muñeca. Sin reloj. Por supuesto—. ¿Tienes hora?

—Once y diecisiete.

—¿De la mañana?

—No, de tu crisis de identidad.

Cerré los ojos. Conté hasta diez. E intenté reconectar con eso que los gurús del mindfulness venden envuelto en incienso, voz suave y tipografía cursiva: el aquí y ahora.

Nada. Vacío. Sin notificaciones. Sin gifs. Sin nadie comentando que "parezco actriz de Netflix cuando sonrío sin enseñar dientes".

¿Quién era yo sin eso?

Tres horas sin redes.

Y ya empezaba a escuchar voces. No reales, claro. Voces interiores que decían cosas como "alguien acaba de subir un story y tú no estás ahí para verlo" o "te estás perdiendo una tendencia y con ella, tu relevancia emocional".

Estaba tumbada en una hamaca, con un libro en las manos que no lograba leer, y Bruno a unos metros, haciendo como que no me miraba… mientras claramente me estaba vigilando como quien observa a un gato encerrado con una caja de cables.

—¿Todo bien? —preguntó con tono neutral, como si no supiera que me estaba descomponiendo en tiempo real.

—Genial —respondí—. Esto es fantástico. Yo sin redes, tú sin camiseta… todo muy "retírate y reencuéntrate contigo misma".

—Si vas a tener un ataque de ansiedad, que sea lejos del minibar —dijo sin levantar la vista del libro—. Lo acabo de llenar de cervezas.

Intenté leer una página. Luego otra. Luego… el índice. Y descubrí que no tenía ni idea de qué trataba el libro. Ni ganas.

—¿Qué hacías tú antes de las redes? —le pregunté, sin pensarlo demasiado.

Bruno levantó la vista. No respondió enseguida. Me miró como si la pregunta fuera más profunda de lo que pretendía ser.

—Vivía.

—¿Y ahora?

—Sigo intentándolo.

Me callé. No por falta de respuestas. Sino porque esa era la más honesta que había escuchado en todo el día.

Y entonces, como si el universo tuviera el timing de una guionista con mala leche, Bruno se levantó, me ofreció la mano y dijo:

—Vamos. Hora de caminar.

—¿A dónde?

—Donde no haya WiFi. Ni reflexiones.

Y así empezó.

Una caminata sin rumbo. Sin música de fondo. Sin stories de cada paso. Solo el mar a la izquierda, Bruno a la derecha, y yo en medio… intentando no echar de menos un mundo que nunca dejaba de mirarme.

Casi 1 día sin redes.

Desayunamos en silencio. No por incomodidad, sino por una paz rara que se había instalado entre nosotros. Esa que llega cuando el ruido externo deja de tapar lo que importa de verdad.

El sol empezaba a despuntar con timidez, y el café tenía ese sabor de los días lentos: tibio, sencillo, honesto. Bruno se untó mantequilla en una tostada con la concentración de un cirujano y el hambre de alguien que no ha discutido con nadie desde ayer. Yo lo miraba. No mucho. Solo lo justo para memorizar detalles sin parecer adicta.

—¿Te apetece caminar? —preguntó, dándole un último sorbo a su café. —¿Otra vez? —Es eso o te lanzo al mar sin móvil para completar la desintoxicación.

Acepté.

Y salimos.

El sendero que bordeaba la playa estaba casi vacío. Solo el rumor del mar, algunas gaviotas madrugadoras… y nosotros.

No hablábamos. No nos tocábamos. Pero estábamos. Y eso, en mi mundo de filtros y frases premeditadas, era un escándalo.

Pasamos frente a un chiringuito que aún no había abierto. Una mesa mal colocada, un toldo medio recogido, y unas chicas en la esquina con pinta de saber demasiado sobre redes sociales. Una de ellas nos vio. Nos reconoció. O creyó reconocernos. Levantó el móvil.

Y entonces Bruno se adelantó medio paso, se colocó entre ella y yo, y con voz tranquila pero firme, dijo:

—Hoy no estamos disponibles. Mañana, quizá.

Las chicas se rieron. No insistieron. Y yo me quedé sin palabras.

—Gracias —susurré. —No fue por ti —dijo él, con esa sonrisa que no sabe mentir—. Fue por la apuesta.

Pero esa sonrisa… no tenía nada de mentira.

Día 2. Sin stories. Sin likes. Sin excusas.

Desperté con la urgencia absurda de comprobar si el mundo seguía girando sin mí, si mis seguidores habían sobrevivido a mi desaparición repentina, si alguien —aunque fuera uno— había notado que no publiqué nada durante la noche. Y entonces recordé. Que no podía. Que no debía. Y lo más raro de todo... que no quería.

Mi dedo fue hacia el móvil con ese automatismo inquietante que no necesita cerebro, solo impulso. Pero antes de que lo tocara, escuché el leve crujido de las sábanas de la otra cama —sí, por fin dos camas, gracias al karma o al recepcionista de turno— y la mirada de Bruno sobre mí, ladeada, inquisitiva, medio dormida… pero lo bastante despierta como para juzgarme sin emitir ni una palabra.

Aparté el móvil como si fuera un insecto venenoso.

—Estoy bien —dije, con esa voz que se usa más para convencerse a una misma que para convencer a los demás.
—Nunca dudé de ti —respondió él, con una media sonrisa y el tono neutral de quien sabe que la guerra no ha terminado, solo está en tregua—. De tu dedo, sí.

Bajamos a desayunar sin hacernos fotos. Sin grabar boomerangs de las tazas de café. Sin preguntar si el croissant tenía alma o solo relleno de mentira. Solo los dos. Sin testigos. Sin guión.

Y en medio de esa sobriedad forzada, apareció algo parecido a la verdad.

—¿Sabes que antes del algoritmo yo no era así? —dije, con los ojos clavados en el mar, como si pudiera hablarle a través de las olas y no a él. —¿Así cómo? —preguntó Bruno, sin ironía esta vez. Solo curiosidad. De la sincera.

Tragué saliva. —Dependiente. Compulsiva. Ansiosa por la validación de desconocidos con avatares de perritos. Yo solo quería contar historias. De verdad. Historias que emocionaran, que sirvieran, que hicieran reír o pensar o sentir que no estamos tan solos.

Bruno no respondió de inmediato. Tomó un sorbo de su café. Se limpió la comisura con una servilleta. Y entonces dijo, con una serenidad que se me clavó en el pecho:

—Y ahora las historias te cuentan a ti.

Lo miré. Y dolió. No como un golpe. Sino como una revelación. De esas que no puedes desoír, aunque quieras.

Terminamos de desayunar sin prisa. Los platos quedaron a medio vaciar, el café a medio enfriar, y nuestras ganas de hablar… a medio decidirse. El silencio que se instaló entre nosotros no era incómodo, pero sí expectante. Como si ambos supiéramos que el tiempo extra había terminado, que el reloj de la apuesta estaba marcando el momento exacto donde él tenía que cumplir su parte.

Bruno empujó su taza hacia el centro de la mesa, entrelazó los dedos y me miró con esa expresión suya que mezcla resignación con una pizca de teatro.

—¿Y tú? —pregunté primero, para romper la tensión, o al menos maquillarla un poco—. ¿Siempre fuiste tan… desconectado?

Él ladeó la cabeza, como si la pregunta viniera con truco.
—¿Te refieres a nivel emocional o a nivel WiFi?

—Ambos.

Bruno rió. Pero esa risa… tenía una sombra debajo. Una nota grave que no siempre se percibe a simple vista, pero que cuando la reconoces, ya no puedes ignorarla.

—Yo era todo lo contrario —dijo, apoyando los codos sobre la mesa, como si por fin se rindiera a la historia que llevaba días esquivando —. Una vez tuve un club de fans. Bueno, tres. Uno oficial y dos "no autorizados", según mi madre.

Lo miré, confundida. Parpadeé. Una, dos veces.

—¿Perdón?

—Gritaban cuando me veían. Me pedían autógrafos. Me enviaban cartas perfumadas con pegatinas de corazones. Yo tenía siete años. Y un jersey con luces.

Me quedé boquiabierta.

—¿Estás diciendo que…?

Él asintió. Lento. Como si cada movimiento formara parte de una penitencia.

—Sí. Salía en un programa infantil. Prime time de los sábados. Se llamaba *Pequeños Gigantes del Ritmo*. Yo era… *Brunito Power*. Tenía una sección propia donde bailaba, contaba chistes malos, hacía trucos de magia con cartas gigantes… y cantaba.

—¿Cantabas? —mi voz salió más aguda de lo que me gustaría admitir. —Con coreografía. Y estribillo pegadizo. Y un micrófono rosa.

Me tapé la boca. Literalmente. Como si así pudiera contener el tsunami de imágenes mentales que acababa de invadir mi cerebro.

—Esto es lo mejor que me han contado en años —dije, entre risas y espasmos de incredulidad.

—Esto es humillante —respondió él, aunque ya se estaba riendo también—. Pero una apuesta es una apuesta.

Nos miramos. Largos segundos. Él, en paz consigo mismo. Yo, con la sospecha creciente de que lo que acababa de contarme no era solo una anécdota absurda… sino una parte olvidada de quien era antes de empezar a esconderse tras su piloto perfecto.

Y de repente, entendí. La desconexión. El sarcasmo. La forma en que evitaba hablar de sí mismo más de cinco minutos seguidos.

Había sido una estrella. Y se apagó.

O la apagaron.

—¿Sabes que ahora necesito ver ese vídeo? —dije al fin, dejando caer la cabeza sobre el respaldo de la silla.

—Desapareció misteriosamente del archivo familiar —contestó—. Aunque mi hermana tiene una copia. Oculta. Con chantaje incluido.

Me reí. Como no me reía desde hacía días. Y supe que algo acababa de cambiar.

Porque las verdades, incluso las ridículas, también curan.

—¿Por qué me lo has contado? —pregunté, ya sin rastro de burla, solo con ese hilo de voz que se usa cuando algo empieza a doler un poco… de verdad.

Bruno alzó los ojos. Los clavó en los míos durante apenas un segundo. El justo para hacer que el mundo dejara de moverse.

—Porque cumpliste la apuesta —respondió. Sencillo. Pero no frío.

Yo no aparté la mirada.

—Y porque confías en mí —añadí, bajando la voz como si las palabras pudieran romperse si las decía muy alto.

Él bajó la vista. Se pasó la mano por la nuca. Y suspiró.

—Más de lo que debería.

Y entonces lo supe. No por lo que dijo. Sino por lo que no dijo.

Lo supe por la forma en que me evitó con la mirada mientras su cuerpo no se movía un centímetro lejos de mí. Lo supe porque, por un instante, el sarcasmo no fue escudo, ni chiste, ni escenografía. Fue solo un hombre. Sincero. Vulnerable. Desnudo de intenciones, pero lleno de miedo.

Y ahí entendí que esto —él, yo, nosotros, todo lo que no decimos, pero sentimos como si gritara en neón— no era una historia para contar online. No era un reel. No era un titular.

Era una historia para vivir sin testigos.

Y eso, en mi mundo… era más íntimo que cualquier beso.

Esa noche, después de una cena que supo más a tregua que a postre, Bruno apareció en mi habitación con algo escondido bajo la camiseta. Literalmente. Caminaba como si llevara una bomba emocional pegada al pecho y el mundo pudiera estallar en cualquier momento.

—¿Qué traes ahí? —pregunté, sin apartar la vista del extraño bulto que sobresalía de su torso como si ocultara un secreto de Estado o un peluche sospechoso.

—Tranquila. No es un órgano robado —dijo, con una media sonrisa —. Es un tesoro.

Sacó un disco duro antiguo, de esos que pesan más que la culpa después de una recaída emocional. Tenía pegatinas de aerolíneas despegadas por las esquinas y marcas de uso que contaban su propia historia. Lo conectó y navegó por una carpeta que llevaba un nombre tan alarmante como prometedor: "Brunito Power". Con mayúsculas. Y sin ironía.

—¿Lista para ver lo que casi destruye mi adolescencia? —preguntó, sin necesidad de respuesta.

Asentí. Porque sí. Porque claro. Porque el morbo.

Y ahí apareció. Mini Bruno. Flequillo en forma de tazón. Jersey de colores con luces parpadeantes que hacían daño a la retina. Y una sonrisa que parecía diseñada en un laboratorio para vender cereales enriquecidos con vitaminas y complejos emocionales.

—¡Hola, monstruitos! Hoy vamos a aprender por qué es importante cepillarse los dientes *con ritmo*. ¡Dame esa pasta, Piñón!

Y entonces apareció una piña gigante con ojos y piernas, vestida con pantalones brillantes y coreografía de boyband.

Me tapé la boca con ambas manos.

Y lloré.

Pero de risa. De esa que sale del estómago, se convierte en ataque incontrolable y acaba dejándote sin aire y sin dignidad.

Bruno me miraba desde el sofá, con la cabeza apoyada en su brazo y la resignación de quien sabe que ya no hay marcha atrás. Que su imagen viril y su sarcasmo elegante acababan de ser devorados por un frutal animado con nombre de payaso.

—¿Esto se emitió en televisión abierta? —pregunté entre carcajadas y lágrimas de incredulidad.

—Durante cinco años —asintió, con la mirada fija en la pantalla—. Ganamos dos premios y una amenaza de demanda de un dentista que decía que la coreografía era peligrosamente irresponsable.

—Estoy… impactada —dije, recuperando la voz—. Y ligeramente enamorada de Piñón.

—Todos lo estaban. Incluso mi madre. Nunca me lo perdonó.

Nos miramos. La risa fue bajando de intensidad. Como el eco de una tormenta que ya no da miedo, solo deja charcos.

El silencio volvió. Pero era un silencio diferente. Suave. Cálido. El tipo de silencio que solo se comparte con alguien que ya ha cruzado la frontera del ridículo… y te ha dejado entrar.

—Gracias por enseñármelo —susurré, aún con la sonrisa anclada en los labios.

—Gracias por no publicarlo —respondió, medio en broma, medio en súplica.

—¿Quién dijo que no lo haré?

—¿Ves? Así empiezan las historias de amor trágicas —dijo él—. Con una amenaza y una estrella infantil humillada.

Le lancé un cojín. Él lo atrapó al vuelo.

Y así nos quedamos. Entre carcajadas sin maquillaje, verdades disfrazadas de chistes, y la certeza incómoda, pero reconfortante, de que estábamos escribiendo algo real… aunque aún no supiéramos cómo llamarlo.

Bruno cerró el portátil con un suspiro que sonó a cierre de etapa. Lo dejó en la mesilla, justo al lado de su cargador —ese que ya ocupaba territorio como si compartiéramos algo más que enchufes— y se quedó ahí, sentado, sin decir nada.

Yo me tumbé en la cama. No por cansancio. Por paz. Por esa paz rara que llega cuando alguien te ha mostrado la parte de sí mismo que nunca pensó enseñar… y no has huido.

La luz de la habitación era tenue. La risa seguía flotando en el aire. Y él… él me miró como si acabara de soltar un peso que llevaba demasiado tiempo fingiendo que no le dolía.

—Buenas noches, monstruita —murmuró, con una sonrisa rota y preciosa.

—Buenas noches, Piñón —respondí, tapándome hasta la nariz para que no viera cuánto me estaba gustando todo esto.

Y así se apagó la noche. Sin redes. Sin filtros. Solo nosotros. Y una infancia ridícula como punto de partida para algo que, por fin, empezaba a no dar miedo.

12
Lo que rompió el guion

Había algo en esa noche que desafiaba las reglas de la lógica y también las del corazón. Tal vez era el cielo, cubierto por una manta de nubes indecisas que no amenazaban tormenta, pero tampoco prometían despeje, como si supieran que una claridad absoluta arruinaría el encanto tenue, cargado de ambigüedad, que envolvía cada paso que dábamos. Tal vez era el viento, ese que no alborota el pelo pero sí las certezas, ese que se cuela entre las costuras del silencio y las expande, las ensancha, las convierte en pausas con más verdad que muchas palabras dichas deprisa. O tal vez, simplemente, éramos nosotros: dos cuerpos caminando juntos, con la mirada baja y el pecho alto, fingiendo no entender lo que estaba pasando mientras cada paso compartido decía exactamente lo contrario.

Salimos del resort con una excusa tan débil que ni siquiera intentamos disfrazarla de lógica. "Estirar las piernas." Como si las piernas fueran lo único que necesitara movimiento. Como si no supiéramos que, en realidad, estábamos escapando. Del sofá donde el roce de nuestras rodillas ya empezaba a quemar. De la cama que aún olía a confesiones no dichas y a promesas que no sabíamos si queríamos cumplir. De las miradas que se volvían demasiado largas y de los silencios que, cada vez, contenían menos distancia y más deseo.

Bruno llevaba dos linternas, una en cada mano, como si ni siquiera confiara en el equilibrio de la noche, ni en el suyo propio. Yo cargaba la manta. Esa que supuestamente habíamos cogido "por si refrescaba" pero que ambos sabíamos que terminaría siendo otra excusa mal envuelta para estar más cerca sin que pareciera que lo necesitábamos. Los escudos se habían quedado atrás, tirados junto al sarcasmo del día anterior y a esa falsa sensación de control que tanto nos gustaba usar como defensa.

Las defensas ya no eran eficaces. No porque las hubiéramos bajado. Sino porque el otro las conocía tan bien que podía atravesarlas sin necesidad de empujar. Y aunque lo sabíamos —aunque podíamos sentir cómo ese muro invisible se agrietaba con cada paso y cada silencio compartido—, seguíamos fingiendo que no pasaba nada.

Porque admitirlo en voz alta… habría sido el primer paso para rendirse del todo.

—¿Y si nos perdemos? —pregunté mientras apartaba una rama que parecía empeñada en dejarme sin ceja. El sendero, poco iluminado y lleno de vegetación en modo "bienvenidos a lo imprevisto", estaba bordeado de palmeras que crujían con cada ráfaga, como si quisieran opinar sobre lo que estaba ocurriendo. Bruno, que iba unos pasos por delante, no se giró. Ni falta que hacía.

—Entonces tendremos que inventar una historia épica para contársela a los nietos —dijo con una naturalidad tan milimétricamente ensayada que supe, en el acto, que estaba lanzando una indirecta emocional camuflada de sarcasmo. Como quien se protege con chistes porque la verdad, dicha sin humor, dolería demasiado.

—¿Tenemos nietos? —arqueé una ceja, más por costumbre que por duda real, mientras una sonrisa me traicionaba a medias y se me escapaba por la comisura de los labios.

—No lo sé. Pero por cómo me hablas cuando llevas hambre, seguro que los asustas —añadió con ese tono suyo tan específico, tan característico, ese que siempre se queda flotando en el aire entre la pulla y la caricia, entre la ironía y la ternura. Ese tono que yo ya sabía descifrar. Y que, en noches como esa, se sentía peligrosamente sincero.

Reí. No porque la broma fuera brillante ni porque me hiciera gracia lo de los nietos asustados. Reí porque, sin darme cuenta, algo se había desbloqueado en mi interior. Algo que no sabía que tenía tensionado. Como si esa frase suya, absurda y tierna a la vez,

hubiera encontrado un hueco entre mis defensas y lo hubiera empujado con suavidad, solo lo justo para que respirara un poco más hondo. Me sentí… ligera. No como quien suelta un drama, sino como quien, sin esperarlo, encuentra un rincón del mundo donde todo pesa un poco menos. Y no era el lugar. Ni el cielo. Ni el sendero improvisado.

Era él. Y era yo. Y era esto. Esto que no estábamos nombrando, pero que se instalaba entre nosotros como si llevara tiempo reclamando espacio.

Libre. Así me sentí. Aunque estuviéramos rodeados de árboles que crujían como advertencias, de caminos que no sabíamos a dónde llevaban y de silencios que, por primera vez, no daban miedo. Al contrario: se sentían como hogar.

Y por un segundo —uno minúsculo pero terco, de esos que se quedan pegados a la piel aunque no los mires de frente—, me sentí más yo que en todas mis últimas stories juntas.

Caminamos hasta la playa sin plan ni rumbo definido, solo con ese impulso incontrolable que tienen los que necesitan moverse para no explotar. Y allí estaba: vacía. Sin niños construyendo castillos de arena que se desmoronan a la primera ola, sin parejas estratégicamente colocadas para besarse en contra luz y subirlo a Instagram con una canción de Taylor Swift, sin música reciclada flotando desde algún chiringuito mal iluminado. Solo nosotros. Y el mar. Con ese rumor suave y contenido que tiene cuando no intenta impresionar a nadie. Como si incluso él supiera que esa noche no necesitábamos estridencias, solo honestidad.

Bruno extendió la manta sobre la arena húmeda con la precisión de quien no quiere pensar demasiado en lo que está haciendo. Y aún así, lo hizo con una delicadeza casi poética. Como si colocarla bien fuera su forma de decir que le importaba. Se tumbó boca arriba, con los brazos detrás de la cabeza y los ojos perdidos en un cielo sin estrellas, como si allí arriba hubiera respuestas que se le estaban

escapando. Yo me senté a su lado. No encima de la manta, sino justo en el borde, con las piernas cruzadas y los dedos hundidos en la arena, acariciándola como si pudiera encontrar en esos granos la calma que mi pecho no terminaba de ofrecerme.

Durante unos minutos no hablamos. Porque no hacía falta. Porque las palabras a veces estorban cuando el cuerpo ya lo está diciendo todo.

—¿Alguna vez te has sentido fuera de tu propia vida? —pregunté de pronto, sin girarme, sin medir el peso de la frase, como si la pregunta llevara días golpeando la puerta de mi garganta esperando justo este momento para colarse. —¿En plan "esta no soy yo", pero igual lo eres? —respondió él sin titubear, sin dramatismo, sin adornos. Como si ya hubiera estado ahí. Como si no se sorprendiera de que yo también lo estuviera.

Asentí. Aunque él no me viera.

—Todo el tiempo —confesó—. Cuando estoy con mi familia. Cuando vuelo. Cuando alguien me admira por algo que ni siquiera elegí. A veces me miro desde fuera y no me reconozco. Como si llevara años interpretando una versión de mí mismo escrita por otro. Como si alguien hubiera redactado mi guion, lo hubiera aprobado sin consultarme, y yo solo estuviera recitando líneas que me quedan cada vez más apretadas.

Me giré hacia él. No por costumbre. Por necesidad. Porque en esa frase había algo que se parecía demasiado a mi propia historia. A esa sensación de estar habitando un personaje tan perfecto para el público… que acabas olvidando quién eras antes del aplauso.

—Pensé que yo era la dramática —dije. No como queja. Como rendición.

—No —respondió, sin moverse—. Tú eres la protagonista de tu drama. Yo solo soy el piloto invitado.

Y entonces nos miramos. Pero no como se mira alguien con quien compartes espacio. Nos miramos como si ambos supiéramos que acabábamos de cruzar una línea invisible. Una que no tiene regreso. Una que separa el juego de la verdad.

Y esa frase, "piloto invitado", se quedó ahí flotando entre los dos. Incómoda. Intensa. Casi esperando a que alguien —quizás yo, quizás él— la corrigiera con un "no, eso ya no".

Y entonces lo supe. Que ese nudo que me apretaba el pecho no era solo confusión. Era deseo. Y miedo. Y algo parecido a una pregunta que aún no tenía nombre, pero ya exigía respuesta.

—¿Te has dado cuenta de lo que estamos haciendo? —susurró él, con esa voz grave que solo usaba cuando hablaba en serio. De verdad. Esa voz que parecía diseñada para pronunciar verdades delicadas, de esas que no se dicen con luz, porque podrían romperse. Verdades a oscuras. Como si elevar el tono pudiera espantar la magia o rasgar el equilibrio precario que sosteníamos desde hacía días con hilos de sarcasmo y respiraciones contenidas.

—¿Ahora mismo? —respondí sin moverme, sin girarme, con los ojos fijos en el mar, como si el horizonte tuviera más respuestas que yo —. Sí. Evitar el tema. El tema. Ese que llevábamos esquivando desde que nuestros cuerpos empezaron a hablarse con más sinceridad que nuestras bocas.

Bruno no rió. Ni siquiera hizo ese gesto sutil con las comisuras que solía colar cuando no quería parecer afectado. No. Esta vez solo respiró. Hondo. Lento. Como si se estuviera preparando para saltar desde un acantilado emocional sin red, sabiendo que el golpe dolería pero no saltar sería peor.

—Todo este viaje —dijo Bruno, y su voz, por primera vez en mucho rato, no tenía ni rastro de broma ni sombra de ironía—. La apuesta, las fotos, lo de fingir que estábamos juntos...

Se detuvo. Solo un segundo. Lo justo para que el silencio pesara más que las palabras.

—Ya no lo estamos fingiendo del todo.

Otra pausa. Esta vez más lenta. Más llena de eso que no se dice.

—No es tan falso, Elena. No para mí.

Y ahí lo tuve. La verdad. Chiquita, pero peligrosa. No era un grito, ni una confesión dramática. Era apenas un susurro que se coló entre nosotros con la delicadeza de una hoja cayendo… pero que al tocar el suelo, tembló todo. Como cuando un guijarro cae en un lago que parece en calma, pero debajo es puro torbellino. Y sabes, en el fondo, que ya no hay vuelta atrás. Porque una vez que lo dices… lo has hecho real.

—No sé en qué momento se volvió real —admití, bajito, con una voz que no uso casi nunca. De esas que vienen de un sitio que da miedo mirar de frente—. Solo sé que me asusta pensar en lo que viene después. Después de esto. Después del resort. Después de la apuesta. Después… de nosotros.

Hice una pausa. No para pensar, sino para respirar sin que me temblara la voz.

—Cuando todo esto termine. Cuando volvamos a fingir que no estábamos fingiendo.

Y entonces, lo sentí. Algo se rompió. No entre nosotros. No en el aire. Dentro. Como si una verdad mal contenida acabara de empujar desde dentro hasta romper la estructura.

Bruno se incorporó. Y esa sola acción —levantarse, mirarme de frente— cambió la temperatura de la noche. Se acercó. No mucho. Pero lo suficiente como para que mi piel lo notara antes que mis ojos. Como si el oxígeno entre nosotros se hubiera compactado, como si de pronto respirar fuera algo íntimo, compartido, inevitable.

—A mí también me asusta —dijo Bruno. Y no lo dijo como quien confiesa. Lo dijo como quien se rinde. Como si sus palabras no fueran una declaración, sino un espejo que acababa de ponerme delante.

—Porque te miro… —continuó, con la voz un poco más rota, un poco más real— y no sé si quiero besarte o salir corriendo. Y luego bajó la voz. Pero no el peso.

—Y lo peor —añadió, casi en un susurro— es que sé que las dos cosas… me harían daño.

No supe qué decir. No porque no tuviera palabras, sino porque todas, absolutamente todas, se me quedaron enredadas en la garganta, como si temieran estropear lo que acababa de pasar. Lo que estaba pasando. Lo que —sabía— ya no tenía marcha atrás.

Y entonces lo hizo. Sin aviso. Sin redoble de tambores ni mirada que lo anunciara con neón.

No fue un movimiento torpe de esos que se precipitan en mitad de la tensión como un error adorable, ni una embestida arrogante de quien cree tener derecho a invadir un cuerpo solo porque lo desea. Fue otra cosa. Fue algo quieto. Algo lento. Algo inevitable.

Lo hizo con la reverencia de quien no solo quiere tocarte, sino entenderte. Como si en cada milímetro que acortaba entre su boca y la mía estuviera pidiéndole permiso no solo a mi cuerpo, sino también a mis miedos, a mis muros, a mis heridas.

Y me besó. Una vez. Suave. Con la delicadeza exacta de lo que no necesita explicación, pero aun así lo dice todo. Como si sus labios supieran el idioma que el resto del mundo había olvidado. Ese que se habla sin palabras, sin guion, sin margen de error. Un idioma que solo se pronuncia cuando ya no hay dudas. Cuando ya no hay vuelta atrás.

No hubo manos ansiosas recorriendo con prisa, ni jadeos disfrazados de urgencia, ni necesidad de conquistar el espacio como si estuviéramos a punto de perdernos. Tampoco hubo promesas, ni frases rotundas, ni un fondo musical que marcara el momento como una escena de película. Solo hubo un roce. Preciso. Tan lento y contenido que, por un instante, parecía que el tiempo se hubiera quedado en pausa, sosteniéndonos en un lugar donde nada más existía. Como si la gravedad hubiese decidido retirarse, permitiéndonos flotar en algo que no tenía nombre, pero sí peso. Algo que iba más allá del deseo inmediato, más allá de la piel, más allá incluso de nosotros mismos.

Fue un beso sin testigos ni cámaras. Sin likes, sin filtros, sin necesidad de contarlo ni decorarlo después. Un beso que no buscaba validación, ni nombre, ni explicación. Solo estaba ahí, ocurriendo en presente absoluto, como esas cosas raras y valiosas que no piden permiso para ser.

Y aunque no duró mucho —quizá solo unos segundos, quizá toda una eternidad—, fue suficiente. Suficiente para romper todo lo que habíamos creído controlar. Suficiente para convertir el juego, la apuesta, la excusa… en algo real. Tan real que dolía. Tan real que daba miedo.

Cuando se apartó, no dijo nada. Y yo tampoco. Porque había algo sagrado en ese silencio. Algo que no necesitaba traducción ni palabras, solo ser sostenido en el aire, respirado con cuidado, como se respira una promesa que todavía no tiene forma.

Nos miramos. Y fue una de esas miradas lentas, desnudas, sin defensa ni capas ni trampa. En sus ojos —limpios de sarcasmo, desarmados de orgullo— encontré algo que no esperaba:

Un lugar. Un refugio. Una especie de hogar inesperado, de esos que te duelen solo por existir… porque sabes, sin saber cómo, que llevas tiempo buscándolos sin darte cuenta.

Y ahí lo entendí. Ese beso no me había tocado solo los labios. Me había alcanzado el alma.

Nos levantamos de la manta sin necesidad de inventar excusas, sin intercambiar razones ni buscar frases que amortiguaran el vértigo. No hubo chistes para aligerar el momento ni comentarios que disfrazaran la evidencia. Solo nos movimos. En una sincronía que no necesitaba ensayo. Como si el cuerpo —sabio, instintivo, más honesto que las palabras— ya supiera lo que la mente todavía no estaba dispuesta a verbalizar: que algo había cambiado. No un detalle. No una dinámica. Todo.

El beso —ese beso— no había sido un accidente ni una escena improvisada para alimentar una narrativa que ya se nos estaba quedando corta. Había sido real. Desarmante. Inevitable. Y demasiado verdad como para que cualquiera de los dos intentara actuar como si no hubiera sucedido.

Caminamos de vuelta al resort por el mismo sendero por el que habíamos llegado minutos antes. O tal vez horas. O una vida. Porque el trayecto era el mismo, sí, pero nosotros no. Nuestras piernas iban igual de cansadas, pero nuestros pasos tenían otro peso. Uno que no venía del cuerpo. Venía de dentro. Del alma desordenada. De los muros que ya no estaban donde los habíamos dejado.

No hablábamos. No porque no tuviéramos cosas que decir, sino porque el silencio, esta vez, lo estaba diciendo todo. El aire entre nosotros era denso, cargado de palabras no pronunciadas, de emociones que habían dejado de esconderse detrás de la comedia. Cada paso era un mensaje. Cada crujido de ramas bajo los pies, una respuesta no dicha. Y entre tanto silencio… sucedió.

Su mano rozó la mía. No fue un gesto torpe, ni uno casual. O al menos eso quise pensar al principio, en ese segundo de duda donde todavía podía fingir que no significaba nada. Pero luego no la retiró. No reculó. Se quedó ahí. Cerca. Presente. Temblorosa, tal vez. Pero firme.

Y entonces lo entendí. Esa caricia mínima, ese roce apenas perceptible, era una pregunta. Una de las importantes. Una de esas que no se lanzan al aire si no estás preparado para la respuesta.

Me tomó la mano con una suavidad que dolía de lo contenida. Con una ternura que pesaba más que cualquier abrazo. No apretó. No reclamó. Solo sostuvo. Como si supiera —y yo también— que a veces, entrelazar los dedos con alguien significa entregarle una parte de ti que no se ve… pero se siente.

Y yo no la solté. Porque no quería. Porque no podía. Porque dejarla ir habría sido negar lo evidente, lo que ya estaba grabado en el centro de mis costillas desde que sus labios rozaron los míos con esa verdad desnuda que lo cambió todo.

Seguimos caminando así, de la mano, sin mirar atrás, cruzando los jardines en silencio, con las luces suaves del resort iluminando lo justo y dejando el resto en penumbra. No éramos los mismos. Ni siquiera éramos los que habíamos sido al empezar el día. Porque algo en nosotros se había desplazado. Algo que ya no admitía máscaras, ni excusas, ni pactos teatrales.

Ya no podíamos fingir. No después de eso. No después de nosotros. Porque una vez que se abre esa puerta —la que conecta la verdad con la piel, la emoción con la acción—, ya no se cierra sin dejar marca.

Y la nuestra… acababa de escribirse. En silencio. Con un beso. Y una mano entrelazada.

Cuando llegamos al pasillo de las habitaciones, ninguno de los dos apuró el paso. No por cansancio. Sino por esa especie de instinto irracional que te dice que, cuando algo está a punto de cambiar para siempre, lo mejor es demorarlo lo justo para memorizarlo bien.

Nos detuvimos frente a mi puerta sin necesidad de coordenadas. Él no preguntó si era aquí. Yo no dije que sí. Solo nos paramos, bajo el foco tenue del pasillo, ese que proyectaba sombras suaves y le daba

a su rostro una definición casi cinematográfica. No dijo "entremos". No dije "te quedas". Y sin embargo, el momento tenía una presencia tan física que era imposible no sentirlo vibrar en la piel.

Bruno no bajó la mirada. Tampoco la sostuvo con ese toque desafiante al que me tenía acostumbrada. Lo que hizo fue mucho más desarmante: me sostuvo la mirada con vulnerabilidad. Una de esas miradas que no buscan ganar ni escapar, que no juegan a seducir ni se camuflan tras el sarcasmo, sino que simplemente… se quedan. Se quedan donde arde, donde duele, donde no hay escudos posibles. Y en él, en alguien como Bruno, eso era más íntimo que cualquier roce, más revelador que cualquier confesión.

Se inclinó hacia mí. Apenas unos centímetros, sin dramatismo, sin intención clara, sin prisas. Solo lo justo para que su frente rozara la mía y el aire entre nosotros se volviera un suspiro compartido. Como si, por un instante breve y perfecto, el mundo hubiese decidido detenerse. Como si el tiempo ya no se midiera en minutos ni en estrategias, sino en latidos. En los suyos. En los míos. En los que se sincronizaban sin preguntar.

—Buenas noches, Valverde —murmuró.

Y fue eso. Un susurro. Una caricia hecha palabra. No lo escuché con los oídos, lo sentí con la piel. Con el pecho. Con ese rincón emocional donde uno guarda lo que no se atreve a nombrar.

Era una despedida, sí. Pero no una que cierra. No una que dice adiós. Era de esas que dejan una rendija abierta, como si la esperanza necesitara colarse por alguna parte, aunque nadie la hubiera invitado. Una despedida con punto y coma, no con punto final.

Y entonces, sin previo aviso y sin hacer ruido… me besó. Pero no fue como el primero. Este tenía otra temperatura. Otro ritmo. Otro peso. Era más lento, más cuidadoso. Como si ya no buscara impresionar ni provocar, sino simplemente estar. Fue un beso sin artificios, sin armadura, sin pretensión. Un roce exacto, preciso, cargado de

intención y de todo lo que no se dice en voz alta. Un recordatorio de que algo se había movido. Una promesa sin palabras. No decía "esto se acaba", ni "esto empieza". Decía "aquí estoy". Y, en ese momento, con todo lo que eso implicaba, era más que suficiente.

Me quedé un segundo más en la puerta, con la espalda apoyada contra la madera, mientras él se alejaba con paso lento, como si sus pies también estuvieran indecisos. Cuando entré, no encendí la luz. No porque no pudiera. Sino porque entendí —como se entienden las cosas importantes— que la magia a veces solo existe en la penumbra, donde las emociones no necesitan ojos para sentirse reales.

Dejé la manta sobre la silla. El bolso en el suelo. Y me senté en el borde de la cama sin atreverme a deshacerla, como si al hacerlo rompiera algo que todavía estaba en suspensión. Me llevé los dedos a los labios. Estaban tibios. Sensibles. Cargados. Y por primera vez en mucho tiempo… no sentí la necesidad de capturar ese instante para nadie más. No para mis seguidores. No para una story. No para el algoritmo.

Ese beso no necesitaba validación. Ni filtros. Ni hashtags con mensaje. Era nuestro. Y eso bastaba…y del otro lado de la puerta.

Bruno cerró con cuidado, como si no quisiera perturbar el eco de lo que acababa de pasar. No encendió la luz. No hizo falta. La habitación tenía la claridad suficiente para dejarse habitar por la memoria de un beso que, por mucho que intentara simplificar, ya le había cambiado el pulso.

Se apoyó en la puerta, dejando caer la espalda como si su cuerpo por fin admitiera el peso de todo lo que había estado conteniendo. No suspiró. Ni habló consigo mismo en voz baja. Solo se quedó quieto, en silencio, con el corazón golpeando fuerte en un pecho que, por primera vez en mucho tiempo, no sabía cómo protegerse.

No era solo el beso. Era lo que lo había provocado. Lo que había sostenido ese instante. La forma en que Elena lo había mirado. Con miedo. Con vértigo. Pero también con una valentía silenciosa, la de quien decide saltar sabiendo que puede no haber red.

Se pasó una mano por el pelo y caminó hasta la cama sin saber si quería acostarse o simplemente dejar de pensar. Se dejó caer sobre el colchón sin desvestirse, como si desnudar el cuerpo después de desnudar el alma fuera demasiado. Se quedó así, boca arriba, con los ojos fijos en el techo, que de pronto parecía estar más lejos. Más alto. Más vacío.

Y fue en ese momento, en esa quietud apenas rota por el zumbido del aire acondicionado, cuando se dio cuenta de que algo había cambiado. Porque por primera vez desde que había llegado al resort, no pensaba en el vuelo del lunes, ni en la boda de su hermano, ni en los comentarios de su madre sobre su incapacidad crónica para "asentarse". Pensaba en ella. En Elena. En su voz entrecortada. En la forma en que lo había dejado acercarse. Y en esa expresión suya, justo antes de cerrar los ojos, como si estuviera a punto de romperse… pero se dejara.

Y eso —pensó Bruno— era lo más jodidamente real que le había pasado en años.

No cogió el móvil. Ni revisó notificaciones. Ni siquiera lo miró. Porque sabía que si lo hacía, el mundo de fuera volvería a entrar. Y él no estaba listo para dejarlo entrar todavía. Solo cerró los ojos. Y se obligó a dormir. No por cansancio. Sino por supervivencia. Porque admitir en voz alta lo que ya sentía era, ahora mismo, más aterrador que volar a ciegas.

Al otro lado de la pared, en la habitación contigua, Elena estaba tumbada con la manta hasta la barbilla, los ojos abiertos y el cuerpo ardiendo con esa temperatura extraña que no tiene fiebre, pero tampoco explicación lógica. No pensaba en cómo se había visto. Ni en cómo podría contarlo. Pensaba en cómo se había sentido. En

cómo aún se sentía. Pensaba: "Esto no debía pasar. Pero pasó. Y lo peor… es que no quiero deshacerlo."

Él, a unos metros, con la camiseta arrugada y el alma aún desordenada, pensó lo mismo. Casi con las mismas palabras. "Tal vez fue un error. Pero si lo fue… que se repita."

Separados por una pared lo bastante fina como para dejar pasar los pensamientos, pero demasiado gruesa como para permitir el contacto, los dos compartieron el mismo silencio. Un silencio denso, no de esos que incomodan, sino de los que pesan. El tipo de silencio que llega después de una verdad dicha, después de un beso que ya no se puede deshacer, después de cruzar un umbral sin retorno. No había palabras entre ellos. Pero sí una conexión latente, suspendida en el aire, como si la pared no separara habitaciones, sino versiones anteriores de sí mismos.

Dormían en camas distintas, cada uno en su lado del mundo… y, sin embargo, compartían una sola historia. Una que, sin que ninguno de los dos pudiera ponerle nombre aún, acababa de dar un giro. De trama. De género. De rumbo.

Y aunque aún no lo supieran con certeza, algo entre ellos había cambiado. Para siempre.

13
Un incendio no tan controlado

Intentamos actuar como si nada hubiera pasado. Como si el beso de anoche no se hubiera quedado a vivir entre nosotros, ocupando rincones que antes estaban vacíos. Como si no lo pensáramos cada vez que nuestros codos se rozaban por accidente, o cuando nuestras miradas se cruzaban durante medio segundo más de lo debido. Como si las palabras no vinieran cargadas de una electricidad muda que, aunque nadie nombrara, ambos sentíamos bajo la piel.

Pero la verdad era que desde ese momento, todo lo que antes había sido simple… se volvió absurdamente complejo. Las conversaciones tenían pausas incómodas que antes no estaban. Las bromas sonaban menos inocentes, como si cada frase llevara una doble intención que ya no sabíamos cómo disimular. Y los silencios... los silencios gritaban.

Esa mañana, como si no fuera suficiente con nuestra tensión emocional en modo hervidor de agua, decidimos apuntarnos —por recomendación de Lola, que claramente había decidido ver el mundo arder desde su tumbona— a una "ruta sensorial" por los jardines del resort. Según la descripción: una experiencia diseñada para desconectar del ruido interior y reconectar con la naturaleza.

Caminar entre plantas tropicales con los ojos vendados, oliendo hojas secas que alguien te aseguraba que eran terapéuticas, y escuchando grabaciones de "cantos curativos de pájaros tailandeses" solo sirvió para agudizar una cosa: la tensión.

Bruno caminaba detrás de mí. Muy cerca. Tan cerca que sentía su respiración sobre la nuca cada vez que hablaba. Y su voz, grave de por sí, bajaba dos tonos más cuando me susurraba instrucciones al oído.

—A tu derecha hay una raíz. Paso largo —murmuró, con la voz tan cerca que no sabía si me estaba guiando o provocando una

combustión espontánea.

Y yo, que intentaba no respirar como si estuviera en medio de un anuncio de perfume en slow motion, terminé tropezando con una piedra perfectamente colocada por el karma. Me desequilibré hacia atrás, y fue entonces cuando sus manos me sujetaron por la cintura. Firmes Seguras. Queriéndose quedar.

Un segundo. Luego otro. El mundo en silencio, como si contuviera la respiración junto a mí. Mis pulmones también lo hacían, en una especie de huelga nerviosa, mientras él seguía ahí, tan cerca que el aire entre nosotros perdió su sentido lógico.

—Estoy bien —murmuré, más para convencerme a mí misma que para tranquilizarlo.

—Lo sé —respondió Bruno, en un susurro tan íntimo que pareció rozarme la piel más que el oído—. Pero no me importa.

Y fue justo ahí, en medio de esa ruta supuestamente zen, rodeada de plantas aromáticas, con una grabación de colibríes en bucle y una calma impostada en el ambiente, donde entendí que aquel día no iba a terminar, precisamente, en paz.

—¿Estás bien? —repitió, sujetándome por la cintura con una firmeza que no pedía permiso, que no dejaba margen para dudas ni para huir. Su voz era baja, templada, con ese tono grave que roza lo emocional sin necesidad de decir demasiado.

—Perfectamente —mentí, intentando sostener la dignidad mientras por dentro todo sangraba y por fuera el pulso me temblaba hasta en las pestañas.

Pero él no me soltó. Y yo… yo tampoco me moví. Y tal vez, justo ahí, radicaba el verdadero problema. Porque en ese instante suspendido —donde el cuerpo aún no sabe si está cayendo o siendo sostenido— algo se quebró sin hacer ruido: la lógica, la distancia, la contención.

Y como si el universo tuviera sentido del humor y un excelente timing narrativo, justo en ese momento el cielo se abrió de golpe. Una lluvia súbita, tropical, cálida y sin modales se desató sobre nosotros, como si alguien hubiera girado la manivela de una ducha emocional en su punto más alto.

Corrimos, y mientras lo hacíamos, empezamos a reír. No fue por diversión real, ni por euforia desbordada. Fue por necesidad. Porque la adrenalina nos empujaba desde dentro y la risa era la única forma de no gritar. Había algo extrañamente liberador en mojarnos sin defensa, sin plan, sin pose. Algo que rompía las máscaras justo en el momento en que más falta hacía sostenerlas. Y en esa risa —imperfecta, desbordada, espontánea— nos encontramos.

Terminamos refugiados en la única estructura techada de todo el jardín sensorial: una caseta de mantenimiento. Pequeña, olvidada, con paredes de cristal esmerilado que apenas ofrecían intimidad, un banco de madera desgastada por el tiempo, estanterías oxidadas con herramientas mal apiladas y, en una esquina, una ducha de emergencia colocada como si alguien hubiera querido anticiparse a incendios que no eran precisamente de fuego.

Nos miramos. Empapados. Con la ropa pegada al cuerpo, el aliento acelerado, y la tormenta golpeando afuera con la misma fuerza con la que empezaba a golpear dentro. El agua se deslizaba por su camiseta adherida al pecho, marcando cada músculo como si el universo hubiera decidido tentarme con saña. Yo tiritaba, no por el frío, sino por la tensión contenida que me recorría como electricidad. Por la anticipación que vibraba entre nosotros sin pedir permiso.

—Esto es ridículo —murmuré mientras me quitaba las gafas de sol empapadas, intentando mantener algo de dignidad—. Parece una escena de película barata.

—Si esto fuera una película —dijo Bruno, dando un paso hacia mí, con ese brillo de ironía peligrosa en la mirada— ya nos estaríamos besando bajo la ducha. Y justo después, vendría la música.

—No hay música —susurré, aunque mi voz ya no sonaba tan segura como quería.

—No hace falta —respondió él, sin apartar los ojos de los míos.

Y en ese momento, su mirada lo dijo todo. Como si el resto del mundo se hubiera desdibujado alrededor. Como si solo quedáramos él y yo, atrapados en un guion no escrito que empezaba a escribirse solo, con lluvia, deseo… y esa clase de conexión que no necesita efectos especiales.

Y entonces supe que ni la lluvia, ni el encierro, ni el destino tenían la culpa. Éramos nosotros. Nosotros, ardiendo por dentro en una caseta empapada, mientras la tormenta La lluvia, implacable, seguía golpeando los cristales esmerilados con una intensidad que parecía compensar todo el ruido que nosotros no nos atrevíamos a hacer. Era como si el mundo gritara por fuera lo que nosotros aún no estábamos listos para decir en voz alta.

Bruno sonrió, esa maldita sonrisa suya que no era ni descarada ni del todo inocente, sino algo más complejo y peligroso: la expresión de quien entiende perfectamente lo que está pasando, pero aún no ha decidido si quiere cruzar la línea… o quedarse jugando al borde de ella.

Dio un paso hacia mí. Solo uno, pero fue suficiente. La distancia que nos separaba se volvió insoportable en su cercanía: corta, tensa, cargada de electricidad. Una provocación perfectamente medida, diseñada para desarmar sin tocar.

—¿Tú sabes lo que haces cuando te enfadas? —preguntó, su voz apenas un susurro que parecía flotar entre nosotros, tan cerca que el aire se volvió denso.

—¿Grito? —intenté responder con humor, aunque la voz ya me salía más baja de lo que habría querido.

—Te muerdes el labio —dijo, bajando la mirada hacia mi boca con una lentitud que quemaba—. Como si no supieras si vas a gritar… o

a besar.

Tragué saliva. No porque tuviera algo que decir, sino porque el cuerpo buscaba una forma de reaccionar y no encontraba ninguna válida. Me odié un poco por no moverme, por quedarme ahí clavada, pero más aún por saber que, en el fondo, no quería hacerlo. No quería alejarme. No quería parar.

—¿Y tú sabes lo que haces cuando estás a punto de meter la pata? —le devolví, con la respiración más desordenada que mis pensamientos.

—No, pero estoy deseando que me lo digas —respondió, con esa mezcla exacta entre ternura y descaro que siempre lograba descolocarme.

—Respiras así —murmuré, imitándolo sin pensarlo—. Como si te doliera estar tan cerca… y no tocarme.

Y entonces Bruno levantó la mano. Lenta. Intencionadamente. No con duda ni con prisa, sino con esa calma precisa que tiene quien sabe que el siguiente gesto cambiará algo para siempre. Apartó un mechón de pelo de mi cara, mojado y terco, como si fuera eso lo que le estorbaba, como si al eliminarlo pudiera enfocar mejor… aunque ambos sabíamos que el temblor no venía del agua. Venía de mí. De todo lo que estaba empezando a sentir, y que ya no podía esconder.

—A la mierda —murmuró. No fue una frase pensada. Fue una rendición.

Y entonces me besó.

Pero no fue un beso cauteloso ni medido. No era el tipo de beso que se da cuando todavía estás dudando. Fue un beso real, sin testigos, sin trato, sin guion. Un beso con hambre. Con historia. Con todo lo que veníamos callando desde que esto empezó. Un beso que decía lo que las palabras nunca se atrevieron a pronunciar. Llevaba dentro

la rabia contenida, el deseo acumulado y la ternura inesperada que aparece cuando dejas de fingir que nada te importa.

No pidió permiso. Tampoco pidió perdón. Simplemente pasó. Y me desarmó.

Bruno me empujó suavemente contra la pared de cristal esmerilado, y la lluvia que golpeaba afuera se convirtió en una banda sonora lejana, constante, casi hipnótica, como si el mundo hubiese decidido dejarnos a solas en esa burbuja de vapor, piel y caos.

Su boca descendió por mi cuello con una lentitud que no buscaba provocar, sino memorizar. Cada beso era una especie de mapa dibujado con intención, como si quisiera asegurarse de no olvidarse jamás de ese recorrido. Mis manos lo buscaron sin pensar: su espalda, su nuca, el borde de su camiseta empapada que ofrecía una mínima resistencia… pero no mucha. Y entre caricias que se escapaban, risas entrecortadas y temblores que ya no tenían nada que ver con el frío, la tensión nos envolvió con una intensidad nueva, sin filtros ni simulacros.

Una ducha de emergencia nos observaba desde una esquina, muda, expectante. Y ahí estábamos: dos personas empapadas, jadeantes, intentando decidir si estábamos salvándonos del incendio… o prendiéndonos fuego de una vez por todas.

—¿Quieres usar la ducha de emergencia? —preguntó Bruno, con una sonrisa cargada de segundas intenciones.

—¿Y salir empapada otra vez? —repliqué, arqueando una ceja mientras me agarraba un poco más fuerte a su cuello.

—Podríamos… usarla para calentarnos —insistió, fingiendo inocencia.

—No es un baño termal, Martínez. Es un grifo gigante con complejo de bombero —dije, y aunque mi tono intentó sonar burlón, mi voz ya empezaba a quebrarse por dentro.

Después, el silencio. Pero no uno incómodo. Era ese tipo de silencio que sólo se forma cuando los cuerpos ya han empezado a entenderse mucho antes que las palabras. El aire se volvió denso, espeso como una niebla caliente. Cada gota de lluvia sobre el techo sonaba como una cuenta regresiva que no sabíamos si detener… o abrazar.

Bruno levantó la mano. No temblaba. Pero yo sí. Me apartó un mechón de pelo mojado de la frente, con un gesto tan simple que podría haber sido inocente, pero no lo fue. Fue una caricia lenta, intencionada. El tipo de contacto que no se da porque sí, que sólo aparece cuando ya no hay vuelta atrás y estás a punto de atravesar la línea que lo cambia todo.

—Estás temblando —susurró, su voz tan cerca de mis labios que más que oírla, la sentí.

—Es la lluvia —mentí, aún sabiendo que no iba a colar.

—No está lloviendo dentro —respondió él, sin tono acusador, sin ironía. Sólo con esa firmeza suave que se siente más como una invitación que como una frase.

Y fue en ese instante, justo ahí, cuando me miró como si no me estuviera viendo a mí, sino todo lo que le faltaba y acababa de encontrar. Y entonces me besó.

Nada que ver con el de la noche anterior. Ese había sido una pregunta lanzada al aire. Este era una afirmación dicha con el cuerpo entero. Fue un beso urgente, desordenado, con esa clase de hambre que no se disimula ni se posterga. Como si todo lo contenido hasta ahora hubiera estallado al fin, y ya no importara nada más.

Su boca encontró la mía con una necesidad cruda, sin filtros ni disculpas. Mis manos volvieron a recorrer su espalda, su nuca, y llegaron otra vez al borde de su camiseta, que se aferraba a su piel mojada como si tampoco quisiera soltarlo. No sé si fui yo quien se la

quitó o si la arrancamos juntos, sólo recuerdo la sensación de su pecho desnudo contra mis palmas, cálido, firme, real. Y en ese momento… dejé de pensar.

Sus manos rodearon mi cintura con una mezcla perfecta de urgencia y cuidado, de necesidad y ternura, y me levantó como si no pesara nada, como si llevarme con él fuera lo más natural del mundo. Me sentó sobre el banco de madera, áspero y frío, y allí, entre respiraciones desacompasadas y miradas que ya no necesitaban palabras, el deseo se hizo carne.

Reí. No porque fuera gracioso. Sino porque en ese instante exacto, lo sentí todo: deseo, vértigo, certeza, libertad. Estaba feliz. Por fin. Sin guion. Sin filtro. Sin más intención que dejarnos llevar por todo lo que venía gestándose desde el primer "odio tu sonrisa".

Nos fuimos desnudando con la misma precisión caótica con la que se desactiva una bomba: con cuidado, con torpeza, con esa urgencia contenida que empieza fingiendo control… y termina rindiéndose al deseo.
Cada prenda que caía al suelo parecía desmontar también una barrera invisible, y cuando por fin quedamos piel contra piel, ya no hubo espacio para poses ensayadas, ni trucos, ni luces favorecedoras que disimularan la verdad.

Solo quedamos nosotros. Dos cuerpos que se buscaban sin apuro, sin vergüenza, con la honestidad cruda de quienes se reconocen en el roce, en la respiración compartida, en la manera exacta en que un suspiro responde al otro. Y aunque aún no lo sabíamos, en ese instante ya no teníamos idea de cómo volver a estar separados.

Fue lento, al principio. Casi reverente. Después, se volvió más rápido, más intenso, como si todo lo contenido hubiese decidido explotar a la vez. Y luego, otra vez lento. Como si el tiempo quisiera extender ese momento, alargarlo para saborearlo mejor, para grabarlo en la memoria sin prisas. Fue deseo, sí. Pero también fue ternura. Una ternura inesperada, desbordante, que apareció entre

beso y caricia, entre piel y mirada… y eso, justo eso, fue lo que terminó por desarmarme del todo.

Cuando todo terminó, cuando nuestros cuerpos dejaron de pedir y empezaron simplemente a sostenerse, Bruno me abrazó. Sin palabras. Sin necesidad de ellas. Me envolvió con sus brazos como si ese gesto fuera el único idioma que conocía en ese momento, y yo me dejé hacer, me dejé estar.

Fue entonces, en ese abrazo silencioso, donde entendí que habíamos cruzado una línea. Una de esas que no se marcan en un mapa, ni en un contrato, ni en una historia de Instagram. Una línea que solo se traza en la piel. Y que, una vez atravesada, ya no tiene regreso.

Y ya era tarde para fingir que no habíamos empezado a arder.

La caseta olía a humedad, piel y algo que solo podía describirse como rendición emocional en formato cuerpo a cuerpo, como si lo que acabábamos de hacer se hubiera quedado impregnado en el aire junto al vaho de nuestros cuerpos, los suspiros retenidos y el eco mudo de lo que no habíamos dicho.

Nos vestimos en silencio. No incómodo, pero sí nuevo. Como si el lenguaje se hubiera agotado y ahora sólo quedaran los gestos: él poniéndose la camiseta con lentitud, yo subiéndome los vaqueros aún húmedos, con los dedos torpes y la cabeza llena de imágenes que no quería procesar aún.

Me puse la camiseta al revés sin darme cuenta. Bruno, sin hacer un solo comentario, se acercó, colocó las costuras en su sitio con una delicadeza que dolía más que cualquier palabra, y volvió a alejarse como si eso fuera lo único que podía ofrecerme en ese momento: un gesto limpio, íntimo, silencioso. Ni sonrisa. Ni burla. Solo él… presente.

Cuando me agaché a buscar una de mis sandalias —perdida entre la manta mojada y la dignidad desordenada—, nuestras miradas se

cruzaron.

Y por primera vez, no supe qué hacer con mis manos. Ni con mi boca. Ni con ese impulso idiota de decirle *te juro que no me arrepiento*, aunque me temblara todo el cuerpo con el miedo de que él sí lo hiciera.

Me tendió su sudadera sin decir una palabra. Era cálida, olía a él, y me la puse como quien acepta un pacto tácito que no se firma, pero se siente. No pregunté si tenía frío. Sabía que no era por eso.

Cuando salimos, la lluvia ya no caía con la furia de antes. Era apenas una llovizna fina, casi nostálgica, de esas que no buscan mojar, sino limpiar. Como si el cielo hubiera decidido bajar el volumen después del estruendo y regalarnos una tregua suave, lo justo para que el mundo volviera a latir sin sobresaltos. Y así, bajo esa calma recién estrenada, caminamos.

No demasiado juntos, pero tampoco lo bastante separados como para fingir que entre nosotros no había pasado nada. Íbamos a centímetros de distancia, con los brazos colgando cerca, las manos conscientes del otro sin atreverse a buscarlo, y los cuerpos aún vibrando con el recuerdo reciente. La ropa húmeda se pegaba a la piel como una segunda verdad.

Y el silencio, ese que se instala cuando algo ha cambiado demasiado para ser nombrado, nos envolvía con una especie de intimidad tácita, sin necesidad de miradas ni explicaciones.

En ese trayecto de vuelta al resort, entre el barro, los pasos que no hacían ruido y el aire cargado de lo que no nos decíamos, entendí algo que no estaba lista para admitir en voz alta: el problema no era lo que habíamos hecho. Era que ya no podíamos deshacerlo.

No respondí a nada. Ni a lo que él me decía con los ojos, ni a lo que mi propio cuerpo empezaba a gritarme desde dentro. No porque no tuviera palabras, sino porque cualquier intento de nombrar lo que sentía iba a romper algo sagrado, algo que aún necesitaba

sostenerse solo en el suspiro y el temblor. Ese momento. Esa verdad sin voz. Ese tipo de deseo que no explota, sino que arde en silencio, quemando lento, sin prisa… pero sin pausa.

Bruno no insistió. No preguntó. No explicó. Solo me sostuvo la mirada un segundo más, como quien extiende una invitación sin presión, sin promesas, pero con todo el peso de lo que implica. Y entonces, sin necesidad de más ceremonias, me giré. No entré en mi habitación. Di un paso. Luego otro. Y lo seguí hasta la suya.

El pasillo parecía estirarse y encogerse a la vez, como si el tiempo estuviera jugando con nosotros. No sabría decir si era más largo o más corto de lo habitual, solo sé que con cada paso, la piel me vibraba de una forma nueva, como si los nervios caminaran por delante de mí.

El corazón, por su parte, latía en lugares que no recordaba tener. Y la idea de cruzar esa puerta —su puerta— me daba tanto miedo como ganas. Quizá más.

Bruno abrió con un gesto tranquilo, sin teatralidad. Yo entré detrás de él, casi en silencio, como si al cruzar el umbral estuviéramos dejando fuera algo más que la humedad de la lluvia. Y cuando la puerta se cerró a nuestras espaldas, el silencio cambió de tono. Ya no era incómodo, ni denso, ni tenso. Era otra cosa. Era un silencio expectante. Uno que parecía sostener la respiración con nosotros, como si incluso el aire supiera que lo que estaba a punto de ocurrir iba a quedarse grabado en la piel. Para siempre.

No nos arrancamos la ropa como en una escena de película desbordada de urgencia. No hubo torpeza impulsiva, ni manos desesperadas. Fue más lento. Más íntimo.

Nos desnudamos sin prisa, sin máscaras ni instrucciones, como si el cuerpo supiera el camino mejor que la mente, como si cada capa de ropa que caía al suelo fuera también una barrera que, poco a poco, íbamos derribando para encontrarnos desde un lugar más real, más vulnerable, más cierto. No era el deseo rápido ni la necesidad

urgente lo que nos guiaba, sino algo mucho más profundo y desbordado, una corriente silenciosa que ya nos estaba rozando el alma incluso antes de que nuestras pieles se tocaran.

La habitación, envuelta en una penumbra suave, recibía apenas la luz filtrada por las cortinas, dibujando siluetas que parecían formar parte de otro tiempo, de otro universo más lento y íntimo.

Y fue en ese escenario suspendido, casi irreal, donde él cumplió su promesa. No una promesa hecha con palabras —porque Bruno nunca necesitaba decir mucho para que todo se entendiera—, sino aquella que había estado latiendo en sus gestos contenidos, en cada mirada que se detenía justo antes de volverse peligrosa, en ese silencio que lo decía todo sin articular nada.

Sus besos no buscaron la urgencia, sino el descubrimiento. No fue solo mi boca la que recibió el primer contacto, sino también mi cuello, mis clavículas, cada centímetro recorrido con una lentitud que no era duda, sino devoción. Me tocaba con esa mezcla perfecta de firmeza y cuidado, como si no me estuviera explorando por primera vez, sino recordándome desde una memoria que aún no comprendía pero que reconocía cada curva, cada temblor, cada gesto que precedía a mi rendición. No buscaba demostrar nada. Buscaba darlo todo.

Cuando sus dedos descendieron, lo hicieron con una calma insoportable, con una decisión tan contenida que dolía más que cualquier precipitación. No buscaba provocarme; buscaba abrirme. Y cuando por fin llegó a donde yo ardía, no hubo torpeza ni apuro, solo la exactitud de quien no necesita confirmaciones porque ya lo ha intuido todo con la piel.

No pensaba. Solo sentía. Cada caricia suya era una pregunta lanzada en el idioma de los cuerpos, y cada gemido que escapaba de mí era una respuesta sin censura, sin vergüenza, sin filtros. Me miraba antes de avanzar, como si buscara en mis ojos una contraseña

secreta, una última señal de que podía seguir cruzando fronteras que hasta hacía poco creía infranqueables.

Y yo lo dejé. No como quien se entrega, sino como quien por fin se permite ser descubierta del todo, con las grietas, con los miedos, con esa herida abierta que no siempre sabía nombrar, pero que él parecía reconocer incluso sin haberla visto nunca.

Se colocó sobre mí con el peso exacto para anclarme al presente, alineando sus caderas con las mías como si lo hubiera hecho toda la vida, y cuando me penetró, lo hizo con una lentitud reverencial, manteniendo la mirada fija en la mía, como si quisiera asegurarse de que ninguno de los dos se perdiera ese momento, ese vértigo suave que no se puede repetir dos veces de la misma forma.

Gemí, no por dolor ni por sorpresa, sino por liberación. Porque algo dentro de mí, contenido durante demasiado tiempo, se desbordó sin avisar. Nos movimos juntos, en un vaivén sin ritmo aprendido, guiados por las respiraciones que se entrecortaban, por los suspiros robados, por las bocas que se buscaban entre beso y mordida con una necesidad que no venía del cuerpo, sino de más adentro, de más abajo, de donde nacen las ganas que importan.

Sus manos me sostenían con fuerza, su boca recorría mi cuello, mis pechos, mi abdomen, como si necesitara asegurarse de que estaba ahí, de que todo esto era real, de que no iba a desaparecer en cuanto cerrara los ojos. Y yo, perdida entre sus dedos y su nombre, me aferraba a él como si pudiera sostenerme solo con eso, como si bastara para sobrevivir.

Cuando el clímax nos alcanzó, no fue una explosión violenta, sino una ola tibia que subió desde dentro, despacio, abriéndose paso hasta romper contra nuestras costillas, dejándonos sin aliento y sin palabras, solo con el temblor compartido de dos personas que, sin saberlo del todo, acababan de cruzar una línea sin retorno.

Y él no escapó. No se apartó. Se quedó. Me abrazó. Me sostuvo con los brazos, con el pecho, con la respiración aún agitada, como si

también en él algo se hubiera desmoronado para volverse otra cosa, más honesta, más fuerte, más verdadera.

No dijimos nada. No hacía falta. El silencio que nos envolvió ya no pesaba ni incomodaba, era un silencio que acariciaba, que arropaba, que decía sin decir: "aquí estamos".

Amanecía. Lo supe, no por el reloj digital que descansaba en la mesita ni por el canto amable —y algo inoportuno— de los pájaros al otro lado del cristal, sino por esa luz dorada y tibia que empezaba a colarse entre las rendijas de las cortinas con una lentitud casi ceremoniosa, como si dudara de si debía entrar o dejarnos un rato más en esa penumbra cargada de significados. Era esa clase de luz que no ilumina: acaricia. Que no anuncia el día, sino que lo insinúa. Como una promesa que no sabes si va a cumplirse… o romperte un poco más.

Bruno dormía a mi lado. Boca arriba. La mandíbula relajada, pero con el ceño apenas fruncido, como si incluso en sueños su mente se resistiera a dejar de analizarlo todo, a soltar el control, como si todavía necesitara entender lo que había pasado, entre nosotros, con nosotros, dentro de nosotros. Y aun así, se veía en paz. Una paz nueva. Inquietante. Frágil. Lo observé. Durante un segundo. O mil. Con la mirada de quien quiere memorizar, no solo lo que ve, sino lo que siente mientras lo ve. El movimiento pausado de su pecho al respirar tenía un ritmo tan constante, tan ajeno a mí pero a la vez tan necesario, que por un momento sentí el impulso absurdo —y real — de sincronizarme. De adaptar mi aliento al suyo. De encajar. De quedarme ahí. De hacer de ese instante una casa. Un lugar donde quedarse a vivir, aunque fuera solo mentalmente.

Tenía el pelo alborotado, revuelto por la noche y sus naufragios, la piel aún cálida, como si mi cuerpo hubiera dejado su temperatura tatuada en la suya. Una de sus manos descansaba sobre mi cadera, suelta pero presente, como si incluso dormido necesitara asegurarse de que yo seguía ahí, de que esto —lo que fuera que fuese— no se había desvanecido con la madrugada.

Y entonces lo vi. No como el piloto sarcástico que me sacaba de quicio con una sola ceja levantada. No como el chico que parecía tener respuesta para todo y emoción para nada. No como el idiota adorable que convirtió mi caos en un sitio con ventanas abiertas. Lo vi como lo que, en ese preciso momento, era para mí: Una posibilidad. Una herida abierta. Una verdad desarmada en carne viva. Algo tan real que dolía, y tan frágil que daba miedo tocarlo.

Y, a la vez, más inalcanzable que nunca. Porque lo que anoche fue fuego, deseo y entrega… hoy era silencio. Era la pregunta sin respuesta. La línea que, una vez cruzada, ya no te devuelve al punto de partida.

No lo toqué. No lo besé. No quise despertarlo. Porque sabía, con la certeza que solo da el cuerpo cuando el alma ya ha entendido todo, que si abría los ojos, ese instante suspendido se convertiría en decisión. Y las decisiones… a veces lo estropean todo. La magia, cuando se enfrenta a la conciencia, se vuelve elección. Y elegir conlleva riesgo. Y yo… no quería arriesgar aún lo que sentía.

Me giré despacio, dejando que la sábana me rozara la piel como una caricia prestada, un eco difuso de sus manos, de su boca, de todo lo que habíamos sido horas antes.

Y pensé —con esa voz interna que solo se activa cuando no hay testigos ni corazas—: "Espero que tú no seas uno de esos cuerpos que no se olvidan." Porque si lo eras, si eras de los que se quedan en la piel aunque ya no estén, entonces… ya me había jodido.

Y lo peor no era eso. Lo peor era que ya me daba igual.

Porque esa era la señal más clara de todas: ya no estaba fingiendo nada.

14
Ese incómodo momento llamado Lucas

Despertar a su lado ya no era un sobresalto. No era esa clase de sorpresa que descoloca, que activa las alarmas o que te obliga a fingir que estás menos confundida de lo que realmente estás. Era rutina. No la rutinaria, de despertadores y listas de tareas. No. Era de esas rutinas nuevas, absurdas, improvisadas por el destino y sin plan de permanencia, pero que se instalan igual, como si hubieran encontrado en tu vida un rincón donde quedarse. Una rutina inesperada, sí, pero que tenía el poder insólito de bajarme las pulsaciones sin necesidad de decir una sola palabra. Una rutina suave. Íntima. De esas que no se anuncian ni se celebran con grandes gestos, pero que lo cambian todo. Como si el caos —ese que me había acompañado durante tanto tiempo con puntualidad suiza—, hubiera decidido tomarse un descanso. Como si, de repente, el desastre tuviera horarios… y nombre propio.

Bruno dormía a pierna suelta, como si el colchón fuera un territorio conquistado y él, un rey despreocupado con derecho legítimo a ocupar más espacio del asignado. Medio cuerpo fuera de la sábana, un brazo extendido como si intentara abrazar un sueño que se le había escapado y el torso apenas cubierto por esa luz dorada que se colaba entre las cortinas, suave, temblorosa, como si también ella tuviera pudor de interrumpir lo que allí estaba ocurriendo. El pelo, revuelto como un mapa aéreo trazado a contratiempo, parecía haber librado una batalla silenciosa con alguna pesadilla… o con un aterrizaje mental en medio de la madrugada. Lo cual, conociéndolo, era básicamente lo mismo.

Tenía una mano sobre la almohada vacía entre nosotros, la otra colgando por el borde del colchón en esa postura despatarrada y sin estética que solo puede resultar atractiva cuando te importa tanto la persona que incluso su desorden te parece armonía. Respiraba hondo. Pausado. Como si no quedaran monstruos que perseguir, ni verdades que evitar. El ceño relajado. La mandíbula menos tensa. El

cuerpo en ese abandono perfecto que solo llega cuando uno se siente, por fin, a salvo. Incluso dormido, Bruno parecía más él. Y yo… no podía dejar de mirarlo.

Yo lo observaba desde mi lado de la cama, con la espalda apoyada en el cabecero y una taza de café caliente entre las manos, sosteniéndola como si fuera un amuleto contra el caos. El vapor subía lento, en espirales desordenadas que parecían bailar con la luz, y cada sorbo era una especie de tregua silenciosa. Porque eso era. Un trofeo por haber sobrevivido a las últimas 48 horas sin colapsar ni emocionalmente, ni hormonalmente, ni públicamente. Una medalla de guerra por mantenerme en pie mientras el mundo —y Bruno— me daban la vuelta sin pedir permiso. Un ancla. Una pausa. Un ritual privado que no necesitaba testigos ni explicaciones. Solo café. Y él, dormido como si nada en el mundo pudiera tocarlo.

—¿Llevas mucho mirándome? —murmuró de pronto, con los ojos aún cerrados y la voz rasposa de quien acaba de regresar de un sueño profundo o de una batalla emocional en primera persona. No se movió. No se sobresaltó. Solo habló. Como si supiera que yo estaba ahí. Como si me hubiera sentido antes que escuchado. Como si lo supiera desde el primer segundo… o desde siempre.

—Solo lo suficiente para cuestionarme mis estándares —respondí, sin apartar la vista, dándole otro sorbo a mi café como si fuera una crítica de arte evaluando una escultura viviente en pleno desorden postbélico.

Bruno abrió un ojo. Lento. Peligroso. Con esa pereza felina que no busca atención… pero se la lleva entera. Un ojo entrecerrado, una ceja apenas alzada y esa sonrisa torcida que le nacía antes que las palabras. Una amenaza estética con antecedentes reincidentes.

—¿Y qué has concluido? —preguntó, como quien lanza el anzuelo sabiendo perfectamente que el pez ya está atrapado.

—Que el cuerpo compensa la neurosis —dije, arqueando una ceja, sabiendo que le estaba dando justo lo que buscaba… y sin

arrepentirme en absoluto.

Bruno sonrió. Sin esfuerzo. Sin necesidad de justificar el elogio disfrazado de ataque, como si supiera que en mi sarcasmo vivía una admiración que no quería admitir ni con dos cafés encima. Apoyó los brazos detrás de la cabeza con esa confianza de quien ha hecho las paces con su cuerpo —y con su ego— hace mucho. Estiró las piernas y la sábana resbaló un poco más, dejando al descubierto más piel de la que yo estaba preparada para gestionar antes de las nueve de la mañana. Y ahí estaban. Los abdominales. Perfectos. Tranquilos. Con esa forma suave pero marcada que gritaba *entreno, pero sin presumir*. Y yo... yo maldije mentalmente mi debilidad por los torsos que parecen diseñados para desarmar voluntades.

—Siempre supe que mi genética me salvaría de la terapia —dijo, con esa media sonrisa que se instalaba entre el descaro y la ternura, y que nunca sabías si tenías que abrazar… o denunciar por delitos contra la estabilidad emocional.

Yo resoplé. Fingí fastidio. Le di otro sorbo al café como quien se aferra a lo único caliente que no te mira con cara de "sabes que te gusto".

Porque en el fondo... me encantaba su forma de defenderse con humor. Ese escudo de chistes y frases sarcásticas que lanzaba justo cuando estaba a punto de mostrar algo más. Y odiaba lo mucho que me gustaba. Lo mucho que, sin quererlo —o queriéndolo demasiado —, me colaba en cada grieta de su defensa. Y me hacía querer quedarme.

Desayunamos en la terraza de la suite. La brisa era suave, el tipo de brisa que no despeina, pero acompaña, y el sol asomaba entre las palmeras con esa luz dorada que no abruma, solo acaricia. La mesa, desordenada de una forma casi estética —dos tazas de café con marcas en el borde, platos con restos de croissants y una jarra de zumo ya a medias— parecía sacada de un catálogo que no vendía muebles, sino calma compartida.

Hablábamos poco. No por falta de temas, sino porque lo esencial ya se había dicho. En los gestos. En el cuerpo. En ese silencio que, lejos de incomodar, parecía necesario.

Bruno, con esa impunidad suya, me robó un trozo de fruta como quien no tiene que pedir permiso para cruzar una línea que ya no existe. Lo hizo con esa sonrisa medio torcida, ese aire de niño que sabe que está provocando, pero que no teme las consecuencias. Y yo, más por reflejo que por reacción, le lancé una servilleta a la cara.

Él se la quitó con torpeza teatral, me miró sin molestarse lo más mínimo, y se inclinó para besarme la mejilla. No fue un gesto planeado, ni buscaba impresionar. Fue un reflejo. Algo que le salió sin pensarlo. Y justo por eso, me descolocó más.

Porque ya no era parte del guion. No respondía a una necesidad de aparentar. Era instinto. Pura costumbre que aún no sabíamos nombrar.

Ese beso pequeño, casual, cargado de significado, aunque él no lo supiera —o no quisiera saberlo—, dijo más que cualquier frase larga o promesa bien intencionada. Y mientras él volvía a su croissant como si nada, como si no acabara de incendiarme el pecho con un roce sin importancia, yo lo miré.

Y entendí. No era solo atracción. Era rutina. Era vínculo. Era esa clase de intimidad que aparece cuando dejas de actuar… y simplemente estás.

Estábamos jodidos. Pero de la mejor manera.

Más tarde, cuando el sol empezaba a perder fuerza y la luz se volvía más cálida, como si el día se quitara los zapatos para quedarse un rato más, caminamos por los jardines del resort sin destino, sin urgencia, con esa soltura compartida que tienen quienes, sin buscarlo, han empezado a encontrarse. La brisa olía a jazmín, a tardes de verano con promesa de descanso, a una especie de

nostalgia anticipada que se mezcla con el placer de estar justo donde quieres estar.

Caminábamos sin rozarnos, pero con el cuerpo ligeramente inclinado el uno hacia el otro, como si la gravedad entre nosotros hubiera aprendido a disimular. No hacía falta planear nada. No había itinerarios, ni conversaciones trascendentales, ni ese impulso de llenar los silencios con palabras por miedo a que se notara demasiado lo que ya era evidente. Solo caminábamos, como si nuestros cuerpos ya supieran cómo encajar uno al lado del otro sin necesidad de instrucciones.

Hablamos de tonterías, como si eso nos diera permiso para no mirar de frente todo lo que sentíamos. Del programa ese de supervivencia donde la gente pesca con las manos y duerme abrazada a piedras mientras el presentador narra sus miserias con entusiasmo casi psicópata. De cómo él jamás participaría porque —según sus palabras— *la única vez que pesqué algo fue una infección por compartir chanclas en un campamento*. Y de cómo yo sí lo haría, pero solo si me garantizaban tres cosas esenciales: eyeliner waterproof, un kit de skincare de emergencia y la posibilidad de monetizar el drama con una colaboración de marca.

—Te apuesto a que no puedes pasar veinticuatro horas sin poner cara de influencer —soltó Bruno, con esa mirada suya que siempre iba dos pasos por delante de sus bromas, mezcla precisa de burla suave y afecto en voz baja. —Y yo te apuesto a que no puedes pasar veinticuatro minutos sin mirarme con esa cara de "me estoy enamorando, pero no pienso admitirlo" —le respondí, cruzándome de brazos como si acabara de lanzarle un desafío oficial.

Él se rió, bajito, con esa risa que no es para el mundo sino solo para mí. Y yo lo miré de reojo, fingiendo que no me afectaba, aunque lo sentía en el pecho, justo ahí donde se empiezan a guardar las cosas que importan. Caminamos un poco más, bordeando un seto cubierto de flores que parecían de mentira de lo perfectas que eran, mientras

el silencio volvía. Pero ya no pesaba. No era un hueco que había que llenar. Era un idioma propio. Uno sin traducción.

Porque eso éramos ya: Una conversación que no necesitaba palabras todo el tiempo. Una rutina que no se construyó con reglas, sino con momentos así. Pequeños, absurdos, perfectos.

Bruno me empujó suavemente con el hombro al pasar junto a una palmera, sin fuerza, sin intención de molestar, solo ese tipo de empujón que sirve como excusa para tocar. Ese contacto que no es necesario, pero que el cuerpo busca igual, como un imán que ya no se esfuerza en disimular.

Yo le lancé una mirada afilada, ladeando un poco la cabeza, como si pudiera devolverle el golpe solo con los ojos. Y él sonrió. Porque sabía que no iba en serio. Porque esa era nuestra nueva forma de hablarnos cuando ya habíamos dicho todo lo importante.

Nos reímos. De nosotros. De los días previos, de las apuestas ridículas, de los desafíos lanzados en voz baja entre cafés y sarcasmos, de toda esa tensión acumulada que había encontrado por fin una salida amable. Ya no era fuego contenido. Ya no era una amenaza. Era calor. Constante. Suave. Reconfortante. Ese tipo de calor que no te abrasa pero te obliga a quitarte capas. Las que pesan. Las que protegen. Las que ya no sirven.

Y entonces ocurrió.

Como si el universo hubiera estado esperando justo ese momento. Ese instante de tregua, de equilibrio, de falsa estabilidad. Como si hubiera anotado en algún cuaderno celestial: “cuando empiecen a creer que todo va bien, entramos”.

Nos habíamos sentado en un banco de piedra, justo bajo una buganvilia que caía en cascada sobre nuestras cabezas, como un velo natural teñido de rosa. El sol se colaba a través de las flores, proyectando sombras suaves sobre el suelo. La escena tenía algo de película francesa. Algo de final feliz en pausa.

Bruno se quitó las zapatillas sin ningún pudor —como si no le importara que lo viera así, crudo, cómodo, real—, estiró las piernas con un gesto largo y dejó caer la cabeza hacia atrás, soltando un suspiro que sonó a alivio. A permanencia.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo esto? —preguntó con los ojos cerrados, como si el cuerpo le hablara más que la mente.

—¿El croissant de esta mañana? —respondí, fingiendo ligereza mientras lo observaba con la sensación absurda de que ese banco, ese sol, ese momento, eran demasiado perfectos para durar.

—Que por fin sé cómo suenas sin filtro —dijo, abriendo un solo ojo para mirarme, como si eso bastara para calibrar la intensidad de lo que iba a decir—. Tu voz real. Tus risas cuando no estás pensando si son demasiado fuertes para grabarlas. Incluso tus quejas sobre el zumo tibio. Todo eso. Me gusta más de lo que pensaba.

Me detuve. No por sorpresa. Sino porque sus palabras tenían ese peso dulce de lo inesperado. Lo miré un segundo, observando cada detalle: el ceño, que ya no estaba fruncido; la mandíbula, relajada por primera vez desde que lo conocí; los labios ligeramente curvados en una sonrisa que no necesitaba testigos.

—¿Y eso te gusta o te traumatiza? —pregunté, ladeando la cabeza como si no quisiera que se notara cuánto me importaba la respuesta.

Bruno tardó en contestar. Solo un segundo más de lo normal. El justo para hacer que el corazón diera un golpe seco.

—Un poco de ambas —confesó al fin, con esa sinceridad que solo se usa cuando ya no hace falta protegerse del todo—. Pero te confieso algo… me asusta lo mucho que me gusta.

Y ahí, justo ahí, lo supe. Que lo nuestro ya no era un juego. Que había cruzado esa línea silenciosa donde el miedo y el deseo empiezan a confundirse. Y que lo que venía después… podía doler. Pero también podía ser extraordinario.

Nos quedamos callados, compartiendo ese tipo de silencio que no incomoda, sino que envuelve. El que se instala cuando ya no hace falta decir nada porque todo se está diciendo en el lenguaje de los gestos, en la cadencia tranquila de las respiraciones compartidas, en la forma en que dos cuerpos encajan sin alarde, como si lo hubieran hecho desde siempre.

Me incliné apenas, lo justo para apoyar la cabeza en su hombro, sin necesidad de anuncio ni permiso. Y él no se movió. No hizo ningún comentario sarcástico, ni bromeó, ni buscó acomodarse mejor. Solo dejó caer su mano sobre la mía, despacio, sin apretar, sin marcar territorio, como si con ese gesto bastara para decir: "aquí estoy".

Y fue entonces —cómo no— cuando el aire cambió.

No por lo que se dijo. Sino por quién lo dijo.

—¿Quién es él? —preguntó una voz detrás de nosotros.

Una pregunta breve. Una sílaba de más habría sonado cordial. Una menos, indiferente. Pero ese tono... Ese tono tenía filo.

No hizo falta girarme para saberlo.

Primero llegó el perfume. Ese olor caro, persistente y condescendiente que alguna vez me pareció sofisticado y ahora solo me olía a pasado mal cerrado. A ego embotellado.

Me incorporé con lentitud, como si mi cuerpo necesitara unos segundos más para procesar lo que mi mente ya sabía. No había rabia en mi gesto. Solo una mezcla de sorpresa, resignación… y esa fatiga emocional que te llega cuando el pasado decide aparecer sin invitación.

Lucas.

De pie frente a nosotros, con su camisa perfectamente remangada —ni una arruga, ni una duda—, esa sonrisa calibrada al milímetro que usaba como escudo y como arma, y su móvil ya en la mano,

ligeramente levantado, como si todo lo que no estuviera grabado no contara. Como si el mundo aún fuera una pasarela en la que él tenía el papel estelar, aunque nadie lo hubiera llamado.

Y ahí estaba. Con esa pose de "no sé qué pasa pero sé que soy importante". Con esa energía que siempre llenaba el aire de expectativas ajenas. Con ese brillo artificial en los ojos que antes confundí con ambición… y que ahora solo era soberbia disfrazada de encanto.

Bruno se giró con lentitud. Sin prisa, sin gesto exagerado. Pero en ese movimiento contenido, lo vi cambiar. No se tensó de forma evidente, pero algo en él —la mandíbula, la mirada, la manera en que sus dedos se cerraron sutilmente sobre la rodilla— se activó. Como si de golpe estuviera aterrizando en terreno hostil y no pudiera permitirse ni un milímetro de error.

No perdió la calma. No alzó la voz. Pero su presencia cambió de temperatura.

Pasó de la calidez perezosa del que acaba de reírse con la chica que le gusta, al control quirúrgico de quien sabe que está a punto de enfrentar turbulencias... y no lleva cinturón de seguridad.

—¿Le sirvo algo, señor? —preguntó Bruno con una seriedad tan precisa, tan quirúrgica, que por un segundo incluso yo dudé si hablaba en serio o si me había teletransportado a una comedia ácida de alta gama.

—¿Perdón? —replicó Lucas, visiblemente desconcertado, como si nadie le hubiera hablado nunca sin pedirle una selfie antes.

—Es que pensé que necesitaba atención personalizada. ¿Un cóctel? ¿Una toalla para el ego?

Lo dijo sin levantar un ápice el tono, sin mostrar la más mínima alteración, pero con esa puntería suya que no necesita volumen para disparar a matar. Lucas lo miró como si le acabaran de hablar en un idioma que no dominaba. Italiano, quizás. O sentido común.

Yo, mientras tanto, seguía sentada en el banco, en mitad del campo de batalla, sintiéndome como ese territorio en disputa que ya fue conquistado, liberado y vuelto a invadir, todo en la misma guerra. Solo que esta vez, no pensaba quedarme callada.

—Estoy aquí para hablar con Elena —dijo Lucas, enderezándose con esa elegancia forzada de quien cree que todo es una negociación, aunque nadie le haya pedido una. —Tenemos cosas pendientes. Conversaciones sin cerrar.

Ah, las "conversaciones sin cerrar". El mantra de los hombres que no saben aceptar un punto final.

—Lo que quedó abierto fue la puerta —intervine, con una sonrisa tan ácida que podría haber fundido el barniz del banco—. Y yo la cerré hace mucho tiempo. De golpe, además.

Lucas no se dio por aludido. O prefirió no hacerlo. Ese era su superpoder: hacer caso omiso a todo lo que no reforzara su propia narrativa. Sus ojos se clavaron en los míos con esa intensidad falsa, de manual de seducción desfasado, como si aún tuvieran derecho a entrar donde ya se les había revocado el acceso hace meses.

—Tú y yo teníamos algo real, Elena. Eso no se borra con unfollows —dijo, tan convencido, tan dramático, que por un instante sentí vergüenza... ajena.

Bruno rió. Bajo. Casi un resoplido. Pero fue suficiente para cortar la tensión con la precisión de un bisturí afilado.

—Se borra con terapia. Y con un poco de dignidad —dijo—. De la tuya, si te queda algo.

Lucas giró el cuello lentamente hacia él. El tipo de giro que hacen los villanos en las películas justo antes de hacer el ridículo.

—¿Y tú quién eres, exactamente? —preguntó, con ese deje de superioridad que se pega como perfume barato.

Bruno se puso de pie. No de forma amenazante, pero con esa clase de calma peligrosa que anuncia que alguien ya ha tenido suficiente.

—Un turista —respondió—. Uno que no tiene paciencia para exnovios que no entienden cuándo dejar de ser contenido.

Lucas bajó el móvil, aunque no del todo. Como si aún esperara poder usarlo como arma, como si el hecho de tener algo en la mano le diera algo de poder. Su sonrisa seguía ahí, claro, pero ya no le llegaba a los ojos. Estaba hueca. Vacía. Ensayada.

—Esto no ha terminado —dijo, y ahí estaba de nuevo: la amenaza disfrazada de oportunidad.

—Para ti, quizá no —respondí, sin moverme un centímetro—. Para mí, sí. Hace tiempo. No sé qué parte de "fin de temporada" no te quedó clara.

Bruno me miró entonces. Me ofreció la mano. No como un héroe salvador, ni como un gesto dramático. Solo como alguien que, con la sencillez de un roce, preguntaba si querías seguir adelante... o quedarte en el mismo capítulo.

Yo la tomé.

Y mientras nos alejábamos, sin girar el cuello, sin necesidad de dramatismos ni gestos calculados para la cámara invisible que Lucas seguramente creía tener encima, Bruno se detuvo un segundo. Se giró. Y sin cambiar el tono ni borrar la sonrisa sutil que le nacía desde un lugar muy hondo, soltó:

—Hashtag: *timing fatal*.

Y entonces sí, sonreí. No por él. No por Lucas. Sino por mí. Porque por fin, el pasado se había topado con algo más fuerte que su insistencia: mi presente.

Capítulo 15: Esto no estaba en el contrato

El sol no pegaba tan fuerte como el murmullo constante que llevaba dos días instalándose en mi cabeza: un zumbido pegajoso hecho de stories reenviadas sin contexto, comentarios cruzados disfrazados de humor y esa presión sutil —pero demoledora— de saber que cada paso que daba dejaba una huella digital que medio mundo se sentía con derecho a analizar, diseccionar y compartir, como si mi vida fuera una serie con final abierto y ellos, el comité de guionistas no solicitados.

Caminábamos por el jardín sur del resort, donde habían montado un evento improvisado que parecía salido de una guía para influencers con hambre de contenido: cata de frutas tropicales, mesas con guirnaldas de papel y telas vaporosas, sombrillas blancas estratégicamente colocadas para que el sol hiciera magia en las fotos, y una fotógrafa de bodas con cara de "acabo de encontrar mi próxima campaña sin pedir permiso".

Bruno iba a mi lado, sonriendo con esa expresión suya de "yo no sé qué está pasando, pero me lo voy a tomar con calma porque ya he sobrevivido a cosas peores". Como si el mundo no estuviera diseccionando cada uno de sus gestos. Como si no supiera —o le importara poco— que Lucas seguía paseándose por el resort con la energía de un mosquito con complejo de protagonista secundario que no acepta haber salido ya del guion.

—¿Quieres probar la guayaba? —preguntó Bruno, ofreciéndome una rodaja brillante desde un palillo decorado con una flor artificial que parecía sacada de una peli tropical con presupuesto justo.

—No sé si quiero masticar algo más dulce que las sonrisas falsas que me han lanzado hoy —respondí, sin filtro, con una amargura que me salió más afilada de lo que pretendía.

Bruno rió, pero no con su risa habitual. Esta era más baja, contenida. La risa de quien sabe que algo se está resquebrajando por dentro, y que si lo nombra, podría romperse del todo.

—Puedes fingir que es ácida —dijo, aún con la guayaba en la mano —. Como tus respuestas cuando entras en modo defensa.

No contesté. No sabía si seguía en modo defensa… o si ya había cruzado a ese estado más difuso y peligroso donde todo parece a punto de explotar y tú, por inercia, sigues sonriendo. No porque estés bien, sino porque ya no sabes qué otra cosa hacer.

A lo lejos, Lucas. Otra vez. Como un fantasma vestido de blanco roto y ego planchado. Hablaba con una influencer de viajes —de esas que no pisan tierra si no hay buen ángulo, que se maquillan para "retratar la espontaneidad" y cuyo equipo de edición parece más nutrido que su círculo emocional—. Se reía alto, como si cada carcajada necesitara engagement. Y justo en ese momento, se giró. Justo cuando Bruno me rozó la espalda con los dedos extendidos, indicándome por dónde seguir.

—Sonríe —murmuró Bruno en mi oído, con esa voz baja que usaba cuando no quería que nadie más —ni siquiera él mismo— lo escuchara del todo—. Nos están observando como si fuéramos el tráiler de una serie que aún no han decidido si ver… pero ya están spoileando.

—¿Y tú? —le pregunté, girándome apenas, tragándome las ganas de largarme del evento, del resort y de este cuerpo que me latía demasiado fuerte—. ¿Tú ya decidiste si verla… o si cancelarla antes del final?

Bruno no respondió enseguida. Se encogió de hombros, con esa indiferencia fingida de quien ya ha perdido demasiadas veces como para volver a apostar con el corazón. Y fue ese gesto —mínimo, casi imperceptible— lo que más dolió. Más que cualquier "no lo sé".

A unos pasos, una chica con cámara réflex nos enfocaba como si estuviéramos posando para una sesión pactada, con frutas tropicales de fondo, ángulos estratégicos y risas prestadas como banda sonora. Lucas se acercaba desde la derecha, con ese andar coreografiado de quien está acostumbrado a ser visto. Su sonrisa era la versión

perfecta de sí mismo: ensayada, medida, segura. Y yo... yo solo quería desaparecer. Fundirme en una piña colada, licuarme entre hielos, convertirme en decoración de copa con sombrillita incluida.

Bruno cogió otra rodaja de fruta y me la ofreció como si no estuviéramos al borde del colapso sentimental. Yo ya no sabía si debía morderla, aceptarla... o lanzársela a la frente con precisión quirúrgica.

—¿Sabes lo que más me molesta de todo esto? —dije, girándome hacia él con una mezcla de rabia contenida y miedo mal gestionado, ese cóctel emocional que no sabe dónde alojarse y acaba saliendo por la boca. Me giré rápido. Demasiado.

Y entonces ocurrió.No tropecé con una piedra ni con un bordillo traicionero. Ni siquiera con el karma, aunque andaba cerca. Tropecé con la toalla enrollada de una de las mesas bajas, la que la fotógrafa había dejado caer buscando un encuadre más "auténtico". Y vaya si lo consiguió.

Fue un tropiezo mínimo, de esos que en otro contexto habrían terminado con una carcajada, un "ay, qué torpe soy" y una sacudida de orgullo. Pero esta vez no llegué a caer. Porque Bruno me sostuvo.

Su mano se cerró sobre mi cintura con un gesto rápido, instintivo, pero con una firmeza que no dejaba espacio a la duda. Ni al suelo. Uno de esos agarres que no buscan impresionar, que no se hacen para la foto, sino para evitar la caída. Literal. Emocional. Y eso, tan simple y tan definitivo, lo cambió todo.

Durante ese segundo suspendido, ese minúsculo abismo entre desequilibrio y estabilidad, mi respiración quedó atrapada en el escaso aire que separaba su boca de la mía. Aún no había aterrizado del todo, pero ya estaba rendida. Entregada. Y sus ojos, fijos en los míos, dijeron con claridad lo que su boca no se atrevía: *Ahora no es el momento, pero si no lo hago, me voy a arrepentir toda la vida*.

Y entonces lo hizo. Me besó.

Pero no fue accidental. No fue torpe ni improvisado. No era parte del show. Fue la reacción más sincera que habíamos tenido en días. Una respuesta sin cálculo, una confesión disfrazada de impulso, un acto de vulnerabilidad que se sintió como valentía.

Fue deseo, sí, pero también necesidad. Una especie de exorcismo emocional, como si, a través de ese beso, Bruno se librara de todas las veces que quiso hacerlo y no pudo. Como si, en ese cruce de respiraciones, encontrara el único rincón del mundo donde aún se sentía a salvo.

Y justo entonces —porque el universo tiene una puntería cruel que a veces roza lo poético—, sonó el clic. Un disparo rápido. El chasquido inconfundible de una cámara… o un móvil. Un flash. Una instantánea. Y ya estaba hecho: ese momento íntimo acababa de convertirse en contenido.

Una historia en construcción. Una imagen que ya estaría orbitando por ahí, editada o no, pero cargada de verdad. Y en el centro, nosotros: los labios, la tensión, esa verdad recién revelada que no necesitaba pose, ni filtro, ni excusa.

Porque ese beso —robado, instintivo o inevitable— ya no podía deshacerse. Ni con mil capturas más. Ni con el mejor algoritmo.

Nos separamos. Apenas un centímetro. Luego dos. Lo justo para que el aire volviera a colarse entre nuestras bocas aún temblorosas por todo lo que acabábamos de decir sin hablar. Nos miramos como quien se descubre en un espejo inesperado, con los labios húmedos, los ojos demasiado abiertos y esa mezcla de risa contenida y vértigo. No por error. Por realidad.

Y entonces la vimos. A ella. La fotógrafa.

Vestido beige perfectamente casual, trenza despeinada al milímetro, cámara réflex entre las manos como si fuera una extensión de su ambición. Nos miraba con ojos brillando y una sonrisa que no era inocente. Era la sonrisa del golpe de suerte profesional. Como si

hubiera conjurado, por instinto o accidente, el beso más cinematográfico del mes. O del año. Uno de esos que no solo cuentan una historia: la redefinen.

—¿Eso… era parte del guión? —preguntó Bruno en voz baja, sin apartar la mano de mi cintura. Sus dedos seguían ahí, firmes pero suaves. No reteniendo. Tampoco soltando del todo.

No respondí enseguida. No porque me faltaran palabras, sino porque mi cuerpo aún intentaba volver a la realidad, como si necesitara desandar un camino recorrido demasiado deprisa. La respiración no encontraba su ritmo. El pulso iba por libre. Mi cabeza, por una vez, había decidido apagarse.

Así que lo dije en un susurro, sin filtros, sin pretensión, sin armadura: —No. Ni siquiera tenía líneas.

Y fue en ese instante —como si el destino no pudiera resistirse a meter un último giro— que apareció él.
Lucas. A lo lejos. Erguido, con los brazos cruzados y la espalda tan recta que incomodaba. Nos observaba con la intensidad de quien llega dos escenas tarde y, aun así, exige protagonismo. Su sonrisa no era amable ni irónica. Era una mueca torcida, filosa, ensayada frente al espejo con la precisión de quien prepara un post ambiguo. Una sonrisa que no nacía del dolor, sino de la necesidad de atención. De control. De revancha.

Y ahí lo supe: el siguiente capítulo no iba a escribirse con calma.

La fotógrafa bajó la cámara, revisó el visor con la reverencia de quien cree haber presenciado un milagro y asintió en silencio, como confirmando lo inevitable: había capturado historia.

Y yo… yo ya lo sabía antes de verlo. Ese beso —real, espontáneo, sin guion ni estrategia— ya no era solo nuestro. Había nacido entre nosotros como un accidente precioso, pero estaba a punto de volverse público. Imagen. Viralidad. Narrativa ajena.

Podía verlo circular por todas partes. Demasiado perfecto para ser casual. Demasiado cargado de emoción para parecer fingido. Demasiado cinematográfico para que alguien creyera que no estaba planeado. Porque en un mundo de filtros y encuadres estratégicos, cuando lo auténtico aparece, lo primero que se duda no es de la escena… sino de la verdad.

—Bueno —dijo Bruno, soltándome por fin, con esa sonrisa suya que parecía una broma bien ensayada para cubrir algo más hondo—, al menos tenemos práctica para la película.

—¿Qué película? —pregunté, con el corazón en la garganta y esa sensación de tener todo encima y aun así no entender del todo.

—La que se graba sola, por lo visto —añadió, manteniendo el tono ligero, aunque su mirada fugaz y cortante fue directa a la fotógrafa, que se alejaba como quien acaba de documentar una portada sin pedir permiso.

No respondí. No porque no supiera qué decir, sino porque las palabras seguían atascadas justo donde aún sentía su boca. Mis labios ardían. El pecho pesaba. Y esa confusión, silenciosa y feroz, se había instalado sin avisar: esa que te hace preguntarte si lo viviste… o lo soñaste con demasiada precisión.

Bruno se agachó, recogió la toalla enrollada —culpable accidental del desequilibrio emocional— y me la ofreció con esa calma suya que no sabías si era alivio o provocación. Como si cubrirme fuera, de algún modo, protegerme.

—¿Estás bien? —preguntó, con voz baja y una gravedad inesperada.

—Sí —mentí. Y dolió. Porque no era cierto.

Porque no, no estaba bien. No por el beso. El beso había sido tan perfecto que aún lo sentía en la piel como una quemadura dulce, de las que no duelen, pero dejan marca. No estaba bien porque había sido demasiado real. Tan real que daba miedo. Un miedo que no se grita, se cuela por dentro. Silencioso. Persistente.

Y lo peor era no saber si él lo había sentido igual… o si se refugiaba, una vez más, en su sarcasmo, en ese humor preciso que usaba como escudo cada vez que algo —o alguien— le tocaba un nervio.

Entonces lo vi. A la izquierda. Apoyado con estudiada indiferencia en una columna blanca, como un extra mal colocado en una escena que ya no le pertenecía.

Lucas. Móvil en alto. Postura tensa de quien finge relajación. Mirada neutra que no consigue disimular del todo. Nos observaba. A mí. A Bruno. A nosotros. Y no dijo nada. Porque no hacía falta.

Su sonrisa —la misma que había perfeccionado para cada selfie— temblaba en los bordes y no llegaba a los ojos. Y ahí, en esa grieta que no supo esconder, lo entendí todo.

No le dolía perderme. No le dolía vernos. Le dolía no estar en el centro. No ser el foco. No protagonizar el momento que, por fin, ya no giraba en torno a él.

Y lo más liberador fue darme cuenta de que eso… ya no era mi problema.

Un segundo después, el móvil vibró en mi bolsillo. Preciso. Seca. Como una sentencia. No era cualquier notificación. Era el recordatorio de que las consecuencias también se notifican.

Una story de @LucasElReal. Fondo negro. Tipografía blanca. Minimalismo con filo

. ?? *"Hay quien no sabe fingir, y hay quien no sabe cuándo dejar de hacerlo."*

Lo leí una vez. Y otra. Porque hay frases que necesitan ser confirmadas para doler del todo. Como si el veneno no actuara hasta que te lo tragas despacio, bajando por dentro hasta donde se esconden las verdades que evitas mirar.

Bruno se acercó. No dijo nada. Se asomó por encima de mi hombro y leyó conmigo, con esa calma que no pide permiso porque ya sabe que no lo necesita. Porque hay cosas que ya no se comparten con palabras, sino con silencios cargados de historia. Y en ese silencio compartido… supe que esto iba a doler.

Pero, al menos, ya no dolía por él.

—¿Él siempre fue así de sutil? —preguntó Bruno con una ironía tan fina que por un segundo casi pareció elegancia.

—No —respondí sin girarme—. Esto es su versión diplomática. Créeme, cuando quiere, puede ser mucho más directo. Y bastante más cruel.

Bruno soltó una risa breve. No una carcajada. Fue apenas un soplo, un pequeño movimiento de mandíbula, más gesto que sonido. Pero incluso en eso se notaba que algo lo incomodaba. Algo que no terminaba de encajarle. Algo que no decía.

Me giré. Lo miré. Esta vez sin rodeos.

Porque estaba agotada de frases medias, de ironías en clave, de silencios densos llenos de contenido no verbal. Ya no me bastaban las insinuaciones disfrazadas de humor.

—¿Tú… has sentido algo con ese beso? —pregunté. Directa. Frontal. Como si lo necesitara más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Y ahí se hizo el silencio de verdad. No el ambiental. No el que una puede disfrazar con alguna frase casual. Fue uno de esos silencios que caen como una piedra en el pecho y dejan todo lo demás en pausa.

Bruno no respondió enseguida. Tomó aire. Sostuvo la mirada como quien está midiendo consecuencias antes de abrir la boca. Como quien, por una vez, no quiere protegerse con evasivas.

Y entonces, con esa voz templada suya —la que siempre camina por el borde entre confesión y fuga—, dijo:

—Elena…

Una media sonrisa. Un suspiro disfrazado de calma. Y luego:

—Si empiezo a contestarte eso delante de Lucas, hoy terminamos en la prensa rosa, en un hilo viral y en un reality patrocinado por yogures griegos.

Me quedé inmóvil. Ni siquiera sabía si reír o romper algo.

—Entonces no contestes —murmuré, más bajo de lo que pretendía.

—Perfecto —dijo él, como si esa palabra pudiera cerrar una puerta que ya habíamos dejado entreabierta.

Y se fue. Sin dramatismo. Sin aspavientos. Ni un último vistazo por encima del hombro que pudiera quedar bien escrito. Solo se dio la vuelta, caminó hasta la mesa más cercana y se sirvió un vaso de agua. Como si hidratarse bastara para sofocar un incendio que llevaba días ardiendo. Como si ese gesto mínimo, casi absurdo, pudiera apagar algo que había empezado mucho antes del primer beso.

Me quedé allí. Quieta. En medio de aquel resort que parecía diseñado para una postal perfecta, rodeada de luces suaves, risas lejanas y copas medio vacías, como si nada de lo ocurrido hubiera resquebrajado el aire. Tenía los labios aún tibios, el pulso descompasado y la certeza punzante de que el guion que creía controlar se me había escurrido de las manos.

Y esa era la sacudida real. No el beso. No la fotógrafa. Ni siquiera Lucas y su drama envuelto para redes. Lo que de verdad me removía era saber que ya no narraba yo. Lo hacía el caos. Ese caos dulce e inesperado que se cuela sin pedir permiso y te obliga a sentir… aunque no quieras.

Lo encontré en la parte trasera del resort, donde el muelle de madera se estiraba sobre la laguna artificial como si intentara alcanzar algo que no estaba ahí. Estaba solo, pies descalzos colgando sobre el agua, manos apoyadas atrás, hombros tensos, como si su cuerpo buscara anclaje mientras su cabeza seguía a la deriva. Esa media sonrisa apagada no era alivio: era una fachada. De quien finge estar bien porque aún no ha reunido el valor de preguntarse si realmente lo está.

Me senté a su lado sin decir nada. Dejé que el calor de la madera se me impregnara en la piel, que el murmullo del agua me llenara los huecos, que la brisa —tibia e inútil— hiciera lo que pudiera con mi desorden. No lo miré.

—¿Huyendo del escándalo mediático? —pregunté, escondiendo el temblor con ironía, mi único modo de acercarme sin romperme.

—Solo del ridículo —respondió sin moverse—. Aunque… la parte del beso salió bastante bien para ser improvisada.

Silencio. No uno cualquiera. Uno denso. Lleno de verdades suspendidas, de frases que no se atreven a romperse. Un silencio donde no ocurre nada… pero todo tiembla.

—¿Para ti fue eso? —dije al fin— ¿Improvisación?

Él no contestó enseguida. No por no saber, sino porque estaba buscando la manera exacta de decirlo sin desmontarnos. Inspiró hondo, como quien se prepara para soltar algo que ha guardado demasiado tiempo. Y cuando exhaló, lo hizo con esa lentitud que pesa más que cualquier respuesta inmediata.

—Fue… instinto —murmuró, con una voz más baja, menos Bruno—. Estabas muy cerca. Ibas a caerte. Y yo… no quería que te cayeras.

—Y eso terminó en un beso —dije sin elevar el tono, aunque cada palabra doliera como un dedo empujando en la herida.

Él ladeó apenas la cabeza. No con ironía ni incomodidad, sino como quien acepta que la línea entre impulso y verdad ya no está clara. Fijó la mirada en el agua, como si entre los reflejos distorsionados hubiera una explicación que aún no lograba formular.

—Eso terminó —añadió, encogiéndose un poco— en un segundo en el que no pensé. Y sinceramente, estoy empezando a cansarme de fingir que siempre tengo el control.

Lo miré. Y algo, en algún rincón de mí, se quebró. Porque por primera vez desde que esta locura empezó —desde la primera pulla disfrazada de flirteo, desde la primera pose para la cámara—, no estaba viendo al piloto imperturbable, ni al tipo que se escudaba tras el sarcasmo como si fuera una capa hecha de chistes medidos. Vi a Bruno. Solo a él. Igual de confundido que yo. Y quizá por eso, más real que nunca.

—Bruno —dije, con la voz más baja que me salió—. Necesito saber si esto… si lo que está pasando entre nosotros… es solo parte del juego. Del contenido. De la historia que otros miran, pero que a mí me está empezando a doler como si fuera verdad.

Él me sostuvo la mirada. Y no encontré respuestas claras, pero sí algo más importante: miedo, deseo… y una ternura feroz. Tan cruda que por un segundo me costó respirar.

—Yo también lo necesito —respondió—. Pero me da miedo tener la respuesta y no saber qué hacer con ella. Porque si esto es real, Elena… ya no hay marcha atrás. Y no sé si sabría hacerlo bien. No contigo. No con alguien que no merece volver a romperse.

Mi pecho se contrajo. Y al mismo tiempo, se expandió. No dijimos nada más. No porque faltaran palabras, sino porque las que teníamos ya no eran suficientes. Permanecimos así, en silencio, con los pies colgando sobre el agua, el aire entre nosotros ocupando todo el espacio. No hubo manos entrelazadas ni besos que sellaran nada. Solo la verdad. Cruda. Suspendida.

Porque hay silencios que no son ausencia. Son preparación. Y ese día, justo en esa calma incómoda, empezó a brotar algo. No una promesa. Una posibilidad.

Pero al caer la noche, el mundo —ese mundo que nunca se queda fuera— volvió a exigir su parte. Las notificaciones comenzaron como un zumbido leve y terminaron siendo una vibración constante, como si el universo se hubiera dado cuenta de que habíamos dejado de fingir.

TikTok. Twitter. Instagram. Plataformas distintas, misma historia repetida. Nosotros. Bailando. Riéndonos. Sosteniéndonos como si esa canción fuera el último refugio. Mirándonos como si todo lo que callamos se nos escapara por los ojos.

Y justo antes del beso —o justo después de algo más hondo—, una cámara nos atrapó. El encuadre era imperfecto. Pero la emoción, perfecta. Más de lo que habíamos planeado. Más de lo que habríamos querido admitir.

Ahí estábamos. Expuestos. Eternizados.

?? Bruno sujetándome por la cintura.
?? Yo cayendo con una risa que no sabía que se volvería viral.
?? El beso. Con el sol rebotando en la piel y esa estética de comedia romántica que no se ensaya… pero el algoritmo adora.

Y lo más desconcertante no era la luz o el momento. Era que se veía real. Brutalmente real. Tan auténtico que hasta yo, que lo había vivido desde dentro, necesité ver el vídeo tres veces para creer que no lo habíamos ensayado. Que no era actuación. Que era verdad. Nuestra verdad.

?? "No sé si es marketing, pero si lo es… quiero vivir en ese algoritmo."
?? "Me tienen enamorada y ni sé si son reales."
?? "Parecen sacados de una serie de Netflix que nunca termina."
?? "¿Puede alguien besarme así, por accidente, cada día?"

Me tumbé boca arriba en la cama de la suite, con el móvil apoyado en el pecho como una piedra que no quemaba con fuego, sino con lo que arrastraba. No tenía fuerzas para abrir otro mensaje, leer otro titular, responder otro "¿es real lo vuestro?" disfrazado de curiosidad.

La puerta se abrió con ese clic que ya conocía de memoria. Bruno entró sin prisa, con una cerveza en la mano y esa cara suya que decía: "lo vi venir, pero aun así me impactó".

—Somos virales otra vez —anunció, como quien da el parte meteorológico del apocalipsis emocional —Estupendo —murmuré—. ¿Cuánto falta para que alguien me proponga un reality? —Lo estoy esperando. Pero si es con Lucas, dimito del papel de novio ficticio. —¿Ficticio?

Y entonces, silencio. No incómodo. Denso. De esos que se instalan como una presencia más. Bruno me miró. Yo lo miré. Y ninguno sonrió. Porque ya no era gracioso. Porque lo que empezó como un juego había mutado en algo más. Más real. Más aterrador.

Ya no era contenido. No era un clip viral. Era algo que yo había sentido. Y aunque el vídeo ya giraba por el mundo como una escena romántica con final ambiguo, mi mente no podía fijarse en eso. Solo en una idea que no dejaba de latir: si ese beso fue tan real, ¿por qué todo se sentía tan incierto?

Cerré la puerta con el cuerpo apoyado contra ella. Como si ese gesto pudiera contener todo lo que amenazaba con colarse en mi cabeza: juicios, suposiciones, versiones que otros ya escribían sin haber preguntado nada. Y por un instante —fugaz, pero feroz— deseé que nada de esto se hubiera vuelto viral. Solo verdadero. Que lo único que importara fuera lo que pasó entre su boca y la mía. Lo que aún latía entre mis costillas.

No estaba llorando. Pero tampoco estaba bien.

No era por el vídeo. Ni por haber roto internet. Ni por el algoritmo, ni por los titulares escritos por gente que hasta ayer no sabía

deletrear mi nombre. Lo peor era la duda. Esa que se instala en el centro exacto del pecho y empieza a rascar. Que no se puede silenciar ni archivar. La que pregunta, con voz baja pero tenaz: ¿Y si él no lo sintió como yo?

Me dejé caer de espaldas, móvil en mano, el corazón haciendo scroll sin permiso. Le di play. Otra vez.

?? La caída.
?? Su brazo sujetándome justo a tiempo.
?? El beso.
?? Su mano en mi mejilla.
?? Mi risa nerviosa.

Una y otra vez. Como si en algún frame escondido hubiese una pista. Algo que me dijera si fue solo instinto… o una confesión sin palabras. Y cuanto más lo veía, más lo sentía. En la piel. No en la cabeza.

Como si ese beso, en vez de calmarme, solo encendiera una nueva pregunta: ¿Y ahora qué?

Entonces, la pantalla vibró. Notificación. Bruno. "¿Estás bien? Si no quieres hablar, dímelo. Pero si lo fue de verdad… necesito que me lo digas antes de que todo esto se nos coma."

Me quedé mirando el mensaje. Como quien observa un abismo y se pregunta si vale la pena saltar.

Una frase. Una grieta. Una puerta entreabierta. Pensé en contestar. En decir algo. Una ironía. Una excusa. Cualquier cosa que tapara el hueco entre lo que pasó y lo que estaba por venir.

Pero no lo hice. No todavía.

Dejé el móvil sobre el pecho, como si al apoyarlo ahí pudiera frenar el impulso de precipitarme. Cerré los ojos. Respiré hondo. Me quedé quieta.

Porque antes de responderle a él, tenía que responderme a mí. Tenía que enfrentar lo que sentía sin sarcasmo. Sin guiones. Sin salvavidas.

Y eso no era lo más doloroso. Era lo más difícil.

Porque cuando una historia se vuelve real, la primera conversación pendiente… es contigo misma.

16
No hay botón de emergencia para esto

Había algo ridículamente simbólico —y, por qué no decirlo, algo cruelmente poético— en encontrármelo justo cuando se cerraban las puertas.

Bruno, con el móvil en una mano y la otra guardada en el bolsillo como si le diera igual todo, como si su pulso no se hubiera alterado desde que el vídeo se convirtió en trending topic. Esa media sonrisa de piloto que no muestra turbulencias, aunque el avión esté ardiendo por dentro. Y esa camisa desabrochada en el cuello, con ese botón rebelde que parecía su manifiesto: "No es para tanto". Aunque lo fuera. Aunque lo fuera todo.

Yo iba en busca de aire. Nada más. Un café a deshoras, un paseo sin rumbo, un intento de reacomodar mis pensamientos antes de que volvieran a desbordarse. Pero claro, el universo —ese guionista aficionado al caos— decidió que bajáramos juntos. Que nos encerráramos durante unos pisos de trayecto con todo lo no dicho flotando entre nosotros.

Las puertas se abrieron con ese "ding" aséptico y ajeno. Él levantó la vista. Y aunque no dijo nada, se hizo a un lado. Lo justo. Lo medido. Como si el espacio físico fuera una cortesía, pero el emocional no estuviera disponible.

Entré.

Y durante un segundo —apenas un parpadeo—, el silencio entre los dos fue más denso que el aire acondicionado del ascensor. Él se acomodó en la esquina opuesta, apoyado contra el espejo como si le sobrara equilibrio. Como si el beso de anoche no nos hubiera partido la estabilidad en dos. Como si las historias virales no nos persiguieran hasta ahí dentro.

El ascensor inició su descenso. Un leve zumbido. Sin música. Sin voces. Sin salvavidas.

Y entonces lo supe: no estábamos solos. Bajaba con nosotros el roce no resuelto de sus dedos en mi espalda, el eco del "¿lo fue de verdad?" que aún vibraba en mi pecho, y la certeza de que este encierro iba a durar más que unos cuantos pisos.

—No pensaba encontrarte —dije, sin mirarlo directamente, con la vista clavada en el panel digital del ascensor como si ahí pudiera encontrar respuestas más claras que en sus ojos.

—Yo tampoco —respondió, y su voz, grave, tuvo ese filo suave que siempre le salía cuando algo le importaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—¿Vas a algún sitio? —pregunté, por decir algo. Por llenar el espacio que se volvía más denso con cada piso que bajábamos.

—A ningún sitio en concreto. —Hizo una pausa breve, de esas que no lo son tanto—. ¿Tú?

—A cualquiera donde no haya WiFi ni opiniones no solicitadas —murmuré, cruzando los brazos y apoyándome contra la pared opuesta.

Una media sonrisa —apenas una sombra en su boca— cruzó su rostro, y por un segundo pareció que íbamos a sobrevivir al trayecto con la armadura puesta, sin desmontarnos, sin arriesgar nada.

Y justo entonces, cuando el silencio empezaba a parecer más respirable, más manejable, más "no pasa nada si no hablamos"…

El ascensor se detuvo. No suavemente. No como quien anuncia su parada con delicadeza.

Sino con un crujido sordo, mecánico, áspero. Un latigazo seco que hizo que las luces parpadearan y se encendiera la tenue lámpara de emergencia, bañando todo en ese color entre ámbar y amenaza que tienen las cosas cuando dejan de funcionar bien.

Nos miramos. Y ahí estaba de nuevo. Eso.

La tensión que ni el sistema eléctrico del resort pudo soportar.

El ascensor se detuvo.

No con estruendo. No con drama.

Solo una sacudida leve, un temblor sutil en el suelo bajo nuestros pies y un zumbido que se apagó con la misma indiferencia con la que a veces la vida decide que ya es suficiente por hoy.

Después, nada.

Ni nuevo piso. Ni sonido. Ni movimiento. Solo el zumbido de los segundos, el parpadeo nervioso de la luz del techo… y el peso brutal de todo lo que no estábamos diciendo instalándose con nosotros, ocupando cada centímetro de aire disponible como una tercera presencia que respiraba fuerte y sin permiso.

La luz parpadeó una vez. Dos. Y después, un clic.

Silencio.

El ascensor se sumió en una penumbra rojiza, teñida por la tenue iluminación de emergencia que lo convirtió todo en una cápsula suspendida fuera del tiempo, donde no existían los guiones ni los filtros ni las reglas sociales.

Solo nosotros. Y lo no dicho.

—Genial —solté, cruzándome de brazos con un gesto más automático que firme, como si necesitara construir una coraza urgente—. ¿Y ahora qué? ¿Nos grabamos un vídeo pidiendo auxilio y lo hacemos viral también?

Bruno suspiró. Apoyó la cabeza contra la pared metálica con esa expresión suya de "no pasa nada… salvo que claramente sí está pasando". —Si lo grabamos en vertical y con buena iluminación, quizá nos patrocinen el rescate.

—No tienes gracia —dije, sin mirarlo, con un tono más afilado de lo que pretendía. Pero no me arrepentí. Porque tampoco tenía paciencia.

—Y tú no tienes batería emocional —respondió él, sin elevar la voz, con una calma que solo servía para incendiarme más—. Pero aquí estamos. Encerrados. Sobreviviendo a base de sarcasmo.

Lo miré de reojo. No por ternura. Por necesidad. Como si chequear sus ojos me diera alguna pista sobre qué parte de esto estaba improvisando y qué parte venía ensayando desde hacía días.

Apreté la mandíbula. Porque ya no me quedaban filtros. Solo rabia mal canalizada.

—¿Te parece divertido? —espeté—. Porque a mí me parece muy... oportuno. Justo ahora. Justo tú. Justo yo. Justo cuando todavía no sé si besarte fue una estupidez… o un acto de supervivencia emocional en mitad del caos.

Bruno ladeó la cabeza. Y sonrió. No con burla. Con algo más peligroso. Con esa mezcla de ternura y resignación que desarma mucho más que cualquier burla.

—Si fue una estupidez —dijo, con voz baja, suave, casi íntima—, al menos besamos bien.

Y esa maldita sonrisa suya. Esa sonrisa torcida que parecía no tomarse nada en serio, pero que escondía todo lo que él no se atrevía a decir.

—Claro —bufé—. Todo un éxito de taquilla. Lástima que no haya nominaciones al "beso con más consecuencias emocionales no gestionadas".

Nos quedamos así.

Frente a frente. A menos de un metro. A menos de un roce. A un pensamiento de distancia entre "no vuelvas a tocarme" y "hazlo otra

vez, pero con sentido”.

Bruno se acercó un paso. Solo uno. Pero fue suficiente para que el aire entre nosotros cambiara de densidad, como si de pronto se volviera más espeso, más eléctrico, más difícil de respirar sin que el pecho doliera un poco.

Sus ojos ya no se escondían detrás de bromas. Me miraban directo. Sin escapatoria.

—¿De verdad quieres tener esta conversación aquí? —preguntó, con voz ronca, contenida, apenas un susurro que vibraba más en el cuerpo que en los oídos—. ¿En un ascensor detenido, sin cobertura, sin salida, y con todo lo que no hemos dicho flotando entre nosotros?

—Prefiero eso a quedarme callada otra vez —disparé, bajando la voz, pero no la tensión—. Porque tú podrás fingir que no pasa nada. Que es solo química o lo que sea. Pero yo… yo sí lo siento. Y me está matando no saber si tú también.

Un tic nervioso le cruzó la mandíbula. El tipo de movimiento involuntario que solo ocurre cuando el cuerpo ya no sabe cómo sostener la verdad.

—¿Y crees que yo no?

Su voz fue más baja. Más áspera. Como si le costara sacarla de donde la tenía enterrada.

—¿Tú qué? —repliqué, sin moverme, sin parpadear, sin escudo.

—Que me muero por volver a hacerlo.

La frase se quedó flotando entre nosotros como una promesa maldita. Como una cerilla encendida en una habitación llena de gasolina emocional. No sabía si quería besarlo… o empujarlo. O tal vez ambas cosas al mismo tiempo. Porque su voz sonaba a verdad, sí, pero también a trampa. Una de esas trampas suaves, cálidas,

disfrazadas de refugio, que te hacen olvidar que doler también es una forma de tocar.

Y yo estaba cansada. Tan jodidamente cansada de dudar. De leer entre líneas. De intentar descifrar si el fuego venía de él o si era yo la que se estaba quemando sola.

—¿Y qué te lo impide? —pregunté por fin, con la voz más firme de lo que sentía, como quien lanza una moneda al aire sin saber si quiere que caiga cara… o cruz.

—Que no quiero que pase como la última vez —respondió, y su tono ya no era retador ni irónico, era otra cosa. Más densa. Más real. Más peligrosa—. Rápido. Salvaje. Como si estuviéramos a punto de explotar y no supiéramos en qué dirección correr.

—Fue sexo, Bruno. No filosofía.

—No. Fue miedo.

Y esa palabra… Solo una. Pero bastó para que el aire cambiara de textura. Para que el silencio se volviera espeso, casi irrespirable. Como si, de repente, el ascensor se hubiera llenado de una presencia intangible pero densa, inevitable, que se colaba por cada rendija y nos apretaba el pecho sin pedir permiso. No hacía falta gritarla. Ni repetirla. Porque esa palabra ya lo había dicho todo. Y porque, a veces, una sola verdad basta para paralizarlo todo.

—Miedo —repitió, bajando un poco la voz— de que si parábamos un segundo… si nos dábamos siquiera un respiro… íbamos a tener que admitir que esto —hizo un gesto entre los dos, abarcando la tensión, el deseo, los silencios y todo lo que no habíamos dicho desde aquel primer beso— ya no es un juego.

tragué saliva, sintiendo cómo el nudo que tenía en la garganta bajaba lento, como si arrastrara con él una verdad que mi cuerpo ya había asumido mucho antes que mi cabeza. Antes que mis miedos. Antes que todas esas defensas que tanto me había empeñado en

levantar. Antes, incluso, que esa parte de mí que aún quería fingir que esto no iba en serio. Que no iba a doler.

—¿Y ahora? —pregunté, apenas un susurro, pero cargado de todo lo que no me atrevía a decir en voz alta.

—Ahora me sigue dando miedo —respondió Bruno, sin apartar los ojos de los míos, con esa honestidad que a veces parecía doler más que cualquier mentira—. Pero me jode más no tocarte. Mucho más.

Y en ese instante, justo en ese espacio estrecho donde se cruzan el vértigo y la valentía, su mano rozó la mía. No fue una caricia dulce ni una pregunta encubierta. Fue una declaración muda. El gesto inevitable de alguien que ya no puede —ni quiere— seguir conteniéndose.

Entonces fue él quien se acercó del todo, sin pedir permiso, sin dejar lugar a dudas, como si por fin hubiera entendido que a veces el cuerpo tiene cosas que decir que las palabras no alcanzan a traducir. Sus manos llegaron a mi rostro con una ternura que no buscaba conmoverme, pero lo logró, porque me sostuvo con una delicadeza brutal, de esas que te rompen más que cualquier golpe, como si tuviera miedo de que me desvaneciera si no lo hacía bien.

Y cuando me besó, ya no quedaban rastros del sarcasmo con el que solíamos protegernos. No hubo estrategia, ni juego, ni esa rabia disfrazada de provocación que tantas veces habíamos utilizado como escudo. Solo un temblor, profundo y honesto, que empezó en la boca y se extendió al resto del cuerpo, como si la verdad, agotada de esperar su momento, hubiera decidido salir sin pedir permiso.

Mis manos se cerraron sobre su camiseta, tirando de ella con desesperación, como si ese contacto pudiera confirmarme que no estaba soñando, que esto era real, físico, inevitable. Sentir su cuerpo contra el mío fue como abrir una puerta cerrada desde dentro. Una rendición. Una tregua. Una declaración sin idioma, dicha a través del calor, del roce, del no saber parar.

Las bocas se abrían y se encontraban como si hubieran estado entrenándose en secreto para este momento. Como si por fin nos hubiéramos rendido a esa versión de nosotros que no necesitaba actuar. Que solo quería sentir.

Bruno me empujó suavemente contra la pared acolchada del ascensor. El metal estaba tibio. La luz de emergencia pintaba sombras suaves sobre su rostro. Y la tensión, esa tensión que había crecido con nosotros desde el primer cruce de miradas, ahora era la única certeza.

—Dime si quieres que pare —susurró, su voz ronca, su frente apoyada contra la mía, sus ojos fijos en los míos como si buscara una salida… o una absolución.

—Dime si no vas a desaparecer mañana —dije yo, con la garganta hecha un nudo, con los labios aún húmedos por el beso y el corazón en carne viva.

Él no respondió con palabras. Bajó la cabeza. Y me besó el cuello, el hombro, el hueco entre la clavícula y la duda. Me besó como si ya supiera lo que quería decir, pero todavía no se atreviera a pronunciarlo.

Y yo… yo cerré los ojos y lo dejé hacer. No porque no tuviera miedo —claro que lo tenía—, sino porque, por encima de todo, había fuego. Un fuego que ya no podíamos negar, ni contener, ni disfrazar de tensión o sarcasmo. Esta vez, los dos estábamos dispuestos a quemarnos, aún sabiendo que podía doler.

Y entonces, simplemente, dejamos que el cuerpo hablara. No porque se nos hubieran acabado las palabras, sino porque, por primera vez, entendimos que no eran necesarias. La ropa empezó a caer, no con la coreografía perfecta de una escena ensayada, sino con torpeza, con prisa mal disimulada, con esa urgencia desordenada que solo tienen los cuerpos que se han esperado demasiado. Manos que temblaban. Risas nerviosas a medias. Tirones que parecían errores, pero no lo eran. Era verdad. Cruda. Honesta.

Sus manos recorrieron mi piel con una lentitud que dolía, no por el deseo —aunque también—, sino por la carga emocional que traía consigo cada caricia. Me tocaba como quien intenta aprender un idioma nuevo a través del tacto, como si cada curva de mi cuerpo escondiera una respuesta, una historia que aún no me había animado a contar. Y yo, por mi parte, me aferré a su espalda como quien se agarra al borde de algo que está a punto de romperse, no con pasión de película, sino con la necesidad real de quien está buscando un ancla en mitad de un mar al que ya no sabe ponerle nombre.

Mis dedos se hundieron en su piel como si pudieran escribirle lo que mi boca no alcanzaba a decir: *quédate*, *entiéndeme, aunque no lo sepa explicar*, *por favor, no seas otro error que se siente tan jodidamente bien*.

Nos unimos con hambre, sí, pero también con miedo. Con esa mezcla tan exacta y tan violenta de ternura y furia que solo nace cuando el deseo no es solo físico, sino emocional, visceral, vital. No fue solo sexo. Fue tregua. Fue guerra. Fue dos almas respirando dentro del mismo incendio.

Los movimientos comenzaron lentos, como si el cuerpo necesitara memorizar cada gesto, cada ritmo, como si cada embestida fuera una pregunta lanzada al vacío, y cada gemido… una rendición completa.

Y cuando todo terminó —cuando por fin el temblor dio paso al silencio, cuando la respiración se volvió más suave, más sincronizada —, él no se alejó. No hizo un chiste para desactivar la tensión. No buscó su ropa como si nada hubiera pasado. Solo se quedó ahí, con la frente apoyada en la mía, los ojos cerrados y el cuerpo aún temblando por dentro.

Y entonces, en un susurro que se le escapó como un pensamiento en voz alta, dijo:

—Joder, Elena… esto no era parte del trato.

Yo tampoco lo abracé. No porque no quisiera, sino porque abrazarlo habría sido aceptar —con todas las letras— que ya no había vuelta atrás. Que esto no era solo un error puntual. Que acabábamos de cruzar una línea que no sabíamos cómo desdibujar.

Tampoco respondí. No con palabras. Solo me quedé ahí, pegada a él, con la piel aún enrojecida, el corazón desordenado, y la certeza silenciosa de que algo en mí se estaba rompiendo… y, al mismo tiempo, reconstruyendo.

Porque no, no era parte del trato.

Pero era lo único que se había sentido real en mucho tiempo.

Nos quedamos así, pegados, sin aliento, con la ropa desordenada y el cuerpo aún vibrando por todo lo que acababa de pasar. El silencio era absoluto, salvo por nuestras respiraciones entrecortadas… y ese leve zumbido eléctrico que empezó a colarse por las paredes, como si el mundo, después de darnos tregua, decidiera ponerse otra vez en marcha.

—Dime que eso no fue la electricidad volviendo —murmuré, aún con las manos apoyadas en su pecho, el pulso en la garganta y las piernas temblando.

—O es eso… o el karma avisándonos de que no se juega con fuego en espacios cerrados —respondió Bruno, sin moverse, aún dentro de mí, aún con la respiración entrecortada y los ojos cerrados como si necesitara unos segundos más de suspensión en esa realidad paralela donde todo había pasado.

Y entonces, con el dramatismo perfecto de una comedia mal escrita, las luces parpadearon. Una alarma suave sonó. Y la voz metálica y neutra del ascensor anunció, con ese tono de asistente virtual sin alma:

《 Reanudando sistema. En breve, el servicio se restablecerá. 》

—Mierda —dijimos los dos a la vez.

Nos separamos con una torpeza que no tenía nada de sexy y mucho de "que no me pillen así, por favor". Yo me subí las braguitas al revés sin darme cuenta. Él se abrochó la camisa sin meterla por dentro. Yo traté de enganchar el sujetador mientras las manos aún me temblaban. Él intentó peinarse con las manos, y fracasó rotundamente. Nuestros cuerpos parecían gritar que algo había pasado… y nuestras caras, que no sabíamos cómo explicarlo sin sudar un poco más de lo debido.

El ascensor vibró levemente. La luz se estabilizó. Y, finalmente, las puertas se abrieron en la planta baja.

Y allí estaban.

Dos técnicos del hotel con monos azules y cara de lunes eterno. Una pareja de huéspedes mayores con expresión de "no es lo que parece" (aunque claramente lo parecía). Y una señora del spa que sostenía una toalla doblada y preguntó con una tranquilidad absurda:

—¿Están bien?

Bruno, con la camisa mal abrochada, la respiración aún desacompasada y el sudor brillante en la frente, contestó con una sonrisa forzada:

—Sí. Perfectamente.

Yo asentí. No porque estuviera bien, ni porque supiera qué decir, sino porque no podía hablar. La garganta seca, el rostro encendido, la piel aún palpitando como si cada poro llevara grabado el eco de lo que acababa de pasar. Y no era por la falta de aire. Era por el exceso de verdad.

Porque lo ocurrido entre esas paredes metálicas no podía reducirse a un simple “desperfecto técnico”. Había sido un colapso interno. Un cortocircuito emocional. Una catarsis de esas que no se ven, pero que lo cambian todo por dentro.

Un “ahora sí que estamos jodidos” con sabor a deseo no resuelto… y promesas que nadie se atrevía —todavía— a nombrar en voz alta.

Cuando por fin llegamos a la habitación, no hubo palabras.

Solo ese tipo de miradas que no necesitan traducción. Ese segundo suspendido en el que dos personas se reconocen más por lo que callan que por lo que podrían decir.

Nos desnudamos sin tensión. Sin juego. Como si el cuerpo ya supiera el camino. Como si quitarse la ropa fuera una forma de soltar también la armadura.

Nos metimos en la ducha con la urgencia de quien no quiere olvidar, pero sí volver a empezar. El agua fría primero, un shock breve que nos hizo reír sin querer, y luego el calor… Ese calor suave que no quema, que envuelve. Que cura.

Nuestros cuerpos volvieron a encontrarse, pero ya no con la urgencia desbordada del ascensor, esa hambre salvaje que lo consume todo sin pedir permiso. Esta vez fue distinto. Más íntimo. Más lento. Como si, en lugar de perdernos el uno en el otro, quisiéramos encontrarnos de verdad. Aprendernos. Reconocernos sin prisas. Como si estuviéramos buscando algo que no se resumía en piel contra piel, sino en alma contra alma. Una tregua. Un refugio. Un lugar donde, por fin, nada doliera.

Bruno me acariciaba con una delicadeza que no le había visto antes, como si no estuviera intentando conquistarme, sino recordarme que ya estaba aquí, conmigo, y no pensaba irse. Yo lo besaba con una mezcla de ternura y miedo, como quien ha llegado a un sitio que no cree merecer, pero decide quedarse igual, por si acaso es real.

Nos hicimos el amor sin armaduras. Con los ojos abiertos. Las manos abiertas. El alma expuesta. Temblando, sí, pero sin esconderse.

Y cuando todo terminó, cuando el agua ya no era tibia y el mundo parecía quedarse quieto detrás de la puerta, Bruno apoyó la frente

en la mía, y en un susurro que parecía más pensamiento que voz, dijo:

—Estoy tan jodido contigo.

Y, por primera vez, esa frase no me asustó. No me congeló. No me empujó a cerrar las alas ni a correr. Solo me hizo sonreír. Porque yo también lo estaba. Hasta el fondo. Hasta los huesos. Hasta el alma.

Cerramos la ducha y dejamos que el vapor flotara un poco más, como si fuera el eco invisible de todo lo que acabábamos de compartir. Nos envolvimos en toallas grandes, sin urgencia, sin pretender que eso era un cierre. Porque ninguno quería que lo fuera.

Salimos sin decir una palabra. No porque no hubiera nada que decir, sino porque lo que habitaba entre nosotros ya no cabía en frases. Era demasiado. Y cualquier intento de nombrarlo se habría quedado corto.

Bruno se sentó al borde de la cama, con las manos apoyadas en las rodillas, la cabeza gacha, el cuerpo aún húmedo por fuera… y por dentro también. Yo me quedé de pie, con el cabello goteando, el corazón desbocado, los ojos fijos en su espalda como si desde ahí pudiera adivinar qué pasaba por su mente.

Entonces se giró. Me miró. Y yo lo miré también.

Con esa clase de mirada que no necesita adornos, que abre grietas con delicadeza y sostiene el mundo entero sin necesidad de un "te quiero". Fue larga, serena, cargada de algo que no sabíamos cómo llamar, pero que los dos reconocíamos con una claridad que dolía.

Sus labios se separaron apenas. Un gesto mínimo. El inicio de algo. Un "te…" que no se completó. Porque Bruno —ese Bruno experto en convertir silencios en bromas y miedos en sarcasmos— esta vez solo bajó la mirada y respiró. Hondo. Como si supiera que cualquier palabra podría romper lo que recién estaba naciendo.

Yo tampoco dije nada. Ni me moví de inmediato. Solo me acerqué despacio. Le toqué la cara con una mano temblorosa pero decidida. Él apoyó la suya sobre la mía y cerró los ojos. No habló. Ni falta que hacía.

Porque lo que había pasado entre nosotros ya no podía deshacerse. No era reversible. No era negociable. Solo podía crecer... o explotar.

Y lo sabíamos los dos.

17
La frase que lo rompió todo

Bruno estaba sentado en el borde de mi cama, con el móvil entre las manos como si acabara de recogerlo del suelo tras una caída que no solo lo había golpeado a él, sino también a todo lo que habíamos construido. Tenía la ceja apenas fruncida, esa que solo se le arqueaba cuando algo le hacía ruido por dentro, cuando la realidad no coincidía con la versión que él había armado en silencio, pieza a pieza, desde que nuestras miradas empezaron a tomarse en serio.

Pero esta vez no era enojo lo que se le dibujaba en la cara. No era rabia ni esa chispa suya que solía encenderse cuando algo lo sacaba de quicio. Era otra cosa. Más fría. Más peligrosa. Estaba… desconectado. Como si en su cabeza se estuviera reproduciendo una escena que lo había desmontado por completo, una cinta que se rebobinaba una y otra vez en bucle, en la que las piezas del puzle ya no solo no encajaban, sino que ni siquiera pertenecían al mismo juego.

Y ahí estaba él. Sentado, quieto, con los codos apoyados en los muslos y el móvil encendido entre los dedos, iluminándole el rostro con ese brillo tenue que no tenía nada de cálido. La mirada clavada en la pantalla, fija, sin pestañear, como si aquello que acababa de ver no solo lo hubiera atravesado, sino que hubiera borrado todo lo demás. Como si esa imagen —esa frase, esa voz, ese instante— lo hubiera desenchufado de golpe del presente, de mí, de la idea de nosotros que quizás llevaba más tiempo de lo que yo creía guardando en el bolsillo, doblada con cuidado, por si alguna vez nos atrevíamos a desplegarla del todo.

Yo acababa de salir de la ducha. El cuerpo aún envuelto en una toalla. El pelo goteando sobre la alfombra con ese ritmo lento, casi hipnótico, de quien todavía cree que el mundo está en calma. Había sido una ducha rápida, sin ritual, sin preámbulo, con la ligereza

torpe de quien confía. De quien baja la guardia porque ya no espera el golpe.

Le había dejado el móvil desbloqueado sobre la mesita como quien deja las llaves de casa a alguien que ya se ha ganado el derecho de entrar sin tocar. Sin pensarlo. Sin esconder. Como quien cree —o finge creer— que no tiene nada que temer, que el amor basta, que la confianza es un escudo. Le había pedido entre risas que buscara esa playlist absurda de la primera noche, la de la canción que ninguno podía tomarse en serio y que, sin embargo, se había quedado flotando entre nosotros como una especie de chiste interno que solo compartes con quien, sin darte cuenta, ya forma parte de tu historia.

Habíamos planeado cenar ahí. Tranquilos. Sin cámaras. Sin filtros. Sin nada ni nadie que interfiriera. Solo nosotros. Solo lo nuestro. Nada trascendente. Nada que pudiera romper nada.

O eso pensé.

Pero al salir, lo vi ahí. Sentado. Inmóvil. Como si se hubiera convertido en una estatua de sí mismo. Como si el cuerpo estuviera presente, pero el alma se hubiera marchado sin dejar nota. Y supe —no por intuición, sino por esa certeza amarga que se instala sin pedir permiso— que algo se había roto. Que lo que fuera que había visto o escuchado no solo lo había tocado… lo había desbordado. Y lo peor es que ni siquiera estaba enfadado. Porque el enfado al menos tiene fuego. Ruido. Movimiento.

Lo suyo era otra cosa.

Una quietud helada. Una decepción que no grita, pero que te vacía desde dentro. Una lucidez brutal que no arrasa: simplemente te deja sin suelo. Como si de pronto todo hubiese hecho clic… pero en la dirección equivocada.

El silencio en la habitación no era el de la tranquilidad. No era esa calma que abraza después de un día largo ni el descanso cómplice

de quien ya no necesita hablar para sentirse cerca. Era el otro. El denso. El que se instala cuando hay algo suspendido en el aire que nadie se atreve a nombrar. El que pesa más que cualquier grito. El que corta la respiración no por su volumen, sino por todo lo que esconde.

—¿Todo bien? —pregunté al fin, con una voz más tensa de lo que hubiera querido. Más alta de lo necesario. Más frágil de lo permitido. Como quien lanza una piedra a un pozo sin fondo solo para confirmar que el eco ya no responde.

Bruno levantó la cabeza con una lentitud casi insoportable. Precisa. Controlada. Como si cada centímetro de ese movimiento fuera una decisión calculada para no romperse del todo. Y cuando me miró… no me miró de verdad. O no del todo. Era como si me estuviera observando desde fuera, desde la distancia, como si no estuviera viendo a Elena, sino una versión nueva, ajena, con la que aún no sabía si quería seguir compartiendo el mismo espacio.

Había algo en sus ojos —algo entre la decepción y la duda, entre la tristeza muda y la resignación— que me hizo desear volver a la ducha, volver atrás, rebobinar el día como si fuera un mal borrador que todavía podía corregirse.

Su voz, cuando por fin habló, era casi una línea plana. Sin temblores. Sin dramatismo. Pero con ese tono cargado de lo que no se dice. De todo lo que quema por dentro pero sale envuelto en una calma peligrosa.

—No buscaba nada raro —dijo, sin apartar los ojos de los míos—. Solo abrí el chat de Lola porque estaba abierto. Y luego… sonó.

Fruncí el ceño, sin entender. Sonó. ¿El qué?

—¿Qué sonó?

Él giró el móvil en sus manos. Lo hizo con una lentitud que helaba. Pulsó el botón de reproducción sin miramientos, sin preámbulos. No hubo reproche en el gesto. Ni rabia. Solo la aceptación resignada de

quien sabe que ya no hay marcha atrás, de quien sabe que lo que está a punto de escucharse no se puede desoír.

Y entonces mi voz llenó la habitación.

Ese tono ácido que uso solo con Lola. Ese que me sale cuando quiero sonar ingeniosa. Cuando disfrazo el miedo de sarcasmo. Cuando me creo graciosa y me olvido de que las palabras tienen filo. Que tienen eco. Que a veces no solo hieren: dinamitan.

"Tía, no sé qué estoy haciendo. El piloto está demasiado bueno, y me está saliendo contenido increíble. Si esto no es estrategia de marca, yo ya no sé. Encima, anoche casi me dice que me quiere. ¿Te imaginas que se lo cree?"

Y ya está.

No hizo falta más.

La frase cayó como una bomba en una habitación blindada. Sin explosión ruidosa. Sin llamas. Solo el vacío inmediato después del impacto. Ese silencio no fue una pausa. No fue un paréntesis. Fue una sentencia. Una de esas que no se gritan, que no se firman, que no necesitan subrayarse en rojo para doler más que cualquier ruptura oficial. Una de esas que no se borran.

Una de esas que lo rompen todo.

Bruno no apartó la mirada del móvil. No porque no pudiera, sino porque aún no estaba listo para mirarme y enfrentarse a la nueva versión de mí que acababa de descubrir. Como si estuviera aferrado a esa pantalla no por lo que mostraba, sino por lo que ya había roto. Sus dedos, tensos sobre el borde del dispositivo, temblaban apenas, lo justo para evidenciar que el esfuerzo que estaba haciendo no era contener la rabia. Era contenerse a sí mismo. No romper el teléfono. No romperme a mí. No romperse del todo.

Yo seguía allí, de pie, con el cuerpo mojado y el alma a medio escurrir. La toalla pegada a la piel como una defensa inútil, una

frontera absurda entre el desastre emocional y la dignidad que aún me quedaba. Sentía las gotas de agua resbalar por mi espalda, caer sobre la alfombra, marcar el suelo como si fueran huellas de una culpa que no podía secarse con una excusa. Y entre nosotros, ese espacio que hacía solo unos minutos era complicidad, cama compartida y promesa en construcción, ahora era una brecha. Un océano. Una imposibilidad.

—Bruno… —dije, y mi voz sonó hueca. Como si viniera de alguien más. Como si ya no me perteneciera.

Él cerró los ojos. Una vez. Profundo. Como si con ese solo parpadeo pudiera apagar el incendio que le estaba quemando por dentro, contener las llamas del desencanto antes de que arrasaran lo poco que aún quedaba en pie.

—¿Es así como hablas de mí cuando no estoy? —preguntó al fin, y cada palabra cayó como una piedra pulida. Sin gritos. Sin teatralidad. Pero con esa aspereza emocional que solo se consigue cuando lo que duele no es lo que se ha dicho… sino lo que se ha sentido al escucharlo.

Y yo… yo no tenía defensa. Porque ¿qué se contesta cuando la herida ya se ha abierto, cuando el cuchillo ha sido mi voz, y la víctima… alguien que no merecía sangrar así?

Abrí la boca. Cerré la boca. Porque lo único que se me ocurría eran excusas que sonaban huecas incluso dentro de mi cabeza. Porque ya no se trataba de explicarlo. Se trataba de asumirlo.

—Fue un comentario estúpido —dije por fin, con más culpa que convicción—. Estaba nerviosa. Quería reírme de algo, de mí, del caos. No pensé…

—Eso es lo que más duele —me interrumpió, sin levantar el tono, pero con la precisión de un golpe quirúrgico. Y entonces sí me miró. Y ojalá no lo hubiera hecho. Porque esa mirada no era de rabia. Era peor. Era decepción. De la que no se borra con disculpas, de la que

no se olvida, aunque el tiempo pase y uno quiera convencerse de que todo fue un mal momento.

—No pensaste —repitió, como si saboreara la frase solo para confirmar que seguía doliendo igual—. No por maldad. Ni por hacer daño. Solo porque yo no importaba lo suficiente como para que pensaras en mí antes de abrir la boca.

Dio un paso atrás. Uno solo. Pero el eco de ese gesto fue brutal. Como si el aire entre los dos se hubiera vuelto espeso, inhabitable. Como si cada centímetro que se alejaba me recordara cuánto había perdido en tan poco tiempo.

—Ni siquiera dijiste mi nombre —añadió, y esa frase… esa frase fue una grieta. Una fisura limpia. Irreparable.

Solo "el piloto".

Como si todo lo que habíamos compartido —cada roce, cada risa, cada silencio lleno de algo más— hubiera sido decorado. Atrezzo. Un elemento más en el guion. Como si él nunca hubiera sido real para mí.

Y en ese momento… empecé a entender que lo que acababa de romper no era una relación.

Era su forma de mirarme. Y eso… dolía más que cualquier adiós.

Intenté acercarme. No con decisión. No con seguridad. Con ese paso a medio hacer que no es avance ni retroceso, solo una súplica muda de proximidad. Pero en cuanto mi cuerpo se inclinó apenas hacia él, noté cómo el suyo se tensaba al instante. Como si cada músculo le susurrara que retroceder era más seguro que permitir cualquier intento de reparación.

Y entonces lo dijo. Con una calma tan precisa, tan cargada de resignación, que no hizo falta subir el volumen para entender que lo que se estaba pronunciando… era una despedida.

—No estoy enfadado, Elena —dijo, sin levantar la voz, pero dejando cada palabra suspendida en el aire como una verdad irrefutable—. No puedo estar enfadado contigo por ser tú. Por hablar como hablas. Por usar el sarcasmo como un chaleco salvavidas emocional. Sé que lo haces. Lo he visto. Lo entendí incluso cuando ni tú misma parecías darte cuenta. Y no te voy a mentir: hubo momentos en los que incluso lo admiré. Esa forma tuya de disimular el miedo con humor. De usar la ironía para no mostrar las grietas.

Se detuvo un segundo. Respiró. Como si necesitara espacio para que lo que venía a continuación no le doliera tanto al decirlo.

—Pero no puedo quedarme aquí, fingiendo que no me ha dolido. Fingiendo que tus palabras eran aire cuando, en realidad, eran una daga disfrazada de risa.

Me llevé una mano al pecho, no por costumbre, no para encubrir la toalla que se me escurría poco a poco, sino por puro instinto. Porque algo dentro de mí se estaba desmoronando. Y en ese intento torpe por sostener el corazón con la palma abierta, supe que había algo que estaba perdiendo… y que quizá ya no podría recuperar.

—No fue verdad —dije, con una voz que apenas se sostenía en sus propias sílabas—. Ni lo de la estrategia, ni lo de "si se lo cree". Solo… me asusté. Me sentí tan dentro de todo esto, tan vulnerable, que quise… escaparme. Salirme del guion por la vía más fácil. Y la risa… fue eso. Una salida cobarde. Una forma de no admitir que me importabas más de lo que quería aceptar.

Él bajó ligeramente la mirada, pero no para evitarme. Sino para clavarme con más precisión aún.

—Y escapaste —repitió, pero esta vez no había reproche en su tono. Solo una tristeza limpia, sin adornos—. De mí. De lo que estábamos construyendo. De lo que podía ser, pero aún no sabías cómo sostener. Y no lo hiciste de frente. Lo hiciste en un audio. En una frase que ahora se repite en mi cabeza como un eco. Que no puedo borrar. Que ya no puedes explicar.

El silencio se instaló entre nosotros. No ese que deja margen para una reconciliación. No el que invita al perdón. Sino el otro. El que cae como una losa. El que pesa más que cualquier discusión y se parece demasiado al final.

Entonces lo vi moverse. Despacio. Como si supiera que cada gesto iba a quedarse grabado. Cogió su chaqueta del respaldo de la silla. Se la pasó por el brazo con la calma de quien ya ha decidido marcharse incluso antes de dar el primer paso hacia la puerta.

—Bruno, espera… —dije, con más desesperación que firmeza. Porque algo dentro de mí gritaba que si salía por esa puerta… algo también iba a salir conmigo. Algo que no sabía si volvería.

Él se detuvo un segundo antes de cruzar la puerta. La mano aún apoyada en el pomo, la espalda tensa como si con eso intentara sostenerse entero, y el cuerpo contenido en una postura que gritaba más de lo que su voz se atrevía a decir. No se giró.

—No te odio, Elena —murmuró, con esa firmeza apagada que duele más que un grito—. Pero no puedo seguir siendo parte de un juego donde el único que no está actuando… soy yo.

Y entonces se fue.

Sin portazo, sin escena, sin frases de cierre para dramatizar el momento. Solo eso: se fue. Caminó hacia afuera con una calma insoportable, como si ni siquiera hiciera falta despedirse. Y lo más cruel de todo fue justamente eso: la ausencia de ruido. Porque cuando alguien se marcha dejando estruendo, al menos queda algo que recoger. Algo con lo que pelearse. Algo que te confirme que pasó. Pero cuando se va en silencio, lo único que deja atrás es el hueco. Un vacío brutal que no se limpia. No se ordena. No se gestiona.

Ese tipo de vacío no se barre. Se arrastra. Se habita.

Se convierte en parte del aire que respiras… hasta que te rompe.

Y el clic suave de la cerradura al cerrarse fue, paradójicamente, el sonido más devastador de toda la noche. Porque no hizo falta que gritara para doler. Bastó con que no volviera.

Me quedé inmóvil, como si moverme significara aceptar que era real. No lloré. No todavía. Porque hay una clase de tristeza que no deja espacio para el llanto inmediato. Una pena densa, silenciosa, que no explota: se instala. Y en lugar de hacerte estallar, te vacía. Como si el cuerpo, antes de atreverse a sentirlo todo, necesitara primero entender qué acaba de perder.

La habitación seguía igual. La playlist aún no había empezado a sonar. El vino seguía enfriándose en la cubitera. Las luces tenues aún parpadeaban con esa calidez falsa que parecía burlarse de mí. Y, sin embargo, todo era distinto. Irreconocible. Como si la persona que había salido de la ducha diez minutos antes ya no existiera.

Me acerqué a la cama. Mis piernas temblaban, pero no de frío. Me dejé caer de rodillas, como si ese fuera el único modo de que la culpa no me hundiera más rápido. El móvil seguía ahí. Inocente. Neutral. Brillante. Esperando que alguien le diera instrucciones.

Lo tomé entre las manos. Lo desbloqueé. Y me obligué a hacerlo.

Revisé el chat con Lola. Ahí estaba. La nota de voz. La bomba. La dinamita disfrazada de sarcasmo.

Pulsé play.

Mi voz sonó alta. Clara. Orgullosa incluso, en su estúpida soberbia.

> *"Tía, no sé qué estoy haciendo. El piloto está demasiado bueno, y me está saliendo contenido increíble. Si esto no es estrategia de marca, yo ya no sé. Encima, anoche casi me dice que me quiere. ¿Te imaginas que se lo cree?"*

Me llevé una mano a la boca, con ese gesto torpe y automático que no sirve para nada, salvo para fingir —aunque sea por un segundo—

que puedes atrapar el pasado con los dedos. Como si presionar los labios pudiera frenar el eco. Como si cubrirme pudiera silenciar en presente lo que ya había dicho en pasado. Pero no. Las palabras ya estaban ahí, flotando en el aire como dardos disparados sin puntería, pero con impacto directo.

Y lo peor es que no había botón de retroceso.

No tenían pausa. Ni filtro. Ni edición. No venían envueltas en contexto, ni protegidas por tono. Eran mías. Crudas. Inmaduras. Ditas con una risa de fondo que ahora solo sonaba a cobardía.

Y ahora… eran de Bruno también.

Me desplomé sobre el colchón sin elegancia, sin resistencia, sin intención de parecer entera. Me dejé caer como quien se rinde. Como quien ya no tiene nada más que sostener. El móvil aún entre mis manos temblorosas, la pantalla encendida como una ventana cruel a la conversación que lo había arruinado todo. La garganta cerrada. El pecho encogido. La respiración entrecortada como si el aire también hubiera decidido seguirlo, marcharse detrás de él y dejarme aquí, a solas con el ruido.

Quise escribirle.

Quise levantarme, salir corriendo, interceptarlo en el pasillo, agarrarlo del brazo y decirle que no. Que eso no era verdad. Que no soy así. O que sí, pero que estoy aprendiendo. Que me cuesta. Que a veces me escondo en el humor porque no sé hacer otra cosa con lo que siento. Que lo siento. Que él me importa más de lo que sé decir sin disfrazarlo.

Pero solo me salió hacer lo fácil: buscar su nombre en WhatsApp. Ese nombre que hasta hacía unas horas me daba vértigo escribir… y que ahora dolía incluso leer.

Escribí sin pensar. Con los dedos atropellados, con el alma hecha nudo. Las palabras salieron solas, pero esta vez eran sinceras. De esas que llegan tarde, pero llegan de verdad:

“No era verdad lo que dije. Solo tenía miedo. Por favor, hablemos.”

Le di a enviar. Y esperé.

Esperé como se espera lo inevitable, con esa fe irracional que te hace quedarte quieta aun sabiendo que lo que esperas no va a llegar. Como quien se queda bajo la lluvia, empapándose, convencida de que en cualquier momento el cielo va a cambiar de opinión y decidirá dejar de llover.

Pero no. Nada.

Volví a mirar la pantalla como si algo fuera a moverse, como si ese gris perpetuo del mensaje sin entregar pudiera ceder solo porque yo lo deseaba con demasiada fuerza. Ni un tick. Ni dos. Solo ese vacío estático que no emite sonido, pero se cuela por la piel como un mal presentimiento.

Actualicé el chat. Una vez. Otra. Y otra más. No porque esperara un milagro, sino porque mi terquedad aún no aceptaba lo evidente. Como si refrescar una pantalla pudiera reescribir la historia o, al menos, torcer el destino unos grados a mi favor.

Pero no. Otra vez, nada.

Toqué el icono de llamada. Una burbuja blanca, inocente, aparentemente inofensiva. Una mentira redonda. El primer tono sonó como un suspiro contenido. El segundo, como un eco sin promesa. Y luego… silencio. Pero no el mismo silencio de antes. No ese que duele porque carga significado. Este era peor. Este era hueco. Frío. Definitivo. El de la pantalla negra. El de la desconexión total.

Volví al chat por impulso, por inercia, por esa mezcla absurda entre la esperanza y el masoquismo. Y entonces lo vi. La frase. Esa maldita frase.

“Bruno Martínez se ha desconectado.”

No ponía "ausente". No decía "ocupado". Ni siquiera "modo avión".

No. Decía que ya no estaba. Y esta vez, no era una metáfora.

Era una puerta cerrada sin aviso previo. Un muro invisible que se levantó en cuestión de segundos. Una conversación congelada, sin final, sin despedida, con un cursor parpadeando frente a una línea de chat vacía que ahora pesaba como una sentencia.

Ese mensaje no era solo una notificación: era la forma más fría y exacta de decirme que lo habíamos perdido todo antes siquiera de decidir si lo íbamos a intentar. Un silencio absoluto donde antes vivían todas las frases que aún no habíamos tenido el valor de decir.

Y lo peor no fue esa frase. Lo peor fue entender que no había nada que pudiera escribir —ninguna palabra suficientemente limpia, sincera, potente— capaz de traerlo de vuelta.

Y más aún: que tal vez, por mucho que doliera, tampoco tenía derecho a intentarlo.

18
La historia que nadie va a subir

Me quedé dos días más.

No porque quisiera alargar la estancia. Ni porque el resort siguiera pareciendo ese paraíso de postal que había sido cuando llegamos, cuando todo era juego, ironía y adrenalina disfrazada de romance. Me quedé porque no sabía a dónde ir con todo esto encima. Porque marcharme implicaba enfrentarme a mi vida real —o lo que quedaba de ella— con el peso de un vacío que aún no sabía cómo nombrar.

Lola se había ido la mañana anterior. No dijo mucho. Solo dejó una nota escrita en una servilleta del desayuno, con su letra rápida y sin florituras, como si no supiera cómo despedirse sin sonar a consejo, y tampoco quisiera intentarlo. "Te dejo espacio. Llámame cuando puedas. O cuando quieras. O cuando ya no puedas más". Eso era todo. Ningún emoticono. Ningún "tú puedes". Solo esa frase que, en su aparente sencillez, decía más de lo que yo estaba preparada para procesar.

Y me dolió que se fuera.

No por egoísmo. Ni por dependencia. Me dolió porque, por primera vez desde que llegamos, ya no quedaba nadie que supiera quién era yo antes de todo esto. Antes del beso. Antes del vídeo. Antes de Bruno. Antes del colapso emocional camuflado en likes. Lola era mi testigo. Mi cable a tierra. Y ahora se había ido. Porque incluso los testigos necesitan respirar.

Volver a casa significaba abrir el móvil, ver los mensajes pendientes, responder a llamadas, enfrentarme a preguntas que iban a llegar cargadas de curiosidad disfrazada de empatía. Tendría que explicar lo inexplicable a gente que solo entendería la versión superficial: el vídeo viral, la historia que se vendía bien, la caída que terminó en beso, y el beso que parecía de película.

Pero no la parte que de verdad dolía. No la que no se grabó. No la que se había quedado fuera del encuadre.

Aquí, al menos, el ruido era natural. No eran notificaciones ni alertas. No era el eco artificial de comentarios ni el algoritmo intentando mantenerme entretenida con vidas ajenas. Era el sonido de las olas rompiendo en la orilla, los pájaros que chillaban con descaro en mitad de la mañana, el motor de un carrito eléctrico que pasaba de vez en cuando por los senderos de piedra, y el aire cargado de ese olor a sal y buganvilla que, por momentos, me hacía creer que el mundo seguía girando igual, aunque el mío estuviera patas arriba.

Nada vibraba. Ni el móvil. Ni yo.

Lo guardé en el cajón de la mesilla, con esa firmeza que no tienen los valientes, sino los agotados. Lo empujé hasta el fondo y cerré el cajón como quien mete una herida debajo de la alfombra, sabiendo que sigue ahí, palpitando. Sin stories. Sin reels. Sin filtros ni frases ingeniosas para disfrazar el dolor.

Solo yo. Yo, y esta versión rota que empezaba a entender que lo que se había resquebrajado no era el trato, ni la farsa, ni la tensión que jugábamos a disimular.

Lo que se había roto —y lo supe con la claridad brutal de los instantes que duelen sin permiso— era la posibilidad de haber sido algo real.

No lloré mucho. No porque no doliera, sino porque no encontraba el modo. Era como si el llanto se me hubiera quedado atrapado en algún rincón del cuerpo, incapaz de salir entero, soltándose solo en pequeñas fugas diarias. Fugas lentas. Invisibles. Casi imperceptibles. Pero constantes. En cada rincón donde alguna vez reí con él, algo dentro de mí se desprendía. Un hilo fino. Una grieta nueva. Un suspiro que no encontraba salida.

Volví a la piscina grande, esa donde hicimos aquel reto absurdo de saltar al agua vestidos, como si el mundo no tuviera más reglas que las que inventábamos en ese instante. Me senté al borde, sin mojarme. Observando cómo otros hacían lo mismo, entre chapoteos, gritos y carcajadas sinceras. La gente se divertía. Se lanzaban entre ellos. Reían con la despreocupación de quienes no tienen el corazón anclado a un recuerdo.

Para mí, en cambio, todo sonaba bajo el agua. Como si me hubieran sumergido en una pecera emocional donde las voces llegaban deformadas, lentas, distorsionadas por algo que no era el agua, sino la ausencia.

Después fui al banco de piedra, el que quedaba bajo la buganvilia desordenada. Ese donde, por alguna razón, él decidió mostrarme el vídeo de su infancia como estrella olvidada de la televisión. Me senté ahí durante un buen rato, con los codos apoyados en las rodillas y la mirada fija en el suelo. No esperaba que apareciera. No esperaba que me hablara. Pero sí que, de alguna forma, el banco me devolviera algo. Una emoción. Una imagen. Una versión de mí que aún pudiera sostenerse en ese recuerdo.

Pero el banco no tenía memoria. Solo yo.

Y eso era lo que más dolía. Que los lugares conservaran la forma de las cosas, pero no su alma. Que todo estuviera exactamente igual… excepto nosotros.

También volví al rincón donde habíamos bailado. Ese espacio escondido entre arbustos, con las luces colgantes en zigzag sobre nuestras cabezas, que entonces se sentían como un pedacito robado de alguna película romántica de domingo. Aún estaban encendidas. Aún titilaban con esa calidez imposible de describir. Pero esta vez no bailaban con nosotros. Bailaban solas. Con el viento. Con la nada.

Y yo, que alguna vez había girado entre sus brazos creyendo que por fin el suelo se me podía ir sin miedo… ahora solo me quedé quieta.

De pie. Mirando cómo la luz seguía moviéndose, aunque todo lo demás se hubiera detenido.

Porque las luces bailaban.

Yo no.

Lucas me encontró en el bar del vestíbulo la tarde del segundo día. Yo estaba sentada frente a una copa de vino que no había decidido si beber o solo contemplar, atrapada en ese estado medio adormecido donde ni el dolor ni el consuelo son lo bastante claros como para imponerse. El murmullo de fondo —conversaciones ajenas, cubiertos contra el cristal, risas que no tenían nada que ver conmigo— era lo único que me sostenía. Como un hilo delgado que evitaba que me desmoronara por completo.

Se sentó a mi lado sin pedir permiso. Con esa manera suya de ocupar espacio como si el mundo entero fuera un salón al que siempre había sido invitado. Esa seguridad suya, ensayada, que confundía educación con costumbre, cercanía con derecho, presencia con importancia. Como si creyera —todavía— que el paso del tiempo, por sí solo, lavaba las culpas. Que el silencio era una disculpa. Que su ego, ese que nunca aprendió a caber en espacios compartidos, podía aún ofrecer algo que se pareciera a consuelo.

—Te vi en la piscina —dijo, con ese tono de conversación casual que tan bien manejaba, como si lo que estaba a punto de decir tuviera alguna relevancia—. Estabas sola.

No giré la cabeza. No le regalé ni el gesto. Solo bajé la mirada un segundo, como quien busca la fuerza exacta para responder sin quebrarse.

—Llevo estándolo más tiempo del que parece —dije al fin.

No había dramatismo en mi voz. Solo una certeza dicha en voz alta. Una verdad tan evidente que dolía justo por eso, por no necesitar adornos.

Él se removió en el asiento. Inquieto. No por compasión. Sino por no saber si esa frase era una invitación velada a que se quedara… o una despedida disfrazada de cortesía. Como si aún no entendiera —o se negara a entender— la diferencia entre ser bienvenido… y ser soportado.

—No tienes que estar así. No por él —añadió, en ese tono condescendiente que usaba cuando pretendía sonar empático, pero no podía evitar sonar por encima.

Entonces sí lo miré. Por primera vez desde que se sentó. Y no lo hice con rabia, ni con ironía, ni con ganas de provocar una pelea que ya no me interesaba ganar. Lo miré con esa clase de claridad que solo llega cuando el afecto se ha apagado. Cuando ya no hay amor, ni nostalgia, ni siquiera dolor suficiente como para suavizar lo que estás a punto de decir. Lo miré como se mira a una historia que ya se terminó, aunque durante un tiempo te empeñaras en alargar el epílogo.

—Lucas —dije despacio, casi con ternura, como quien acaricia por última vez el nombre de alguien antes de soltarlo del todo—, ¿podemos no fingir que alguna vez fuiste opción?

La frase cayó entre los dos como una hoja cortante. Sin elevar la voz. Sin dramatismos. Sin subrayados. Y, sin embargo, no necesitaba nada más.

Él abrió la boca, tal vez buscando una réplica. Tal vez intentando encajar el golpe con dignidad. Pero no encontró nada útil. Nada lo bastante elegante. Nada lo bastante cierto. Así que, después de ese par de segundos en los que pareció hacer el inventario de todos sus argumentos… solo forzó una sonrisa. Una de esas sonrisas vacías. Ensayadas. La clase de gesto que antes me habría desarmado, que antes habría funcionado. Pero ya no. Porque cuando algo se rompe de verdad, lo que viene después ya no hiere. Solo estorba.

—Solo digo que hay gente a la que sí le importas —intentó, como si eso pudiera redimirlo. Como si aún buscara una grieta por donde

meterse.

—Y hay otra —respondí, sin pestañear— a la que le importo de verdad. De esa forma que no necesita likes, ni cámaras, ni estrategias para existir. De esa forma que se demuestra cuando nadie está mirando. Y a esa persona… la he perdido. No por ti. Ni por él. Por mí.

Mi voz no tembló. Porque no hablaba desde el rencor, ni desde la culpa. Hablaba desde la verdad. Esa que arde sin hacer ruido.

El silencio que siguió no fue incómodo. Fue inevitable. Fue la única respuesta posible cuando ya no queda nada que salvar.

Lucas no insistió. No buscó una frase redentora. No intentó besarme, ni rozarme la mano, ni fingir ternura. Solo se quedó quieto durante unos segundos, asimilando lo que acababa de oír. Y luego se levantó. Se marchó sin teatralidad, sin gesto dramático. Se fue como quien, por fin, entiende que esta historia ya no le pertenece. Que su papel terminó hace tiempo y que cualquier intento de resurgir era solo un eco mal escrito.

Y yo… ni siquiera lo miré irse.

Porque por primera vez en mucho tiempo, ya no era él el que me dolía.

La noche anterior a mi regreso, recogí todo en silencio. No hubo música de fondo. Ni vídeos reproduciéndose en bucle mientras doblaba camisetas. Ni la típica voz en off interior que solía activarse cada vez que grababa una maleta, como si preparar el equipaje fuese una metáfora estética de mi vida. Solo yo, el sonido monótono de la cremallera subiendo y bajando, y ese peso en el pecho que no terminaba de tener nombre.

Guardé la ropa sin mirar dos veces. Los cargadores. El neceser medio abierto. Esa libreta que llevaba en el bolso y que no había tocado en días. Y, casi sin darme cuenta, metí también la sudadera gris que no era mía. La suya. O, al menos, lo había sido. Olía

ligeramente a él. A ese perfume que ya se me había adherido a la piel como un mal hábito. No era un gesto simbólico. Ni romántico. Fue inercia. Instinto. Como si una parte de mí no pudiera dejarla atrás, aunque supiera que no debía traerla conmigo.

Me senté en el borde de la cama, con las manos sobre las rodillas, sin deshacerme el moño, sin revisar el móvil —que seguía en modo avión, en modo negación, en modo "no estoy lista para lo que venga"—.

No busqué consuelo en las redes. No abrí Instagram. No publiqué una frase ambigua que diera pie a preguntas. No grabé un story con fondo de atardecer y banda sonora de ruptura suave. Esta vez, no tenía nada que compartir. Porque compartirlo era hacerlo más superficial. Más público. Más ajeno.

Y ahí, sentada en ese cuarto que tantas veces había parecido escenario, comprendí algo que me golpeó con más fuerza de la que estaba preparada para admitir:

Por primera vez desde que empecé a grabar mi vida, desde que convertí mis emociones en contenido y mis días en capítulos editables… no quería compartir esto.

No quería likes, ni emojis de corazones rotos flotando en comentarios condescendientes, ni ese desfile de "ánimo, reina, todo pasa" que tantas veces se lanza como un analgésico genérico, pensado para consolar sin escuchar, para tapar sin curar.

Tampoco necesitaba saber qué bando había elegido el público, ni leer teorías de sofá sobre el momento exacto en que Bruno y yo comenzamos a rompernos, como si nuestra historia fuera un capítulo diseccionable más en la cronología emocional de internet.

No quería montajes con música melancólica de fondo, ni vídeos en cámara lenta con frases dramáticas sobreimpresas, ni recopilaciones de nuestras miradas y roces, convertidos en argumento de alguna comedia romántica de bajo presupuesto. No quería que lo nuestro —

lo que había dolido de verdad— se transformara en entretenimiento para desconocidos que jamás sabrían lo que se había quedado fuera del plano.

Solo quería que doliera en privado. Sin espectadores. Sin hashtags. Sin moralejas de autoayuda ni conclusiones vendibles.

Porque hay cosas que no se graban, que no necesitan edición, ni caben en un post. Cosas que pierden sentido al compartirse porque no fueron hechas para el consumo, sino para ser vividas. Y perder a Bruno era una de esas cosas.

No era contenido. No era campaña. No era estrategia. Era pérdida. Real. Cruda. Íntima. Silenciosa.

Y por primera vez en mucho tiempo, el dolor no me pedía ser transformado en texto viral, ni me exigía respuesta pública, ni me empujaba a buscar la reacción de los demás. Solo pedía espacio. Una rendija de soledad donde respirar, una pausa sin cámara delante, un rincón donde romperme sin pensar en la luz, el enfoque, o los likes.

Ese dolor no quería viralidad. Quería redención. En voz baja, sin audiencia. Solo yo. Y el silencio. Ese que, aunque duela más, al menos pesa menos.

Cuando cerré la maleta, sentí que no era solo ropa lo que dejaba atrás.

Era una versión de mí.

Una que se había construido a base de filtros, frases pensadas para likes y decisiones calculadas. Una que creía tener el control, que medía los gestos en función del impacto, que narraba antes de sentir. Una que, por fin, había dejado de actuar. Aunque fuera tarde. Aunque ya no tuviera público. Ni réplica.

Subí mi maleta sin ayuda. No hubo porteros sonrientes ni gestos de complicidad. Nadie me despidió. Nadie me grabó saliendo. Ninguna cámara captó ese momento en el que bajé las escaleras con paso firme y sin mirar atrás.

Y aun así… fue uno de los momentos más reales de mi vida.

No necesitaba una despedida teatral. No necesitaba cerrar un ciclo con frase de autoayuda o canción viral. Solo necesitaba irme. De verdad. Con el corazón en carne viva, sí, pero sin más máscaras.

Antes de entrar al coche, me detuve un segundo. No para hacer una foto. No para grabar un "chao, paraíso" en slow motion. Solo para respirar.

Llené los pulmones de ese aire cálido y húmedo que tanto había odiado al principio. El mismo que ahora parecía el último abrazo de una historia que ya no tenía dónde continuar. Miré el camino de palmeras. La recepción. Las luces apagadas del salón de eventos. El cartel de madera con tipografía tropical. Todo seguía en su sitio.

Todo seguía igual. Menos yo.

Me subí al asiento trasero, en silencio. Apoyé la cabeza contra el cristal y dejé que el coche arrancara sin avisos, sin redoble dramático, sin música de fondo. Solo con el traqueteo suave de las ruedas sobre la grava y ese nudo en el estómago que no aflojaba.

El resort se fue haciendo pequeño a medida que el coche avanzaba por el camino de tierra. Cada metro me alejaba de todo: de los recuerdos, de las luces, de él.

Y justo antes de girar en la última curva, esa donde el camino se estira hacia el olvido y lo único que queda a la vista es la línea interminable del asfalto… Me pareció verlo. Junto a las sombrillas blancas de la terraza, de pie, sin moverse, como si el tiempo también hubiera dudado un segundo. ¿Era él? No lo sé. No bajé la ventanilla. No afiné la mirada. No me permití el gesto mínimo de la esperanza.

Porque hay imágenes que no se confirman, solo se sienten. Y hay presencias que no regresan, solo se repiten como ecos testarudos de lo que una vez fue real. Y eso —lo entendí tarde, pero de forma irreversible— no se comparte en stories. No lleva filtro. No busca likes. Solo se queda ahí, clavado en el pecho como una escena que no necesita final. Una verdad que no pide ser narrada. Una despedida sin palabras, sin post, sin público.

Capítulo 19: Silencios que no se borran

Volver fue extraño. No incómodo. No doloroso, al menos no de la forma evidente en la que se esperan las despedidas. Fue una rareza silenciosa, como si la realidad hubiera seguido su curso sin mí, pero con un leve retraso emocional. El viaje fue corto. El trayecto, automático. Y el edificio, el mismo de siempre. Pero al girar la llave y empujar la puerta del piso, supe que no era yo la que regresaba exactamente igual. Porque nada había cambiado y, sin embargo, todo se sentía distinto.

No era la ausencia de movimiento lo que pesaba. Era la presencia sutil, casi invisible, de lo que él había dejado atrás sin querer. El eco de sus dedos rozándome el hombro, su voz grave en la cocina, su risa en el sofá. Y no estaban, lo sabía. Pero seguían ahí, flotando en los rincones, aferrados a las paredes como un perfume que se resiste a irse.

Encendí el móvil sin esperar nada. Solo por costumbre. Lo primero que apareció fue una cascada de notificaciones que parecían gritar que el mundo había seguido girando sin frenar. Likes, menciones, comentarios, mensajes privados… como si no supieran —o no les importara— que algo dentro de mí se había apagado. El dedo se movía sobre la pantalla por puro reflejo, pero yo no estaba leyendo. No veía. No quería ver. El algoritmo me ofrecía sonrisas, retos virales, planes de marcas y canciones pegajosas. No entendía que yo estaba de duelo.

Me grabé sin intención. Frente al espejo. Sin filtros. Sin fondo musical. Solo apreté el botón de grabar y dejé que la cámara encuadrara una mirada que ya no tenía el mismo brillo. Balbuceé una frase. Una tontería sin forma ni estructura. Y antes de terminarla, bajé el móvil. Ni siquiera guardé el vídeo. Porque no quería decir nada. No quería mostrarme. No quería fingir. A veces, el silencio también cuenta. A su manera. Más lenta. Más cruda. Más real.

Lo más desconcertante no fue que me dejara. Lo más desconcertante fue que se fuera así, sin ruido. Sin romper nada al salir. Sin decir una de esas frases finales que sirven de punto y aparte. No hubo "cuídate". No hubo "no puedo más". No hubo "adiós". Solo se fue. Como si yo no fuera más que un paréntesis en medio de su historia. Como si lo que habíamos vivido —eso que me sigue latiendo en el pecho— no fuera más que una escena secundaria.

Los días siguientes se deslizaron como una coreografía mal ensayada. Cada movimiento era una repetición sin sentido: preparar café y olvidarlo sobre la encimera hasta que se enfriaba, intentar encontrar una postura cómoda en el sofá sin conseguir que el cuerpo se sintiera en casa, abrir el portátil con la esperanza de escribir algo y quedarme, una y otra vez, ante el cursor parpadeante como si esperara que él dijera algo por mí.

No era tristeza en el sentido clásico. No lloraba por los rincones. No me arrastraba por la alfombra al ritmo de una balada melancólica. Era otro tipo de dolor. Uno que no se ve. Una especie de niebla persistente que se mete entre los huesos y convierte cada gesto cotidiano en un esfuerzo. No dolía por punzadas. Dolía por omisión. Por todo lo que ya no estaba. Por todo lo que no se decía.

Lola intentaba tirar de mí como quien lanza una cuerda a alguien atrapado en el fondo de un pozo. Me mandaba memes absurdos con gatos en patines, frases motivacionales sacadas de cuentas que normalmente me harían reír, y planes para cenar, para salir, para respirar un poco. Yo respondía con lo justo. Un emoji. Un "sí, ya quedaremos". Un pulgar arriba. No porque no la quisiera. No porque no supiera lo que estaba intentando. Sino porque no sabía cómo estar con nadie más… si ni siquiera sabía cómo estar conmigo.

Una tarde cualquiera —de esas en las que los minutos se deslizaban como una canción que ya no me decía nada— estaba haciendo scroll en el móvil sin realmente mirar. Las imágenes pasaban frente a mis ojos como un salvapantallas automático: desayunos perfectos, frases

motivadoras, gente sonriendo desde lugares a los que no quería ir. No buscaba nada concreto. Solo necesitaba no oírme. No enfrentar el ruido interno que hacía más daño que cualquier notificación.

Y entonces, algo detuvo mi dedo. No fue una imagen llamativa ni un vídeo editado con transiciones pulidas. Fue un mensaje directo. Una de esas notificaciones que normalmente habría ignorado o dejado para después, cuando tuviera energía para poner cara de respuesta amable.

Pero este mensaje era distinto.

Cinco palabras, sin emojis, sin adornos, sin ese tono de fan emocionada o troll disimulando curiosidad.

"¿Dónde está el piloto?"

Así, sin más. Sencilla. Certera. Cruel, sin querer.

Durante unos segundos, me quedé paralizada. Los ojos clavados en esa frase como si fuera una herida recién abierta. El mundo a mi alrededor se volvió estático. Las voces del vídeo que sonaba de fondo se disolvieron. El zumbido de la nevera, el tráfico lejano, incluso mi propia respiración parecía apagarse. Solo quedaba eso: esa pregunta directa, como un disparo silencioso a lo que más intentaba ocultar.

La leí de nuevo. Una vez. Dos. Tres. Como si, con cada repetición, pudiera cambiar de forma o de intención. Pero no lo hacía. No se suavizaba. No se transformaba en una broma, ni en una metáfora inocente. Era lo que era: una pregunta simple, cargada de un peso que yo no estaba preparada para sostener.

Cerré la aplicación con un movimiento torpe, casi desesperado, como si al hacerlo pudiera borrar también el nudo que se me había instalado en el pecho. Pero no desapareció. Porque lo que dolía no era la pregunta en sí. Era la verdad que había debajo.

No sabía dónde estaba Bruno.

No tenía respuestas. Ni pistas. Ni mensajes escondidos en las canciones. Ni señales cifradas en las publicaciones. Nada.

Y lo peor no era no saber. Lo peor era empezar a asumir que él tampoco me estaba buscando.

Le había escrito a Bruno. Primero con cautela, como quien tantea un terreno incierto. Luego con algo más de urgencia, en ese tono contenido que nace cuando el corazón empieza a intuir que no habrá respuesta. Después, simplemente, porque no podía no hacerlo. Una vez. Luego otra. Y otra más. Ningún mensaje era largo ni dramático. No buscaba conmoverlo con una prosa elaborada ni disfrazar el arrepentimiento con belleza. Eran frases sueltas, casi impulsivas, como piedras lanzadas al agua con la esperanza absurda de que alguna, por improbable que fuera, rebotara.

Un *"lo siento"* en mitad de la madrugada. Un *"dime que estás bien"* después de ver cualquier cosa que me recordara a él. Un *"¿puedo explicarlo?"* que no pedía permiso, solo unos segundos de su atención, de su presencia, de su tiempo.

Pero nunca hubo respuesta. No una palabra. No un emoji. Ni siquiera el consuelo mezquino de los dos ticks azules que confirman que alguien, al menos, te ha leído. Solo el vacío. Un silencio digital que, con el paso de los días, dejó de parecer una espera para convertirse en certeza.

Y no era el silencio lo que más dolía, no realmente.

Era su precisión.

Esa forma exacta en la que había desaparecido sin dejar rastro, sin el más mínimo indicio de desorden. Como si hubiera borrado su rastro con cuidado quirúrgico, cerrando puertas sin hacer ruido, apagando luces sin que nadie lo notara, recogiendo sus emociones sin dejar ni una arruga fuera de sitio. Como si hubiera aprendido a marcharse así, sin provocar el menor eco. Y, sobre todo, sin dejar ninguna rendija abierta por la que yo pudiera colarme de nuevo.

En algún momento —uno de esos en los que el impulso y la necesidad ganan al orgullo— pensé en grabarle un vídeo. No para subirlo. No para el público. Solo para él. Una confesión directa, sin cortes, sin guiones, sin maquillaje. Solo yo, frente a la cámara, intentando decirle lo que no me había atrevido a poner en palabras antes. Algo que pudiera llegarle aunque fuera en diferido. Aunque nunca lo viera. Aunque lo borrara al segundo de recibirlo.

Lo intenté varias veces.

Abría la cámara. La enfocaba hacia mí. Presionaba el botón de grabar.

Y al segundo intento, la voz se me rompía. No por pena. No por tristeza. Por vergüenza.

Por ese miedo ridículo y profundo a parecer patética, a estar hablándole no ya a alguien que eligió no escuchar, sino a un recuerdo que se había quedado sin cuerpo. Me invadía la certeza de que quizá lo que yo seguía sintiendo ya no tenía un lugar donde depositarse. Como una carta escrita con urgencia, pero enviada a una dirección que ya no existe.

Y entonces comprendí que a veces no es que no haya respuesta.

Es que el destinatario ya no está.

Una mañana cualquiera —o eso aparentaba— abrí el armario sin ninguna expectativa real de encontrar algo que me hiciera sentir mejor. No buscaba estilo ni comodidad; solo una excusa para vestirme, una prenda que pudiera disfrazarme de rutina, de normalidad, de alguien que había dormido bien y desayunado con calma. Pero entonces la vi. Ahí, colgada entre otras tantas cosas que sí eran mías. Una camiseta. Grande. Gris. Con el cuello cedido por el uso y ese tejido suave que solo tienen las prendas que han sido refugio antes que prenda.

No era mía. Pero tampoco sabía ya si seguía siendo suya o si, de algún modo, había quedado huérfana de dueño, flotando en ese

limbo que solo habitan los recuerdos compartidos. La tomé entre las manos sin pensarlo demasiado, y el simple gesto —tan cotidiano, tan inocente— bastó para remover algo dentro de mí. La sujeté con una delicadeza instintiva, como si temiera que cualquier movimiento brusco pudiera deshilachar lo poco que me quedaba de él.

La acerqué al rostro, sin decidirlo, solo empujada por esa necesidad visceral de confirmar que algo de su presencia seguía adherido a la tela. Y sí. Aún olía a Bruno. A su mezcla inconfundible de colonia limpia con fondo de aeropuerto, de sol y tormenta. A esa fragancia suya que no estaba en ninguna tienda, pero que yo habría podido reconocer incluso con los ojos cerrados en mitad de un incendio.

Me dejé caer al suelo, justo allí, frente al armario abierto, como si la memoria pesara demasiado como para seguir en pie. Puse la camiseta sobre las rodillas, las manos sobre ella, y cerré los ojos. Y entonces llegaron. No los pensamientos. No las ideas. Sino las imágenes. Flashazos desordenados que no seguían una narrativa, pero que sí tejían una verdad.

Lo vi riendo en el banco de piedra, esa risa suya ancha, con cuerpo, que nacía desde el pecho y se le subía a los ojos. Lo sentí de nuevo en la ducha, sus dedos mojados recorriéndome la espalda con esa mezcla perfecta de ternura y deseo, entre vapor, jabón y silencios que decían más que cualquier palabra. Recordé el beso en el ascensor, esa tensión sostenida que parecía tener vida propia, ese instante contenido entre el miedo y la entrega. Su voz, quebrada, susurrándome al borde de la piel: *"Dime si quieres que pare."* Y luego, lo más brutal. Lo más vulnerable. *"Estoy tan jodido contigo."*

No era solo su cuerpo lo que había desaparecido de mi vida. No era únicamente su rastro físico lo que me faltaba. Era la resonancia de todo eso. El eco de lo vivido. Ese eco invisible, persistente, que seguía rebotando en las paredes del piso como si fuera parte del mobiliario. Que no decía su nombre en voz alta, pero lo contenía todo. Su forma de mirar. Su forma de callar. Su forma de querer sin decirlo.

Y ese eco —maldita sea— no se iba.

Por mucho que intentara ignorarlo, silenciarlo, envolverlo en distracciones o fingidas ocupaciones, volvía. Cada noche. Cada vez que me sentaba sola. Cada silencio me lo traía de vuelta. No como un recuerdo amable, sino como una ausencia que todavía dolía. Una que no entendía de cierres ni de capítulos finales.

Una ausencia que, a pesar de todo, seguía diciendo su nombre.

Esa noche, cuando el bullicio del mundo por fin se retiró como una marea cansada y quedó únicamente el silencio —ese que no pide permiso, pero tampoco ofrece consuelo—, me senté frente al portátil. No era para trabajar ni para responder correos ni mucho menos para recuperar alguna tarea pendiente en el calendario editorial. Era una rendición. No de esas que se anuncian con lágrimas ni música dramática, sino de las silenciosas, de las que solo se notan porque el cuerpo, al fin, deja de correr y se sienta. Como si supiera que ya no queda nada más que intentar.

Abrí un documento nuevo. En blanco. Sin título. Sin nombre de carpeta. Sin etiquetas que me protegieran del hecho de que, esta vez, no iba a escribir para nadie más. Ni para un público. Ni para un algoritmo. Ni para una versión de mí misma que necesitara validación.

Me quedé un rato mirando esa pantalla vacía, como si esperara que me devolviera una señal, una línea de salida, una razón. Pero lo único que había era eso: un espacio limpio y sincero, dispuesto a escuchar lo que yo no había tenido valor de decir en voz alta. No era un post. No era contenido. No era una colaboración con una marca ni un borrador pensado para terminar con una canción triste y un filtro melancólico.

Era solo para mí.

Solo yo. Mi respiración entrecortada, un poco temblorosa, y el teclado que, aunque muchas veces había sido cómplice de mis ficciones más efectivas, nunca había sido testigo de esta verdad desnuda, sin pulir, sin editar.

Los dedos empezaron a moverse antes de que mi mente estuviera realmente preparada. Como si el cuerpo, harto de tanto silencio impuesto, decidiera tomar la iniciativa por su cuenta. Y lo que apareció fue una frase sencilla, sin florituras, sin estructura ensayada. Casi un susurro escrito.

"Ya no puedo quedarme esperando a alguien que no está mirando atrás."

Ahí estaba. Cruda. Honesta. Imposible de suavizar con metáforas ni signos de admiración que la hicieran parecer menos devastadora. La leí. Una vez. Dos. Tres. Y no la borré.

Porque por primera vez desde que todo se vino abajo, sentí que algo dentro de mí, aunque fuera tímido, aunque fuera mínimo, empezaba a moverse. No era una revolución interna. No era liberación ni cierre. Pero era un inicio. Un desplazamiento, aunque leve, hacia algo que no fuera la espera estéril.

Y eso, aunque no pareciera mucho, era más de lo que había tenido en días.

Salí a la calle sin maquillaje, sin filtro que me suavizara los bordes ni excusas que disfrazaran lo evidente. No tenía un destino claro, ni prisa, ni auriculares para bloquear el mundo. Solo llevaba la cámara colgada al cuello —como una parte dormida de quien fui— y una libreta pequeña, doblada en una esquina, en la que esperaba que cupiera, de algún modo, todo lo que aún no sabía decir en voz alta.

No estaba grabando nada. No había story en preparación, ni frases ingeniosas girando en mi cabeza para acompañar la caminata. Ningún hashtag esperándome al final del día. Solo mis pasos, lentos

y sin ritmo, el aire frío filtrándose por la nariz y esa sensación densa de que el mundo seguía girando a su velocidad habitual… mientras yo aún no encontraba cómo volver a subirme al compás.

Me detuve en una esquina cualquiera. Una de esas esquinas que nadie fotografía, que no tiene nada especial ni historia compartible, pero en la que, por alguna razón extraña, el aire parecía más respirable. Como si el silencio allí se sintiera distinto. Más honesto. Más limpio.

Saqué la libreta. Sostuve el bolígrafo con cierta torpeza, como si llevara semanas hablando en un idioma que no era el mío, repitiendo palabras que no sentía, fingiendo emociones que ya no me pertenecían. Lo abrí por una página en blanco. Y escribí despacio, con trazo tembloroso pero firme:

"Hay silencios que no se borran. Pero al menos dejan espacio para que algo nuevo empiece a escribirse."

Cerré la libreta con el mismo cuidado con el que se cierra una carta no enviada. No por miedo. Sino por respeto al peso que cada palabra acababa de tomar.

Seguí caminando. No más fuerte. No más entera. Pero sí un poco más presente. Más consciente de mis pasos, de mis límites, de lo que me dolía y de lo que aún podía empezar a sanar. Porque aunque él ya no estuviera, aunque su ausencia siguiera doliendo como una cicatriz mal cerrada, yo seguía aquí. De pie. Avanzando.

Y por primera vez en mucho tiempo, eso —estar aquí, sin más— era suficiente. Suficiente para empezar, no con un plan ni con una frase que lo justificara todo, sino con una simple certeza:

Estoy viva. Estoy sola. Pero estoy. Sin guion. Sin público. Solo conmigo.

20
Las cosas que no se dicen, pero se sienten

No hubo una fecha concreta. Ni una hora marcada. Ni una notificación que lo anunciara. Simplemente, un día dejé de escribir su nombre en el buscador de Instagram. Dejé de abrir el chat solo para ver si, por error o milagro, los dos tics azules habían aparecido. Dejé de buscarlo en los comentarios, en los recuerdos, en las playlists que compartíamos sin querer. Pero no fue de golpe. No fue un clic ni una revelación súbita. Fue una erosión lenta. Silenciosa. Como esa gota que, después de golpear mil veces el mismo lugar, se rinde. Porque entiende que ya no va a abrir grieta. Que lo único que consigue es desgastarse.

Habían pasado dos meses. Sesenta días enteros en los que me desperté sin su voz arrastrada saludándome como si aún estuviéramos entre sueños. Ochenta y seis mil cuatrocientos minutos sin recibir uno solo de sus mensajes improvisados, esos que solían llegar a destiempo, cargados de memes ridículos, enlaces inútiles y confesiones en clave de broma que, si se leían entre líneas, decían mucho más de lo que él se atrevía a decir en serio.

No hubo mañanas con su risa rompiendo el silencio, ni noches en las que su mirada se colara en la mía como si intentara descifrarme por dentro. Todo eso se detuvo. Se apagó como una canción a la que le bajan el volumen de golpe, dejando el eco suspendido, flotando en el aire, pero sin nota final.

Y aunque el mundo siguió con su ruido, con sus trending topics, sus campañas brillantes y sus nuevas oportunidades de colaboración; aunque las marcas siguieron contactando y los seguidores no dejaron de crecer, hubo algo dentro de mí que no avanzó. Algo que se quedó inmóvil, como si mi cuerpo hubiera regresado a la rutina, pero mi alma se hubiese quedado atrás, detenida en un limbo sin conexión, como cuando el móvil entra en modo avión y todo parece funcionar… salvo lo esencial.

No fue un duelo con lágrimas dramáticas ni con declaraciones grandilocuentes. Fue una forma más callada, más cotidiana de ausencia. Un silencio que se había hecho costumbre. Como si todo lo que antes tenía color ahora se percibiera en una escala tenue de grises que nadie más parecía notar, pero que para mí lo teñía todo.

Mi vida, al menos en apariencia, retomó su forma. Volvió a enroscarse en la rutina conocida de correos por responder, campañas por firmar, reuniones virtuales que empezaban con "¿me oyes bien?" y terminaban con promesas vagas de colaboración. Las marcas seguían escribiendo, los números seguían creciendo, y el algoritmo —ese dios caprichoso de los que vivimos frente a una cámara— continuaba sugiriéndome tendencias, audios virales, retos, hashtags, modos de existir que debían generar impacto.

Y yo… Seguía ahí. No rota. Pero tampoco entera. Con la misma taza de café tibio entre las manos, como si aferrarme a la cerámica fuera una forma de evitar desmoronarme del todo. Con el portátil abierto sobre el escritorio, la pantalla encendida y el cursor parpadeando sobre un documento en blanco que no sabía si era una hoja de ruta o una pared que no lograba atravesar.

Aprendí —poco a poco, sin épicas ni grandes gestos— a caminar sin buscarlo con la mirada. A despertar sin imaginar su voz. A cerrar los ojos sin revisar notificaciones que nunca llegaban. Aprendí a que se puede seguir adelante sin dramatismo, con una especie de resignación elegante que se instala en los huesos cuando uno entiende que hay ausencias que ya no piden permiso para quedarse.

Y, sobre todo, aprendí esa verdad silenciosa y cruel: Que se puede echar de menos a alguien sin querer que vuelva. Porque una parte de mí lo sabía —la más lúcida, la menos romántica, la que no graba stories cuando llora—: Si no lo había hecho ya, si no había dado el paso, si no había cruzado esa línea invisible que separa el orgullo del amor… Entonces no lo haría. Y seguir esperándolo empezaba a parecerse demasiado a quedarse sentada en medio de una carretera

vacía, esperando a que alguien que ya se fue… tuviera la decencia de regresar.

Lola lo supo antes que yo. Antes incluso de que pudiera ponerle nombre a eso que sentía —o más bien, a eso que ya no sentía—. Porque no era tristeza lo que me habitaba entonces. Era otra cosa. Más densa. Más muda. Una especie de resignación camuflada, como si el duelo hubiera ido mutando lentamente hasta convertirse en rutina, y el hueco que Bruno había dejado ya no sangrara, pero siguiera ahí, perfectamente delimitado, ocupando su sitio como un mueble que ya no usas pero tampoco sabes cómo sacar de casa.

Ella me miraba raro cuando me reía de verdad. No esas risas cortas que lanzamos por reflejo, por cortesía, o porque el silencio pesa demasiado, sino esas carcajadas que se escapan sin pedir permiso, las que suenan a vida que regresa de puntillas. También me observaba de reojo cuando hablaba de lo que venía, de mis proyectos, de mis planes, y notaba —sin decirlo— que ya no mencionaba vuelos, ni escapadas, ni hoteles con vistas. Que ya no había un "nosotros" en el horizonte, ni siquiera implícito.

Y fue una noche, en el salón de casa, cuando dejó caer la frase. Estábamos tiradas en el suelo, rodeadas de mantas y cojines con manchas de soja que ya eran parte de la decoración, comiendo sushi con las manos porque los palillos se nos daban igual de mal que la vida amorosa. Las copas de vino llevaban un rato medio vacías, y la luz cálida de la lámpara parecía más cómplice que de costumbre. Fue ahí, entre un maki de atún y una risa compartida, cuando Lola lanzó su bomba con la naturalidad brutal que solo tienen las amigas que te conocen más de lo que tú quisieras.

—¿Sabes que es la primera vez que hablas de ti en singular desde hace semanas?

Me quedé congelada, los palillos suspendidos en el aire, sin saber si llevarme el bocado a la boca o dejarlo caer al plato. La miré. Y ella,

como si no hubiera dicho nada relevante, siguió masticando su nigiri de salmón con esa calma calculada que usaba cuando sabía que había dado en el centro exacto de la diana.

—¿Ah, sí? —pregunté, intentando que mi voz sonara despreocupada, como quien comenta el tiempo.

—Ajá —asintió, sin mirarme siquiera—. Te pasaste semanas hablando como si siempre hubiera alguien más contigo en la historia. Que si "vamos a ver qué pasa con el contenido", que si "nos apetece desconectar", que si "nos está afectando todo esto".

Hizo una pausa breve, solo para aumentar el efecto.

—Me tenías preocupada, la verdad. Llegué a pensar que tenía que meter a Bruno en el grupo de WhatsApp de la familia, a ver si al menos opinaba sobre la paella del domingo.

Y aunque su tono era burlón, me tocó. No por lo literal. Sino porque entendí que llevaba razón. Que sin darme cuenta, había estado hablando en plural cuando ya hacía tiempo que vivía en singular.

Solté una risa inesperada. No porque el comentario fuera especialmente brillante ni porque la ocurrencia mereciera aplausos, sino porque, por primera vez en mucho tiempo, no me dolió. Al menos, no como me habría dolido unas semanas atrás. No hubo nudo en la garganta. No hubo esa punzada aguda en el pecho que me acompañaba cada vez que su nombre flotaba en el aire. Solo una risa real. Cansada, sí, pero honesta.

—El plural se me ha ido apagando —admití mientras dejaba con cuidado los palillos sobre el plato y me recostaba en el sofá, con la copa de vino apoyada en el pecho como si necesitara anclarme a algo para no flotar demasiado en mis pensamientos—. Y lo curioso es que... ya no me duele tanto. O no como antes.

Lola me miró con esa media sonrisa suya que equilibra perfectamente sarcasmo y afecto, y que siempre consigue decir más de lo que dice.

—Eso o estás entrando en esa fase zen post-ruptura —replicó—, en la que una cree que ha sanado, pero en realidad está a dos tiktoks de llorar desconsoladamente por una canción aleatoria que no tenía nada que ver... hasta que la escuchas justo en el peor momento.

Reí otra vez, más suave. Con esa complicidad que solo se tiene con alguien que ha estado ahí, sosteniéndote, incluso cuando no sabías cómo pedir ayuda.

—Puede ser —concedí, sin defensas—. Pero esta vez… siento que no estoy esperando que vuelva. Y eso, aunque joda reconocerlo, alivia un poco. Es como soltar una cuerda que llevaba demasiado tiempo tirando de mí hacia atrás.

Ella me miró con una seriedad que no solía mostrar, como si por un momento dejara de ser mi amiga sarcástica para convertirse en testigo sincera de mi pequeño acto de evolución.

—¿Y si vuelve?

La pregunta no era trampa. Era real. Era necesaria. Y, contra todo pronóstico, mi respuesta también lo fue.

—Entonces que se prepare para explicarme muchas cosas —dije, sin elevar la voz, sin fanfarria, sin escudos ni armas—. Porque ya no soy la misma que se quedó esperando respuestas. Y no pienso dejar que me las den sin hacer las preguntas que ahora sí estoy lista para hacer.

Lola sonrió. No con ternura lastimera, sino con orgullo. Como si en ese instante hubiera reconocido en mí a una versión nueva. O quizá a la de siempre, pero por fin sin disfraces.

Alzó su copa, apuntando hacia la mía como si estuviéramos celebrando una victoria sin nombre, pero muy sentida.

—Por el regreso del singular —brindó.

Yo choqué mi copa con la suya y, justo antes de beber, añadí:

—Y por la paz que se siente cuando ya no necesitas editar tu tristeza para que encaje en pantalla.

Una tarde de domingo, justo cuando las calles tienen esa mezcla incómoda de calma y nostalgia que solo se siente cuando se va acabando algo —el fin de la semana, de una etapa, de una versión de una misma—, me crucé con Lucas.

Lo vi antes de que él me viera. Lo reconocí en cuanto salió de la cafetería del centro, esa que siempre me pareció más pensada para lucir en Instagram que para servir buen café. Estaba exactamente igual que la última vez que lo tuve cerca: abrigo largo, gris, con solapas amplias que parecían decir "estoy de paso, pero mírame igual"; móvil en una mano —por supuesto— y una bolsa de papel ecológica con su logo, ese minimalismo estudiado que siempre le funcionó como fachada.

Hablaba con alguien. Una conversación anodina, supuse, porque su rostro no mostraba entusiasmo ni complicidad. Solo asentía, ese gesto neutral que él manejaba tan bien, como si la escucha fuera un trámite más en su jornada, como si se reservase siempre lo esencial para otra escena, otra persona, otro momento.

Y entonces me vio.

Fue un instante. Uno de esos que no duran lo suficiente como para tener un pensamiento claro, pero en los que el cuerpo lo entiende todo antes de que la mente reaccione. Su expresión cambió con la rapidez de un foco al encenderse: sorpresa, duda, y luego esa chispa de reconocimiento que sobrevive a cualquier olvido, que atraviesa versiones pasadas, silencios largos y excusas mal cerradas.

No hizo falta más.

Supe que iba a acercarse. Que el encuentro no se quedaría en un cruce de miradas esquivo ni en un asentimiento educado desde lejos. Lucas no era de los que ignoran lo que alguna vez

consideraron suyo. No sabía dar la espalda. Ni respetar los silencios ajenos. Y aunque probablemente no supiera aún qué palabras usar, sabía que no iba a quedarse sin decir algo. Porque el silencio, para él, siempre fue un idioma que no hablaba. Y porque donde otros se retiran, él avanza. Aunque no tenga muy claro hacia dónde.

—Elena —dijo, con ese tono que siempre se movía en la frontera entre la sorpresa genuina y la actuación medida, como si cada palabra estuviera pensada no solo para mí, sino también para un espectador invisible que, en su mente, lo observaba desde algún lugar privilegiado.

Me detuve. No por él. Ni por lo que pudiera decirme. Me detuve por el pasado, por ese eco que uno cree haber archivado con nombre, fecha y categoría emocional, pero que encuentra la forma de volver a primera plana en cuanto baja la guardia. No fue el corazón lo que se me aceleró. Fue la memoria. Esa parte traicionera que recuerda exactamente cómo suenan ciertas frases cuando aún no sabías que iban a doler. O cuando, incluso sabiéndolo, te dejabas engañar por su envoltorio de verdad disfrazada.

—Hola, Lucas —respondí, sin añadir más.

Se hizo un silencio. De esos que no duran más que unos segundos, pero parecen expandirse como si quisieran ocupar todo el espacio entre dos personas que alguna vez compartieron algo. Él me miró con esa expresión suya tan particular, como si me escaneara. Con los ojos de quien dirige un casting emocional, buscando señales, grietas, resquicios por los que colarse. Medía mi reacción. Calculaba si aún había posibilidad de reconstruir, de convencer, de quedarse.

—Estás distinta —dijo por fin, con un tono que pretendía sonar como un halago, pero que cargaba más intención de análisis que de admiración—. Más… no sé. Tranquila. Real.

Me reí, y no fue por cortesía ni por nostalgia. Fue porque me salió así, desde un lugar que ya no le pertenecía. Una risa breve, suave, que no venía de una herida abierta, sino de una cicatriz que

empezaba a cerrarse. Por primera vez, sus palabras no encendieron nada dentro de mí. Ni esperanza. Ni rabia. Ni ese impulso automático de responder con ironía afilada. Solo me dejaron igual que antes de oírlas. Y eso, en realidad, lo decía todo.

—Lo estoy intentando —dije, sin impostar seguridad ni disfrazar fragilidad. Solo lo dije. Y me sorprendió lo mucho que creí en mis propias palabras.

Él no dio un paso hacia mí. No invadió el espacio, como solía hacer. Pero su cuerpo cambió levemente de posición, como si comprendiera, quizás por primera vez, que ya no tenía que defenderse de mí. Que yo ya no estaba en modo ataque. Que no quedaba entre nosotros ninguna batalla pendiente, ningún reproche aún con ganas de salir. Solo un eco, suave y sin carga, de lo que alguna vez fue.

—Sé que no es el momento, ni el lugar, ni siquiera sé bien por qué lo digo —comenzó, con esa media sonrisa suya, la que siempre usaba cuando no tenía claro qué quería—, pero… me alegro de verte.

Lo miré. No con dureza. No con ternura. Lo miré con esa calma nueva que solo llega cuando has soltado el peso del "qué pasaría si". Cuando ya no estás esperando nada. Ni explicaciones. Ni disculpas. Ni una frase que arregle lo que se rompió antes de que él entendiera siquiera que se había roto.

Y en ese instante lo supe: lo que sentía no era por él. Era por mí. Era ese tipo de perdón silencioso que no se pronuncia, que no se otorga a la otra persona… sino que una se regala a sí misma, como forma de cerrar una etapa sin dejarse nada pendiente.

—Gracias —dije. Y lo fue. Sincero. Limpio. Sin doble fondo. Sin intención de subirlo a ninguna red.

Solo una palabra que, por fin, no necesitaba más contexto.

Esa noche, de vuelta en casa, no le conté nada a Lola. No fue por ocultarle algo, ni por falta de confianza. Fue simplemente porque,

por primera vez, no tenía una historia clara que contar. No hubo escena. No hubo palabras cargadas de doble filo ni gestos que merecieran análisis. No hubo chispa. Y tal vez, justamente por eso, dolía más. Porque lo que no se dice a veces pesa más que cualquier relato dramático.

Tampoco subí nada. Ni una story que disfrazara de anécdota la confusión. Ni una frase ambigua con fondo musical que invitara a teorías. Ni siquiera respondí a los mensajes que se acumulaban como si, en serio, me importara lo que pensaban los demás sobre mi ausencia. Solo me cambié de ropa con movimientos lentos, me até el pelo sin mirarme al espejo —como si evitar mi reflejo fuera una forma de evitar también lo que sentía— y me senté frente al portátil con esa intención difusa de que, quizá, escribir me ayudara a poner orden en el pecho.

No escribí. Solo abrí una pestaña nueva. Vacía. Blanca. Como una habitación iluminada que una no sabe si va a habitar o simplemente va a mirar desde el marco de la puerta. Me quedé ahí, contemplando el espacio en blanco con una mezcla de quietud y vértigo, hasta que un pensamiento se abrió paso entre el ruido mental:

A veces, el corazón olvida también en silencio. No con fuegos artificiales, ni con frases inspiradoras que cierran ciclos al ritmo de una canción viral. A veces olvida lento, sin aviso, sin ruido. Y, otras veces, recuerda justo cuando creía estar a salvo. Cuando alguien dice tu nombre con una voz conocida. Cuando aparece un rostro del pasado en medio de un domingo cualquiera. Cuando una sonrisa se escapa y no sabes si es alivio… o recaída.

Cerré el portátil sin escribir una sola palabra. Apagué la luz sin buscar la metáfora. Y me metí en la cama con esa sensación ambigua de haber dado un paso hacia algo que aún no tenía nombre. No sabía si ese paso me llevaba hacia adelante o simplemente a un lugar distinto. Pero sí sabía una cosa con total certeza: la herida ya no sangraba. Estaba más fina. Más callada. Pero aún no cerraba del todo.

Y, por alguna razón, esa noche soñé con un ascensor. Con esa canción absurda que no había vuelto a sonar desde que él se fue. Como si, en sueños, el corazón hiciera lo que en vigilia aún no me atrevía: recordar sin romperse del todo.

21
Mentiras que suenan a verdad

El mensaje llegó un martes por la tarde, justo en ese momento entre la luz gris y la desgana, cuando una ya no sabe si abrir un yogur que caducó hace tres días o dejarse morir lentamente en el sofá. No hubo sonido. Ni vibración. Solo una notificación silenciosa que apareció en la pantalla como un susurro antiguo que no habías pedido volver a oír.

"Podemos tomar un café y hablar? Nada raro, lo prometo."

Lucas.

Lo reconocí al instante. No por el nombre —que ya no dolía—, sino por la forma de escribir. Por esa mezcla de cercanía medida y ambigüedad estudiada. Como si siempre hablara al borde del abismo, pero sin caerse nunca. No lo abrí de inmediato. Dejé la pantalla bloqueada con su mensaje visible, como si mirarlo de reojo fuera más seguro que enfrentarlo de frente. Lo observé durante horas. Mientras respondía correos vacíos. Mientras ordenaba camisetas por color sin ningún propósito. Mientras fingía que era otra tarde más.

Pero no lo era.

Porque ahí estaba él, con una frase tan breve como cargada de historia. Porque, aunque yo supiera que nada bueno venía de los reencuentros en cafeterías, una parte de mí, la más rota y silenciosa, se preguntaba si de verdad era solo un café... o una excusa para algo más.

A medianoche, el mensaje seguía ahí. Ya me lo sabía de memoria, pero aun así lo releía cada tanto, como si en uno de esos pases fugaces por la pantalla alguna palabra hubiera cambiado. Como si, de pronto, apareciera la frase que de verdad quería leer: “Estoy solo”, “Me equivoqué”, “¿Sigues pensando en mí?”. Pero no lo hacía.

Siempre era la misma. Siempre esa línea tibia, disfrazada de cortesía, que parecía no saber si pedía café o redención.

No respondí esa noche. No porque no supiera qué decir, sino porque no me fiaba de lo que mi corazón pudiera dictarme con el cansancio del día colgado a la espalda. Lo hice al día siguiente. Sin pensar demasiado. Sin adornos. Sin emojis. Sin darle espacio a la emoción para meter mano en el teclado.

"Vale. A las seis. Cafetería del paseo."

Eso fue todo. Una respuesta seca, casi administrativa. Una aceptación sin entusiasmo, pero suficiente para abrir una puerta que no sabía si debía volver a cruzar… o cerrar de una vez por todas.

Cuando llegué, él ya estaba ahí.

Sentado en una mesa junto a la ventana, con el abrigo perfectamente doblado sobre la silla de al lado —ese gesto suyo de siempre, como si el orden externo pudiera compensar los desórdenes internos— y el móvil boca abajo, en ese intento sutil de demostrar que estaba "presente", aunque todos supiéramos que para Lucas la desconexión era más estética que real. Tenía esa sonrisita colocada, la que usaba cuando quería parecer inofensivo, encantador, casi entrañable. Una sonrisa que en otro tiempo me habría desarmado sin resistencia, pero que ahora solo me tensó la mandíbula por dentro.

—Hola —dijo, con una naturalidad que me molestó más de lo que esperaba. Como si no hubieran existido los silencios, las traiciones mínimas, los juegos de ego. Como si nunca hubiera habido nada más que esto: dos personas reencontrándose en una cafetería, entre el ruido de platos y el aroma demasiado dulce del café industrial.

—Hola —respondí, sentándome frente a él con la espalda recta y el corazón en modo observación.

Hubo un silencio breve. De esos que no son incómodos aún, pero que ya llevan la promesa de serlo si nadie los corta. Él me miró. Con esa mirada suya que no era ni profunda ni honesta, pero sí hábil. Esa forma de escanearme por capas, como si intentara detectar grietas, como si pudiera calcular el porcentaje exacto de vulnerabilidad con el que estaba sentada frente a él.

—Te vi distinta el otro día —dijo finalmente, tras moverse un poco en la silla y acomodarse como si fuera a contar algo importante—. Más… no sé. Más real. No sé explicarlo bien.

—Estar rota hace eso —repliqué sin dramatismo, sin ironía, sin necesidad de suavizar lo que ya era evidente.

Él asintió despacio, como si esa frase le bastara. Como si aceptar mi herida le diera permiso para seguir hablando. Como si su presencia ya no necesitara justificarse, porque se daba por hecho que él siempre podía volver, cuando quisiera, como si nunca se hubiera ido del todo.

Y yo lo dejé estar. Por ahora.

La conversación fue, para mi sorpresa, extrañamente fácil.

No hubo tensión. No hubo reproches disfrazados de cortesía ni silencios cargados de pasado. Me habló de su nuevo proyecto, de una marca de ropa "minimalista pero disruptiva" —palabras suyas, no mías—, que estaba tratando de lanzar con dos socios y un diseñador que había conocido en una fiesta en Berlín.

Habló con esa seguridad calculada que siempre había tenido, ese talento para llenar los espacios con planes que suenan más sólidos de lo que realmente son. Me preguntó por mis vídeos, por las campañas, por si seguía con la marca de cosmética coreana que me había fichado justo antes del viaje. Yo respondí con frases cortas, con esa neutralidad tibia que se instala cuando una parte de ti quiere poner límites, pero otra aún recuerda cómo era dejarse llevar por la comodidad de lo familiar.

Hablamos como se habla con alguien que una vez fue importante y ahora solo quiere recuperar terreno. Sin armas. Sin urgencia. Pero con estrategia.

Y entonces, sin preámbulos, sin cambio de tono, sin siquiera esperar a que terminara mi sorbo de café, lo soltó:

—No voy a mentirte. Te echo de menos. Mucho.

Me quedé quieta. El vaso en la mano. Los ojos en él. Porque no era lo que esperaba oír… pero tampoco era nuevo. Lucas siempre supo cuándo y cómo decir lo justo. Con qué cadencia. Con qué pausa. Siempre fue capaz de construir la frase perfecta para que una parte de mí —la cansada, la vulnerable, la nostálgica— quisiera creerle.

—No estoy aquí para remover lo que ya dolía —continuó—. Solo quiero una oportunidad de hacerlo bien. Esta vez sin tonterías. Sin espectáculo. Solo tú y yo.

Asentí despacio, sin que eso significara nada. Y él lo notó.

—Eso ya lo dijiste una vez —le recordé. Sin tono agresivo. Solo con la frialdad que da haber escuchado la promesa y haber visto cómo se rompía después.

—Y por eso estoy aquí —dijo, inclinándose un poco hacia delante, con esa intensidad que usaba cuando quería parecer sincero—. Para repetirlo hasta que suene verdad.

Y hubo algo… no sabría decir qué exactamente. Algo en su mirada, o quizá en mi agotamiento emocional, en esa parte de mí que ya estaba cansada de reconstruirse sola, que me hizo bajar la guardia. No mucho. Solo lo justo. Una rendija apenas. Pero suficiente para que su voz se colara por ella como un eco que aún recordaba el camino.

—Una cita —añadió, casi como un susurro, como quien no quiere romper el equilibrio precario de algo que apenas se está formando

—. Solo una. Si no quieres nada más, no habrás perdido nada. Pero si quieres… si todavía hay algo… podemos empezar de cero.

No respondí de inmediato.

No porque no supiera qué decir.

Sino porque, por primera vez en mucho tiempo, no estaba segura de lo que quería.

Y aún así, cuando asentí, lo hice con una calma que no sentía del todo. Como si el gesto no viniera del presente, sino de una versión pasada de mí… una que aún no había aprendido del todo a cerrar puertas.

—Vale —dije.

Y esa palabra, tan corta, tan simple, fue lo que abrió otra historia.

Aunque aún no supiera si era una repetición… o una despedida más larga.

La cita era a las ocho.

Y a las seis y cuarto, seguía de pie frente al armario, con el mismo albornoz puesto desde la ducha, una toalla en el pelo y esa expresión en el espejo que solo aparece cuando una parte de ti está convencida de que vas a cometer un error… y aun así sigues adelante.

Tenía un vestido negro en la cama. Corto. De esos que favorecen incluso cuando el ánimo no acompaña. Y al lado, unos vaqueros y una camiseta blanca, por si decidía fingir que era solo un café sin pretensiones. Nada demasiado planeado. Nada con intención.

Y mientras los miraba, no podía evitar pensar que, en el fondo, ninguno encajaba del todo.

Porque no sabía quién era esta versión de mí que se estaba vistiendo para ver a alguien que ya había intentado olvidar. No sabía

si era la Elena que aún buscaba respuestas, o la que se conformaba con no sentir tanto vacío. O la que simplemente necesitaba que alguien la mirara como si aún valiera la pena apostar por ella, aunque no fuera la persona correcta.

Me senté al borde de la cama, con el secador en una mano y el móvil en la otra. Abrí WhatsApp sin pensarlo demasiado, más por costumbre que por necesidad. Volví a leer el mensaje.

"Una cita. Solo una."

No era la frase en sí lo que me hacía dudar. Era todo lo que venía detrás. Aceptar no significaba solo quedar con alguien. Significaba abrir una puerta que había intentado cerrar con cuidado. Volver, tal vez, a una zona segura solo porque el frío por dentro se hacía más intenso. O quizás era una forma de evitar el silencio verdadero. Ese que se instala cuando ya no hay excusas para no estar sola. ¿Y si no era ninguna de esas cosas? ¿Y si, por improbable que sonara, era solo un intento honesto de comprobar si aún quedaba algo que mereciera la pena salvar?

Suspiré. Uno de esos suspiros largos, arrastrados, que no buscan alivio sino espacio. Como si soltar el aire pudiera hacerme sitio para pensar.

Me levanté. El vestido negro seguía sobre la cama, desplegado como una opción que ya no encajaba. Al lado, los vaqueros y la camiseta blanca parecían más honestos. Más míos. Me vestí sin ceremonia. Sin expectativas. Me puse el abrigo largo, ese que no dice nada, pero abriga lo justo. Nada de tacones. Nada que brillara demasiado. Solo un toque de rímel, brillo en los labios y ese perfume suave que usaba cuando no quería parecer que lo había planeado… aunque, en el fondo, siempre se planea un poco.

No iba por él. No porque creyera que esta vez sería distinto. Iba por mí. Para entender si el problema era Lucas… o si el problema era que ya no sabía cómo abrir la puerta a nadie sin pensar en Bruno.

Miré el reloj: las siete cincuenta y cuatro. Cogí las llaves, la cartera, el móvil. Y bajé las escaleras con ese nudo en el pecho que no grita, no avisa… pero nunca se equivoca.

La cita fue sencilla.

Un restaurante bonito, de esos con luces cálidas, velas falsas en los centros de mesa y camareros que parecían haber hecho un máster en posar con la bandeja sin despeinarse. Todo tenía ese aire medido, fotogénico, casi demasiado perfecto como para ser real, pero lo suficientemente cómodo como para no molestar. Sonaba jazz de fondo, suave, como si incluso la música supiera que lo que pasaba entre nosotros no podía gritar demasiado.

Lucas me recibió de pie, con una sonrisa pulida y el gesto ligeramente nervioso, como quien aún no sabe si se está disculpando o esperando una medalla. Llevaba una camisa oscura, el pelo perfectamente colocado, y ese perfume que me resultaba familiar… pero que ahora parecía otro. Tal vez porque ya no tenía la misma carga emocional. O porque, por primera vez, lo olí sin idealizar.

Nos sentamos frente a frente. Pedimos vino. Y, durante unos segundos, todo fue como un ensayo general.

—Me alegro de que vinieras —dijo él, mirándome con esa intensidad que antes me hacía sentir especial, y ahora solo me hacía pensar en cuánto tiempo llevaba perfeccionando ese gesto.

—Yo aún no sé si me alegro o me arrepiento —respondí, con una sonrisa torcida. Sincera. Sin intención de herir, pero sin disfraz.

Él rió. Y por un instante, me pregunté si era real o solo parte del personaje.

—Sabes que a veces olvido lo filosa que puedes ser.

—Y tú que a veces piensas que eso es un cumplido.

Lucas negó con la cabeza, riendo por lo bajo. Y el vino llegó justo a tiempo, como un recurso narrativo para cambiar de tema sin decirlo.

La conversación fue deslizándose, con esa fluidez extraña que solo se da entre dos personas que se conocen demasiado como para fingir, pero no lo suficiente como para no seguir tanteando. Me habló de su nuevo proyecto, de una colaboración con diseñadores emergentes, de su idea de lanzar una línea de básicos con mensaje. Yo asentí, comenté, hice preguntas cuando tocaba. No porque me fascinara el tema, sino porque lo miraba con distancia, como si ya no fuera parte de la historia, sino una espectadora privilegiada.

Él, en cambio, me observaba de una forma distinta. No había urgencia en sus ojos. Tampoco culpa. Ni siquiera esa nostalgia melancólica con la que algunos vuelven cuando quieren recuperar algo sin decirlo en voz alta. Había cálculo. Una estrategia silenciosa, casi imperceptible, que solo se nota cuando has aprendido a mirar más allá de la sonrisa.

—¿Sabes? —dijo después de llevarse un bocado de risotto a la boca y dejar el tenedor sobre el plato con una parsimonia casi ensayada —. Cuando te vi el otro día… pensé que habías cambiado. Hay algo en ti más… tranquilo. Como si ya no pelearas contra todo el tiempo.

—A veces romperse sirve para eso —contesté, sin adornos, sin intenciones de parecer más fuerte de lo que era.

El silencio que siguió no fue incómodo. Fue de esos silencios donde uno respira sin prisa, donde no hace falta rellenar el aire con palabras porque, por un momento, se entiende que no todo tiene que decirse.

—¿Y ahora? —preguntó al cabo de unos segundos—. ¿Estás rota o reconstruida?

Me tomé un instante antes de responder. No porque no supiera la respuesta, sino porque estaba midiendo cuánto de verdad quería compartir con él.

—Un poco de ambas —dije al fin—. Como todos, supongo. Algunas piezas encajan, otras no. Pero al menos he dejado de fingir que todo está en su sitio.

Él asintió con una lentitud pensada, tomó un sorbo de vino y dejó la copa sobre el mantel como si ese gesto también formara parte de un guion interior.

—Yo no quiero equivocarme otra vez —dijo entonces, con una voz que sonaba más suave de lo habitual, más contenida. Y no supe si eso lo hacía más sincero… o solo mejor actor—. Me costó darme cuenta de lo que dejé pasar. Y sé que ahora no soy lo que necesitas. Lo sé. Pero me gustaría intentarlo. Esta vez con calma. Sin presiones. Sin adornos. Solo tú y yo. Como antes, pero sin toda esa mierda que nos enredó.

Lo miré, y durante un instante, solo uno, quise pensar que decía la verdad. No por él. Ni por el pasado. Sino porque, en noches como esa, cuando el vino es cálido y las luces son suaves y nada duele de forma escandalosa, una parte de ti quiere creer que quizá, solo quizá, no todo está perdido.

Porque hay un tipo de soledad que no se llena con trabajo. Ni con stories bien editadas. Ni con comentarios de apoyo.
Una soledad que pide compañía, aunque sea imperfecta.
Y esa noche, en ese restaurante con aroma a segunda oportunidad, Lucas —aunque no fuera Bruno— al menos estaba ahí. Y no se había ido.

Cuando salimos, el aire era fresco, de ese que acaricia sin calar. La acera estaba iluminada con esa luz suave y temblorosa que hace que todo parezca más íntimo de lo que realmente es. Caminamos sin rumbo marcado, uno al lado del otro, con las manos demasiado cerca y los pensamientos demasiado llenos. Ninguno dijo nada. No hacía falta. La conversación ya había pasado. Lo importante, si había algo, se había dicho entre líneas.

Al llegar a la esquina, justo donde la calle se abría hacia la avenida principal y el ruido de la ciudad comenzaba a recuperar su lugar, él se detuvo. No con brusquedad. Con intención. Como si ese momento lo hubiese estado esperando desde que pidió el vino.

—¿Puedo besarte? —preguntó, con esa voz baja que usaba cuando quería parecer cuidadoso, como si el respeto fuera parte de su estrategia, como si la duda fuera su forma de pedir permiso sin parecer débil.

No respondí con palabras. Solo lo miré. Y luego, cerré los ojos.

Porque a veces no se trata de dar una respuesta, sino de dejar que el cuerpo decida por ti. De comprobar si, por un instante, el mundo es capaz de callarse. Y lo hizo.

El beso no tuvo prisa. No fue de esos que buscan incendiar nada. Fue suave, cálido, casi ceremonial. Un gesto contenido, como si ambos supiéramos que no era una promesa, pero sí un refugio breve. No era el principio de algo nuevo, pero tampoco era la despedida que duele. Era eso que ocurre cuando dos personas se encuentran en medio del recuerdo y el presente… y no saben qué hacer con lo que todavía flota entre ellos.

Un paréntesis. Una tregua. Un descanso emocional antes de seguir caminando.

Cuando nos separamos, no dijimos nada. Ni falta hizo. Él sonrió, solo un poco. Yo también. Solo un poco. Y luego, cada uno tomó una dirección distinta.

No porque no importara. Sino porque, al menos por esta vez, supimos irnos sin romper nada.

22
Lo que duele cuando no miras

No la llamé. Y no fue porque no quisiera. Porque querer… quería. La quería cada maldita noche en la que me despertaba empapado en sudor, con el cuerpo tenso y la cabeza llena de frases que nunca me atreví a decirle, de besos que no terminé de darle, de silencios donde debieron ir preguntas y de preguntas que no formulé por miedo a lo que pudieran responderme.

La quería como se quiere lo que ya no se tiene, pero sigue doliendo como si aún te perteneciera. Como se quiere algo que una parte de ti sabe que no puede recuperar sin dejarse un pedazo en el intento.

Pero no la llamé. Porque hay algo en mí —esa parte tozuda, rota, orgullosa y cobarde al mismo tiempo— que no me permitió mover un solo dedo. Ese puto instinto de piloto estrellado que prefiere quedarse entre los restos del impacto antes que alzar la voz para pedir ayuda. Ese orgullo hueco que se disfraza de dignidad, pero que en realidad solo es miedo.

No la llamé después de escuchar aquella nota de voz. Después de que mi nombre fuera arrancado de su boca y reducido a una categoría genérica: "el piloto". Dicho entre risas. Entre bromas. Como si fuera un personaje. Una anécdota. Un hashtag con abdominales. Y aunque hubo una parte de mí que gritaba que volviera, que le hablara, que cruzara todas las líneas para preguntarle, con voz rota, si todo había sido una mentira… la otra parte, la que ya se había roto antes, cavó una trinchera. Y me metí dentro. Y no salí.

No la llamé. Ni le escribí. Ni pregunté. Su nombre no cruzó mis labios… salvo cuando el alcohol desbordaba el silencio, con una cerveza caliente en la mano y la tele encendida como única testigo. Como si incluso el maldito televisor pudiera apiadarse de mí.

Pero la seguía viendo. Cada día. Sin excepción. No importaba la hora, el estado de ánimo o si había prometido que esta vez no lo haría. El dedo iba solo, como una adicción que ya no necesita voluntad para activarse. Abría su perfil aunque supiera que no había nada nuevo, aunque tuviera claro que no encontraría nada que no hubiera visto mil veces antes.

Veía sus vídeos antiguos, sus fotos, los clips donde hablaba con esa cadencia suya que yo reconocía hasta con los ojos cerrados. Leía los comentarios, los likes, los mensajes de seguidores que la adoraban sin conocerla de verdad, sin saber cómo era cuando no tenía que posar para nadie.

Y me quedaba atrapado. Atascado en bucles de stories que ya podía recitar de memoria, como si en alguno de esos gestos repetidos, en alguna mirada fugaz o en una frase mal cortada pudiera esconderse una señal. Algo diminuto pero suficiente que me dijera que seguía pensando en mí. Que también le dolía. Que, de alguna manera, aún no me había soltado del todo.

Pero nunca lo supe. Porque ella tampoco me escribió. Ni una palabra. Ni un puto emoji.

Y eso... eso dolía más que todo lo demás.

Entraba en su perfil como quien se asoma a un edificio en llamas sabiendo que el humo le va a reventar los pulmones, pero sin poder evitar asomarse. Una necesidad estúpida. Autodestructiva. Inconsciente y voluntaria al mismo tiempo.

Nunca le di like a nada. Jamás. Como si esa falsa distancia me sirviera de escudo. Como si la ausencia de interacción pudiera convencer al universo —y a mí mismo— de que ya no me importaba.

Pero me importaba. Y mucho. Joder si me importaba.

No lo hacía por curiosidad. O sí. ¿A quién coño quiero engañar? Era puro masoquismo emocional. Una forma perfectamente orquestada

de hacerme daño. Una rutina diaria que consistía en recordarme que ella seguía ahí, viva, radiante, sonriendo… y sin mí.

No era interés. Era castigo. Una manera silenciosa y efectiva de repasar, como se repasa una herida recién abierta, si todavía sangra. Y claro que lo hacía. Cada vez.

Cada vez que subía una foto con esa expresión suya de "todo bajo control". Cada vez que sonreía con esa mezcla de ironía y dulzura que parecía improvisada, pero que yo sabía perfectamente que era milimétricamente suya. Cada vez que hablaba en un vídeo y esa voz —esa voz que me susurró tantas veces cosas que no eran contenido — me atravesaba como si aún estuviera acostado a su lado, borracho de todo, menos de olvido.

No estaba buscando una señal. Tampoco esperaba que hubiera mensajes cifrados entre líneas ni indirectas lanzadas con segundas intenciones. No era esperanza lo que me movía a entrar en su perfil. Solo quería saber si había seguido adelante. Y la respuesta era tan brutal como simple: sí.

Estaba bien. Sonreía. Publicaba contenido nuevo con esa naturalidad que yo conocía de memoria. Hacía colaboraciones con marcas, probaba filtros, se reía con Lola como si nada se hubiera roto por dentro. Como si todo lo que compartimos fuera solo un capítulo breve, uno que ya no merecía ser recordado.

Salía en sus vídeos con esa luz suya que no sabía esconder, incluso cuando intentaba parecer neutra. Esa forma suya de iluminar cualquier encuadre sin darse cuenta. Y aunque sabía —lo sabía de verdad— que las redes nunca muestran toda la historia, que todo es pose, ritmo y algoritmo... aun así dolía.

Porque mientras yo sobrevivía entre sexo sin alma y whisky que raspaba la garganta más de lo que calmaba, ella brillaba sin esfuerzo. Mientras yo no podía escribir ni una sola línea sin que su voz se metiera entre las palabras, ella parecía estrenar una vida nueva cada semana. Una vida en la que ya no estaba.

Ni como pareja. Ni como error. Ni siquiera como personaje secundario.

Y cada story, cada imagen, cada maldito post era una puñalada sin sangre. Sin dramatismo. Sin banda sonora triste. Solo esa presión sorda en el pecho, esa especie de nudo que se instala y no suelta, cuando entiendes —con la claridad que solo da la distancia— que el mundo sigue girando. Aunque tú sigas ahí, parado, clavado en el mismo puto lugar donde alguien te rompió sin mirar atrás.

Durante dos meses me dediqué a fingir que no me importaba. Ensayé el papel con disciplina, como si bastara con repetir ciertas frases —"ya estoy bien", "fue lo mejor", "ya ni pienso en ella"— para que se volvieran reales. Me construí una rutina tan pulida por fuera como hueca por dentro. Una fachada de tipo libre, de ese hombre que ha pasado página con estilo y tiene planes nuevos cada semana, pero que por dentro sabía perfectamente que estaba tapando ruinas con frases motivacionales recicladas.

Salí con otras. Mujeres atractivas, listas, seguras de sí mismas. De esas que te miran con interés antes de hacer una pregunta, que saben conversar con estilo, que parecen saber exactamente lo que quieren. Algunas me hacían reír. Otras hablaban tanto que, por momentos, lograban silenciar la voz de Elena en mi cabeza. Pero, sin falta, en algún punto de la noche, cuando el vino se volvía más lento o el silencio se instalaba entre dos frases, siempre llegaba el vacío.

Esa grieta. Ese espacio hueco en el pecho donde ella seguía sentada. Sin pagar alquiler. Sin pedir permiso. Solo estaba ahí, como una inquilina emocional que ya no hacía ruido pero no se iba.

Sí, hubo sexo. Correcto. Preciso. Tan automático como poner una contraseña de memoria. Solo lo justo para mantener las formas, para poder mirarme al espejo y convencerme de que seguía siendo capaz de conectar con alguien. Pero era una conexión sin alma.
Una coreografía bien ensayada que sabía ejecutar sin errores… y sin emoción.

Y era una mierda. Porque mientras besaba otras bocas, mi mente seguía recordando la suya. Mientras escuchaba risas nuevas, ninguna tenía esa mezcla perfecta de burla y ternura que ella lanzaba sin avisar. Mientras hablaba con otras, echaba de menos sus silencios. Esos silencios tan suyos, tan cargados, que no necesitaban explicación. Esos en los que me hacía sentir visto incluso cuando yo no sabía cómo explicarme.

Y yo seguía roto, aunque ya no lo dijera en voz alta, aunque hubiese aprendido a disimularlo con la misma destreza con la que uno se pone una chaqueta vieja y cómoda: sin pensar, por pura costumbre. Había logrado convencerme de que, si no la nombraba, si no la escribía, si no la traía de vuelta ni siquiera en mis noches más vulnerables, el dolor acabaría por diluirse entre la rutina, como una sombra que se borra al cerrar la persiana.

Pero no.

Seguía ahí.

Y sí, dolía. No solo por ella. Dolía por lo que fuimos sin darnos cuenta. Por lo que construimos a ciegas. Por lo que iba a nacer… y se quedó en pausa eterna.

Porque, a veces, lo que más pesa no es lo que se rompe con estruendo, sino aquello que se queda inconcluso. Lo que muere sin despedida. Lo que, en lugar de cerrarse, simplemente se desvanece.

Esa tarde no prometía ser distinta. Otra de esas sesiones de masoquismo digital cuidadosamente disfrazadas de rutina inofensiva. El clásico "solo estoy mirando", como si el autoengaño pudiera anestesiar lo que ya era costumbre: entrar en su perfil como quien pasa por delante de una casa que ya no le pertenece, pero que todavía le duele en las costillas.

Lo hacía sin prisa. Sin plan. Como parte de una liturgia que no buscaba redención, solo repetir el mismo golpe para comprobar si

aún dolía. Pero esa vez… algo cambió.

Lo encontré. Un vídeo. Nuevo. Editado con ese estilo suyo tan limpio, tan cuidado, tan insoportablemente perfecto que no podías odiarlo aunque quisieras. Una edición tan ella que dolía precisamente por eso: porque era imposible no extrañarla en cada detalle.

La miniatura estaba congelada en una imagen suya sonriendo. Esa sonrisa. La misma que me había desarmado tantas veces sin siquiera proponérselo. Pero lo que me sacudió el pecho no fue su expresión, ni el encuadre bonito, ni el filtro suave. Fue que no estaba sola.

Lucas. Sentado a su lado. Cómodo. Natural. Como si su sitio siempre hubiera estado ahí. En un sofá que parecía elegido por un estilista de lifestyle, con la luz medida, el postureo justo, y esa energía falsa que grita "aquí no ha pasado nada", aunque la verdad, silenciosa, se filtre por cada esquina del encuadre.

El título era breve. Casi amable. "Volver a empezar". Una frase que, en otro contexto, habría sonado esperanzadora. Pero ahí, con ellos juntos en pantalla, sonaba como una ironía bien diseñada para doler en los sitios donde ya sabías que dolería.

No le di al play de inmediato. Me quedé mirando la pantalla como si fuera un detonador. Con el pulgar suspendido en el aire y el estómago encogido en espiral, como si el cuerpo, más listo que yo, supiera lo que venía. Como si ese vídeo, de apenas dos minutos, fuera la confirmación cruel de todo lo que no me atrevía a asumir en voz alta. Y aun así… Le di al play.

El pulso temblaba. El volumen estaba al mínimo, como si bajarlo pudiera amortiguar el golpe. Y entonces, ahí estaba.

Ella. Sonriendo. Esa sonrisa suya de entrevista, la que aparece cuando sabe que la están grabando. La que calcula el ángulo, cuida la cadencia, escoge las palabras con precisión. Pero no era falsa. No del todo. Era otra versión de ella. Una que no dolía menos, pero que

sí se había adaptado. Como si en esos dos meses hubiera aprendido a mover los labios sin que el alma se le escapara por la comisura. Como si hubiese rehecho su relato… sin mí.

A su lado, Lucas. Con esa voz impostada de presentador de motivación de tercera, recitando frases que sonaban a guion prefabricado más que a verdad sentida. —A veces la vida te da segundas oportunidades, y solo hay que saber agarrarlas —dijo, con esa seguridad hueca que siempre supo disfrazar de profundidad.

Y ella lo miraba. No con devoción, ni con amor desbordado. Pero sí con atención. Con esa delicadeza controlada, ese gesto cuidado que antes era solo mío, reservado para los momentos en que nos mirábamos sin necesidad de explicar nada. Ahora se la ofrecía a él. Le reía los comentarios. Le seguía el ritmo. Le tocaba la mano con naturalidad, como si el roce ya no significara nada más que lo que parecía. Y esa imagen, por simple que fuera, me atravesó. No por celos. Ni siquiera por nostalgia. Fue rabia. Una furia silenciosa que se me encendió por dentro al ver cómo todo lo que habíamos compartido se había evaporado de la narrativa.

Como si nunca hubiera existido. Como si cada promesa no dicha, cada conversación a oscuras, cada vez que me susurró que aquello era diferente, se hubiera convertido en material de descarte. Una escena borrada. Un borrador mal escrito que ni siquiera merecía la pena reeditar.

Me ardieron las palmas de las manos. Literalmente. No porque quisiera romper nada. Sino porque la impotencia, a veces, se manifiesta así: en el cuerpo, en la piel, en ese temblor contenido que anuncia que si das un paso más… te partes. Y aún así no apagué el vídeo. No cerré el móvil. Me quedé ahí, viendo cómo se reían, cómo ella asentía con ese tono liviano que solía usar solo cuando se sentía segura, cómoda, como si estuviera en casa.

Solo que ahora su casa no era conmigo. Era ese sofá con luz bonita. Era él.

Y sin embargo… seguía siendo ella. La misma que me enseñó a no fingir, y que ahora fingía mejor que nadie. La misma que una noche me susurró al oído, desnuda, temblando y sincera: —Esto no era parte del trato. Y ahora parecía que sí lo era. Que todo encajaba. Que el guión había cambiado sin mí.

No necesitaba decir mi nombre. No hacía falta. Porque en su silencio había una declaración más rotunda que cualquier mención directa. Ese maldito silencio suyo, tan medido, tan elegante, tan funcional, acababa de borrar el mío. De eliminarme de su historia con la eficacia de quien sabe exactamente dónde cortar.

Y lo sentí. No como un golpe. No como un puñetazo. Fue una fractura interna. Precisa. Silenciosa. Como si en ese instante algo dentro de mí, que aún estaba entero, decidiera romperse del todo. Porque, a pesar de todo… seguía haciéndolo.

Tiré el móvil al sofá. Con ese gesto derrotado de quien sabe que si lo aprieta un poco más, el que se rompe no es el teléfono… sino él mismo.

Me levanté sin rumbo. Caminé por el salón con pasos torpes, como si el simple acto de moverme pudiera disipar la opresión que me pesaba en el pecho. Como si, al cambiar de habitación, pudiera engañar al pasado para que se quedara quieto en otra esquina. Pero era inútil. La imagen no se iba. Seguía ahí, tatuada en la retina como una escena maldita: ella, Lucas, ese sofá perfectamente encuadrado, y esa sonrisa que alguna vez fue mía.

Me pasé las manos por la cara, con la absurda esperanza de que el contacto físico, el roce con la propia piel, pudiera borrar algo. Como si pudiera arrancarme el recuerdo a la fuerza, como si se tratara de sudor o suciedad, algo tangible que pudiera eliminarse con fricción. Pero no lo era. Era algo más viscoso, más íntimo. Una especie de película que se había adherido a mí desde adentro, como si alguien me hubiera arrojado una escena ajena y, aún así, se sintiera demasiado personal.

Caí al suelo. En medio del salón. Espalda contra la pared. Cuerpo encogido. Y respirando como si el aire no supiera por dónde entrar. No era tristeza. Era algo más áspero: esa mezcla de amor aún vivo y orgullo hecho trizas.

No era solo tristeza. No era simplemente dolor. Era esa humillación sorda que te golpea cuando te das cuenta de que te abriste por completo frente a alguien que ahora sonríe sentada al lado de otro. Era esa sensación áspera de haberte mostrado sin armaduras, de haber enseñado tus partes más frágiles —tus miedos, tus deseos, tus grietas— para que ahora se sintieran como meros apuntes en una libreta que ella ya había tirado.

Y lo peor no era recordarla. Era asumir que lo nuestro se había convertido en una nota al pie de página. En una historia secundaria que ni siquiera merecía final.

Quise. Lo juro. Busqué en mí ese rincón donde se fabrica el rencor. Rasqué con uñas, con dientes, con orgullo. Pero no encontré más que tristeza. Una tristeza lenta, sin lágrimas, que se arrastra en las noches largas y vacías. Esa que se queda cuando te das cuenta de que lo que viviste fue real… pero solo para ti.

Porque yo no era un souvenir. No era un error bonito para recordar entre risas. Ni un capítulo suelto en su serie de amor moderno. Yo me enamoré de ella. Y verla con él era como presenciar a alguien habitando tu casa con total normalidad, usando tus tazas, tu sofá, tu música, sin saber —o sin importarle— que cada objeto, cada rincón, cada esquina tenía tu nombre escondido.

No sé cuánto tiempo estuve ahí, hundido, con la espalda endurecida por el suelo y la cabeza hecha un torbellino. Pero cuando sonó el timbre, sentí que me despertaba de un coma emocional. La espalda me dolía como si llevara horas sin moverme. El corazón, aún más.

Me arrastré hasta la puerta. Literalmente. Con el alma arrugada, con los ojos secos y la dignidad encerrada en algún rincón oscuro.

Abrí. Era Claudia. Mi hermana. Con su moño alto de siempre, ese jersey de rayas que le robó a alguien y no piensa devolver, y esa expresión mezcla de juicio y preocupación que solo una hermana puede sostener sin parecer cruel.

—Joder —soltó sin rodeos, sin un saludo previo—. ¿Qué pasa contigo? ¿Te moriste por dentro o solo es lunes?

—Elena —respondí. Solo eso. Un nombre.

Y ella entendió.

Porque Claudia nunca necesitó grandes explicaciones. Solo necesitaba la palabra clave. Y esa, para mí, era Elena.

—¿Qué ha hecho? —preguntó, entrando sin pedir permiso, como si el umbral de mi casa fuera solo un trámite para su intervención.

—Un vídeo. Con Lucas. Parecen sacados de un anuncio de Pinterest, versión pareja perfecta.

—¿Lucas el ex? ¿El que se cree mezcla de Elon Musk y Harry Styles? Asentí, sin poder evitar una risa breve, hueca, más parecida a un estornudo emocional que a una muestra genuina de diversión.

—Sí. Ese.

Claudia dejó el bolso junto al sofá, se sentó a mi lado con lentitud medida y sin prisa. No me miró directamente. No preguntó nada más. Solo dejó que el silencio hiciera su trabajo.

Y entonces, como si esa pausa fuera una forma de invitarme a enfrentarme a mí mismo, preguntó:

—Y tú… ¿por qué la estás viendo todavía?

No supe responder de inmediato. Porque lo que tenía que decir no era bonito. Ni valiente. Ni útil. Porque sabía que la respuesta, por muy sincera que fuera, me dejaba en evidencia.

—Porque no sé cómo dejar de hacerlo —murmuré al final, con la voz más baja de lo que pretendía, como si decirlo fuerte pudiera romperme más.

Claudia no se rió. No me soltó una frase motivacional. No rebuscó en su repertorio de sarcasmo. Solo me miró con esa mezcla de comprensión y compasión que tienen los que ya te han visto caer y levantarte varias veces.

—¿Quieres que te diga algo? —preguntó—. Lo que más duele no es verla con otro. Es ver que no está sufriendo como tú.

Y aunque no dije nada, su frase me atravesó como un bisturí. Porque dolía. Dolía justo ahí.

Y ahí, en ese sofá, con esa frase simple y brutal, supe que ella tenía razón.

Claudia no se burló. No hizo chistes fáciles. No buscó rescatarme con una frase motivacional reciclada de alguna taza de Mr. Wonderful. Solo me miró. Esa mirada suya, directa y sin adornos, que lleva toda la vida guardando los silencios incómodos de la familia. La misma con la que me vio llorar por una bici rota cuando era un crío, o perder a mamá sin entender del todo lo que significaba perder de verdad.

—¿Quieres que te diga algo? —dijo al fin, con esa voz suya que no se quiebra aunque lo que diga te atraviese—. Lo que más duele no es verla con otro. Es ver que no está sufriendo como tú.

No respondí. Me limité a asentir con los ojos, porque la garganta se me cerró justo en el punto exacto donde hubiera salido la rabia. Y tenía razón. Porque sí. Porque verla feliz, entera, funcional, como si lo nuestro no le hubiese dejado ni una grieta, me hacía pensar que tal vez había vivido una historia en la que ella solo fue actriz de reparto por compromiso.

Como si todo lo que compartimos hubiera existido únicamente en mi cabeza. Como si amar a alguien no garantizara que ese alguien

supiera siquiera decir tu nombre en voz alta después.

—Vamos a tomar algo —dijo de pronto, poniéndose de pie con la energía de quien no da espacio al drama prolongado—. No puedes quedarte aquí con esa cara de cartel publicitario para antidepresivos. Vamos a un sitio con luces, con ruido, y si hay suerte, con margaritas baratas que sepan más a lima que a vodka.

—¿Puedo seguir con cara de drama? —pregunté, medio sonriendo por primera vez en horas.

—Solo si me dejas hacerte una foto para documentarlo. Prometo no subirla… todavía.

La seguí. No porque esperara que salir arreglara nada. Ni siquiera porque creyera que hablarlo me iba a curar. La seguí porque no quería quedarme solo en ese salón que aún olía a pena. Porque, aunque no me hiciera sentir mejor, estar con ella me recordaba algo esencial: que no todo lo que duele, tiene que doler solo.

23
Cuando se rompe algo más que un vaso

Habían pasado unos días desde que vi el vídeo. Desde que escuché su risa compartida con otro. Desde que sentí, con esa mezcla absurda de resignación y rabia contenida, que Elena había decidido borrarme no con furia ni con reproches, sino con cortes precisos y retoques elegantes, como quien edita una historia y elimina la escena que ya no encaja, sin dramatismo, sin siquiera dejar el rastro de una tachadura.

Y aun así, no la odiaba. No podía. Lo que sentía era mucho más jodido que el odio. Me odiaba a mí mismo por no ser capaz de dejar de pensar en ella. Por no poder sacarla de ese rincón del pecho que ya no era músculo, ni hueso, ni pulmón. Solo una especie de habitación a oscuras donde su voz, su risa y su ausencia hacían eco todo el día.

Claudia, mi hermana, lo notó antes de que yo pudiera verbalizarlo. Como siempre. Porque ella tenía ese radar afinado para detectar mis derrumbes incluso cuando yo aún estaba disfrazándolos de rutina. Me escribió un lunes a las siete en punto de la mañana, con esa contundencia suya que no pedía permiso ni buscaba aprobación:

—Hoy corres conmigo. No admito excusas.

No tenía fuerzas para discutir. Ni ganas de soltarle el discurso de siempre, ese de "no estoy para correr" o "¿desde cuándo el cardio arregla corazones rotos?". Así que me levanté, me puse las zapatillas sin mirar demasiado, y aparecí en el parque con el mismo rostro con el que me venía despertando desde que me fui del resort: el de alguien que ya no espera que pase nada bueno.

Los primeros minutos corrimos en silencio. El aire frío me golpeaba la cara como si quisiera despertarme a la fuerza. Las piernas, oxidadas y resentidas, protestaban con cada zancada. Claudia, en cambio, corría como si el asfalto le hablara. Ligera. Rítmica. Como si

necesitara moverse para no estancarse en los pensamientos. Yo iba detrás, no solo arrastrando los pies, sino cargando con cada idea mal resuelta, con cada recuerdo no dicho, con cada "y si" que me enredaba en la garganta.

—Sigues pensando en ella —soltó de pronto, sin mirarme, con la voz firme pero sin juicio.

No contesté. Ni falta hacía. Porque su afirmación no era una pregunta. Era una certeza con forma de espejo.

—No te lo digo para que pares —añadió—. Te lo digo para que lo canalices. Si vas a seguir jodido, al menos que tu cuerpo saque algo en claro. Unos abdominales, un culo decente, algo útil.

Solté una risa seca. De esas que no nacen en el estómago, ni en la garganta, sino en algún rincón del agotamiento emocional. No porque hiciera gracia. Sino porque, por primera vez en días, alguien me hablaba sin tratarme como si estuviera hecho de cristal esmerilado.

—¡Bien! ¡Ha hecho un ruido humano! —celebró ella, dándome una palmada en la espalda que casi me saca el aire.

Y por un instante, solo por un instante, creí que quizá sí. Quizá correr no me iba a salvar. Pero podía empezar a hacer que doliera un poco menos.

Paramos un rato después, justo al borde de una fuente que goteaba sin prisa, como si supiera que a veces el agua también sirve para calmar cosas que no se ven. Claudia bebía con una naturalidad envidiable, como si no acabáramos de correr casi cinco kilómetros mientras yo intentaba no colapsar emocional ni físicamente.

Yo, en cambio, me dejé caer contra una barandilla cercana, con las manos en las caderas y el pecho subiendo y bajando como si me hubiera escapado de una pelea. Intentaba recuperar el aire. Y la dignidad. Las dos cosas estaban igual de jodidas.

—Esta noche salgo con unas amigas —me dijo, sacando una toalla pequeña de la mochila mientras se recogía el pelo en una coleta alta —. Vamos a un sitio nuevo en el centro. Ambiente tranquilo, buena música. Vente.

La miré con cara de "ni de coña".

—Paso —murmuré, bebiendo a sorbos lentos el agua tibia de mi botella—. No tengo cuerpo para gente.

—Tú no tienes cuerpo para muchas cosas y aquí estás, sudando como si te prepararas para una maratón emocional —replicó, apoyándose a mi lado con esa media sonrisa que usaba cuando no pensaba aceptar un no por respuesta—. No es una cita, Bruno. No te estoy organizando una intervención ni un casting para reemplazar a la ex. Solo es un plan. Dos copas. Buena música. Respirar fuera de tu cabeza un rato.

La miré de reojo. Ella sabía perfectamente por qué dudaba. No era por pereza. Era por miedo.

Porque estar en casa implicaba rutina. Pero también implicaba tener el móvil a mano. Y yo sabía exactamente lo que iba a hacer si no salía: abrir su perfil otra vez. Volver a verla en pantalla. Volver a estudiar sus ojos en cada foto como si fueran una ecuación que se me escapaba. Volver a escuchar su voz en algún reel, o ver sus manos rozando otras que no eran las mías.

Volver a recordarla era como esa canción que odias reconocer que te gusta. Esa que juraste no volver a poner, pero acaba sonando una y otra vez sin que nadie la pida. Y aun así, ahí estás. Cantando el estribillo con el corazón hecho un nudo y el orgullo en huelga.

—Una hora —murmuré al final, bajando la mirada como si negociar con mi hermana fuera lo más parecido a rendirme sin admitirlo.

—Dos —replicó ella sin pestañear, con ese tono de mando que ya no necesita permiso—. Y la primera copa corre por mi cuenta.

—Una y media —dije, levantando el dedo como si aquello fuera una negociación internacional.

Claudia me palmeó el hombro con una mezcla de ternura, orgullo y esa actitud de hermana mayor que sabe cuándo empujar sin romper.

—Hecho. Pero ponte guapo. No por ellas. Por ti. Para que cuando te mires al espejo no te dé más ganas de esconderte que de salir.

Resoplé, una especie de bufido entre resignación y sarcasmo. Pero algo dentro de mí —una parte oxidada, escondida, medio dormida— asintió en silencio.

Porque, aunque no lo dijera en voz alta, había algo en mí que empezaba a estar harto de doler. Y esa noche… tal vez, solo tal vez, quería probar qué se sentía respirar sin peso.

El local era más moderno de lo que esperaba. Minimalismo de catálogo, paredes en tonos tierra, lámparas colgantes que parecían seleccionadas por un algoritmo experto en Pinterest, y música lo bastante suave como para permitir conversación, pero con un bajo constante que te hacía recordar que estabas en un sitio donde se venía a vivir… o a olvidar.

Había una barra larga, espejos estratégicos, plantas falsas en macetas de diseño y esa energía tibia de los lugares nuevos: la de la gente que aún no ha decidido si está ahí para bailar, para dejarse ver o para fingir que no necesita lo uno ni lo otro.

Claudia entró como si lo conociera de toda la vida. Saludó a sus amigas —una mezcla variada de mujeres con brillos en la ropa y cicatrices invisibles en la mirada—, y luego me guió hasta una mesa cerca de la barra. Ni me preguntó si quería sentarme ahí. Ni si quería quedarme, en realidad. Solo lo hizo. Como si supiera que necesitaba estructura. Decisiones tomadas por alguien más. Algo que no doliera pensar.

Pidió dos copas con la seguridad de quien domina el terreno.

—No te preocupes —me dijo al dejarme una delante—. Sabe a jugo con traición. Pero entra suave.

Estaba empezando a relajarme. Solo un poco. La copa en la mano, el murmullo suave del local envolviéndome sin exigencias, la música lo bastante contenida como para no pedir nada. Claudia reía con una de sus amigas, y por primera vez en días, sentí que podía permitirme bajar la guardia. Solo un segundo. Solo el peso de los hombros, cediendo un milímetro.

Y entonces lo vi.

Lucas.

Sentado a unos metros, lo bastante lejos para fingir que no nos habíamos visto, pero lo bastante cerca como para que el encuentro no pudiera ser ignorado. Y no estaba solo.

A su lado, una chica que no era Elena. Y no hacía falta un máster en lenguaje corporal para entender lo que pasaba. No era una amiga. Ni una colega casual. Tampoco una seguidora con suerte.

Era una cita.

Pero no de esas casuales. Era de esas que ya han cruzado el umbral de la tensión inicial. Una chica en fase conquista cerrada. En plena confianza. Esa que se permite gestos íntimos porque sabe —o cree saber— que ya ganó terreno. Le acariciaba la mano con familiaridad. Esa media sonrisa torcidamente segura que no se ensaya: solo aparece cuando ya te sientes dueño del lugar.

Y él… reía.

Con esa risa suya que conocía de memoria. Esa maldita risa de vendedor de humo encantador. La que empieza floja, se arrastra por la garganta y termina en una carcajada que suena espontánea, pero tiene más cálculo que cualquier campaña publicitaria.

La misma que usó con Elena cuando quería que bajara la guardia.

La misma que yo vi funcionar, más de una vez, cuando aún no entendía cuánto podía doler verla dirigida a otra.

Y algo en mí se activó.

Un resorte seco. Instintivo. El tipo de impulso que no pasa por la cabeza, solo por la sangre.

El vaso en mi mano dejó de pesar. La mandíbula se me tensó como si estuviera sujetando un grito. Y todo el aire del local empezó a saber a rabia. A decepción. A esa mezcla de celos que no se aceptan y orgullo que ya no cabe en el pecho.

—Te está cambiando la cara —dijo Claudia, bajando la copa con lentitud, mirándome de reojo, con los ojos entrecerrados como quien ha olido el aire justo antes de que caiga la tormenta.

No le respondí. No porque no tuviera nada que decir, sino porque el cuerpo ya había tomado una decisión antes de que la mente pudiera frenarlo. La mandíbula apretada, el pulso en los oídos, la copa en la mano que, de pronto, me pareció de plomo. La dejé sobre la mesa, con un gesto seco. Medido. Y me puse de pie.

A veces no se trata de elegir. No hay dilema. No hay pausa dramática.

Solo un punto exacto en el que algo dentro de ti revienta, se libera, y empuja las piernas hacia delante como si la cordura tuviera una sola oportunidad de redimirse: hacer lo que más vas a lamentar… o lo que más necesitás para sobrevivirte.

Avancé entre las mesas sin verlas realmente. Como si el local entero se hubiera difuminado. Como si todo lo demás —la música, los espejos, la gente— fuera escenografía. Solo él, al fondo, y ese nudo en el pecho que llevaba días queriendo convertirse en grito, en golpe, en sentencia.

No iba a hablar. Iba a escupir una verdad que me estaba envenenando desde que vi ese vídeo. Iba a romper la calma

impostada de alguien que, desde el principio, había tratado de construir una historia sin pagar el precio de la verdad. Iba a decir su nombre, aunque me temblara la voz. Aunque después todo ardiera.

Porque si no lo hacía ahora…

sabía que no iba a poder dormir tranquilo durante mucho tiempo más.

Caminé entre las mesas como si el local fuera una escena que solo existía para esto. Como si todo se hubiera montado a propósito para este momento.

—¡Hombre! —solté al llegar, con esa sonrisa que no es sonrisa, que corta más que un grito—. Lucas. Cuánto tiempo.

Él levantó la vista con un gesto automático. Primero, sorpresa. Luego, ese aire cómodo que siempre le ha caracterizado, como si el mundo entero estuviera diseñado para aplaudirle. Como si no tuviera nada que esconder… aunque estuviera escondiendo lo suficiente como para hacer explotar una ciudad entera.

—Bruno. Qué casualidad —respondió, con voz de quien se sabe observado, pero no intimidado.

La chica que lo acompañaba se giró hacia mí. Tendría veintitantos, pestañas largas, labios pintados y la mirada de quien aún no sabe si el hombre con el que está cenando tiene enemigos… o historia.

—Veía tu vídeo con Elena hace unos días —dije, sin suavidad, sin cortesía—. Muy bonito. Muy creíble. Producción cuidada, luz perfecta. Y ahora esto. Enhorabuena, de verdad. Te sale muy bien lo de actuar.

Lucas ladeó la cabeza con esa condescendencia suya que ya conocía: la de quien se cree por encima del juicio.

—No sabía que me seguías tan de cerca.

—Yo no te sigo a ti —repliqué—. La sigo a ella. Porque la respeto. Porque me importa. Porque… —me detuve un segundo, solo para mirar directamente a la chica—. Porque no es esto. No es solo un cuerpo al que aferrarse mientras decides con quién quedarte.

Lucas frunció el ceño. Se puso de pie con un gesto lento, deliberado. Como si la altura pudiera imponer algo. La chica se apartó de la mesa sin decir palabra, como si hubiera entendido que el ambiente acababa de cambiar de categoría. De lo íntimo a lo inevitable.

—Cuidado con lo que dices —soltó Lucas, bajando un poco la voz, como quien no quiere que se le note el temblor.

—¿Cuidado yo? —reí, una carcajada seca, sin alegría—. ¿Tú crees que aún estoy en ese punto? ¿Después de verla en ese vídeo diciendo que quería volver a intentarlo contigo mientras tú estabas aquí… haciendo esto?

Él apretó la mandíbula. Yo di un paso más cerca. Los centímetros que separan el autocontrol de la rabia. Todo se sentía como una olla a presión. Una mesa con velas, una música bonita, y dos hombres a punto de lanzarse verdades como puños.

—No sabes nada, Bruno. No sabes lo que pasó entre nosotros. Ni lo que hay ahora.

—Sé suficiente. Sé que si la quisieras, no estarías aquí. Sé que si tuvieras una mínima intención de tratarla bien, no la estarías traicionando con la primera que te sonríe en una copa.

Lucas alzó la voz. Yo también.

Los insultos llegaron después. No como bombas, sino como cuchillos afilados: cortos, certeros, personales. Las frases cargadas de historia, de orgullo, de heridas que ninguno había cerrado del todo. Y entonces…

Un empujón.

No sé quién empezó. No sé si fue él o fui yo. Solo sé que en un segundo nuestras manos ya no hablaban: golpeaban. Un puñetazo. Otro. Un vaso cayó. Alguien gritó. Las sillas se arrastraron. Los móviles aparecieron como hongos tras la lluvia. Luces de cámara. Voces in crescendo. Copas rotas. Y en medio del caos, Claudia. Gritando mi nombre. Tratando de meterse en medio. Tirando de mi brazo. Empujando a Lucas. Sujetándome como si eso bastara para detener toda la rabia que llevaba acumulada.

Todo el local nos miraba. Y yo… yo ya no veía nada. Solo el rostro de Elena en mi memoria. Solo su voz en mi oído, su risa, sus "no sé si estoy lista" y sus "esto se siente real". Y ahora esto. Esta escena absurda. Esta puta pesadilla con forma de noticia viral.

Porque sí. Alguien estaba grabando. Y lo sabíamos los dos.

No recuerdo todo con claridad.

Solo fragmentos desordenados. Como flashes de una película mal montada: el ardor punzante en los nudillos, el sonido hueco de una copa estrellándose contra el suelo, una voz —la de Claudia, la mía, no lo sé— gritando mi nombre como si eso pudiera frenar lo inevitable. Y luego, el silencio.

Ese silencio interno que llega cuando el cuerpo ya ha hecho lo que la mente no se atrevía a permitir.

No era por ella. O tal vez sí. Pero no solo. Esta vez, el golpe no era por Elena, ni por lo que hizo, ni por lo que dijo, ni por el vídeo. Era por mí. Por haberme callado tanto. Por haber tragado tanto. Por haber fingido que podía seguir viendo cómo su nombre se usaba como parte de una estrategia, de un cuento, de una pantalla. Por no soportar que alguien la señalara sin tocarla. Que la nombrara sin entenderla. Que la usara como si no supiera lo que se sentía tenerla de verdad.

Y cuando salí del local, con el pecho agitado y las manos aún temblando, el mundo ya había hecho lo suyo.

El móvil vibraba sin parar. Notificaciones encadenadas. Videos. Clips de segundos. Gente comentando. Gente grabando sin contexto.

Hashtags que no había pedido: *#PeleaDelAño, #ElPilotoPierdeLosPapeles, #DefensorOExCeloso.*

Abrí uno por inercia. Me vi desde fuera. Brazo alzado. Cara desencajada. Lucas tambaleándose hacia atrás. Claudia empujándome con desesperación. Y al fondo, la música del local como una burla.

Y entonces, como si el universo decidiera que todavía no era suficiente, el móvil volvió a vibrar en mi mano. Un mensaje. De Claudia.

Solo una frase. Sin adornos, sin emojis, sin el más mínimo intento de suavizar el golpe. Tan suya, tan directa, que casi pude oírla decirlo desde el otro lado.

"Al menos esta vez pegaste por algo que no se puede editar."

Me quedé quieto, la pantalla aún encendida frente a mis ojos, sintiendo cómo esas palabras, tan simples en apariencia, se hundían en el pecho con una precisión quirúrgica. Porque lo dijo como quien lanza una piedra al centro exacto de la herida. Y, joder, tenía razón.

Dolía. Pero no por el golpe en sí. No por la pelea, ni por el espectáculo público que ya debía estar flotando en mil pantallas. Dolía porque en medio del caos, de la vergüenza, de todo lo que había intentado contener durante semanas, esa frase dejaba al descubierto algo mucho más íntimo: esta vez no había fingido. Esta vez había roto algo… porque algo dentro de mí ya estaba roto desde antes.

Y lo sabía.

Sabía también que Elena lo vería. Que en algún momento abriría el vídeo, tal vez sin esperarlo, tal vez por curiosidad, tal vez por accidente. Que me vería en esa escena, fuera de mí, con los ojos

vacíos de todo lo que alguna vez intenté disimular. Que escucharía las palabras que grité sin filtro, la rabia acumulada que salió sin aviso. Que me vería convertido en justo lo que siempre quise evitar ser para ella: una explosión.

Y no tenía claro qué dolía más.

Si imaginar su decepción, ese gesto suyo que aparece cuando algo le duele más de lo que quiere reconocer.

O sentir, muy en el fondo, que quizás —solo quizás— ese vídeo pudiera removerle algo. Un reflejo. Un estremecimiento. Un eco de todo lo que fuimos. No porque lo justificara, sino porque lo entendiera. Porque supiera que, detrás del ruido, todavía quedaba una verdad intacta: yo no había dejado de sentir.

No sabía si esa posibilidad me daba una tregua.

O me terminaba de romper.

Capítulo 24: El golpe que no se graba

Me enteré por un mensaje.

Ni siquiera fue Lola. Ni mi madre. Ni alguien del círculo íntimo con el derecho —y el tacto— de darme malas noticias con una copa de vino en la mano o un abrazo detrás. No. Fue una seguidora. De esas que están en todas. Las que se saben tu vida casi mejor que tú, que comentan cada reel con el entusiasmo de quien cree conocerte, que te mandan memes cuando te ríes… y frases motivacionales cuando intuyen que algo va mal.

Esa clase de conexión que, en ciertos días, parece ternura. Pero que, cuando llega envuelta en dinamita, te recuerda que no hay muro que te proteja del mundo cuando decides vivir de cara a él.

"Elena, ¿has visto esto?"

Eso ponía. Siete palabras. Un cuchillo sin hoja, directo al pecho.

Debajo, un vídeo. Sin miniatura. Sin contexto. Solo una duración y un nombre que, por sí solo, ya me hizo sudar las palmas de las manos.

Bruno.

Cinco letras. Una punzada en el estómago. Un eco de algo que dolía incluso cuando sonaba bien. Porque aún me sabían a despedida.

Lo abrí sin pensar. O pensando demasiado. O en esa mezcla absurda en la que el cuerpo reacciona antes que la cabeza, y el corazón se queda en medio, paralizado, temiendo que el mundo se desmorone otra vez.

El dedo tocó la pantalla. Y ya no hubo vuelta atrás. Como siempre.

Y ahí estaba.

Mi ex. Mi casi. Mi "qué hubiera pasado si...". Bruno.

En pantalla. Reproduciéndose una y otra vez, como si el universo quisiera asegurarse de que no me perdiera ni un segundo. Como si necesitara castigarme con la imagen exacta de lo que había provocado.

En carne. En sudor. En una rabia que no recordaba haberle visto nunca. No era el Bruno que se marchaba cuando dolía. Era otro. Uno que no sabía callarse más.

No necesité volumen. La escena hablaba sola. Un bar, luces sucias, sonido distorsionado por gritos y música de fondo. Puños alzados. Ojos desbordados. Esa expresión que duele porque no es solo furia, es decepción mezclada con amor que no supo por dónde salir.

Y entonces lo vi. Empujando a Lucas. Discutiendo. Gritando algo que no llegué a entender, pero que no necesitaba subtítulos. Y lo peor no fue verlo perder el control.

Lo peor fue reconocerlo en medio del caos.

Ese era Bruno. El de verdad. El que había intentado sostenerme incluso cuando yo solo sabía alejarme. El que ahora rompía su propio silencio por mí. Por todo lo que no dije a tiempo. Por todo lo que arruiné sin darme cuenta.

Sentí cómo se me encogía algo dentro. No el estómago. No el pecho. Algo más hondo. Algo que no sabía que todavía podía romperse.

Y entonces, su voz.

No sonó clara. Ni nítida. Ni siquiera enfocada. El sonido del vídeo estaba saturado de ruido: vasos chocando, conversaciones cruzadas, esa banda sonora caótica que siempre acompaña al desastre. Pero aun así, su frase se abrió paso. Como un cuchillo limpio en mitad del desorden.

—Tú no la quieres. No tienes ni idea de lo que significa quererla.

Me congelé.

Porque no era solo la voz. Era **su voz**. Saliendo de un lugar que yo no conocía. Desnuda, sin filtros, sin contención. Y eso fue lo que más me estremeció.

Bruno no era así. No era de los que gritan en bares ni de los que discuten con testigos. Él no se lanza. Él se guarda. Se muerde la lengua, se encierra con su herida y deja que el tiempo haga lo que no puede hacer con palabras.

Y, sin embargo, ahí estaba. Expuesto. Desbordado. Sacando el alma por la boca mientras desconocidos lo grababan sin entender lo que realmente estaba viendo.

Y todo… por mí.

Me llevé la mano a la boca. No para disimular la emoción. Sino para contener el temblor que ya no venía del cuerpo, sino de algo más profundo. Algo que se había soltado dentro y que yo llevaba semanas fingiendo que no dolía.

No era vergüenza. Ni sorpresa. Era certeza. Esa certeza brutal que se clava sin pedir permiso.

Porque supe que nadie se rompe así por alguien que ya ha dejado de sentir. Nadie explota de esa manera si ha soltado del todo.

Y, en ese segundo exacto, mientras la pantalla seguía iluminándome el rostro como una linterna acusadora, lo entendí.

Su herida seguía abierta. Y la mía también.

Tuve que ver el vídeo tres veces antes de empezar a entender lo que realmente estaba pasando, y una cuarta para aceptar que no era una interpretación, ni un malentendido, ni el producto retorcido de mi imaginación deseando encontrar algo donde ya no quedaba nada.

Era real.

Esa voz rota que atravesaba el ruido, esa furia cruda que vibraba detrás de cada palabra era suya. Y esos ojos —encendidos de rabia, de orgullo herido, de una emoción que no cabía en el pecho— eran los mismos que, alguna vez, me miraron como si yo fuera lo único que existía en el mundo.

No era un montaje. Tampoco una escena sacada de un drama improvisado ni una provocación editada con intención. Era Bruno, sin filtros ni defensas, perdiendo el control en medio del mundo. Por mí.

La primera vez que lo vi, sentí vértigo; una sacudida en el estómago, como cuando te asomas demasiado al borde de algo que no sabes si vas a poder sostener. La segunda vez fue peor: impotencia pura, esa rabia muda dirigida hacia mí, hacia el tiempo perdido, hacia todas las veces que no supe leerlo a tiempo. La tercera me trajo culpa, no de la que se grita ni se expulsa, sino de la que se queda a vivir en el pecho, sorda, persistente, retumbando como una campana apagada.

Y la cuarta… la cuarta dolió.

Pero no del modo que imaginaba. No fue un dolor punzante de lo perdido ni una nostalgia hueca de lo que ya no es; fue deseo. De ese que nace del recuerdo, de la piel que aún reconoce, del cuerpo que no ha olvidado. De esa herida que creías cerrada hasta que alguien la nombra con una mirada. De ese que no desaparece, aunque te repitas, como un mantra, que ya lo superaste, que ya no te afecta, que ya pasó, que ya no es tuyo.

Cuando el vídeo terminó, no lloré. No grité. Tampoco lancé el móvil contra la pared ni me dejé caer al suelo como en las películas tristes.

Simplemente me quedé ahí, sentada en el borde del sofá, con el cuerpo inclinado hacia adelante y los codos apoyados en las rodillas, como si necesitara afirmarme en algo sólido, real, para no venirme abajo.

Y aunque intentara reprimirlo, negarlo o esconderlo detrás del nudo que se apretaba cada vez más en mi garganta, solo podía pensar en

una cosa:

Que, a pesar de todo… aún lo sentía.

Lo sentía a pesar del tiempo. A pesar de los días que se fueron acumulando como capas de distancia perfectamente fingida, como si esa separación cuidadosamente construida fuera suficiente para borrar lo que dolía. Lo sentía a pesar de mí misma, de todo lo que no supe decirle a tiempo, de cada error envuelto en silencios cobardes o en frases lanzadas como escudos mal construidos.

Seguía llevándome dentro. Y dolía.

No solo por él. No solo por la furia expuesta, por esa rabia que lo desbordaba y que no se parecía en nada al hombre que alguna vez prefirió el silencio antes que la explosión. Dolía porque yo también lo sentía. Porque, pese al discurso repetido como una oración vacía de "ya lo superé", pese a las excusas con las que había intentado rellenar el hueco de su ausencia, pese a Lucas, pese al vídeo, pese a mí… aún había una parte que se aferraba a él como si soltarlo fuera perder una parte de mí misma. Una parte que no sabía —o no quería— aprender a dejarlo ir del todo.

Y eso era lo más difícil de aceptar.

No saber qué dolía más: si verlo así, tan expuesto, tan crudo, tan al borde de romperse por mí... o descubrir que ese amor que se suponía extinguido seguía ahí, aguantando el temporal, resistiéndose a desaparecer incluso cuando todo apuntaba a que ya no tenía un lugar.

El corazón me golpeaba en el cuello como un tambor fuera de compás mientras abría el chat con Lucas. No tuve que buscarlo; estaba allí, arriba del todo, con su nombre en negrita y esa notificación sin leer que parecía gritar desde la pantalla con la urgencia de lo inevitable. Y, por supuesto, ya estaba escribiéndome. Cómo no. Como si el universo le hubiese mandado una alerta

automática: *Tu mentira acaba de explotar. Procede con el protocolo de daños mínimos.*

Primero llegó un mensaje. Luego otro. Después, una avalancha de palabras lanzadas como si el ritmo pudiera disfrazar la falta de verdad, como si escribir rápido fuese sinónimo de honestidad.

"No fue lo que parece."
"Estábamos hablando. Solo hablando."
"Esa chica no significa nada."

Mentiras nítidas, perfectamente articuladas. De esas que se visten con palabras suaves pero que arañan igual. De esas que se redactan con el pulgar y se recitan con tono neutral, ensayado, pero que no resisten ni un cruce de miradas mínimamente honesto. Mentiras que, en otra vida, quizá habrían sembrado dudas. Que, en otro momento, habrían abierto la puerta a una excusa, a un "bueno, tal vez", a una segunda oportunidad mal calculada.

Pero no hoy.

Hoy no había espacio para el autoengaño. Ni para negociaciones con la vergüenza. Hoy no había margen para mentiras disfrazadas de explicaciones.

Hoy tenía rabia. Tenía una claridad nueva, afilada como una verdad dicha por fin en voz alta. Y, sobre todo, tenía un vídeo.

Un vídeo en el que Bruno —mi Bruno, incluso roto, incluso lejos— se rompía por completo frente al mundo, gritando lo que Lucas jamás había sido capaz de entender: que amar no es poseer, que cuidar no es controlar, y que el amor, cuando es real, no necesita escenarios ni sospechas para demostrarse. Solo presencia. Solo verdad.

Quedamos esa misma tarde.

No porque creyera que merecía una explicación, ni porque pensara que aún quedaba algo entre nosotros que pudiera salvarse. No fue por esperanza, ni por nostalgia, ni siquiera por una pizca real de

curiosidad. Quedamos porque lo necesitaba. Porque había una parte de mí que aún pedía una imagen clara, una escena final donde pudiera mirar al guion de nuestra historia —tan tramposa, tan perfectamente editada— y decir en voz baja, pero firme: *ya no me trago ni una línea más.*

Y allí estaba él. Puntual. Impecable. Exactamente como era de esperarse. La chaqueta de marca perfectamente entallada, el reloj caro asomando justo lo suficiente como para decir "he ganado" sin abrir la boca, y ese peinado con aire de descuido cuidadosamente estudiado que solo consiguen los que ensayan el caos frente al espejo.

Sentado, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia atrás, apoyado en el respaldo con esa media sonrisa que había aprendido a usar como escudo. La misma que tantas veces sirvió para camuflar errores, para restarles gravedad, para empujarme —con estilo, con elegancia— hacia el lado equivocado de la historia.

Lucas seguía siendo Lucas. El tipo que sabía calibrar su voz, el que modulaba las palabras con precisión quirúrgica, el que sabía cuándo parecer vulnerable sin entregar nada real. El que bajaba la mirada cuando perdía terreno, no por arrepentimiento, sino porque entendía que, a veces, la culpa bien representada convence más que la verdad.

Y aun así —o precisamente por eso— me bastó un segundo para saber que ya no. Nunca más.

Me senté frente a él sin quitarme el abrigo. Sin saludar. Sin forzar una sonrisa de cortesía que no sentía.

—¿Tienes algo que decirme? —pregunté, con una voz más firme de lo que esperaba. Una pregunta simple, sí, pero con filo. Y él lo supo.

Lucas alzó ligeramente las cejas, ese gesto aprendido entre la contención y la falsa calma que usaba cuando los planes no salían como quería. Se tomó su tiempo. Lo vi respirar como si buscara en

algún rincón de su repertorio emocional una versión de los hechos que pudiera sonar creíble.

—No fue nada, Elena. En serio —empezó, apoyando los codos sobre la mesa, bajando la voz a ese tono que parecía pedir perdón sin decir la palabra—. Estaba confundido. Había bebido. No lo pensé. Fue un error.

Un discurso mil veces ensayado. Casi elegante. Casi humano. Casi vacío.

Una parte de mí habría querido que doliera. Habría querido sentir algo que confirmara que todavía quedaba rencor, tristeza o incluso decepción. Pero no dolió.

Me reí.

No como quien perdona. Ni siquiera como quien escucha algo ridículo. Me reí como quien, por fin, ha entendido que hay discursos que ya no merecen energía. Que hay patrones tan desgastados que pierden su efecto aunque vengan envueltos en ojos brillantes y frases cuidadosamente ensayadas frente al espejo del baño.

—Siempre es un error, ¿verdad, Lucas? —dije, mirándolo con una mezcla de incredulidad y cansancio. Ese cansancio que ya no arde, pero pesa—. Siempre hay un "no era lo que parece", un "me pillaste en mal momento", un "no quise hacerte daño". Siempre tienes una justificación bonita, redonda, envuelta en algodón de azúcar… pero nunca, nunca hay una disculpa honesta. Una sin peros. Una que no venga acompañada del clásico "yo también lo estaba pasando mal".

Él se removió en la silla, incómodo por primera vez. La seguridad estudiada de su rostro empezó a resquebrajarse. Quiso acercarse. Estiró una mano hacia la mía, como si un roce bastara para cubrir la brecha, como si todavía conservara ese permiso tácito para tocar lo que ya no le pertenecía.

Le aparté la mano sin titubeos. No con rabia. Ni con miedo. Con la firmeza de quien ya ha visto suficiente. Con la seguridad de quien,

por fin, ha aprendido a mirar su historia desde fuera y no se reconoce en ella.

—No quiero que me toques —dije, con voz baja pero clara, sabiendo que cada palabra debía quedarse suspendida entre nosotros como una sentencia—. No quiero que me expliques nada más. No quiero tu arrepentimiento de saldo, reciclado, sacado del cajón de excusas rápidas y emocionales de última hora.

Me incliné hacia adelante, despacio, apoyando los codos sobre la mesa. Solo un poco, lo justo para que no pudiera esquivar lo que venía.

—Solo quiero que sepas una cosa: te volviste parte de mi pasado. Y créeme, Lucas, no pienso repetir asignatura.

Él abrió la boca. Pero ya no me interesaba lo que fuera a decir. No porque tuviera miedo a escucharlo, sino porque, por primera vez, no necesitaba nada más para cerrar el libro.

Frunció el ceño. Descolocado. Como si no entendiera cómo había perdido el control de la escena. Como si, por primera vez, no supiera cuál era su siguiente línea.

—No estás así por mí. Estás así por él.

Lo miré un segundo. No porque necesitara pensar una respuesta. Sino porque ya no necesitaba justificar nada. Ni a Bruno. Ni a mí.

—No —dije con una calma que me sorprendió, con la voz más firme que me había escuchado en semanas—. Estoy así por mí. Porque ya aprendí a distinguir entre que me quieran… y que me usen.

Y tú, Lucas, siempre fuiste mejor actor que pareja.

Sus ojos se entrecerraron apenas. Como si esperara que me arrepintiera al segundo. Como si, todavía, creyera que bastaba una sola palabra suya para reescribir lo que ya estaba grabado a fuego.

Pero esta vez no le di ese espacio. No esperé su respuesta. No quise escuchar otro argumento, ni otra frase ensayada, ni un último intento de disfrazar lo inevitable.

Me giré. Di media vuelta con una paz que me tomó por sorpresa. Y, por primera vez en mucho tiempo, me sentí limpia. No entera. No feliz. Pero libre. Como si me hubiera quitado una capa de piel que ya no me pertenecía, que ya no me quedaba bien, que nunca debí haber llevado puesta.

Subí la cremallera del abrigo con manos firmes, como si ese gesto simple sellara algo más que el frío. La tarde se colaba por los huecos del tejido, pero esta vez no me molestó. No dolía. No rozaba. Solo estaba ahí, acompañándome sin exigencias.

Caminé despacio. Sin mirar atrás. Sin detenerme. Sin necesidad de revisar el móvil, por si Lucas decía algo más, por si intentaba un último giro de guion que ya no me interesaba leer. No lo necesitaba. No esta vez. No más.

La ciudad seguía latiendo a mi alrededor con su ruido habitual: coches que pasaban sin mirar, luces que parpadeaban sin pausa, pasos cruzándose en todas direcciones, conversaciones ajenas que se perdían en el aire como humo. Pero, en medio de todo ese movimiento, hubo algo dentro de mí que se detuvo.

No de forma abrupta. No con dramatismo.
Se detuvo con suavidad.

Como cuando, por fin, encuentras el botón de pausa en una canción que te taladraba la cabeza.

Y no fue por él. Tampoco por Bruno. Fue por mí.

Porque a veces, lo que te rescata no es quien regresa, ni quien se queda, ni quien dice justo lo que esperabas oír. A veces, lo que te salva es ese instante exacto en el que decides que ya no vas a seguir rompiéndote para encajar en otro cuerpo. Que no vas a permitir que tu reflejo dependa del cristal desde el que te miren.

Que no vas a negociar tu paz cada vez que alguien no sepa cómo sostener tu luz.

No hubo aplausos. Ni música épica. Ni frases de esas que te dan ganas de subir a redes con un filtro bonito. Solo silencio.

Y el viento. Acariciándome la cara.

Mientras mis pasos, firmes por fin, se alejaban de una historia que ya no necesitaba seguir escribiendo.

Y en ese instante, lo supe: había llegado el punto final.

Y, casi sin darme cuenta, también… el inicio de algo que, por fin, era solo mío.

Capítulo 25: El plan (im)perfecto

—¿Lucas? ¿En serio, Elena?

La voz de Lola se deslizó por la mesa con el mismo peso que su mirada, una mezcla perfectamente equilibrada entre incredulidad genuina, "te lo dije" envuelto en terciopelo y esa paciencia que solo sobrevive en las amigas que ya han vivido suficientes dramas como para saber cuándo hablar… y cuándo revolver el café con violencia pasiva.

Estaba sentada frente a mí en nuestra cafetería de siempre, esa donde los vasos tenían nombres en tiza y los baristas se creían poetas. Su bufanda era desproporcionadamente grande para la temperatura que hacía, pero iba a juego con su cara de "esto me lo temía". Y no dejaba de remover su café con leche como si en el fondo esperara que apareciera alguna respuesta entre las espirales de espuma.

—¿Otra vez Lucas? —repitió, como si necesitara confirmar que, efectivamente, yo había vuelto a abrir la puerta del zoo emocional.

—No fue tan "otra vez" —repliqué, encogiéndome de hombros mientras me subía la bufanda hasta la nariz, no tanto por el frío como por el deseo absurdo de esconderme del juicio de su ceja izquierda.

—Fue un intento. Un parche emocional. Un "a ver qué pasa" que terminó como tenía que terminar: mal.

Lola soltó el aire por la nariz, pero no con enfado. No. Lo hizo con ese suspiro cargado de decepción mansa, como quien ya no tiene ganas de discutir, pero tampoco va a fingir que todo está bien. Ese tipo de decepción que no se grita ni se escenifica, pero se clava igual. La que se tiene con alguien a quien quieres tanto que el corazón te duele un poco cada vez que la ves tropezar con la misma piedra… aunque esta vez la piedra lleve un filtro nuevo, un abrigo caro y una promesa reciclada.

—¿Y mientras tanto, Bruno? —disparó Lola, sin anestesia, como quien lanza una piedra al centro del estanque para ver si algo se mueve debajo—. ¿Qué, lo metiste en una caja y lo etiquetaste como "contenido expirado"?

La frase me dolió un poco más de lo que estaba dispuesta a reconocer, pero solo bajé la mirada hacia mi taza, que ya se estaba quedando fría, como si ahí pudiera encontrar alguna defensa con sentido.

—No —dije, bajando la voz hasta casi no oírla yo misma—. Lo metí en el cajón del "me odia y no tengo derecho a buscarlo". En el de los imposibles. En ese donde guardas las cosas que sabes que no van a volver, no porque no las quieras, sino porque fuiste tú quien las rompió.

Respiré hondo.

—No quería ser esa que insiste. La que suplica. La que aparece cuando ya es tarde y todo lo que tiene para ofrecer es una disculpa a destiempo.

Lola dejó de remover el café. Me miró por encima de la taza, con esa seriedad suya que solo aparece en los momentos en que ya no hay espacio para paños calientes.

—Pues noticia para ti, cariño: ya es tarde. Así que si vas a hacer algo, que sea ahora. Antes de que el algoritmo lo empareje con otra. Porque no sé si lo sabes, pero hay gente ahí fuera que sube fotos de pareja antes incluso de saber el segundo apellido del otro.

Me reí. Pero no porque fuera gracioso. Me reí como quien suelta presión, como quien se da permiso para no llorar. Porque Lola tenía esa forma tan suya de mezclar verdades que escuecen con frases que podrían estar sacadas de una comedia romántica con final feliz… si es que yo me atrevía a escribirlo.

—¿Y qué se supone que haga? —pregunté, dejando caer los hombros con el peso de todas las ideas absurdas que se me habían

cruzado por la cabeza en las últimas horas—. ¿Le mando flores con una nota que diga: "Perdón por convertirme en mi peor versión justo cuando empezaba a quererte"? ¿Le grabo un vídeo con música dramática de fondo y subtítulos en blanco cursiva?

—No, Elena. —Lola dejó la taza sobre la mesa con un golpe suave, pero con ese tipo de firmeza que no acepta réplicas—. Vas a hacer algo mucho más radical.

La miré, con una mezcla de escepticismo y miedo. Porque si algo había aprendido de ella era que cuando usaba la palabra "radical", no estaba exagerando.

—Vas a encontrar a su hermana.

—¿Claudia?

—Sí. Claudia. La que te miraba raro en el desayuno como si ya supiera que ibas a cagarla. Esa. Esa que seguro ahora mismo te tiene bloqueada en Instagram, silenciada en los pensamientos y archivada como "persona non grata". Pero también esa que, si consigues que te escuche más de tres frases sin cortarte, podría ayudarte a recuperar lo que perdiste.

Tragué saliva.

—¿Y cómo se supone que consiga eso? ¿La invoco con un hashtag?

—Déjamelo a mí —dijo Lola, como si fuera a hackear el sistema de defensa nacional desde su móvil—. Tengo contactos. Tengo memoria. Y ese perfil lo vi una vez en un post. Me acuerdo del user, de la bio y hasta del filtro que usaba.

Abrió Instagram con la agilidad de quien lleva años en la resistencia digital.

—Dame veinte minutos.

No tardó ni quince.

El primer mensaje fue una especie de ruleta emocional. No había margen para adornos, ni espacio para suavizar la intención. Nada de emojis, ni puntos suspensivos estratégicos, ni ese tono amable que a veces usamos para edulcorar lo que, en realidad, no debería endulzarse. Era una apuesta a todo o nada. Palabras limpias, crudas, sin maquillaje. Como yo, justo en ese momento.

?? *Hola, soy Elena. Sé que probablemente no quieras saber nada de mí. Pero necesito hablar contigo. Solo cinco minutos. Por favor. Es importante.*

Lo envié con los dedos temblando, el corazón golpeándome el pecho como si quisiera recordarme lo estúpido que era seguir sintiendo esperanza, y la cabeza gritándome que me estaba exponiendo demasiado, demasiado tarde.

Y luego vino la espera.

Ese tipo de espera que no dura minutos, sino universos enteros. Cada segundo se estiraba con la elasticidad cruel de la incertidumbre. Tenía el móvil cerca, pero boca abajo, como si el gesto de no mirar directamente pudiera protegerme del rechazo. Pero no lo soltaba. No podía.

Actualicé el chat más veces de las que estaría dispuesta a reconocer en voz alta. Cada vez que la pantalla se iluminaba, el estómago se me encogía como si estuviera a punto de recibir el veredicto final de algo que ni siquiera sabía si seguía teniendo sentido. La mente, por su parte, hacía lo suyo: reproducir todos los escenarios posibles, desde el visto ignorado hasta el bloqueo silencioso, pasando por la indiferencia elegante o la respuesta cargada de reproche.

Y entonces… apareció. Una palabra.

Pequeña. Silenciosa. Demoledora.

"Visto."

Nada más. Solo eso. Pero suficiente para devolverme la respiración... y quitármela al mismo tiempo. La vi, parpadeando en azul, como una grieta diminuta en un muro que creí inquebrantable. Me quedé quieta, sintiendo cómo todo mi cuerpo se tensaba de forma casi imperceptible. La espera no había terminado. Solo había cambiado de forma.

Pasaron unos minutos más. Largos, densos, llenos de ese tipo de ansiedad que no necesita justificación, solo un poco de fe.

Y entonces llegó. No fue una avalancha de palabras ni una descarga de reproches. Fue una frase breve, directa, con la precisión quirúrgica de quien ya no está dispuesto a regalar ni una pizca de compasión:

?? *Te escucho. Pero solo una vez.*

Ahí estaba. La puerta entreabierta. El margen mínimo entre el adiós definitivo y la posibilidad —remota, temblorosa— de reconstruir algo que quizás ya no se podía tocar sin hacerlo pedazos.

Y lo supe. Era ahora. Sin espacio para titubeos, sin cabida para discursos pulidos o frases con efecto. Solo una oportunidad. Una. Y, por primera vez en semanas, el miedo no me frenó. Me empujó.

No es que no lo esperara, exactamente. Es que había una parte de mí —pequeña, silenciosa, pero constante— que ya había empezado a acostumbrarse a la idea de que esa respuesta no iba a llegar. Que tal vez el silencio era la única forma de cierre que me iba a permitir el universo esta vez. Así que cuando la notificación apareció en la pantalla, tan breve, tan clara, tan imposible de malinterpretar, sentí cómo algo dentro de mí se aflojaba… y al mismo tiempo, se tensaba de nuevo.

Me temblaron los dedos. No por el frío. No por el susto. Sino porque ese mensaje tenía el peso exacto de lo que había estado esperando

sin atreverme a admitirlo. Porque después de tantos días de suposiciones, de miedo a hacer más daño, de ensayar discursos que nunca creí que iba a pronunciar… por fin tenía una grieta por donde entrar.

Una rendija mínima.

Un hueco apenas visible entre todo lo que había roto.

Pero suficiente.

Y esta vez, lo supe con la misma certeza con la que sentía el pulso en el cuello, no pensaba desperdiciarla. No iba a entrar con excusas ni con dramatismos. Iba a entrar con verdad. Aunque temblara. Aunque doliera.

Porque si algo me quedaba claro, era que esa oportunidad no era un regalo.

Era una prueba.

Y estaba lista para enfrentarla.

Nos vimos dos días después, en un café pequeño de una esquina discreta. De esos que no necesitan escaparates grandes porque el boca a boca les basta. El sitio perfecto para una conversación que dolía antes incluso de empezar.

Claudia llegó puntual. Sin maquillaje. Con el pelo recogido en un moño alto, funcional, como su actitud. Llevaba una chaqueta de lana oscura y una expresión que no dejaba espacio a rodeos: una mezcla entre escepticismo, agotamiento y ese tipo de firmeza que solo tienen las mujeres que ya han visto a demasiadas personas romperse —o romper a otros— como para perder el tiempo con promesas vacías.

Se sentó sin quitarse el abrigo. Sin saludar. Sin sonreír. Solo dejó el bolso sobre la silla contigua y cruzó los brazos, como si esa postura fuera su escudo personal.

Yo me senté frente a ella. Con el corazón en la garganta. Con las manos húmedas por los nervios y la culpa. Y con esa certeza incómoda de que, por más que hubiera ensayado lo que iba a decir, nada iba a salir como lo había planeado.

Pero no tuve que buscar las palabras. Claudia fue directa. Afilaron las suyas como si llevara días preparándolas.

—Si vas a decirme que te equivocaste, hazlo ya. No tengo mucho tiempo —soltó, sin alterar el tono, pero con la contundencia de quien ya no cree en segundas versiones.

No tragué saliva. No adorné la respuesta. No había margen para estrategias.

—Me equivoqué. Muchísimo —dije, con la voz firme pero sin disfraz —. No voy a justificarme. Ni a reescribir lo que pasó. No quiero convencerte de nada. Solo quiero que me ayudes… a que me escuche. Una sola vez. Cinco minutos. Lo que sea. Solo eso.

Ella me miró. Fija. Como quien intenta decidir si tengo más ganas de redención que de protagonismo. Como si pudiera ver debajo de mis palabras y detectar si hablaba desde el ego o desde el corazón… y por primera vez en mucho tiempo, yo sabía la diferencia.

—¿Y por qué ahora? —preguntó. Pero no con reproche. Sino con esa mezcla de duda y cansancio que se siente cuando alguien ya no está segura de que valga la pena volver a apostar.

—Porque ya no quiero convencerle de que me dé otra oportunidad —confesé—. No quiero insistir para tenerle cerca. No quiero decirle que me elija. Solo quiero que sepa que lo siento. De verdad. Que lo quiero. Y que, aunque no vuelva, no voy a permitir que su último recuerdo de mí sea una broma cruel disfrazada de autodefensa. Quiero que sepa que me arrepiento. No para que regrese. Sino para que no se lleve la peor versión de mí como cierre.

El silencio entre nosotras duró más que el café que aún no habíamos pedido. Se instaló con el peso de las palabras no dichas y con la

honestidad que ya no podía disfrazarse.

Claudia me sostuvo la mirada durante unos segundos que se me hicieron eternos. No dijo nada al principio. Solo se quedó ahí, quieta, evaluándome con esa precisión quirúrgica que tienen las personas que ya han visto a otros fallar demasiadas veces. Y yo me dejé mirar. Porque por una vez, no tenía intención de esconderme. Ni de fingir que no me temblaban las ganas.

Entonces, bajó los hombros. No como quien se rinde, sino como quien suelta una resistencia que ya no tiene sentido seguir sosteniendo. Soltó el aire despacio, con una lentitud casi medida, y cuando por fin habló, su voz tenía algo más de piel que de piedra.

—Voy a intentarlo —dijo, sin adornos, sin énfasis, pero con la firmeza justa de quien no da segundas oportunidades a la ligera—. Pero si te presentas delante de él… más te vale no cagarla otra vez.

No fue una advertencia vacía. Fue una línea trazada con claridad, con peso, con historia detrás.

Y, aun así, supe que en esas palabras había algo más que una amenaza o un ultimátum.

Había una rendija. Un gesto. Una grieta entre todo lo que había sido muro.

Y ahí, justo ahí, entendí que tenía algo mejor que una promesa. Tenía una oportunidad real. Una posibilidad, por pequeña que fuera, de mostrarle a Bruno que esta vez no venía a reescribir el pasado, sino a no manchar más el recuerdo.

Y esta vez, no pensaba titubear. No pensaba improvisar.

Esta vez, iba a llegar con las manos limpias y el corazón abierto.

Porque cuando alguien, incluso con dudas, decide darte una última posibilidad… lo mínimo Y entonces, por primera vez en semanas —o quizás meses, si era honesta conmigo misma— sentí algo distinto.

No alivio. No euforia. Tampoco esa felicidad inmediata que prometen los libros de autoayuda con portadas pastel.

Era otra cosa. Una sensación leve pero poderosa. Como un latido que vuelve tras un largo silencio. Como el cosquilleo de un músculo que despierta después de haber estado entumecido.

Era vértigo. Pero del que no nace del miedo, sino de la posibilidad.

El tipo de vértigo que se siente justo antes de saltar, cuando no sabes si vas a caer o a volar, pero decides hacerlo igual, porque quedarte quieta ya no es opción.

No tenía garantías. Ni promesas. Ni una hoja de ruta clara.

Lo único que tenía era un hilo frágil tirando de mí hacia algo que, por primera vez en mucho tiempo, no sabía si iba a doler… pero quería descubrirlo igual.

Porque el plan no era perfecto. Ni siquiera se acercaba. Estaba hecho a pulso, con remiendos de intuición, costuras de arrepentimiento y un par de frases que aún no sabía si iba a ser capaz de decir en voz alta. Pero era real.

Una rendija en esa pared que llevaba semanas volviéndose piedra, un intento sin red, una frase pendiente de respuesta que, aunque temblorosa, era sincera.

Y a veces —lo entendí allí mismo, sentada frente a Claudia, con su "más te vale no cagarla otra vez" aún rebotando en mi cabeza— eso es suficiente: una chispa que pone en marcha lo que parecía apagado, que da permiso para volver a creer, para escribir una historia que, aunque no sepas si tendrá un final feliz, al menos merezca ser contada.

Y en ese momento, lo supe. Quería contarla. Con miedo, sí. Con dudas. Con cicatrices que ya no dolían, pero que tampoco se habían borrado. Pero también con la verdad.

Y, por primera vez, con todo el corazón.

Capítulo 26: Donde terminamos (y empezamos)

Claudia eligió el sitio con una precisión quirúrgica, como quien conoce el terreno emocional en el que se va a librar una batalla y necesita que cada elemento juegue a su favor. No fue un café cualquiera, ni una esquina transitada, ni uno de esos lugares neutros donde las emociones pueden diluirse entre el ruido y el paso acelerado de la gente. No. Eligió un rincón de calma intencionada, un refugio escondido entre calles secundarias, con paredes color terracota, sillas de madera que crujían con cada mínimo movimiento —como si quisieran sumarse a la conversación—, y mesas pequeñas con bordes redondeados, pensadas más para las confesiones que para las prisas.

El tipo de sitio donde el tiempo se ralentiza y las palabras pesan un poco más. Donde el café llega en tazas tan grandes que hace falta abrazarlas con las dos manos, y la luz no hiere, solo acaricia lo suficiente como para que las verdades no parezcan una sentencia.

Ahí, en ese escenario cuidadosamente escogido para que todo doliera lo justo y no más, Claudia escribió el primer acto. Le mandó a Bruno un mensaje seco, sin signos de exclamación, sin pistas ni adornos, como si no quisiera darle tiempo ni margen para negarse:

—Te veo en media hora. Nada raro. Solo tú y yo. Un café.

Y Bruno fue.

No porque creyera que fuera solo un café. No porque no sospechara. Sino porque con Claudia no se discute, no se pospone y no se ignora. Porque a veces, cuando el orgullo está tan cansado como el corazón, lo único que queda es decir que sí. Porque había algo en él que ya no tenía fuerzas para mantenerse en pie y resistir, que solo quería sentarse frente a alguien que no le exigiera explicaciones, aunque las mereciera todas.

Llegó puntual. Sin prisas. Con la chaqueta arrugada por haber dormido mal —o no haber dormido en absoluto—, con las manos

enterradas en los bolsillos como si ahí pudiera esconder también lo que le pesaba por dentro.

Llevaba el pelo revuelto, la mandíbula tensa y esa mirada de quien ha ensayado todas las maneras de estar bien… sin conseguir ninguna. Se detuvo un segundo en la puerta, como quien duda si empujarla o dar media vuelta, y al final entró. Porque una parte de él, pequeña pero persistente, sabía que ese no era un encuentro cualquiera. Y porque, aunque no lo admitiera aún, parte de él esperaba que el ruido que llevaba dentro encontrara por fin algo de tregua.

Cuando empujó la puerta del local, no lo hizo con prisa. Tampoco con convicción. Solo con ese gesto automático de quien ha dicho que sí sin saber del todo a qué. Esperaba encontrar a su hermana. A Claudia. Tal vez ya sentada, tal vez aún pidiendo café, tal vez con la misma expresión neutral que usaba cuando sabía más de lo que decía. La buscó con la mirada en cuanto cruzó el umbral, con la esperanza de que aquella cita imprevista no exigiera demasiado de él. Pero no la vio.

En su lugar… la vio a ella.

A Elena.

Sentada en la mesa del fondo, encogida sobre sí misma como si la silla se le quedara grande, con una taza entre las manos que parecía más un salvavidas que una bebida caliente. Tenía los dedos aferrados al borde de la porcelana como si soltarla significara derrumbarse por completo, y la vista fija en la entrada como si cada segundo sin verle aliviara un poco… o doliera el doble. El pelo lo llevaba recogido de cualquier manera, como quien no encuentra energía para pensar en peinarse.

El rostro estaba desnudo de maquillaje, pero cargado de todo lo demás: de insomnio, de tristeza acumulada, de culpa que no encontraba aún por dónde salir.

No era la Elena que se subía a stories con luz perfecta y frases ingeniosas. No era la que llenaba colaboraciones con marcas ni posaba como si no le pesara nada. Era la otra. La de verdad. La que lloraba sin necesidad de público. La que ahora lo miraba con unos ojos enormes y rotos, como si el simple hecho de tenerle delante le descolocara hasta el alma.

Y esa era, precisamente, la versión que más dolía.

Bruno se quedó quieto, como si la escena se hubiera congelado a su alrededor y solo él pudiera moverse… aunque no supiera hacia dónde. Podía sentir cómo su pecho se tensaba bajo la camiseta, cómo la sangre le golpeaba en las sienes, cómo el corazón —ese traidor silencioso— empezaba a hacer ruido justo ahora, justo frente a ella. No había esperado esto. No estaba preparado. Y, aun así, una parte de él —la que aún no había conseguido olvidarla— no se sorprendía.

Tragó saliva. Dio un paso hacia atrás. El impulso fue automático. Como si aún tuviera tiempo de huir. De fingir que no la había visto. De salirse por la tangente de lo que podría romperle otra vez. Tenía ya la mano en la manilla de la puerta, dispuesto a hacer lo que mejor sabía: marcharse antes de exponerse, antes de dejar que la herida volviera a abrirse… cuando la escuchó.

—Por favor. No te vayas.

Su voz no fue alta. Ni suplicante. Fue apenas un susurro. Una grieta. Pero fue suficiente. Porque Bruno, por mucho que intentara convencerse de lo contrario, nunca había sabido ser inmune a ella.

No gritó. No suplicó. No dramatizó. Fue una frase desnuda, simple, dicha desde ese lugar al que no se llega por impulso, sino por dolor. Una súplica vestida de dignidad. Una grieta por donde se colaba algo que, pese a todo, aún se parecía al amor. Y Bruno, por mucho que hubiera ensayado su huida, por mucho que su orgullo le empujara hacia la salida, no supo ignorarla. No pudo.

Giró sobre sus talones con la lentitud de quien se enfrenta a una herida que aún no ha cerrado del todo. Con el pecho encogido y el pulso acelerado. Con el pasado entero apretándole la garganta como una bufanda demasiado tensa en pleno verano. La miró de frente. Ni un paso más lejos. Ni un paso más cerca. Y caminó hasta la mesa como si cada paso pesara lo mismo que todos los silencios acumulados.

Se sentó frente a ella. Sin ceremonia. Sin tregua.

Sin quitarse la chaqueta, como si todavía necesitara una barrera. Como si soltar cualquier capa fuera entregar demasiado. Mantenía los puños cerrados, los codos apoyados con tensión en los muslos, los hombros erguidos no por seguridad, sino por defensa. No había disfraz. No había cinismo. Solo una vulnerabilidad mal contenida detrás de unos ojos que ya habían llorado a solas todo lo que no estaban dispuestos a mostrar.

El silencio fue espeso. Largo. Una pausa sin red. Hasta que por fin habló. Su voz fue seca. Controlada. Casi sin matices. Como si cada palabra le doliera en la lengua.

—No sé si quiero escucharte —dijo, sin rodeos, sin azúcar, sin disfrazar lo que sentía—. Pero aquí estoy.

Elena bajó la mirada durante un segundo. No por vergüenza. Ni siquiera por miedo. Sino por respeto. Por entender que ese gesto, ese simple "estar", ya era más de lo que podía haber esperado. Luego volvió a mirarlo. Firme. Clara. Con los ojos ligeramente humedecidos pero la voz templada. Como quien ha dejado de temer al rechazo porque ya ha vivido la pérdida. Como quien ya no está ahí para suplicar una segunda oportunidad… sino para no irse sin decir lo que debía haber dicho mucho antes.

Y entonces, habló.

—No vengo a pedirte que me perdones hoy —empezó, y su voz no temblaba, pero se notaba que venía de un lugar al que no se llega

sin haber pasado antes por el miedo—. Ni siquiera vengo a pedirte que volvamos. No sé si eso es posible. No sé si tú aún quieres. No sé si yo sabría cómo hacerlo sin romperlo de nuevo.

Hizo una pausa. Una de esas que no se planean, que nacen cuando el corazón necesita recuperar el aliento.

—Solo necesitaba verte. Decírtelo. Que lo siento. Que me equivoqué. Que no supe manejarlo. Que te fallé justo cuando empezaba a sentir que lo nuestro no era un juego, ni una historia bonita para contar. Era real. Tan real que me dio miedo. Y en vez de cuidarlo, lo disimulé. Lo envolví en sarcasmo. Lo travestí de estrategia. Como si decirlo de verdad fuera más peligroso que perderlo.

Bruno no parpadeó. No bajó la mirada. No se inclinó hacia adelante. Solo respiró. Profundo. Largo. Como si cada palabra de ella le llegara hasta las costillas. Como si doliera… pero necesitara que doliera.

—Estoy enamorada de ti —dijo Elena, y no hubo música de fondo, ni un gesto melodramático. Solo la verdad dicha en voz clara, sin adorno, sin prisa, sin necesidad de que la creyera en ese momento exacto—. Lo supe cuando ya no estabas. Cuando abría el móvil y no veía tu nombre. Cuando cada silencio era un eco de todo lo que no dijiste. Cuando dejaste de responder. Cuando vi cómo me dolía… que no me doliera por Lucas. Sino por ti. Solo por ti.

El silencio que siguió no fue hostil. No fue de esos que enfrían el aire. Fue un silencio que pesaba. Que tenía forma. Que necesitaba estar ahí para que todo lo dicho pudiera asentarse.

Bruno bajó un poco los hombros. Sus manos seguían cerradas. Pero su mirada ya no estaba llena de contención. Estaba llena de recuerdos. De dudas. De cicatrices que todavía escocían, pero que, por un segundo, parecían respirar.

—No sabes lo que me costó no escribirte —murmuró al fin—. No sabes lo jodido que ha sido ver cómo me dolías todos los días… y aún así creer que no tenía derecho a decírtelo. Porque me hiciste

sentir que era un producto. Una pieza en tu escaparate. Una anécdota que ibas a contar cuando ya no te hiciera daño.

—No lo eras —interrumpió ella, bajito—. Nunca lo fuiste. Solo… no supe cómo mostrarte que te veía de verdad.

Bruno asintió. No en señal de aprobación. Sino como quien acepta que el daño ya está hecho, pero que, tal vez, todavía queda algo entre los restos que vale la pena salvar.

—No te voy a decir que confío en ti ahora —dijo, con sinceridad cruda—. Porque no puedo. Porque me rompiste algo que no se repara en un café ni en una frase bonita. Pero sí puedo decirte que todavía siento. Que no te he borrado. Que te llevo aquí —se señaló el pecho— aunque no quiera.

Elena cerró los ojos un instante. Como si esa frase le hubiese tocado algo que había mantenido a raya durante semanas.

—Entonces... ¿qué hacemos con esto?

Bruno la miró. Con la calma que solo llega cuando ya se ha llorado suficiente.

—Lo que quieras. Pero despacio. Con pasos de verdad. Sin filtros. Sin hashtags. Sin escaparates.

Ella sonrió. Pequeño. Tímido. Como quien no quiere asustar a la esperanza que acaba de posarse en su mesa.

Y él, por fin, se inclinó hacia adelante. No mucho. Solo lo justo para que sus manos se rozaran sobre la mesa. Y ese roce, mínimo pero eléctrico, fue más que un perdón. Fue una promesa de que tal vez… todavía no estaba todo perdido.

—Yo también te quiero —dijo, y la frase no salió con fuegos artificiales ni con una banda sonora detrás. Salió despacio. Dolida. Honesta. Cayó sobre la mesa como una lluvia suave tras semanas de sequía, mojando lo justo para que algo nuevo pudiera empezar a

crecer. Y dolió. Porque era verdad. Porque seguía siendo verdad. A pesar de todo.

Elena tragó saliva. No dijo nada al principio. Solo lo miró con esa forma suya de mirar que no empuja, que no exige, pero que abraza sin tocar.

Bruno bajó un poco la mirada. Respiró. Se pasó una mano por la nuca como si necesitara aflojar algo que llevaba demasiado tiempo apretando.

—Pero estoy herido —continuó, sin dramatismo—. Y no sé si podría soportar volver a abrirme si esto vuelve a salir mal. No sé si tengo otro derrumbe dentro. No ahora.

Elena se inclinó hacia él. No fue un gesto impulsivo. No fue un acercamiento romántico de película. Fue una necesidad callada de que sus palabras llegaran limpias, sin rebote, sin interferencia. No para tocarlo. No para convencerlo. Solo para que supiera que lo estaba escuchando de verdad.

—Entonces vamos despacio —dijo, con voz baja pero firme—. Sin expectativas. Sin grandilocuencias. Sin promesas que no podamos cumplir. Solo tú y yo. A esta distancia. Con este miedo. Pero también con esta posibilidad. Aprendiendo a conocernos otra vez. Sin escapar. Sin disfraces.

Bruno la miró como si esa frase hubiera encajado justo en el hueco donde dolía. Como si en medio del cansancio, del orgullo y del recuerdo, por fin algo hiciera clic sin romper.

—Y sin grabarlo todo —murmuró. No con reproche. Con deseo. Como quien pide intimidad como condición para sanar.

Elena asintió. Lenta. Seria.

—Sin grabarlo. Solo vivirlo.

No hubo música. No hubo declaración en voz alta. No hubo testigos ni dramatismo escénico. Solo ellos dos. En una mesa de madera gastada. Con las tazas aún medio llenas. Con las heridas abiertas pero respirando.

Y entonces, Bruno se inclinó. No de golpe. No con hambre. Con la calma del que elige quedarse. Se acercó. Se detuvo un segundo. Esperó una señal que no hizo falta. Porque ya estaba. Porque los dos sabían.

Y la besó.

No fue un beso ansioso ni desesperado. No fue un intento de borrar el pasado a golpe de labios, ni una forma de disfrazar el dolor con deseo. Fue un beso lento, contenido, lleno de una ternura tensa que llevaba semanas pidiendo paso. Fue un roce primero tembloroso, como si los dos necesitaran comprobar que el otro seguía allí, que no eran solo memoria o deseo. Luego, un poco más profundo. Un poco más cerca. Un poco más todo.

No hubo prisa. Ni ruido. Ni necesidad de que el mundo los entendiera. Solo dos personas rotas, que se encontraban por segunda vez como si la primera no hubiera dolido tanto. Sus bocas se reconocieron sin tener que recordarse. Se buscaron como quien roza una cicatriz sabiendo que debajo todavía hay algo que late. Como quien se inclina hacia lo que duele… porque también es lo que más ha hecho sentir.

Elena apoyó una mano en su mejilla, como si necesitara anclarlo a la realidad, como si su piel fuera la única certeza que podía tocar. Bruno no dijo nada. No hizo nada más que corresponderle con una dulzura que no había mostrado en semanas. Porque él también tenía miedo. Porque él también sabía que ese beso era arriesgarlo todo otra vez. Que si se rompía, dolería el doble. Pero eligió quedarse.

Cuando se separaron, no fue por falta de ganas. Fue por respeto. Por cuidado. Por esa necesidad de respirar para no perderse del todo.

Y entonces, se miraron.

No con urgencia. No con deseo disfrazado de romanticismo. Se miraron con la profundidad de quienes han estado al borde del abismo y aún así se han elegido. Con esa mezcla de pudor y alivio que solo se da cuando, pese a todo, decides quedarte. Aunque duela. Aunque dé miedo. Aunque no haya garantías.

No hubo frases ingeniosas. Ni declaraciones altisonantes. No hubo un "te echaba de menos" ni un "perdóname otra vez" decorando el momento. Solo silencio. Pero un silencio habitado. Lleno. Un silencio en el que las palabras hubieran sobrado porque ya lo habían dicho todo: con las pausas, con las manos temblorosas, con las heridas abiertas. Con ese beso que no pretendía reparar nada, pero sí empezar a construir algo desde otro lugar.

Elena bajó un momento la mirada, como si el peso de lo que acababa de pasar necesitara reposar en su pecho antes de asentarse. Bruno respiró hondo, apoyó una mano en la mesa y soltó el aire como si, por fin, pudiera liberar algo que llevaba tiempo apretando.

Y ahí estaban.

No en un final feliz. No en una escena cerrada con moño y banda sonora. Estaban en el principio más verdadero que habían tenido nunca. En la rendija por donde entraba la luz. En el espacio justo entre lo que dolió y lo que todavía podía sanar.

Porque a veces el silencio no es ausencia.

A veces, el silencio es la forma más sincera de quedarse.

Es un refugio donde las palabras no alcanzan, pero los gestos sí.

Es un pacto sin firma.

Una hoja en blanco donde, por fin, los dos están dispuestos a escribir desde la misma línea, sin tachones, sin filtros, sin guiones

impuestos.

Con todas las versiones de sí mismos sobre la mesa. Incluso las que duelen. Incluso las que aún sangran.

Porque lo habían aprendido a la fuerza: lo que vale la pena no siempre grita. No siempre entra con fuegos artificiales. A veces llega despacio. A veces tiembla. A veces se construye en voz baja.

Pero lo importante… es que se queda.

Y esta vez, lo harían bien.

Despacio. Juntos. Reales.

Y eso, al fin, era suficiente.

Capítulo 26: Entre ramas y certezas

La idea de una cita de verdad no fue premeditada. No vino envuelta en un discurso cuidadosamente construido ni se deslizó entre líneas con el tono solemne de una promesa. Fue más bien un impulso suave, de esos que nacen en el pecho antes que en la cabeza, lanzado al aire justo cuando parecía que el silencio iba a instalarse de nuevo entre dos personas que aún estaban aprendiendo a encontrarse sin tropezar con lo que fueron.

Bruno fue quien rompió la pausa. Bajó la mirada, como si buscara las palabras entre las vetas del suelo, y cuando por fin habló, su voz salió baja, sin adornos, pero con una determinación que no necesitaba gritar para notarse.

—Vamos a hacer algo distinto, ¿te parece?

Elena alzó los ojos, sorprendida. No tanto por la pregunta como por el tono. Ese tono. El que recordaba de los comienzos, de los días donde no hacían falta traducciones ni máscaras, cuando todo era posibilidad y aún no sabían que el amor también podía doler.

—¿Distinto cómo? —preguntó, y su voz, aunque tranquila, llevaba la precaución de quien no quiere pinchar la burbuja que apenas empieza a tomar forma.

Bruno se encogió de hombros, pero con esa media sonrisa que, aunque no fuera amplia, decía más que cualquier palabra. Era una sonrisa que pedía tregua sin mendigarla, que ofrecía un pedazo de calma sin condiciones.

—Nada de pantallas. Nada de escenarios montados para la foto perfecta. Nada de filtros ni sonrisas estudiadas para encajar. Solo tú y yo. Sin guion. Sin fondo de película. Con comida decente, aire limpio, árboles alrededor y un silencio que no nos presione a llenar cada hueco.

Elena no respondió al instante. Lo observó en silencio, como si buscara alguna fisura en la propuesta. No porque dudara de él, sino porque todavía no terminaba de confiar en la idea de que lo bueno pudiera volver sin herir. Pero no encontró trampas en sus ojos. Ni señales de que aquello fuera un ensayo para otra decepción. Solo vio a Bruno, sin defensas, sin planes ocultos. Esperando.

Y entonces asintió. Fue un gesto mínimo, apenas un movimiento de cabeza, pero en ese asentimiento breve y honesto había más peso que en cualquier declaración.

Porque a veces, el perdón no llega en forma de discurso. A veces se insinúa con una intención sencilla. Con un gesto que no exige. Con una propuesta que no hiere. Se construye con tiempo, con pausa, con respeto. Y empieza así: Con un plan. Uno pequeño. Uno que no duela.

La tarde antes de la cita, Elena se miró al espejo más veces de las que estaba dispuesta a admitir. No era vanidad. Era vértigo. Esa mezcla inquietante de ilusión y miedo que se instala justo entre las costillas cuando sabes que algo importante está a punto de pasar. Que *podría* salir bien. Que también *podría* romperte otra vez.

No era la ropa. Ni el maquillaje. No era el delineado perfecto ni el labial de tono natural que se había puesto y quitado tres veces. Era otra cosa. Era ese deseo silencioso de gustarle... pero no como influencer. No como personaje. No como *ella, la de las redes*. Quería gustarle como mujer. Como persona. Como Elena. Solo Elena. La que se recoge el pelo, se lo suelta, se lo vuelve a recoger, y suspira frente al armario como si entre blusas y vaqueros pudiera encontrar una versión de sí misma que no tuviera miedo.

Mientras tanto, a kilómetros de distancia, Bruno abría una cesta de picnic que no tocaba desde hacía años. Ni siquiera recordaba por qué la había guardado. Solo que ahí estaba, al fondo del armario, con el asa un poco deshilachada y ese olor inconfundible a madera vieja y tardes que nunca llegaron a pasar.

Fue llenándola despacio, sin prisa, como si cada cosa que colocaba en su interior —el pan recién horneado, el queso curado envuelto en papel vegetal, la botella de vino blanco aún fría, las servilletas dobladas con torpeza— fuera un gesto. Una forma de decir *me importa* sin tener que pronunciarlo.

También añadió fresas. Las mismas que casi olvida en la parte baja del frigorífico, pero que acabaron en un tarro de cristal, listas para compartir. Y una manta de cuadros. De esas gruesas, que pican un poco pero abrazan el suelo con dignidad. La sacudió al aire y pensó en cómo se vería extendida junto al lago. En si ella se sentaría con las piernas cruzadas. En si volvería a reírse como antes.

Revisó el mapa con una concentración casi absurda, como si cada línea, cada curva del terreno o cada indicación mínima pudiera decirle algo más que coordenadas. No buscaba solo un lugar bonito: buscaba un espacio que se sintiera neutral pero acogedor, donde no pesara el pasado, donde no doliera el futuro. Un lugar que no les recordara nada… pero que, con suerte, pudiera empezar a significar algo nuevo.

Eligió un bosque. Uno que no estaba ni demasiado cerca ni demasiado lejos. Lo suficientemente escondido como para que nadie los interrumpiera, pero con la belleza justa para quedarse en la memoria. Tenía árboles altos que dejaban filtrar la luz en haces dorados, un sendero estrecho cubierto de hojas secas, y al final, un pequeño lago de superficie quieta, de esos que reflejan el cielo y devuelven el silencio sin exigir explicaciones. Un sitio pensado para quedarse un rato más de la cuenta. Para bajar la voz. Para mirarse sin tantas palabras.

No lo escribió. No lo dijo en voz alta. Pero mientras guardaba el mapa de vuelta en el cajón, lo supo. Y Elena también. Porque esa cita no era un gesto casual ni una salida improvisada; no era una excusa para pasar el rato ni una forma amable de cerrar algo que parecía agotado. Era, simplemente, el principio.

No de algo perfecto, pero sí de algo honesto.

Una primera vez sin promesas grandilocuentes, pero con el deseo genuino de hacer las cosas bien; sin necesidad de definir lo que aún no tiene nombre, porque lo esencial ya estaba claro: querían caminar hacia el otro, sin máscaras ni disfraces, dejando espacio a lo que pudiera nacer entre ellos.

No era amor todavía. Pero ya empezaba a sentirse peligrosamente cerca.

Caminaron entre árboles altos, dejando que la conversación se diluyera en el ritmo pausado de sus pasos. No hacía falta hablar. El crujido de las hojas secas bajo sus pies y el murmullo del agua a lo lejos bastaban para llenar el espacio. Bruno llevaba la cesta en una mano, y con la otra, a ratos, buscaba los dedos de Elena. No era un gesto constante, ni calculado. Era casi instintivo. Como si el cuerpo supiera antes que la mente que necesitaba ese contacto, aunque fuera breve. Aunque fuera torpe.

El sendero se fue estrechando a medida que avanzaban, y cuando finalmente el bosque se abrió en un claro junto al lago, todo se detuvo un instante. El agua reflejaba el cielo con una calma inquietante. Las ramas se mecían suavemente y el aire olía a tierra húmeda y a resina. Bruno desplegó la manta sobre la hierba como si fuera un ritual, cuidando que ninguna esquina quedara arrugada. Elena se sentó primero, doblando las piernas como una niña. Él la imitó enseguida, colocándose frente a ella, con las rodillas casi tocándose, con los ojos más en ella que en la comida.

Comieron sin prisa, como si el tiempo hubiera decidido tomarse un respiro también. Compartieron un pan crujiente que soltaba migas sobre la manta, con una corteza dorada que se rompía al tacto y un interior aún tibio que olía a hogar. Untaron el queso, semiblando, que se ablandaba con la tibieza del mediodía y se deshacía entre los labios como si no quisiera durar demasiado. Las fresas, dulces hasta

el descaro, les tiñeron las yemas de rojo y dejaron manchas en la servilleta que ninguno se molestó en limpiar del todo.

Brindaron con vino blanco, frío y suave, que les acarició la garganta y, sin querer, les desató la lengua. Entre sorbo y bocado, las palabras empezaron a deslizarse sin mapa ni guion. No hablaron de ellos. No todavía. Era como si ambos supieran —sin necesidad de acordarlo— que esa conversación merecía otro momento, otra temperatura. Así que eligieron caminos secundarios: canciones que no soportaban, anuncios que les ponían nerviosos, olores que los llevaban directo a la infancia, a la casa de una abuela, a un verano en la playa, a un recuerdo que creían olvidado.

Las anécdotas fluían con torpeza encantadora. A veces se pisaban las frases, se interrumpían, se reían más de la forma en que lo decían que del contenido en sí. Y cuando uno se detenía, el otro lo miraba con una mezcla de complicidad y curiosidad que ya no pedía permiso, solo disfrutaba de la presencia. Las miradas se alargaban un poco más de lo necesario, como si en ese contacto visual pudieran decirse lo que todavía no se atrevían a pronunciar con la voz.

Y luego, sin necesidad de pactarlo, sin que ninguno tuviera que cortar la conversación, llegó el silencio. No fue brusco, ni incómodo. Se deslizó entre frase y frase con la naturalidad de quien ya se siente en casa. Era un silencio sereno, que no reclamaba nada, que no exigía ser llenado. Un silencio lleno de presencias, no de ausencias.

Uno de esos silencios raros, de los que solo existen cuando ya no hace falta demostrar nada. Y que, de algún modo, dicen más que cualquier historia bien contada.

Elena se inclinó hacia él con la lentitud de quien no tiene prisa por llegar, solo el deseo firme de estar. No hubo anuncio, ni gesto dramático, ni siquiera una respiración más profunda que lo delatara.

Solo el movimiento suave y deliberado de su cuerpo acercándose, buscando sin palabras una proximidad que ya no requería explicación. Sus labios rozaron la mejilla de Bruno con una ternura casi tímida, como si no supiera si tenía derecho a ese contacto pero, aun así, necesitara hacerlo. Fue un roce leve, apenas una caricia suspendida entre la duda y el deseo, que se quedó un segundo más del necesario, como si el tiempo también quisiera asegurarse de que no era un error.

Bruno cerró los ojos. No por pudor, ni por sorpresa. Los cerró como quien intenta retener un instante que podría desvanecerse si lo mira demasiado de frente. Y cuando los abrió, su brazo ya había encontrado el camino hasta su cintura. No la atrajo hacia él con urgencia. No fue una demanda, fue un gesto suave, cuidadoso, como si sus cuerpos llevaran tiempo ensayando esa cercanía en sueños, y ahora solo tuvieran que dejarse guiar por la memoria.

Se buscaron. No con las manos, sino con la presencia entera. Con la piel, con el olor, con la respiración que se sincronizaba sin pretenderlo. Se encontraron sin ruido, sin fuegos artificiales. Solo con la certeza muda de que ese instante no era un capricho, ni una recaída, ni una excusa. Era reconocimiento. Era un "te veo" que nacía desde adentro.

No fue como en el ascensor. Ni como en la ducha. No hubo paredes apretando la urgencia ni una historia reciente tensando los gestos. No estaban escapando de nada. Tampoco tratando de arreglarlo todo con una caricia. Esta vez no buscaban una tregua. Solo querían habitar el presente sin más propósito que estar ahí.

Se tocaron con reverencia. Con esa clase de respeto que nace no del miedo, sino de la importancia. Cada movimiento era una frase sin pronunciar. Un "te he echado de menos" sin dramatismo. Un "estás aquí" que no necesitaba más verbo. Elena le desabrochó la camisa con una delicadeza casi ceremonial, como si desenvolviera algo frágil que temía romper. Bruno, por su parte, le fue bajando los tirantes

del vestido por los hombros con lentitud, con una atención que no buscaba desnudar, sino acompañar.

No había ansiedad. No había vértigo. Solo una certeza callada que se posaba sobre ellos como una manta invisible. Las risas surgían de vez en cuando, suaves, sin estridencias, como si la ternura también quisiera tener un lugar entre tanto silencio. Los suspiros no eran invitaciones, ni urgencias. Eran respuestas. Confirmaciones. Puentes entre el cuerpo y el alma.

Y en ese claro, entre ramas altas y un cielo que parecía aguantar la respiración, no hubo nada más importante que ese encuentro. No como clímax. No como resolución. Sino como una verdad que, por fin, no necesitaba ser defendida.

El bosque, el lago, el cielo… todo parecía contener la respiración, como si la naturaleza misma supiera que algo sagrado estaba a punto de suceder. El viento, que hasta entonces había jugado entre las ramas, se volvió quieto. Las hojas suspendieron su danza, como si se negaran a interrumpir lo que ocurría sobre aquella manta extendida con torpeza pero cargada de intención. Hasta el sol pareció ponerse de acuerdo, colándose entre los árboles en haces tibios y suaves, dorando pieles, resaltando contornos, acariciando sin prisa la escena que no necesitaba testigos.

Se hicieron el amor como quien se encuentra después de una larga búsqueda, sin necesidad de máscaras ni de barreras. No hubo prendas apresuradas ni gestos urgentes, solo piel que se reconocía y miradas que se sostenían, abiertas, vulnerables, sin desviar la atención ni por un instante. Los dedos se entrelazaron con la misma firmeza con la que uno se agarra a una verdad que por fin ha decidido quedarse. Los cuerpos se acercaron como si recordaran un mapa común, dibujado a base de deseo, ternura y tiempo.

No se trataba de poses ni de ritmo. No había coreografía, solo respiración compartida y silencios que se llenaban de sentido. Los movimientos eran pausados, precisos, como si el momento los

guiara con una paciencia que no exigía llegar a ninguna parte. Porque no estaban buscando un clímax. Estaban ahí, simplemente. Presentes. En el lugar exacto al que habían llegado después de tantas ruinas, y que, por fin, parecía hogar.

No fue una conquista ni una tregua. Fue un encuentro profundo, limpio, íntimo. De esos que no necesitan cámara ni caben del todo en las palabras.

Y cuando el pulso se fue calmando y el mundo volvió a moverse a su alrededor, se quedaron así. Enredados. Él con la mejilla apoyada en su frente, absorbiendo su aliento como si fuera medicina. Ella con los dedos dibujando círculos lentos sobre su pecho, no para acariciarlo, sino para recordarse que estaba ahí. Que él estaba ahí. Que habían llegado.

No hablaron. No lo necesitaron. Porque el silencio que flotaba entre ellos no era tenso ni denso. Era pleno. Era ese tipo de silencio que aparece cuando, por fin, hay algo que llena el hueco que antes dolía.

Y entonces, en ese claro del bosque donde el cielo empezaba a despejarse y la luz se colaba con una ternura casi líquida, entendieron —sin necesidad de decirlo— que estaban en el mismo lugar. No solo sobre la manta. No solo junto al lago.

Estaban dentro del bosque, sí. Pero también estaban fuera de todo lo que los había roto. Estaban, por fin, del mismo lado de la historia.

Elena

Esa noche, al llegar a casa, no encendí ninguna luz. No porque no pudiera ver, sino porque la penumbra me parecía más honesta que cualquier bombilla encendida. Me descalcé en la entrada, como si cruzar ese umbral descalza fuera la única forma de no romper la burbuja que aún me envolvía. Dejé el bolso caer en el sofá sin cuidado, como si me pesara más de lo que contenía, y avancé hasta

el centro del salón, donde el silencio parecía diferente. No vacío. No incómodo. Solo pleno. Habitado.

Me senté sin pensar demasiado, aún con la piel tibia por el sol filtrado entre las ramas del bosque, aún con el pelo enredado por el viento que nos rozó mientras hacíamos el amor sin prisa ni guion. No tenía hambre. Ni sueño. Tampoco ganas de revisar mensajes, ni de saber qué hora era. Lo único que tenía era esa sensación extraña —casi sagrada— de haber recuperado algo que ni siquiera sabía que seguía esperando. Algo mío. Algo de él. Algo de los dos.

Bajé la mirada y me observé las manos. Esas mismas que tantas veces habían temblado por él, por el deseo, por la rabia, por el miedo de perderlo. Esta vez, no temblaban. Habían tocado su piel con calma, con deseo, sí, pero también con una certeza nueva, serena. No estaban midiendo. No estaban defendiéndose. No estaban fingiendo seguridad. Solo estaban ahí. Presentes. Y eso lo cambiaba todo.

Porque esta vez, no estaba interpretando un papel. No había cámara delante. No había una audiencia invisible esperando una reacción. No estaba sonriendo para una historia. Ni ensayando frases que pudieran sonar bien escritas. Solo era yo. Con mis fallos. Con mis vacíos. Con mis ganas limpias de quedarme. Y él, con los suyos, pero también con esa forma tan suya de hacerme sentir menos sola.

Pensé en escribir algo. Una nota en el móvil. Un borrador. Un post de esos que nunca llegan a publicarse pero que sirven para drenar lo que arde. Una frase, al menos. Algo. Pero no quise. Porque hay momentos que no caben en una línea. Ni en una publicación. Porque hay emociones que no se pueden recortar en formato cuadrado ni editar con música de fondo. Y esta, sin duda, era una de ellas.

Así que me levanté sin encender luces. Crucé el pasillo con paso lento. Me metí en la cama sin sacar la ropa del todo, solo subí la manta hasta la barbilla, dejando que me cubriera como una certeza

nueva, y cerré los ojos con su nombre flotando, no como una herida, sino como una caricia suave sobre el pecho.

Y entonces, por primera vez en mucho tiempo, me dormí sin ruido. Sin angustia. Sin ese nudo constante en la garganta. Solo con la paz —temblorosa pero real— de haber elegido quedarme donde alguna vez tuve miedo.

Bruno

Volver a casa fue raro. No por rechazo al espacio, ni porque me pesara abrir la puerta o volver a encontrarme con el eco de mi propia rutina. Fue raro porque, por primera vez desde que Elena se fue, al cruzar el umbral no sentí el vacío colgado en el aire. No me pareció que la casa estuviera en pausa. No me dio esa bofetada sorda de ausencia que se había vuelto costumbre. Volví a casa… y no me sentí solo.

Dejé la chaqueta en el perchero casi sin mirar, con los movimientos automáticos de quien ha cruzado una línea que todavía no sabe si lo lleva a un sitio nuevo o simplemente a una versión diferente de sí mismo. Me senté en la silla de siempre —la de la cocina, la que da justo al ventanal que recoge los últimos tonos del día cuando el cielo empieza a ceder—, y ahí me quedé, en silencio, con una copa de vino entre las manos, dejándome habitar por todo lo que acababa de vivir.

Su risa aún flotaba entre los pliegues de mi camiseta, como si la tela la hubiese absorbido con la misma facilidad que mi memoria. Cerré los ojos un instante y volví a verla allí, en el claro, riendo con los labios manchados de fresa, con la mirada limpia de adornos, tocándome sin promesas pero con una ternura que, de tan sencilla, dolía un poco. Pensé en cómo no justificó nada, en cómo no intentó tapar errores con excusas bonitas, en cómo, en lugar de protegerse, se ofreció tal cual: vulnerable, cruda, verdadera.

Y entonces lo supe. No estábamos volviendo. No era una repetición, ni un intento de recuperar algo roto. Estábamos empezando. Desde

otro lugar. Desde el mismo sitio donde ya habíamos fallado… pero esta vez, con otra mirada. Con la voluntad limpia de no herir más. De no fingir. De no correr. Como se empieza lo que de verdad importa: sin escudos, sin discursos, con respeto, con paciencia. Y con hambre. De calma. De verdad. De presencia.

No sé qué va a pasar. No tengo garantías. No hay un guion esperándome con final feliz. No sé si esto va a durar o si, en algún momento, el miedo volverá a instalarse entre los dos como un viejo inquilino al que no sabes cómo echar. Tampoco sé si el dolor terminará de irse algún día. Puede que no. Puede que duela siempre, un poco, como esas cicatrices que no desaparecen, pero ya no sangran.

Pero hoy… Hoy fue real. Y con eso, por ahora, me basta.

Apagué el móvil sin revisar nada. Como quien ya no necesita más ruido. Dejé la copa sobre la mesa, aún con un último sorbo intacto, como si guardar algo sin terminar fuera la mejor forma de recordar que no todo se agota cuando algo empieza. Caminé hasta la habitación en penumbra y me acosté sin pensarlo demasiado, dejándome caer en las sábanas como si fuera una rendición consciente. Una tregua pactada conmigo mismo.

Y por primera vez en semanas, me dormí sin sobresaltos. Sin ese nudo constante en el estómago. Sin el impulso de revisar si aún dolía.

Porque a veces —lo entendí al cerrar los ojos— el verdadero comienzo no está en un primer beso, ni en una frase perfecta... Está en el primer silencio que ya no duele. En la paz de saberse en camino, aunque no se tenga aún el mapa. En ese instante exacto en el que dejar de correr no significa rendirse, sino quedarse. Y quedarse… con ella. Eso, sí que era nuevo.

Capítulo 27: Sin guion, sin ascensores, contigo

El café olía a recién hecho. A calma reposada. A esa clase de rutina que no exige, que no abruma, que se instala sin hacer ruido y sin pedir permiso, como una manta tibia sobre los hombros. Olía a casa, pero no por los muebles ni por las paredes, sino por quien se movía entre ellas como si ya perteneciera a cada rincón. Porque el hogar, lo supe en ese instante, no siempre es un lugar. A veces es una persona batiendo huevos en la cocina, descalzo, medio dormido y completamente presente.

Bruno estaba allí, de espaldas a mí, desaliñado de una forma que parecía planeada por el destino para romper mi concentración: con el pelo enmarañado por la almohada, la camiseta blanca cayéndole sobre los hombros como si el tejido supiera exactamente dónde asentarse para arruinar mi autocontrol, y los pies desnudos sobre las baldosas frías sin que pareciera importarle. Tarareaba una balada de los noventa —de esas que solo él conoce entera, con letra incluida y entusiasmo sin pudor— mientras batía los huevos con una concentración que rozaba lo místico. Como si en aquella tortilla matutina se jugara algo más que el desayuno. Como si alimentar lo cotidiano fuera su forma de sostenernos.

Yo estaba sentada en la encimera, con las piernas cruzadas, envuelta en la tibieza de una taza de café que aún soltaba un vaho discreto, como una excusa para no moverme de ahí. Lo miraba con esa ternura callada que llega cuando el amor ya no necesita decirse, solo compartirse. Cuando sabes que no estás donde soñabas, pero sí con quien, y eso lo resignifica todo.

Mientras él se concentraba en su mezcla, yo me dedicaba a robar trozos de pan como una ladrona reincidente. Fingía inocencia cada vez que mis dedos encontraban una nueva migaja, como si no acabara de hacerlo segundos antes. Era nuestro juego. Nuestro lenguaje. Uno que no necesitaba palabras para funcionar.

—Elena, deja el pan —dijo sin girarse, con ese tono suyo que no impone, pero tampoco pregunta. Ese tono que conoce mis mañas mejor que yo y las abraza con resignación divertida.

—No puedo prometer nada —respondí, con la boca medio llena y la sonrisa escapándose antes de poder controlarla.

Él sonrió también. No añadió nada más. No hacía falta.

Y en ese cruce de miradas sostenidas desde la costumbre, en esa pausa sin ruido, en ese desayuno sin más pretensión que existir, supimos que estábamos bien. No perfectos. No de postal. No como los que se besan frente a un ventanal con música de fondo y luz filtrada.

Pero bien. Real. Íntimamente bien.

De ese "bien" que no se grita ni se presume. De ese que no necesita filtros. Porque por fin no hacían falta.

Llevábamos semanas así. A ratos intensos, a ratos tranquilos. A veces discutiendo por cosas absurdas —el lugar del mando, si el detergente es mejor en cápsulas o líquido, si él ronca o yo exagero —, pero siempre volviendo al centro. A ese lugar donde el orgullo ya no vive. Donde la herida ya no escuece, solo recuerda. Donde el "te quiero" no se grita todos los días, pero se siente en los silencios compartidos y en los gestos que parecen invisibles desde fuera.

En cómo me seca el pelo con la toalla sin decir nada, después de la ducha. En cómo le dejo, sin que lo note, la última cucharada del yogur que sé que le gusta. En cómo discutimos sobre quién pone la lavadora y acabamos los dos riendo con la camiseta aún en la mano, porque la vida —con él— ha dejado de ser una coreografía forzada para ser una canción con estribillos propios.

Y esa mañana no era especial. No era un aniversario. No era su cumpleaños ni el mío. No había flores ni planes ni fotos que

merecieran subir. Era martes, o jueves, o uno de esos días en los que nada pasa... y, sin embargo, todo se sostiene. Y justo por eso, fue perfecto.

—Oye —dijo Bruno de pronto, apartando la sartén del fuego con un movimiento lento, casi distraído, y apoyándose en la encimera con ese aire suyo que siempre anticipa una idea que parece haber madurado en silencio—. ¿Y si nos vamos a Tenerife unos días?

Me giré hacia él con la taza aún en la mano, arqueando una ceja entre divertida, desconfiada y peligrosamente tentada. Lo conocía demasiado bien como para no leer en ese gesto una intención mayor de la que sus palabras revelaban. Como quien está a punto de decir que no solo por deporte, pero secretamente quiere que le den una razón suficientemente buena para rendirse.

—¿Tenerife? ¿Otra vez? —pregunté, entornando los ojos mientras fingía una seriedad que no lograba enmascarar del todo la sonrisa que ya empezaba a asomar por la comisura de mis labios. Por dentro, la idea ya se me había instalado como un recuerdo que aún no ha ocurrido, pero que se siente inevitable.

Él asintió con esa calma suya que a veces desespera, esa que siempre le da un paso de ventaja, como si llevara ensayando la escena en la cabeza desde hace días y supiera que, tarde o temprano, yo iba a decir que sí.

—Sí. Pero esta vez... sin contratos de por medio. Sin cámaras siguiéndonos como sombras. Sin retos a contrarreloj ni malentendidos de guion. Sin ascensores atascados ni luces de emergencia. Solo tú y yo. Sol, playa, buena comida, dormir hasta que nos cansemos... y repetir.

Apoyé la taza en la encimera con un gesto lento, como si necesitara soltar también la última defensa. Lo miré de lado, fingiendo todavía un poco de escepticismo, esa resistencia juguetona que uso cuando en realidad estoy diciendo que sí antes incluso de hablar. El sarcasmo fue mi escudo, como siempre, pero ya no tenía filo.

—¿Y si el universo nos vuelve a encerrar en otro ascensor? —pregunté, con tono desenfadado, pero con el recuerdo latiendo por debajo.

Bruno se encogió de hombros, sin perder la sonrisa ladeada que, desde hace un tiempo, había sustituido las promesas por complicidad. Esa que no exige, solo propone.

—Entonces me encargaré de que no se vaya la luz —dijo, sin titubear—. O de que, al menos, haya una manta. Una playlist decente. Y… fresas.

Me reí bajito, con ese sonido que no es carcajada ni suspiro, pero roza ambos. Porque claro. Las fresas. Las de siempre. Las de nosotros. Las que se colaron entre los silencios aquella vez en el bosque y que, desde entonces, habían quedado flotando como una contraseña compartida que ya no necesitaba explicación.

No dijimos nada más. Ni falta que hizo. El silencio que se instaló entre nosotros no pesaba. Era cómodo, redondo, lleno de sentido. De esos que no empujan ni enfrían. De esos que se sostienen solos y se agradecen. Y en ese instante, supe —sin ceremonias ni palabras grandes— que la idea de volver a Tenerife sonaba mejor que nunca.

No porque fuera exótica. Ni porque resolviera nada.

Sino porque esta vez no había nada que demostrar. Solo ganas de vivir. Y de vivirnos.

Pensé en todo lo que habíamos atravesado. En las versiones de mí misma que ya no me servían, que fui desnudando a la fuerza, una capa tras otra, como quien se quita un abrigo que dejó de abrigar hace tiempo, pero al que se aferra por costumbre. En lo difícil que fue reconocerme sin escudos. En lo agotador que resultó desaprender, callar el ego, enfrentar la culpa, soltar el disfraz.

En Bruno. En el que conocí de golpe, en el que se fue cuando más lo necesitaba, y en el que, contra todo pronóstico, volvió cuando ya no esperaba nada. Pensé en cómo el miedo nos hizo daño, en cómo el

orgullo casi nos remata, y en las veces que estuve a punto de rendirme solo porque parecía más fácil que quedarme a luchar.

Recordé lo que dolía antes: ese vacío disfrazado de exposición, esa ansiedad camuflada de éxito, ese silencio ensordecedor que no llenaban ni los likes ni los focos. Y lo comparé con lo que dolía ahora: la sola idea de haberlo perdido para siempre. Porque esta vez, lo que estaba en juego no era una imagen, ni un personaje, ni una historia bonita para contar. Era alguien real. Era él. Era yo, siendo yo, por fin.

Pero no lo perdimos.

Nos encontramos. A tiempo. O al menos, al nuestro.

—Vale —dije al fin, bajando de la encimera con la taza vacía en la mano y el corazón lleno de algo que, por primera vez en mucho tiempo, no era ansiedad, sino certeza—. Vamos a Tenerife. Pero esta vez… sin mapa, sin guion, sin instrucciones.

Bruno ladeó la cabeza, esa sonrisa torcida asomando como si ya supiera que lo diría. Esa que sólo le sale cuando siente que la vida, por fin, va en serio.

—¿Y sin expectativas? —preguntó, sin retar, solo queriendo confirmar que estábamos en la misma página. Que ya no nos movíamos por impulsos, sino por elección.

—Solo una —respondí, mirándolo con una claridad que ya no se tambaleaba—: que lo vivamos sin tener que grabarlo. Que sea solo nuestro. Que no haga falta contarlo para que exista.

Él asintió. Y no hubo más palabras.

—Hecho —murmuró.

Y supe, sin dramatismo, sin fuegos artificiales, que esta vez el viaje empezaba de verdad.

Hicimos la reserva sin ceremonia. Sin selfies. Sin subtítulos. No por escapar. No por repetir lo que una vez fue. Sino por celebrarlo. Por rendirle homenaje a lo que sobrevivió. A lo que se rompió y, aun así, decidió quedarse. A lo que aprendió a no necesitar decorado para tener sentido.

Porque lo nuestro ya no era una historia con un arco perfecto ni un final anunciado. Era una historia escrita con tachones, con márgenes doblados, con párrafos arrancados y algunos que costaron demasiado. Pero seguía siendo nuestra. Y ahora, más que nunca, merecía seguir escribiéndose.

Sin necesidad de espectadores. Sin filtros que endulcen lo que ya no necesita disfraz.

Hicimos la maleta entre risas y migas en la encimera, con las manos aún manchadas de huevo, con canciones noventeras de fondo y promesas nuevas sin envoltorio.

Y mientras reservábamos aquel viaje sin mapa, sin presión, sin fecha de publicación ni intención de contarlo después, entendimos —sin necesidad de ponerle nombre— que ya no estábamos buscando repetir el inicio. No era una revancha contra el pasado, ni una segunda oportunidad disfrazada de escapada romántica. No. Era algo más profundo. Más honesto. Más arraigado.

Se trataba de todo lo que venía después.

De los días que no aparecen en los álbumes, pero construyen más que cualquier recuerdo enmarcado. De los lunes con legañas, las noches con series sin terminar, las cenas improvisadas con lo que queda en la nevera y los "te quiero" que se dicen con una mirada mientras uno lava los platos y el otro seca. De las rutinas compartidas que, lejos de apagar el deseo, lo alimentan con la intimidad de lo cotidiano.

Era eso lo que queríamos cuidar. Lo que habíamos empezado a construir sin darnos cuenta: una especie de hogar que no dependía

del lugar, sino del otro. Un refugio con forma de abrazo, de conversación a media voz, de silencio que ya no duele porque se siente acompañado.

Ya no necesitábamos gestos espectaculares ni frases de guion para sentir que la historia seguía mereciendo la pena. Nos bastaba con el roce de una mano en mitad de una frase, con una risa compartida que nacía sin buscarla, con la certeza de que, aunque todavía teníamos miedo, el amor —el real, el que no exige perfección— estaba ahí, sosteniéndonos.

Ya no queríamos capturar el momento perfecto para los demás. No había necesidad de encuadres ideales ni de filtros que disimularan las ojeras o las dudas. No había guiones preestablecidos ni expectativas ajenas que cumplir. No íbamos a subirlo a ninguna parte, ni a etiquetarnos, ni a inventar un texto bonito para explicar lo que en realidad solo se podía sentir desde dentro.

Porque esta vez, no queríamos grabarlo todo.

Esta vez, queríamos vivirlo. A pulmón. Con las manos sucias de realidad, con las palabras exactas y las que aún no sabíamos decir. Con lo que teníamos y con lo que aún nos faltaba, pero con la voluntad compartida de aprender a sostenerlo entre los dos.

Y eso, después de todo lo perdido y recuperado, era —por fin— suficiente. Más que suficiente. Era lo que siempre habíamos estado buscando, sin saber que se parecía más a la calma que al clímax. Más a quedarse que a conquistar. Más a lo real que a lo perfecto.

Y así, sin hacer ruido, empezó lo nuestro.

De verdad.

Epílogo: Cuando se apagan las cámaras

Seis meses después.

ELENA

Me temblaban las manos. No de nervios, no de inseguridad. Era algo distinto. Más hondo. Más vibrante. Como si la emoción estuviera empujando desde dentro, buscando un lugar por donde salir.

No era miedo. Tampoco ansiedad.

Era ese vértigo bonito que llega justo antes de rozar algo que has soñado tantas veces, que empieza a parecer inventado.

Ese que se instala en el pecho cuando, de repente, todo —por fin— tiene sentido.

El plató olía a café de cápsula y a nervios contenidos. Técnicos con auriculares caminaban de un lado a otro, alguien revisaba luces, otro repasaba el guion que no íbamos a seguir. Había una pared enorme con el logo de la marca: una empresa de moda sostenible que había apostado por una nueva campaña centrada en "historias que no necesitan filtros". Autenticidad real. Vidas imperfectas. Amores que no se esconden detrás de una pose.

Y ahí estábamos nosotros.

Yo, la influencer que un día confundió contenido con conexión. La que aprendió —a golpes— que no todo lo que se graba se guarda, y que lo que de verdad importa no siempre necesita edición.

Y él. Bruno.

El piloto con alma de tormenta y manos que curan. El hombre que había llegado a mi vida como una ráfaga y se quedó como raíz. El que no quería ser protagonista de nada, pero acabó ocupando cada página.

Bruno estaba a mi lado, con su típica camisa remangada, el reloj girado hacia abajo y esa expresión suya entre incómoda y encantadora que le salía cuando alguien le apuntaba una cámara.

—Esto es una locura —murmuró, inclinándose hacia mí, con voz baja, solo para mis oídos.

—Lo sé —susurré de vuelta—. Pero esta vez es nuestra locura.

Nos habían invitado a contar "nuestra historia". O al menos una parte. Esa parte que inspiraba, que vendía, que generaba clics. Pero nosotros… nosotros habíamos hecho un trato tácito desde que volvimos: solo lo haríamos si podíamos contarla como era. Sin decorados. Sin giros de guion bonitos. Sin frases de postal.

La vida real. Con todas sus aristas. Con cada error que dolió, pero enseñó. Y con todo el amor que, a pesar de todo, llegó después.

Una maquilladora me había retocado el brillo. Un chico de sonido me había puesto un micro en el cuello del vestido. Una mujer muy amable me había explicado el orden del programa tres veces. Pero yo no escuchaba del todo.

Solo sentía. Sentía su mano —firme, cálida, presente— entrelazada con la mía. Sentía el corazón latiendo como si recordara todo lo que habíamos sido. Y sentía, también, ese peso ligero de haber llegado hasta allí sin mapas ni certezas, como si cada tropiezo, cada caída y cada decisión mal tomada nos hubiera empujado, sin saberlo, al lugar exacto donde debíamos estar.

Ahora, justo cuando la cuenta atrás comenzaba y la luz roja parpadeaba sobre la cámara principal, Bruno me apretó la mano con suavidad y dijo, sin necesidad de mirar a nadie más: —Esta vez no voy a desaparecer.

No lo dijo para la audiencia. Ni para la marca. Lo dijo para mí.

Y con eso, bastó.

Porque esa promesa, dicha así, sin aplausos, sin hashtags, sin aplomo… valía más que cualquier historia viral.

—¿Estás lista? —me susurró Bruno, con esa media sonrisa torcida que, por más tiempo que pasara, seguía teniéndome la capacidad exacta de desarmarme como la primera vez. Como si aún pudiera desmontarme en piezas solo con mirarme así. Solo con ser él.

Asentí. No porque el miedo se hubiera ido, ni porque supiera con certeza qué decir. Asentí porque, por primera vez en mucho tiempo, lo importante no era sostener una pose ni demostrar seguridad. Tampoco tener el control. Lo importante era estar ahí. Presente. Con él. Sin defensas.

Detrás de nosotros, el cartel blanco —limpio, casi simbólico— lo resumía todo en unas pocas palabras: Campaña Sin Filtros. Amor sin pose. Vida real.

Y pensé en todo lo que había pasado para llegar hasta ahí. En cada paso mal dado. En cada mensaje no respondido. En cada silencio que nos había dolido más que una discusión. En el ascensor. En la nota de voz. En la maleta cerrada entre lágrimas. En la camiseta que aún olía a él.

Todo eso estaba detrás.

Y justo delante… estaba él.

Con su traje sin corbata, con el botón superior desabrochado porque no soporta sentirse ahogado. Con los ojos fijos en mí, como si no hubiera marcas, ni focos, ni cámaras a punto de grabar. Solo nosotros dos. Otra vez. A tiempo. Por fin.

Bruno me cogió la mano.

No como quien agarra. Sino como quien sostiene. Como quien dice "te tengo" sin necesidad de pronunciarlo.

—Esta vez no voy a desaparecer —dijo.

No lo susurró para las fotos. No lo dijo con mirada de guion ni con intención de quedar bien. Lo dijo así. Crudo. Honesto. Sin testigos, aunque estuviéramos rodeados.

Y en ese instante, sentí que el ruido se apagaba.

Que la alfombra bajo mis pies ya no era roja. Que la prensa ya no importaba. Que el evento podía deshacerse en humo. Porque nada de eso tenía peso comparado con esa promesa sencilla. Sin florituras. Sin fondo musical. Sin hashtag.

Lo miré. Y lo besé.

No por reflejo. No por acto reflejo de película. Sino porque, después de todo, después del ruido, de los errores, de los finales falsos… por fin sentía que lo que teníamos no necesitaba esconderse ni adornarse.

Y lo más importante: por fin no me importaba si alguien captaba el momento. Porque era nuestro. Y esta vez, de verdad.

BRUNO

Elena apretó mi mano con fuerza justo cuando los flashes empezaron a saltar como pequeñas tormentas artificiales. Una detrás de otra. Luz, luz, otra más. Y yo, que siempre odié estas cosas, que me había pasado media vida esquivando cámaras, sonrisas forzadas y poses impostadas, me di cuenta —con la nitidez de quien se despierta del todo después de una larga siesta emocional— de que no quería estar en otro sitio.

Porque esta vez, no era postureo.

Era ella.

Y ya no era la chica del móvil pegado a la cara, la que contaba la vida en stories con voz dulce y filtros bien puestos. No. Esa Elena se había quedado atrás, en algún punto entre un ascensor que se

detuvo a oscuras y una manta en un picnic improvisado. La que tenía delante era otra. Más real. Más libre. Más ella.

Era la Elena que se ríe con la boca llena, aunque haya gente mirando. La que baila con calcetines por casa. La que se enfada y se le olvida al minuto si le haces reír. La que dice lo que piensa aunque a veces duela, aunque no tenga la frase perfecta.

La que me quitó el miedo a no saber querer bien.

La que me enseñó que amar no es actuar. No es brillar. No es tener respuestas. Es quedarse cuando el otro ya no tiene fuerzas. Es escuchar sin defenderse. Es abrazar incluso cuando no se entiende.

Y yo… yo llevaba toda la vida creyendo que no tenía una historia que contar. Que el protagonista siempre era otro. Que lo mío era mirar desde el fondo, dejar que otros ganaran el plano.

Pero esta vez no. Porque la historia ya no era solo suya, ni mía. Era nuestra. Un puzle imperfecto de errores, vértigos, risas torpes y besos sin guion. Una historia que, aunque dolió, ya no pedía perdón por existir. Y entonces, como si lo intuyera, ella giró el rostro hacia mí. Como si supiera que, por dentro, yo estaba firmando ese momento con cada célula, como si mi cuerpo entero dijera: "aquí me quedo".

Le apreté la mano. Solo un poco. Lo suficiente para que entendiera que sí. Que esta vez iba en serio. Que el miedo seguía ahí, escondido en algún rincón, pero ya no tomaba las decisiones. Porque había comprendido, por fin, que no se necesita un final perfecto para que una historia merezca ser vivida.

Solo hace falta alguien que decida quedarse cuando más importa. Y yo lo había hecho. Ella también.

Y eso —joder— era suficiente.

Subimos juntos al escenario. El suelo bajo nuestros pies tenía esa textura de alfombra cara que amortigua los pasos y, sin embargo,

nada podía amortiguar la forma en que el corazón me golpeaba dentro del pecho. La sala, abarrotada. Las luces, apuntando. Los móviles, en alto. Y aún así, no me sentía expuesto.

Porque ella iba conmigo.

Nos hicieron unas cuantas preguntas, de esas que parecen inocentes pero esconden titulares: cómo nos habíamos reencontrado, si habíamos perdonado, qué habíamos aprendido. Respondimos lo justo. Lo necesario. Sin dramatismo. Sin morbo. Solo verdad a dosis pequeñas. Las suficientes para no convertir lo íntimo en espectáculo.

Y entonces llegó el momento del directo. El primero que hacíamos juntos. El que todo el equipo había anunciado como "la gran presentación oficial". El que, en otra vida, me habría hecho huir por la puerta de emergencia.

Pero esta vez me quedé.

Elena sostuvo el micro, y antes de hablar, respiró hondo. No para calmarse. Sino para anclarse. Para estar completamente ahí. Me miró, y supe que no había guion. Que lo que estaba a punto de decir nacía directo desde ese sitio donde no se puede mentir.

—Esta no es una historia de cuento —dijo, con la voz firme pero suave, con ese temblor apenas perceptible que tienen las cosas cuando son sinceras—. Aquí no hubo zapatitos de cristal. Ni príncipes perfectos. Aquí hubo dudas. Sarcasmo. Orgullo. Hubo miedo. Hubo errores que casi lo rompen todo. Pero también hubo verdad. Y cuando hay verdad… siempre hay una segunda oportunidad.

No necesitó más.

Yo no dije nada. No porque no tuviera palabras, sino porque todas se me habían quedado atrapadas en el pecho. Lo único que pude hacer fue acercarme y abrazarla. Así. En mitad del directo. Del escenario. De los flashes. Como si estuviéramos en el salón de casa, como si nada de eso existiera más que ella y yo.

Y en ese instante, cuando mis brazos la rodearon y su frente se apoyó en mi hombro, el mundo —todo el puto mundo— se quedó en silencio.

Un silencio real. Casi mágico.

Como si todos entendieran que ahí no había pose. No había actuación. Solo dos personas que se eligieron… después de haberse perdido.

ELENA

Más tarde, tumbados en la cama del hotel, con las cortinas entreabiertas dejando pasar la luz temblorosa de la ciudad, y el murmullo nocturno flotando como una canción de fondo que ya no buscaba atención, me di cuenta de que no necesitaba más. Ni filtros. Ni pruebas. Ni el aplauso invisible que antes creía imprescindible.

Bruno estaba a mi lado, con el pecho desnudo y el brazo extendido hacia mí como si ya se hubiera acostumbrado a que yo encajara ahí, justo en ese hueco entre su hombro y su cuello.

No hablábamos, porque no hacía falta. El silencio, lejos de ser incómodo, nos envolvía con esa calma serena de quienes ya no necesitan llenar los espacios con palabras para sentirse cerca. Y entonces, como si el momento lo pidiera, como si el cuerpo supiera que justo ahí debía romperse la quietud, me susurró al oído: —La diferencia esta vez… es que no tenemos nada que demostrarle a nadie. Solo vivirlo.

En ese instante, todo tuvo sentido. No éramos un episodio para recordar con nostalgia ni un "lo nuestro fue intenso pero corto" digno de contar. No éramos contenido para entretener ni una historia escrita con luces y final calculado. Éramos lo que nace cuando se apagan las cámaras y ya no hay nada que fingir. Cuando amar no es una prueba, sino una tregua. Una forma de quedarse. Una forma de sostenerse.

Éramos historia. No perfecta, ni ordenada, pero nuestra. Una escrita con tachones, con páginas torcidas y márgenes llenos de dudas, pero también con la certeza de que, esta vez, estábamos escribiéndola juntos. Y por primera vez, no me preocupaba si tenía final, porque lo único que deseaba era seguir leyéndola. Con él. A mi ritmo. Al nuestro.

UN AÑO DESPUÉS

BRUNO

Hay un tipo de calma que no se encuentra en el silencio absoluto, ni en las montañas lejanas, ni en los retiros con wifi limitado y promesas de "reconexión interior". Es otra cosa. Es esa calma que se construye con alguien que ya te vio roto. Que te escuchó en modo defensa. Que se quedó cuando tú mismo habrías salido corriendo.

Un año después, sigo despertando a su lado sin necesidad de comprobar si esto es real. Porque lo es. Porque ya no me sorprende… pero todavía me emociona.

No hay fuegos artificiales. Hay café con leche con más espuma de la que ella pide —porque siempre se queja, y siempre se lo bebe igual —. Hay notas en la nevera con frases que solo nosotros entendemos, códigos invisibles que nadie más podría descifrar. Hay domingos eternos en pijama, playlists compartidas que ya no necesitan explicación, y silencios cómodos que dicen más que cualquier charla.

También hay discusiones. Por tonterías. Por horarios. Por quién dejó abierta la pasta de dientes o por qué siempre se olvida bajar la basura. Pero no duran mucho. Se agotan como las tormentas breves: hacen ruido, mojan un poco, y luego se disuelven en el aire.

Porque aprendimos que amar no significa no discutir. Significa saber volver. Y volver con las manos vacías de orgullo, pero llenas de intención.

Hace unos días firmamos la compra de nuestro primer piso. Un ático luminoso, en una calle tranquila, con terraza orientada al sol y espacio suficiente para plantar albahaca, tomates cherry... y todos los planes que antes parecían demasiado grandes para caber en ningún sitio. No es enorme, pero lo elegimos juntos. Es nuestro. Y eso lo hace suficiente.

Elena lo ha llenado de detalles que parecen sacados de una película indie: libros abiertos como si alguien estuviera a punto de volver a leerlos, postales antiguas pegadas con washi tape, una cámara analógica que no funciona pero que, según ella, "queda preciosa junto al jarrón azul". Y queda. Yo puse una hamaca en la terraza. Y una promesa. Una de esas que ya no hace falta repetir porque se nota en cómo nos miramos cuando pensamos que el otro no está mirando.

ELENA

He vuelto a grabar. Pero esta vez, es distinto. Ya no lo hago para llenar silencios ni para contentar a un algoritmo que nunca tiene suficiente. Grabo cuando me nace. Cuando algo me mueve por dentro. Cuando siento que compartir no es exponerme, sino tender un puente sincero hacia el otro lado de la pantalla.

Ya no edito tanto. No filtro tanto. A veces tartamudeo. A veces lloro. A veces me quedo en blanco, dejando huecos entre frases, porque no siempre hay respuestas listas ni frases redondas.

Y está bien. Porque ahora, por fin, me escucho antes de hablar.

Bruno, que sigue sin entender cómo funcionan los trends ni por qué alguien pondría su vida en stories, a veces se cuela en mis vídeos sin querer. Pasa por detrás con el pelo despeinado y una tostada en la boca. Me interrumpe sin saber que estoy grabando. O se sienta a mi lado, solo para leerme en voz alta lo que escribí con los pies helados apoyados sobre su regazo.

Esos momentos no tienen millones de views. No son virales. Pero son mis clips favoritos. Porque ahí es donde se nota todo. Lo que somos. Lo que fuimos. Lo que estamos eligiendo ser, cada día, sin guión.

Nos ofrecieron una campaña enorme hace poco. Una de esas con cifras indecentes, contrato en PDF y promesa de visibilidad global. Una marca grande. Con valores reciclados. Con un storytelling bonito, de esos que suenan bien en boca de cualquiera. Y dijimos que no.

No porque estemos en contra de crecer. Sino porque ya sabemos lo que se siente perderse en medio de lo que parece una oportunidad. Porque no queremos volver a ser una historia editada. Porque hay cosas que no caben en un briefing ni se pueden resumir en un claim creativo.

Cosas simples, de esas que no parecen grandes hasta que las vives. Como despertarnos entre risas tontas a las siete de la mañana, discutir con absurda convicción sobre si la pasta debe llevar nata o no, dormir abrazados sin escenografías ni poses estudiadas, hablar sin guión, sin filtros, sin necesidad de impresionar, y querernos tal cual somos, sin adornos ni expectativas ajenas.

La última story que subí fue tan sencilla como honesta: fondo negro, letra blanca, sin música, sin hashtags, sin enlaces que llevaran a ninguna parte. Solo una frase. Una verdad que ya no necesitaba decorado para sostenerse:

“Al final, no era cuestión de encontrar al ideal. Era cuestión de dejar de fingir. Y vivirlo.”

BRUNO

Esta vez no hay nota de voz enviada con dudas ni mensaje guardado "por si acaso". No hay frases pensadas para encajar en una story ni estrategias envueltas en filtros. No hay guion. No hay miedo. Solo está ella.

Descalza, bailando por el pasillo con una taza en la mano y el moño mal hecho, como si el mundo fuera suyo y no necesitara explicarlo. Y estoy yo, observándola, sabiendo —con una certeza que no necesita confirmación— que, sí, el mundo entero cabe en esa escena. Y que no necesito más.

Claro que hay cosas que todavía me asustan: el futuro, algunas dudas que vuelven sin avisar… pero ella ya no está entre ellas. Porque no tengo que adivinar si va a quedarse. Porque ya no temo que un error lo borre todo. Porque lo que tenemos no vive de los likes ni necesita validación externa.

Vivimos esta historia desde dentro. En la intimidad de los desayunos compartidos, en los silencios que ya no incomodan, en la decisión consciente de elegirnos cada día. Sin fuegos artificiales, pero con una luz que no se apaga.

Y eso, joder… eso sí que es una historia real.

La cena fue sencilla, de esas que no necesitan excusas ni ocasión especial. Pasta con pesto, vino blanco, pan crujiente y la playlist suave que Bruno siempre pone cuando quiere hacerse el interesante sin parecer que lo intenta. Yo me burlé de su intento de emplatado como si estuviera concursando en un *MasterChef* secreto solo para uno. Él fingió ofenderse con un "pues me he esforzado" que no coló ni medio segundo. Todo en orden.

Después fregamos los platos como cada noche: yo con el delantal mal puesto y él más centrado en salpicar que en aclarar. Bueno, en realidad, él se enjuagaba las manos con más mimo que los platos, pero en su defensa, decía que "el agua caliente es terapéutica".

Cuando terminamos, desapareció unos minutos sin decir nada. Yo pensé que habría olvidado el vino en la encimera o que se había ido a poner otra de sus sudaderas feas pero cómodas.

Volvió con esa cara suya.

Esa cara que tiene cuando algo le da vértigo, pero le puede más la convicción que el miedo. Esa que mezcla ternura con nervios, y un brillo raro en los ojos que siempre me hace pensar: *"va a soltar algo que me va a cambiar los planes"*.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dijo, con las manos en los bolsillos y esa sonrisa torcida que me desarma más que cualquier discurso romántico de película.

—¿Vas a cambiar de playlist por fin? —bromeé, apoyándome en la encimera con la taza aún caliente entre las manos.

—No. Bueno, sí. Puede ser. Pero no es eso. Es... otra cosa.

Y entonces, sin dramatismos, sin música épica de fondo ni poses ensayadas, sacó una cajita pequeña del bolsillo. Nada de arrodillarse. Nada de discursos de película. Nada que pareciera preparado para una story. Solo él. De pie. Con los hombros un poco tensos y los ojos más vulnerables de lo habitual. Y su voz. Bajita. Real.

—Quiero pasar toda mi vida contigo —dijo, como si fuera la frase más lógica y al mismo tiempo más valiente del mundo—. Con tus dramas, tus stories, tus playlists cursis y tus ideas locas de decorar con cámaras que no funcionan. Quiero que seas mi casa. Que esta casa —señaló alrededor— sea también tuya. Quiero que si algún día tenemos hijos, tengan tu risa y mi torpeza. O mi risa y tu mal despertar, lo que venga primero. Pero los quiero contigo. Todos los días. Incluso los lunes. Incluso cuando me dé por hacer pasta tres días seguidos.

Hizo una pausa. No por efecto dramático. Sino porque ahí se le quebró un poco la voz.

—¿Te casas conmigo?

Y entonces, el silencio. Pero no de esos incómodos. Sino uno que parecía contener el universo.

Mi corazón dio una voltereta. Literalmente. Una mezcla de *"no puedo creer que esto esté pasando"* con *"por supuesto que sí"*, y un poco de *"ahora no llores que aún no has dicho nada"*.

Y yo, sin pensarlo demasiado, sin filtro y sin drama —por una vez en la vida—, solo respondí:

—Sí. Pero los niños con calma, ¿vale? Déjame disfrutarte un poco antes de tener que compartirte con tres mini tú en versión ruidosa y con complejo de pilotos.

Él se echó a reír. Una risa de esas que empiezan en la garganta y terminan en los ojos, desarmándolo todo. Yo también reí. Porque claro que sí. Porque no hacía falta más. Porque en ese momento no existía ningún otro sitio mejor donde estar que entre sus brazos, en esa cocina medio iluminada, medio caótica, pero completamente nuestra.

Nos abrazamos allí mismo, entre platos recién lavados, migas olvidadas en el suelo y un anillo que no brillaba por su precio, sino por todo lo que habíamos atravesado para llegar hasta él. No hubo música de fondo ni fuegos artificiales, tampoco una lluvia de likes ni comentarios que inmortalizaran el momento.

Solo estábamos nosotros.

Y esa certeza tranquila —profunda y callada— de que esta vez sí. De que era real. De que, con o sin playlist, con o sin filtros, lo nuestro había aprendido a sostenerse incluso cuando la escena no era digna de ser subida.

Con todo lo vivido detrás. Con todo lo incierto por delante.

Porque el amor de verdad no necesita un final perfecto. Solo dos personas que, a pesar del miedo, del caos, de las luces apagadas, siguen eligiéndose. Una y otra vez. Incluso cuando nadie está mirando.

Agradecimientos

A veces, las historias no se escriben solas. A veces te atraviesan, te despiertan a medianoche, te sacuden en mitad de un paseo o se cuelan en una canción. Y cuando eso pasa, solo queda hacerles sitio y escribir.

Gracias a quienes me leyeron en voz baja, en silencio, en fragmentos sueltos, creyendo en esta historia incluso antes de que yo supiera cómo terminaba.

Gracias a quienes me apoyaron cuando dudé, cuando me cansé, cuando pensé que tal vez no valía la pena seguir tecleando.

Gracias a mi familia, por sostenerme y darme espacio para crear. A mis amigas —y sabrán quiénes son— por leerme con emoción, por corregirme sin anestesia y por celebrar cada escena como si fuera propia.

Gracias a ti, que estás leyendo estas líneas. Por elegir este libro entre tantos. Por llegar hasta el final. Por dejarme contarte esta historia que, aunque inventada, está tejida con emociones reales.

Y por supuesto, gracias a Bruno y Elena. Porque, aunque no existan, me enseñaron cosas que sí son verdad.
Nos seguimos leyendo.

— Vero Ventura